

Roma victoriosa

Javier Negrete

A mi abuelo Melchor Valbuena,

que tanto disfrutaba enseñando latín a sus nietos.

Cada vez que leo las palabras de César,

Gallia est omnis divisa in partes tres,

no puedo evitar acordarme de él

y de cuando nos llevaba a Jorge, a José y a mí

a hacer ranas en el Manzanares bajo la vía del tren.

INTRODUCCIÓN

Mi intención es ofrecer a los lectores un relato. En él narraré cómo Roma pasó de ser una más entre las pequeñas ciudades de una comarca del centro de Italia a dominar todo el Mediterráneo y convertirse en un imperio cuyo recuerdo todavía sigue determinando nuestra cultura, nuestra política y nuestros ideales.

En este primer volumen hablaremos del origen de Roma, de los siete reyes, de la caída de la monarquía y de los primeros siglos de la República. Asistiremos a las vicisitudes de los primeros tiempos, cuando no sólo no estaba claro si Roma llegaría a ser grande, sino incluso si sobreviviría como ciudad. Después veremos a los romanos enfrentarse con el gran general Pirro, empezar su larga historia de conflictos con los galos y mantener dos guerras largas y terriblemente cruentas con Cartago. En el ínterin, comprobaremos cómo las legiones se fueron convirtiendo en la máquina militar que admiró y aterrorizó al mundo, apoyadas por los ingenieros que construían calzadas, túneles, acueductos y máquinas de guerra.

El libro acaba con la conquista de Grecia. Un momento muy importante para Roma, ya que su contacto con la civilización helénica la cambió. No sólo culturalmente: el botín conseguido en esta y otras victorias enriqueció tanto la ciudad que la transformó, y en muchas cosas no para bien. Eso sembró las semillas

para las convulsiones que a partir del año 150 sacudieron Roma y que no se calmaron hasta que Octavio Augusto se convirtió en monarca sin el título de rey y, en la práctica, abolió la República. Esas convulsiones y las nuevas conquistas de Roma serán el argumento de un segundo volumen.

Roma victoriosa trata de lo que anticipa su título: un relato centrado en las conquistas de Roma y en aquellos rasgos de la civilización romana que las hicieron posibles. Por eso hago hincapié sobre todo en la organización militar, las instituciones políticas, la ingeniería y la arquitectura, aspectos en los que los romanos destacaron por encima de otros pueblos. No hay demasiado espacio para tratar de otras cuestiones muy interesantes, como las artes plásticas o la brillante literatura latina.

En historia existen pocas certezas, y en la historia antigua todavía menos. Hay periodos de la historia de Roma de los que tenemos bastante información, como por ejemplo la Segunda Guerra Púnica. Sin embargo, esa información no es del todo fiable, porque los autores que nos la han transmitido, como Polibio o Tito Livio, escriben muchos años después de los hechos. Hay otros periodos que directamente se confunden entre las nieblas de la leyenda y el mito: es lo que ocurre con la monarquía y los primeros tiempos de la República.

Pero *Roma victoriosa*, como decía, es una narración. Pido a los lectores que tengan en cuenta que prácticamente todo lo que se cuenta en este libro está sujeto a debate: las fechas —sobre todo hasta la mitad del siglo IV—; las cifras de soldados en los ejércitos y de muertos en las batallas; la composición y el armamento de las tropas; el modo de luchar de las legiones; las razones que impulsaban las conquistas romanas, etcétera.

En esta obra he obviado o reducido al mínimo la mayoría de esos debates. Mi intención es ofrecer un cuadro general, y al mismo tiempo un relato vivo y ameno. Sin sacrificar la verosimilitud, pero sin entrar en disquisiciones más propias de otro tipo de ensayos.

Espero que los lectores más familiarizados con la historia de los romanos encuentren en estas páginas un enfoque nuevo y fresco, la mezcla de la narración escrita por un novelista y el interés por el mundo antiguo de un filólogo clásico. Y que los lectores no tan versados en Roma, aparte de disfrutar con un relato apasionante —el mérito es de los protagonistas, no mío—, sientan al terminar la curiosidad de profundizar más en el estudio de esta fascinante y compleja civilización a la que le debemos mucho de lo que somos.

No me extiendo más. Tenemos que prepararnos ya para el viaje: empezaremos volando al otro extremo del Mediterráneo, en una época lejana en que los hombres todavía forjaban sus armas y sus herramientas con bronce. Era un tiempo en que, debido a la oscilación del eje de la Tierra, las estrellas no se hallaban en el mismo sitio que ahora, y los hombres sentían siempre en la nuca el aliento de los poderosos dioses.

I

EL NACIMIENTO DE UNA CIUDAD-NACIÓN

EL VIAJE DE ENEAS

Nuestra historia empieza en el año 1184 a.C., en Troya, cerca de la costa noroeste de la actual Turquía. Después de diez años de asedio, los griegos — conocidos entonces como aqueos— habían decidido rendirse, embarcar en sus naves y regresar a Grecia.

Al menos, eso creyeron los troyanos.

Tras haber sufrido un cerco tan largo, era normal que la ciudad celebrara una gran fiesta. Esa noche, convencidos de que no iban a pasar más hambre, los troyanos sacaron sus reservas de alimento de los almacenes. Ahora que había terminado el sitio, podrían salir de sus murallas cuando les placiera y reabastecer de nuevo los graneros. Sacrificaron terneros, cabritos y corderos a los dioses y se dieron un buen banquete con su carne asada junto a los altares. Sobre todo, el vino corrió más abundante que las aguas del río Escamandro que atravesaba la llanura bajo las murallas de la ciudad.

Por fin, pasada la medianoche y con la luna bien alta en el cielo, los ánimos se calmaron y los troyanos, exhaustos de guerra primero y de fiesta después — enterrados en «sueño y vino» según Virgilio—, se durmieron, y la ciudad quedó en silencio.

En una de las plazas de Troya se alzaba un gran caballo tallado en madera de cornejo. Los aqueos lo habían abandonado en la playa como una ofrenda. Querían congraciarse con Atenea, a la que habían ofendido cuando los guerreros Ulises y Diomedes entraron de forma clandestina en el templo que la diosa tenía en Troya para robar su imagen sagrada, el Paladión.

Una de esas profecías que los antiguos improvisaban con suma facilidad aseguraba que la ciudad que guardara el caballo dentro de sus murallas sería inexpugnable. Por eso, los griegos lo habían construido tan grande que no pudiera entrar por las puertas de Troya. Al saberlo, los troyanos desmontaron los bloques de piedra que cerraban el dintel y lo metieron en la ciudad. Mientras tanto, la profetisa Casandra avisaba a sus compatriotas de que ese caballo sería su perdición.

Un doble ejemplo de psicología inversa, en un caso bien aplicada y en otro no. El caballo era una artimaña del astuto Ulises, y la profecía una forma de decir «Eh, no metáis el caballo en la ciudad» para conseguir que los troyanos obraran justo lo contrario. En cuanto a las advertencias de Casandra, ésta sufría una maldición por la que nadie creía sus visiones del futuro. Tan sólo tendría que haber

aconsejado a los troyanos «Meted el caballo» para evitar que lo hiciesen.

Cuando los ruidos de la fiesta se habían calmado ya, los cincuenta guerreros griegos encerrados en su interior salieron y abrieron las puertas de la ciudad a sus compañeros, que habían regresado al amparo de la oscuridad. Entonces empezó la matanza. Mientras las llamas se extendían por Troya, los griegos masacraron a los varones adultos, violaron a las mujeres y las esclavizaron junto con los niños.

Justo antes de que ocurriera el desastre, el príncipe Eneas, hijo de Anquises y la diosa Venus, recibió un aviso. Su primo Héctor, que no mucho antes había muerto a manos de Aquiles, se le apareció en sueños y le exhortó a que tomara consigo a su familia y huyera de las llamas. Eneas reunió a los suyos, pero en el caos de la lucha perdió a su mujer Creúsa, que fue asesinada por los invasores. El propio espíritu de Creúsa se presentó ante Eneas y le aconsejó que se olvidara de ella y escapara cuanto antes de la ciudad.

El príncipe troyano, junto con su anciano padre Anquises, su hijo Ascanio —también llamado Julo o Iulo— y un nutrido grupo de seguidores, salió de Troya por las puertas Esceas y embarcó hacia el oeste.

Tras diversas peripecias y paradas en Macedonia, Creta y Sicilia, las naves de Eneas arribaron al norte de África, en la costa del actual Túnez. Allí llegaron a una ciudad recién fundada, cuyo destino estaría unido al de la grandeza de Roma: Cartago.

Cartago, *Qart-Hadašt* o «ciudad nueva» en fenicio, fue fundada por colonos de la ciudad de Tiro, en el actual Líbano.¹ Dirigidos por Dido, o Elisa, habían pedido a los habitantes de la región de Túnez una parcela de tierra donde instalarse. Dido les dijo que tan sólo necesitaban el terreno que se pudiera cubrir con una piel de vaca, y los nativos accedieron. Pero lo que hizo la astuta fenicia fue cortar esa piel en tiras tan finas que consiguió rodear con ellas una colina entera, donde se fundó la nueva ciudad.

Cartago ya había empezado a prosperar cuando llegaron Eneas y sus compañeros. Dido se enamoró del príncipe troyano y se acostó con él en una cueva tras una tormenta; el escenario no podía ser más romántico. Eneas estaba pensando en quedarse en Cartago con la reina cuando los dioses se le volvieron a aparecer. El mensaje fue terminante: debía ir a Italia y fundar una ciudad que en el futuro gobernaría el mundo.

(Esta parte del relato está extraída de la *Eneida*. Su autor, Virgilio, la escribió durante el reinado de Augusto, cuando Roma se jactaba de que todo el

Mediterráneo era *Mare nostrum*, «nuestro mar», así que bien podía hacer esta profecía a toro pasado).

Eneas decidió cumplir con su grandioso destino y abandonó la ciudad para dirigirse al norte, a Italia. Desesperada, Dido se suicidó. Pero antes de morir vaticinó que existiría una rivalidad eterna entre los descendientes de Eneas y los suyos:

Tirios, perseguid con odio a toda esta estirpe venidera, y ofreced este tributo a mis cenizas. ¡Que no haya amor ni tratado que una a estas naciones! ¡Levántate de mis huesos, vengador desconocido, para acosar a los colonos de Troya con el hierro!

Otra profecía *post eventum*, pero dramáticamente muy eficaz: el vengador que surgiría de las cenizas de Dido sería Aníbal, el hombre que más cerca estuvo de destruir Roma.

Tras aventuras diversas, incluida una visita a la sibila o profetisa de Cumas, los expedicionarios llegaron a la comarca de Italia central conocida como *Latium* o Lacio. Allí, Eneas se casó con Lavinia, hija del rey Latino, aunque para conseguir su mano antes tuvo que matar en combate al temible rey de la tribu de los rútuos.

Eneas había traído de Troya a su hijo Ascanio. Éste, al crecer, decidió fundar una nueva ciudad en las faldas del monte Albano. Se trata de una región volcánica en la que se encuentran dos hermosos lagos sobre los restos de sendas calderas. A orillas de uno de ellos, el Albano, se halla Castelgandolfo, lugar elegido como residencia de verano de los papas por su clima suave y sus paisajes.

El segundo lago es el Nemi. Junto a él había un santuario de Diana Nemorensis o «de los bosques», donde se celebraba un extraño ritual. Cuando alguien quería convertirse en sacerdote de la diosa, debía arrancar una rama dorada de un árbol del bosque sagrado y después matar en duelo singular al sacerdote anterior. Este rito llamó la atención del estudioso inglés James G. Frazer, que basándose en él escribió *La rama dorada*, su monumental estudio sobre magia y religión.

Así pues, fue en aquella región tan misteriosa y evocadora donde Ascanio fundó una ciudad a la que llamó Alba Longa, literalmente «blanca y larga».

Mientras en el este los reinos aqueos, culpables de la destrucción de Troya, eran aniquilados por otros invasores y caían en una larga edad oscura, los descendientes de Eneas reinaron durante varios siglos en Alba, que se convirtió en la población más importante del Lacio.

Hagamos una pequeña pausa. ¿Qué hay de cierto o al menos de verosímil en esta historia? Hasta aquí, no demasiado. Como ya señalé en *La gran aventura de los griegos*, es muy probable que en torno al año 1200 a.C. la ciudad de Troya, situada en la colina de Hissarlik, fuera asediada y asaltada por invasores aqueos. Los detalles más novelescos de la historia pueden ser creaciones posteriores, aunque con un núcleo real. Ahora bien, que supervivientes de Troya se establecieran en el Lacio parece más traído por los pelos.

No obstante, la tradición del viaje a Italia de Eneas ya estaba muy extendida en el siglo III a.C., cuando Roma empezaba a convertirse en una gran potencia. A partir de ese momento, autores como Enio, Varrón o Catón se aferraron a ella para ennoblecer los orígenes de Roma. Me refiero a «ennoblecer» sobre todo en el sentido literario, debido al prestigio de la *Ilíada* y otras obras que narraban la Guerra de Troya. Además, relacionar a los romanos con el Mediterráneo oriental legitimaba más sus conquistas en esa región: los romanos fueron siempre unos maestros de la propaganda.

LA FUNDACIÓN DE ROMA

Tras una serie de monarcas, los llamados «reyes latinos», que suena a banda juvenil, en la primera mitad del siglo VIII el soberano legítimo de Alba Longa era Numítor. Pero su hermano pequeño, Amulio, le arrebató el trono y lo expulsó de la ciudad.

En aquella época todavía dominaba el derecho de sangre: cualquier ofensa cometida contra alguien debía ser vengada por sus familiares más cercanos. Para evitar problemas con los hijos varones de Numítor, Amulio los mató. Tan sólo dejó

con vida a su hija Rea Silvia, juzgando que era inofensiva.

En los mitos y leyendas, esto siempre supone un error. Por ejemplo, el rey Acrisio de Argos supo por un oráculo que, si su hija Dánae engendraba un vástago varón, éste lo mataría. En lugar de cortar de raíz la amenaza liquidando a Dánae, Acrisio la encerró en una cámara subterránea de bronce y la condenó a virginidad de por vida. Pero Júpiter, encaprichado de ella, se convirtió en una lluvia de oro líquido, entró en la cámara y la dejó embarazada. Años después, el hijo así concebido, Perseo, mató por accidente a Acrisio, cumpliendo de este modo con el oráculo y demostrando que es imposible huir del destino.

Amulio, que no debía de estar versado en mitología griega, intentó con Rea Silvia algo parecido a lo que había hecho Acrisio con Dánae. La diferencia fue que, en lugar de encerrarla, la obligó a convertirse en vestal.

Las vestales eran seis sacerdotisas consagradas a Vesta, patrona del fuego sagrado de la ciudad. Puesto que Vesta era una diosa virgen —como Minerva y Diana—, sus sacerdotisas debían abstenerse de relaciones sexuales en las tres décadas que duraba su servicio. Pasadas éstas, podían abandonar el sacerdocio y fundar sus propias familias; aunque, con un mínimo de treinta y seis años de edad, eran muy pocas las que se decidían a casarse y tener hijos. Enfrentarse a un parto en la Antigüedad era estadísticamente más peligroso que librar una batalla, máxime a ciertas edades.

El castigo para las vestales que incumplían su voto de castidad era terrible. Al principio consistía en apedrearlas, pero a partir del rey Tarquinio Prisco las enterraban vivas en el Foro, como ocurrió con la vestal Minucia en el siglo IV. No se trataba de pura y simple crueldad, sino de evitar que corriera la sangre dentro del recinto sagrado de la ciudad. Los antiguos eran muy mirados con la sangre derramada. La culpa no era la misma si se asesinaba con herida que si se mataba por inanición o desamparo, lo que explica tantos mitos y leyendas sobre bebés abandonados.

Amulio confiaba en que Rea, ordenada como vestal, no podría tener hijos que amenazaran su futuro. Sin embargo, al igual que Júpiter había frustrado los planes de Acrisio, aquí también intervino un dios. En este caso fue Marte, señor de la guerra, quien sedujo a Rea y la dejó embarazada.

De nuevo, Amulio se buscó complicaciones innecesarias. En lugar de condenar a muerte a Rea, el usurpador esperó a que diera a luz. Después ordenó a un sirviente que se encargara de los gemelos recién nacidos ahogándolos en las

aguas del Tíber.

Para ello, el criado tuvo que darse una buena caminata, casi veinte kilómetros. Al llegar al punto elegido, comprobó que la corriente del río bajaba con fuerza: las crecidas del Tíber en invierno y primavera eran un problema habitual en la comarca. Temiendo por su propia vida, el sirviente dejó el canastillo que servía de cuna a los bebés entre unas cañas, en una especie de charca, esperando que las aguas subieran y lo arrastraran hasta el mar. Técnicamente no se trataba de un asesinato, ya que existía la posibilidad de que alguien los rescatara.

Y así ocurrió, aunque de una manera inesperada. No fue ni un dios ni una persona quien encontró a los gemelos, sino una loba atraída por sus llantos. La loba los amamantó, y así les salvó la vida. Desde entonces se convirtió en símbolo de Roma, y como tal fue inmortalizada en una estatua de bronce del siglo VI y en monedas acuñadas a partir del año 269.

Poco después pasó por allí un pastor llamado Fáustulo que recogió a los bebés y se los llevó a su mujer Larentia. Los pequeños se criaron precisamente en el emplazamiento de la futura Roma, en la colina del Palatino. (Según otra versión, esta Larentia era conocida con el nombre de Loba por su lujuria; el equivalente al despectivo «zorra» de nuestros días. Es la típica racionalización posterior de una leyenda que, personalmente, prefiero en su versión original).

Los gemelos recibieron los nombres de Rómulo y Remo. Cuando crecieron y descubrieron quiénes eran, marcharon a Alba Longa al frente de un pequeño ejército de pastores, mataron a Amulio y reinstauraron en el trono a su abuelo Numítor.

Con el tiempo, los dos gemelos, o al menos uno de ellos, deberían haberse convertido en reyes de Alba. Pero al percatarse de que su abuelo gozaba de buena salud y ese momento iba a tardar, decidieron fundar su propia ciudad. Los acompañaron los pastores que les habían ayudado a derrotar a Amulio, y también jóvenes de Alba Longa deseosos de aventuras o que, simplemente, no veían un futuro muy claro allí. Fundar otras ciudades con los excedentes de población era una práctica muy común por aquella época: al mismo tiempo que Rómulo y Remo partían de Alba, los griegos estaban instaurando sus primeras colonias italianas más al sur, en la región de Campania.

El lugar que eligieron Rómulo y Remo era el mismo donde el sirviente los había abandonado: las orillas del Tíber, a unos veinte kilómetros al noroeste de Alba Longa.

Las desavenencias entre ambos hermanos empezaron pronto. Rómulo quería fundar la ciudad en el monte Palatino, donde habían pasado su infancia. Remo prefería el Aventino, situado a menos de un kilómetro al sur. También se hallaba en juego quién impondría su nombre a la ciudad. Para decidir quién se llevaría el gato al agua, cada uno subió a su colina favorita. Quien más buitres avistase sería el ganador. Se trataba de la práctica conocida como augurio o auspicio: esta última palabra significa precisamente «contemplar aves».

Remo avistó seis buitres desde el Aventino. Más tarde, Rómulo divisó doce. Eso suscitó una discusión: Remo había sido el primero en recibir la señal de los cielos, pero Rómulo había visto más rapaces. Al final, Rómulo quedó como vencedor, le dio su nombre a la ciudad, Roma, y decidió que el núcleo fuera el Palatino.

Por desgracia, la disputa había enturbiado la relación entre ambos hermanos. Con un arado, Rómulo trazó el perímetro de la nueva ciudad e hizo levantar sobre el surco una muralla. Cuando todavía estaba a medio construir, Remo saltó sobre ella en señal de burla. Rómulo lo mató con una estaca y proclamó que ése sería el destino de quien volviera a saltarse los muros de Roma.

Todo esto ocurría, según la tradición, el 21 de abril del año 753 a.C. De este modo, el mismo acto de fundación de Roma estuvo manchado de sangre y violencia. La violencia en cuyo manejo los romanos se convertirían en auténticos expertos y que, junto con otras virtudes, los llevaría a dominar el mundo.

¿Es fiable la fecha? Las excavaciones arqueológicas demuestran que las colinas de Roma ya se encontraban habitadas hacia el año 1000, aunque parece que lo que allí había eran pequeñas aldeas separadas y formadas por humildes cabañas. A mediados del siglo VIII la población creció mucho y empezaron a construirse edificios e instalaciones urbanas en piedra, algo que podría deberse a que esas aldeas hubieran decidido unirse en una sola ciudad.

Eso contradice y a la vez corrobora la leyenda: Roma como tal debió aparecer más o menos en las fechas tradicionales, pero no surgió de la nada sino como agrupación de poblaciones que ya existían antes.

En cuanto al relato de Rómulo y Remo, contiene muchos elementos legendarios y folclóricos: la concepción divina (Perseo, Jesús, Eneas), el rey malvado que trata de evitar que los descendientes del derrocado se venguen (lo que hace Pelias con el héroe Jasón), un animal que salva a unos bebés abandonados (las palomas que cuidan a Semíramis), el canastillo en el río (así se salvaron Moisés o

Sargón de Akkad). Es más fácil pensar que Rómulo es un fundador mitológico creado a posteriori a partir del nombre de Roma y no al contrario. En cuanto a su relación con Alba Longa —cuyos restos todavía no se han localizado—, hay que tener en cuenta que esta ciudad era el principal centro religioso de los latinos, por lo que el hecho de que Rómulo y Remo descendieran de ella otorgaba más prestigio a Roma.

EL TÍBER Y LAS SIETE COLINAS

Se tratara de Rómulo y Remo o de pobladores que se asentaron poco a poco en el germen de la futura Roma, ¿por qué eligieron aquel emplazamiento?

El sitio escogido ofrecía diversas ventajas que en ciertos aspectos también eran inconvenientes. En primer lugar, estaba el río Tíber. El agua, aunque acarree ciertos riesgos, resulta imprescindible para la vida. Pero también es importante que las aguas fluyan para que no se estanquen: el estancamiento acaba provocando malos olores y enfermedades como disentería o paludismo.

Así pues, nada mejor que un río, que suministra agua corriente para beber y también para regar los cultivos. Además, sirve para librarse de los residuos. Incluso, si es lo bastante ancho y se puede navegar, funciona como vía de comunicación. Es lógico que las primeras civilizaciones importantes surgieran a orillas de ríos caudalosos, como ocurrió con Egipto y el Nilo o con Mesopotamia y el Tigris y el Éufrates.

El Tíber es el río más largo de la región central de Italia, con cuatrocientos kilómetros de longitud. No se trata precisamente del Amazonas, ni siquiera del Tajo. Pero hay que tener en cuenta la forma de Italia, una península estrecha y alargada, y dividida en el centro por la cordillera de los Apeninos: no hay espacio material entre las montañas y el mar para cursos de mil kilómetros o más.

Al llegar a la zona de Roma, el Tíber traza una curva en forma de C. Un poco por debajo de esa curva se halla la isla Tiberina, el lugar más seguro para cruzar el río. Allí se construyó con el tiempo el *pons Sublicius*, el primer puente de Roma.

Más al este, en la desembocadura del Tíber, había extensas marismas de las que se extraía abundante sal. La sal no se usaba sólo para condimentar las comidas, sino también para curtir pieles y preservar alimentos, y era tan apreciada que de su nombre deriva el término «salario».2 Por el cruce del río, en el emplazamiento elegido por los primeros colonos, pasaba un camino que se usaba para transportar esa sal desde la costa hacia el interior, al territorio de los sabinos; un camino que con el tiempo se convertiría en la vía Salaria.

En contrapartida de estas ventajas, el Tíber es proclive a las riadas. Las inundaciones las sufría sobre todo la explanada conocida como Campo de Marte, en la que apenas había edificios. El resto de la ciudad se salvaba gracias a otra característica que dio gran fama a Roma: las siete colinas.

Estas colinas no eran precisamente montañas, como pueden descubrir los lectores curiosos si visitan Roma con Google Earth y comprueban la altitud del terreno en cada punto. Pero resultaban lo bastante elevadas para proteger a sus habitantes de las crecidas del río y para ofrecerles un campo de visión amplio. Eso les permitía divisar a tiempo a cualquier enemigo que se aproximara: es la razón evidente por la que castillos, ciudadelas y fortalezas se construyen siempre en alto.

Al oeste, de norte a sur, se alzaban los montes Capitolio, Palatino y Aventino, el núcleo fundacional de la ciudad. Formando otra línea de elevaciones más al este se hallaban el Quirinal, el Viminal, el Esquilino y el Celio.

De todos estos montes, el Capitolio era el más pequeño. Pero también poseía las laderas más escarpadas, por lo que resultaba más fácil de proteger como una fortaleza natural. Fue allí donde se refugiaron los últimos defensores de Roma durante la invasión de los galos del año 387. En este cerro se construyó el templo al más importante de los dioses, Júpiter, que fue conocido como el Júpiter Capitolino. Junto a él se encontraba el Auguráculo, un templete donde los sacerdotes etruscos conocidos como augures seguían el ejemplo de los fundadores Rómulo y Remo observando el vuelo de las aves para vaticinar el futuro.

Al sur, junto al entrante de la curva del Tíber, se levantaba el Palatino, el más central de los montes y el lugar preferido por Rómulo para fundar la ciudad. La tradición romana acierta en esto, pues se han encontrado restos de edificios que datan más o menos del año 1000. En época antigua incluso se conservaba la choza de madera en la que, según contaban, había vivido el propio Rómulo.

Desde el Palatino se controlaba el cruce del río, lo que lo convertía en un punto estratégico, y también se dominaba el Foro. En su parte superior había una

explanada de unas diez hectáreas. Allí se encontraban las viviendas de los aristócratas. Más adelante los emperadores construyeron sus palacios, que ocuparon prácticamente toda la colina.

En cambio, el Aventino, situado más al sur, era un lugar más popular. En él se instalaron los colonos plebeyos que llegaron durante el reinado del cuarto monarca de Roma, Anco Marcio.

En cuanto a las otras colinas, en el Quirinal se asentaron los sabinos, de los que enseguida hablaremos. El Celio correspondió a los habitantes de Alba Longa, que se instalaron durante el reinado de Tulo Hostilio. En época republicana se alzaban en él lujosas moradas, como ocurrió también durante el Imperio, tras un terrible incendio en el año 27 d.C. En el Esquilino hubo un primitivo cementerio, pero más adelante Servio Tulio lo incluyó en el recinto de la ciudad, junto con el Viminal. Con el tiempo, Nerón levantaría en el Esquilino su gigantesco palacio, la *Domus Aurea*.

Aparte de las siete colinas, al otro lado del río se alzaba el Janículo, cuyo nombre deriva del importante dios Jano. Es más alto que las otras elevaciones, y hoy día es el punto que mejor panorama ofrece de toda la ciudad. En la Antigüedad servía como una especie de atalaya. Cuando la asamblea de centurias —los *comitia centuriata*— se reunía en el Campo de Marte, una bandera roja ondeaba en lo alto del Janículo. Si la bandera se arriaba, la asamblea se disolvía automáticamente. Como el Campo de Marte se hallaba extramuros, era una forma de evitar que los ciudadanos recibieran un ataque enemigo por sorpresa: el aviso de la bandera les daba tiempo para poner pies en polvorosa y refugiarse tras la muralla.

Esa bandera protagonizó una anécdota curiosa en el año 63 a.C. Los comicios centuriados estaban juzgando a un tal Gayo Rabirio, ya anciano, por su complicidad en un asesinato cometido casi cuarenta años atrás. Lo defendía el mismísimo Cicerón, el orador y abogado más célebre de Roma. Mas, pese a su elocuencia, Cicerón no logró convencer a los asistentes a la asamblea.

En realidad, lo que se ventilaba allí no era una especie de memoria histórica, sino la lucha política entre el senado y los llamados «populares», entre los que se encontraba Julio César. Los populares tenían más peso en los comicios y estaban decididos a condenar a muerte a Rabirio. Pero cuando iban a hacerlo, el pretor Metelo, que pertenecía al bando senatorial, ordenó que se bajara la bandera del Janículo. La sesión quedó automáticamente suspendida y Rabirio se salvó de la condena, ya que no podía ser juzgado dos veces por el mismo delito.

¿Por qué se mantenía esta costumbre en una época en que Roma era tan poderosa que no podía recibir ningún ataque por sorpresa? Los romanos eran muy conservadores y no abolían del todo ninguna institución ni costumbre, una característica común en los pueblos antiguos. Incluso cuando derrocaron la monarquía, mantuvieron una especie de rey simbólico, el *rex sacrorum*.

EL RAPTO DE LAS SABINAS

La nueva ciudad andaba muy corta de mujeres, lo que no le auguraba un porvenir muy largo. El senado, recién fundado por Rómulo, le aconsejó que pidiera a las ciudades de los alrededores jóvenes casaderas. Pero todos los vecinos rechazaron la petición.

Rómulo decidió entonces recurrir a un engaño. Celebró unos juegos en honor del dios Neptuno e invitó a los sabinos, un pueblo emparentado con los latinos que habitaba en la orilla oeste del río Tíber. Los sabinos acudieron en masa junto con sus familias. Mientras contemplaban el espectáculo, los romanos raptaron a las mujeres más jóvenes y se las llevaron a sus casas.

De momento, los sabinos regresaron a sus ciudades, pues habían dejado las armas para contemplar los juegos. Pero enseguida se organizaron como ejército y, guiados por su rey, Tito Tacio, sitiaron el monte Capitolio.

El asedio debía ser bastante relajado, porque permitía extrañas confraternizaciones. El jefe de la ciudadela era un tal Espurio Tarpeyo, que tenía una hija llamada Tarpeya.

(Existe cierta incoherencia en esto: ¿no quedamos en que los romanos no tenían mujeres? Pero los mitos y las leyendas suelen abundar en contradicciones, así que haremos la vista gorda).

Tarpeya, asomada a la muralla, se dedicaba a coquetear con los sitiadores. Al percatarse de que uno de ellos llevaba un brazalete de oro en la muñeca izquierda, le prometió que les franquearía el paso a la ciudad si todos los guerreros le entregaban al entrar lo que llevaban en el brazo izquierdo.

Cuando la joven abrió las puertas, los primeros en pasar la enterraron bajo

sus pesados escudos, que también cargaban en el brazo izquierdo, y la aplastaron. Después, su cadáver fue arrojado por un peñasco del Capitolio, que desde entonces fue conocido como Roca Tarpeya y por el que se despeñaba a aquellos que traicionaban a Roma. Los sabinos, como luego dirían los romanos de sí mismos, no pagaban a los traidores. A cambio, bien que se aprovechaban de sus servicios.

Tras la toma del Capitolio, sabinos y romanos se enzarzaron en una batalla en el valle que separaba este monte del Palatino. Las mujeres raptadas, que al parecer se habían encariñado de sus nuevos maridos, se interpusieron entre ambos bandos diciendo que no querían quedar viudas ni huérfanas.

Merced a la intervención de las féminas, Tito Tacio y Rómulo hicieron las paces y acordaron convertirse en un solo pueblo con dos reyes, tomando el nombre colectivo de Quírites. Tito Tacio tan sólo vivió cinco años, lo que evitó previsibles problemas entre ambos gobernantes.

En estos primeros tiempos, los romanos se organizaban de una manera peculiar. Había entre ellos tres tribus cuyos miembros se llamaban Ramnes, Tities y Luceres. El nombre de los primeros derivaba del propio Rómulo, el de los segundos del rey sabino Tito y el de los terceros de un caudillo etrusco que ayudó a Rómulo llamado Lucumón. Esta división podría ser la reliquia de una fusión entre elementos latinos, sabinos y etruscos, aunque —como todo en este periodo— es discutible.

LOS PRIMEROS REYES DE ROMA

Tras gobernar treinta y siete años, Rómulo murió, arrebatado por una tormenta repentina. Un tal Próculo aseguró que había visto cómo entre las nubes aparecía un carro alado manejado por su padre Marte, que se lo llevó a los cielos: se trata de otro típico motivo folclórico que aparece, por ejemplo, en la historia del profeta Elías. A partir de ese momento, Rómulo sería adorado como un dios más.

El siguiente rey, elegido por el pueblo, fue Numa Pompilio. Según la tradición fue él quien puso orden en la religión romana. Lo de orden es un decir. Aparte de los dioses que luego identificarían con los olímpicos griegos, había un

sinfín de divinidades exclusivamente romanas, a las que denominaban con nombres colectivos como indigetes y semones, por no hablar de los manes de los antepasados, los lares del fuego del hogar o los penates de la casa. Me imagino a los niños romanos aprendiéndose los nombres y atributos de todos sus dioses como los críos de ahora memorizan los de los Pokémon.³

En esta labor ayudaron a Numa los mismísimos dioses, pues una ninfa llamada Egeria le daba consejos en persona y, al parecer, le otorgaba otro tipo de favores.

En contraste con su antecesor Rómulo y su sucesor Tulo Hostilio, Numa fue un rey pacífico. La tradición cuenta que fue él quien hizo construir el templo de Jano, el dios bifronte. Este santuario estaba formado por dos arcos, uno de entrada y otro de salida, unidos por muros: en realidad, era muy parecido a un arco triunfal, pero más ancho y con puertas. Éstas se cerraban en tiempo de paz y se abrían cuando se declaraba una guerra. Durante los cuarenta y tres años del reinado de Numa permaneció cerrado, lo que demuestra su talante pacifista.

Conociendo el temperamento de los romanos, resulta muy difícil creer algo así: tras la muerte de Numa, el templo sólo se cerró en el año 235 a.C., tras la Primera Guerra Púnica, y en el 31 a.C., al comienzo de la larga paz de Augusto.

Jano era el dios de los límites y las puertas, que podía vigilar a la perfección gracias a que tenía dos caras opuestas. A él le estaba consagrado el mes de enero, *Ianuaris*.

Por aquel entonces, el año no empezaba con el mes de Jano, sino con el de Marte: *Martius* o marzo. Eso explica los nombres de los últimos meses de nuestro año, septiembre, octubre, noviembre y diciembre, que se corresponden con los ordinales séptimo, octavo, noveno y décimo.

Enero pasó a convertirse en el primer mes en el 153 a.C. Por aquel entonces, Roma andaba enfrascada en la conquista de Hispania. En el primer mes del año se elegía a los cónsules y se procedía al reclutamiento de las legiones, que luego había que adiestrar y enviar a los lugares donde eran necesarias. Mientras las guerras de los romanos se limitaron a Italia, todo iba bien. Pero cuando las legiones empezaron a combatir en escenarios más alejados, el proceso se alargaba demasiado y pasaba el verano, temporada bélica por excelencia. De modo que se adelantó el inicio del año oficial dos meses. Así que les debemos a nuestros belicosos antepasados hispanos que enero sea el primer mes del año: acordémonos de ellos la próxima vez que tomemos las uvas.

Hablando de gente belicosa, el tercer rey fue Tulo Hostilio, que gobernó del 673 al 642. Como su segundo nombre indica, se trataba de un soberano guerrero. El hecho más renombrado de su reinado fue la guerra contra la ciudad madre de Alba Longa. Para resolverla, romanos y albanos decidieron librar un duelo que más que singular habría que llamar triangular. Por los romanos combatieron los tres hermanos Horacios y por los albanos otros tres, los Curiacios.

Ante las miradas expectantes de los guerreros de Roma y Alba, los duelistas se acometieron. Tras el primer asalto, dos de los hermanos Horacios cayeron muertos. Sólo quedaba un romano contra tres enemigos, pero gozaba de una ventaja: él había quedado ileso, mientras que los otros habían recibido heridas de diversa gravedad. El superviviente, llamado Publio, dio la espalda a sus adversarios y huyó, lo que provocó el júbilo de los albanos y el desánimo y los abucheos de sus compatriotas romanos.

En realidad, se trataba de una astuta táctica. Los Curiacios emprendieron la persecución del único romano superviviente. Como cada uno se encontraba más o menos impedido por las heridas, se fueron distanciando entre sí. Al cabo de un rato, Publio Horacio se dio la vuelta y se enfrentó al primero de los Curiacios. Éste fue el duelo más difícil, pero consiguió matarlo. Después, dar cuenta del segundo resultó mucho más sencillo, y al tercero prácticamente lo sacrificó segándole el cuello con la espada como a una víctima en el altar.

La historia no termina aquí. El epílogo demuestra el duro carácter de estos romanos de los primeros tiempos. Cuando Publio llegó a casa con los despojos de los tres enemigos, su hermana rompió a llorar, pues estaba prometida a uno de los tres Curiacios y había reconocido el manto que ella misma le tejió. Publio, que tenía que enterrar a dos hermanos, montó en cólera y la mató con la espada, exclamando: «¡Que perezca así toda mujer romana que llore a un enemigo!».

El propio Publio sólo se salvó de la ejecución por intercesión de su padre, que no quería perder a sus cuatro hijos el mismo día.

Esta historia se suele considerar legendaria. Pero el núcleo central, la forma de resolver un conflicto por duelo, no es en absoluto inverosímil, y revela mucho sobre el carácter de los romanos. Más adelante hablaremos sobre otros duelos y sobre la forma de ganar los *spolia opima*, la condecoración más valiosa que concedía el Estado.

Resuelto el conflicto con la victoria de Publio Horacio, Alba Longa aceptó el resultado del duelo y se convirtió en una ciudad vasalla de Roma. Sin embargo, este arreglo duró poco. Los albanos estaban obligados a apoyar a los romanos en su lucha contra los etruscos de Veyes, pero los abandonaron en plena batalla. La venganza de Tulo Hostilio fue ejecutar al rey de Alba, destruir la ciudad y trasladar a todos sus habitantes a Roma, lo que duplicó su población.

Los inmigrantes albanos se instalaron en el monte Celio, y sus descendientes formarían parte de familias patricias como los Servilios, los Quintos o los propios Curiacios. Con el tiempo, la más ilustre de estas familias o *gentes* —en singular *gens*— sería la Julia. Con mucho tiempo, debo añadir, pues no fue hasta el siglo I a.C. cuando uno de sus miembros pasó a la posteridad. Por supuesto, hablo de Julio César..., pero ésa es otra historia que será narrada en su momento.

Tras la muerte de Tulo Hostilio, los romanos eligieron a Anco Marcio (obsérvese que hablamos de una monarquía electiva y no hereditaria). A él se le atribuye la construcción del primer puente sobre el Tíber, el *pons Sublicius*, construido al sur de la isla Tiberina, en la zona por la que pasaba la ruta tradicional desde las marismas de sal.

Este puente se llamaba así porque era sólo de madera (*sublica* significa «pilar de madera»). Por mandato religioso, no podía tener ninguna pieza de metal. Algo que recuerda a la prevención que las hadas, gnomos y otras criaturas mágicas sienten contra el hierro en el folclore tradicional. Como es de suponer, hubo que reconstruirlo muchas veces por las crecidas del río, y también porque la tablazón se pudría con la humedad y el paso del tiempo. Para los romanos los puentes poseían una gran importancia religiosa. Como prueba, el título que recibía su principal sacerdote: *pontifex maximus*, pontífice máximo o «sumo hacedor de puentes».

También se atribuye a Anco Marcio la instalación de nuevos colonos en el monte Aventino. Pero éstos no recibieron la misma consideración social ni los mismos derechos que los fundadores originales, y se convirtieron en los plebeyos. Al menos, eso contaba la tradición. La distinción entre patricios y plebeyos era bastante complicada, pero hablaremos de ella con más detalle al comentar las instituciones de la República.

LOS REYES «ETRUSCOS»

Cuando murió Anco Marcio, los romanos eligieron como nuevo rey a Tarquinio, un inmigrante llegado de la ciudad etrusca de Tarquinia. Según Tito Livio, su nombre original era Lucumón. Algo que suena sospechoso, pues «lucumón» es la denominación que recibían ciertos gobernantes etruscos. Así que nos quedaremos simplemente con Tarquinio, que también era un nombre de ilustre prosapia etrusca.

Según la leyenda, Tarquinio entró en Roma montado en un carro y acompañado por su mujer Tanaquil y por un gran grupo de seguidores y partidarios. Hasta aquí todo parece bastante normal. Pero cuando estaban en el monte Janículo, a punto de cruzar el río, un águila le quitó el gorro, se dio una vuelta con él por los aires y después se lo puso de nuevo. Tanaquil, versada en la ciencia etrusca de los augurios, le dijo a su marido que era señal de que alcanzaría los máximos honores: el águila siempre ha sido el ave de la realeza y el gesto implicaba una coronación que finalmente se produjo.

Como rey, Tarquinio llevó a cabo grandes obras públicas. Una de ellas fue la Cloaca Máxima. Autores como Dionisio de Halicarnaso o Plinio el Viejo la consideraban una de las mayores maravillas de la ciudad. «¿Una alcantarilla?», podríamos preguntarnos. Lo cierto es que sí. Para los humanos, el agua es al mismo tiempo una bendición y una maldición. La necesitamos fresca, limpia y con un caudal controlado, y nos queremos librar de ella cuando está sucia, huele mal o es demasiado abundante.

En su origen, los romanos no construyeron la cloaca para evacuar aguas residuales, sino para desecar las zonas bajas entre las siete colinas. Durante los meses más lluviosos, estos valles se convertían en auténticos pantanos, hasta el punto de que los primeros habitantes de Roma utilizaban transbordadores para pasar de un monte a otro. Donde luego se levantaría el Foro no había más que agua, cañas y mosquitos que propagaban la malaria.

La Cloaca Máxima atravesaba el valle del Velabro entre el Capitolio y el Palatino y desembocaba en el Tíber. Por aquel entonces, era una gran zanja al aire libre, y los viandantes debían tener cuidado para no caer dentro de ella.

Según la tradición, Tarquinio obligó a los romanos a trabajar por la fuerza, hasta el punto de que algunos prefirieron suicidarse antes que seguir excavándola. (Al leer esto, uno se pregunta si la cloaca venía ya con miasmas y excrementos de serie y por eso era tan insoportable trabajar en ella). Como represalia, Tarquinio hacía crucificar a los suicidas después de muertos para que los demás vieran cómo los pájaros se comían sus cadáveres. Al menos, eso cuenta Plinio el Viejo. Como Casio Hemina atribuye la misma crueldad a Tarquinio el Soberbio, habrá que pensar que se trata de una leyenda debida a la mala prensa que tuvieron ambos monarcas.

Con el tiempo, los romanos cubrieron y enterraron por completo la cloaca y le añadieron una red de alcantarillas que atravesaban toda Roma. En su parte principal, la Cloaca Máxima medía mil seiscientos metros de longitud y más de cuatro metros de altura por tres de anchura, de tal manera que, como comenta Plinio, podía conducirse una carreta por su interior. No en carro, sino en bote de remos, las inspeccionó personalmente Agripa cuando fue edil en el año 33 a.C. La Cloaca Máxima continuó usándose durante todo el Imperio y mucho después, e incluso hoy día sigue utilizándose en parte.

Como curiosidad, la Cloaca Máxima poseía su propia patrona, una diosa llamada Cloacina que con el tiempo fue identificada con Venus. Puede chocar imaginarse a la diosa de la belleza, tan coqueta ella, encargándose del sistema de alcantarillado de Roma. Pero Cloacina era una diosa de la pureza y para purificar hay que limpiar primero.

Junto a la desembocadura de la Cloaca Máxima abundaba un tipo de pez que se alimentaba de los desechos de la alcantarilla, apreciado como un auténtico manjar. Hay que añadir que los gustos culinarios de los romanos eran muy peculiares. Uno de sus condimentos favoritos era el celebérrimo *garum*, una salsa obtenida a partir de entrañas y restos de pescado fermentados al sol. Lo consideraban una exquisitez y lo pagaban a precio de oro, pero el olor que debía desprender es fácil de imaginar.

Según la tradición, Tarquinio también hizo construir el Circo Máximo, un estadio para carreras de carros de más de seiscientos metros de longitud, y también el primer gran templo de Júpiter Capitolino. En suma, fue él quien empezó a convertir Roma en una auténtica ciudad.

Debido a que procedía de una ciudad de Etruria, se ha interpretado a menudo que durante su reinado y el de sus dos sucesores, Servio Tulio y Tarquinio el

Soberbio, los etruscos dominaron Roma. Según esa teoría, estos tres monarcas habrían sido más bien una especie de virreyes.

No tuvo por qué ocurrir así. Existía en aquel entonces una gran movilidad social, pero en horizontal más que en vertical, lo cual significa que individuos y grupos enteros de la élite podían mudarse a otras ciudades sin perder su estatus. Eso se debía en buena parte a que dichas élites se relacionaban entre sí por pactos matrimoniales y de hospitalidad. No es necesario interpretar el hecho de que Tarquinio y sus partidarios se instalaran en Roma como una invasión.

Lo que resulta innegable es que durante estos años hubo una gran influencia etrusca en Roma. Ya hemos mencionado varias veces a los etruscos. ¿Quiénes eran?

Los griegos llamaban a los etruscos «tirrenos» y aseguraban que provenían del reino de Lidia, en Asia Menor. Sin embargo, parece claro que era una cultura que se desarrolló de forma autóctona en la comarca conocida hoy día como Toscana, al norte de Roma. Esta cultura, que se denominaba a sí misma *Rasenna*, floreció en el siglo VII y llegó a su apogeo en el VI, precisamente cuando los reyes etruscos gobernaron en Roma.

Lo que definía como tales a los etruscos, por oposición al resto de las etnias itálicas, era su misterioso lenguaje, un idioma que no pertenecía a la familia indoeuropea y que hoy día se va descifrando muy poco a poco.

Los etruscos nunca se unificaron políticamente, sino que siguieron divididos en ciudades estado como Veyes, Tarquinia, Clusio o Volterra. Más que pensar que los etruscos como entidad colectiva conquistaron Roma, podríamos pensar que durante un tiempo Roma fue, en cierto modo, una ciudad etrusca o al menos semietrusca.

Los propios romanos de siglos posteriores eran muy conscientes de cuánto debía su cultura a los etruscos. A su vez, los etruscos estaban muy influidos por los griegos. Muchas de sus estatuas muestran rasgos en común con las esculturas griegas de la época. Sobre todo, los ojos almendrados y la característica curvatura de los labios conocida como «sonrisa arcaica» cuando hablamos de arte helénico, pero también como «sonrisa etrusca».

Volviendo a la influencia de este pueblo en Roma, los templos con triple cella o santuario interior, como el de Júpiter Capitolino, seguían el diseño típico de los etruscos. Otro elemento arquitectónico romano heredado de los etruscos era el *atrium*, un amplio recibidor con una abertura en el techo por la que el agua de la

lluvia se colaba en un pequeño estanque llamado *impluvium*.

De los etruscos procedían buena parte de las prácticas religiosas romanas, como el culto a los muertos o la adivinación a la que tanta importancia daban. De hecho, los augures instalados en un pequeño edificio junto al templo de Júpiter Capitolino eran etruscos. De Etruria había llegado también una práctica tan romana como los juegos de gladiadores, que empezaron en las ciudades etruscas como un homenaje que se celebraba en los funerales de los guerreros muertos.

Además, los romanos les debían a los etruscos el alfabeto. Ellos lo habían tomado a su vez de los griegos,⁴ a través de la ciudad de Cumas, una colonia helénica situada al noroeste de Nápoles y muy célebre por la sibila o adivina que vaticinaba el futuro en ella.

EL ALFABETO

El alfabeto clásico de los romanos tenía veintiuna letras: A B C D E F G H I K L M N O P Q R S T V X. En aquella época se escribía tan sólo en mayúsculas, lo que explica que nuestras mayúsculas y las del griego se parezcan más que las minúsculas: digamos que las mayúsculas latinas y las griegas son hermanas, mientras que las minúsculas ya son primas, parientes todavía, pero con menos rasgos comunes.

Hay que señalar que los romanos no distinguían en la escritura entre U y V, cosa que sí solemos hacer nosotros en las ediciones de textos latinos. La expresión «soy ciudadano romano», por ejemplo, *Cives romanus sum*, se escribiría de forma más correcta *Ciues romanus sum*, pronunciando la primera palabra «kiues».

Durante los primeros siglos, los romanos, también por influencia etrusca, no diferenciaban en la grafía entre C y G. La letra G se introdujo en el siglo III a.C., pero se siguió utilizando en abreviaturas. Así escribían C. para el nombre que en su forma completa era *Gaius*, o Gayo para nosotros. Debido a esa vacilación, en nuestros libros de historia podemos leer Cayo Julio César o Gayo Julio César, y Cneo Pompeyo o Gneo Pompeyo. Parece que, al menos en época clásica, ambos nombres se pronunciaban con G.

En cuanto a otras letras que faltan, la Y y la Z se introdujeron en el siglo I a.C. para representar sonidos griegos. La W, y la J y la U como variantes de la I y la V aparecieron ya mucho después de la caída de Roma.

Tarquino Prisco murió asesinado en el 578, después de gobernar durante treinta y siete años. Como estamos comprobando, los reinados de estos monarcas fueron muy largos: entre los siete reyes cubren dos siglos y medio.

Si comparamos con los primeros doscientos cincuenta años del imperio romano, comprobamos que en ese periodo gobernaron dieciséis emperadores, sin contar con los numerosos usurpadores. ¿Por qué duraban tanto los reyes, treinta y cinco años de promedio contra los quince de los césares? Muchos de éstos morían asesinados, pero lo mismo ocurrió con varios reyes, así que la respuesta no puede ser que existía más estabilidad política.

Lo más probable es que las fechas sean erróneas. Para empezar, Rómulo es un personaje legendario. Salta a la vista por su nacimiento, por su nombre —«niño de Roma»— y por el relato de su ascensión a los cielos. Los demás soberanos probablemente son históricos, pero resulta difícil aceptar reinados tan largos. Todo se arreglaría comprimiéndolos y acercándolos en el tiempo, de modo que la monarquía en su conjunto habría durado un siglo menos. En cualquier caso, mientras no haya acuerdo entre los estudiosos para corregir la datación, seguiré ofreciendo a los lectores las tradicionales.

A Tarquino Prisco lo sucedió su yerno Servio Tulio. La posteridad contó muchos prodigios de él. Por ejemplo, se decía que su madre Ocrisia, esclava de la reina Tanaquil, lo había concebido con un dios, del que algunos aseguraban que era Vulcano. La historia es bastante escabrosa. Según Plutarco, cuando la joven iba a depositar unas ofrendas en el fuego, surgió de las llamas un falo volador. Sobre el resto correremos un tupido velo, pero el caso es que según la leyenda así nació Servio Tulio, cuyo primer nombre implicaría que era hijo de una *serva*, una esclava.

Otro portento que señaló el grandioso futuro de Servio Tulio se presentó cuando dormía, en forma de corona luminosa que rodeaba su cabeza, algo que los testigos interpretaron como indicio de favor divino.

Prescindiendo de adornos mitológicos, a Servio Tulio se le atribuyen muchas reformas, probablemente más de las que llegó a realizar. Por ejemplo, se afirmaba que fue el primero en decretar un *census*.

El censo era un registro oficial de los habitantes de Roma. Al principio se encargaban de él los reyes, después los cónsules y desde el año 443 unos magistrados creados para este fin y denominados censores. Cada ciudadano se apuntaba con su nombre completo y el de su padre, su edad, su oficio, su

patrimonio y su domicilio. Sólo se inscribía a los varones libres y adultos. Por eso, cuando se utiliza el censo para calcular la población de Roma en un momento determinado hay que hacer ciertas extrapolaciones.

Por ejemplo, tomemos el censo del año 234 a.C., que, según Tito Livio, dio como resultado doscientos setenta mil setecientos trece ciudadanos varones. (No hablamos sólo de la ciudad de Roma, sino de sus territorios). Lo lógico es que contemos otras tantas mujeres, lo que eleva la cifra a quinientos cuarenta mil. Pero ¿cuántos niños? ¿Y esclavos? La cifra total de habitantes del territorio romano podría ascender a setecientos cincuenta mil o incluso a un millón según las proporciones que aceptemos.

¿Por qué no inscribían a todo el mundo? El censo romano no pretendía ser un estudio demográfico. Su función era clasificar a las personas para que pagaran impuestos, sirvieran en el ejército y votaran. Basándose en la información que daba cada uno, los censores inscribían a los ciudadanos en tribus por su domicilio, y en centurias por su edad y su patrimonio. Cuando hablemos de los *comitia tributa* y los *comitia centuriata* veremos cómo se aplicaba esta división a la política cotidiana.

Una vez terminado el proceso, se celebraba un sacrificio de purificación, el *lustrum*. Como el censo se registraba cada cinco años, llamamos «lustrum» a un periodo de cinco años —pero la raíz original significa «limpiar», como en la expresión «dar lustre».

La reforma de Servio Tulio permitió aumentar el número de ciudadanos disponibles para el ejército. Se cree que también durante su reinado los romanos adoptaron la táctica hoplítica. Ésta se había extendido en el mundo griego desde principios del siglo VII y había llegado a las ciudades etruscas hacia el año 650.

Hasta entonces, los romanos habían peleado como los héroes de la *Ilíada*, enfrentándose en duelos individuales para despojar al enemigo y acompañados por bandas de partidarios armados. Era un tipo de lucha muy desorganizado, en el que primaban la fuerza y la habilidad individuales.

En cambio, en la táctica hoplítica los guerreros formaban en filas ordenadas y compactas. Estaban protegidos con escudos, yelmos y corazas, y a veces también con grebas. Su armamento ofensivo consistía en una lanza y, como recurso secundario, una espada o puñal.

Los hoplitas combatían sin salir de la fila, cubriéndose unos a otros con los escudos. Era una forma de combatir que no exigía demasiado adiestramiento individual, aunque sí valor y disciplina. Servía para estrechar los lazos entre los ciudadanos, ya que éstos dependían unos de otros en el combate. Si alguien arrojaba el escudo y huía o, por el contrario, se adelantaba de la fila para abalanzarse sobre el enemigo llevado por el ardor del combate, podía poner en peligro a todos los demás.

En la época de los reyes, el ejército romano constaba de una sola legión. En realidad, la palabra *legio*, derivada de una raíz que significa «escoger» —por lo que querría decir «selección»— se aplicaba al ejército en su conjunto.

A finales de la época monárquica, Roma tenía unos treinta y cinco mil habitantes, y podía movilizar hasta seis mil soldados de infantería pesada. Puede no parecer una cifra espectacular, pero para los estándares de la Antigüedad era más que considerable. De todos modos, con el tiempo, Roma multiplicaría sus efectivos militares merced a las conquistas y al crecimiento de la propia ciudad. Eso la convirtió en una potencia con una capacidad de movilizar ejércitos que ningún enemigo conseguiría superar. Pero no adelantemos acontecimientos.

Sin salirnos de lo militar, también se atribuía a Servio Tulio la construcción de una gran muralla. El llamado muro Serviano tenía once kilómetros de perímetro, más de ocho metros de altura y cuatro de espesor. Estaba construido en toba volcánica extraída de la llamada Grotta Oscura, una cantera situada junto a la ciudad de Veyes. Eso demuestra que la construcción de esta muralla es posterior a Servio Tulio: Veyes no cayó en poder de los romanos hasta el año 396.

En realidad, el muro debió construirse hacia el 378, después de que la ciudad fuera asaltada por los galos. De haber existido antes, los saqueadores no habrían podido entrar. Seguramente la Roma de los reyes tenía empalizadas y terraplenes defensivos, pero no un perímetro amurallado completo.

En el año 534, Servio Tulio fue asesinado. Sus reformas estaban enojando a los patricios, que empezaban a nacer por aquel entonces como clase de poder. En cualquier caso, el hombre que instigó el crimen sería todavía más perjudicial para los intereses de los patricios. Se trataba de Tarquinio el Soberbio. Con ese apodo, ya podemos imaginar que no fue demasiado querido por la posteridad.

Según algunos historiadores romanos era hijo de Tarquinio Prisco. Sin

embargo, éste había muerto en el año 579, cuarenta y cinco años antes de que su hijo se convirtiera en rey. Se antoja demasiada diferencia, así que o modificamos las fechas, como ya comenté antes, o aceptamos otras versiones que aseguran que se trataba de su nieto.

Durante el reinado de Tarquinio, se presentó ante él una sibila o profetisa que le ofreció nueve libros escritos en hojas de palma. Contenían oráculos e instrucciones que podrían servirle para aplacar la ira de los dioses cada vez que una desgracia cayera sobre la ciudad. Pero el precio que pidió la sibila era tan exorbitante que Tarquinio se negó a pagar.

Entonces la mujer hizo algo sorprendente. No sólo no bajó el precio, sino que quemó tres de los nueve libros y pidió la misma cantidad por los seis restantes. A Tarquinio le seguía pareciendo muy caro, y volvió a rechazar la oferta. La sibila destruyó otros tres y mantuvo el precio.

Al parecer, sólo entonces se dio cuenta Tarquinio de que aquellos libros debían de ser muy valiosos. Si en verdad la sibila veía el futuro, debía haber atisbado en él las leyes de la oferta y la demanda postuladas por Adam Smith o David Ricardo: al reducir la oferta de libros, aumentó la demanda de Tarquinio. ¡Una manipulación psicológica genial!

El rey pagó por los tres libros que quedaban e hizo que los guardaran en un arcón de piedra, en el sótano del templo de Júpiter Capitolino. Y, efectivamente, cada vez que Roma se vio en apuros, los magistrados encargados de su custodia, que empezaron siendo dos y llegaron a quince, los consultaban para saber qué se debía hacer.

A veces, la respuesta que ofrecían los libros era que la ciudad necesitaba introducir un nuevo culto a un dios extranjero, como pasó con Cibele durante la Segunda Guerra Púnica. En otras ocasiones, la medida que se debía tomar era mucho más drástica: en esa misma guerra, en el año 216, los romanos enterraron vivos a dos galos y dos griegos de ambos sexos en el Foro. Pero, en general, lo que descubrían en los libros sibilinos era que habían descuidado alguna tradición, y trataban de restaurarla para devolver el equilibrio en las relaciones entre hombres y dioses.

Apenas empezó a reinar, Tarquinio dio las primeras muestras de su talante despótico. Tras ejecutar a varios senadores por apoyar al asesinado Servio Tulio, se

negó a cubrir sus vacantes. La impresión que da es que gobernó como un auténtico tirano.

Pero debemos entender la palabra «tirano» en su acepción griega. Los tiranos eran autócratas que, aunque solían proceder de las filas de la aristocracia, se apoyaban en las clases medias y humildes para subir al poder y después las favorecían con sus medidas. Lógicamente, no eran muy queridos entre los nobles, que trataban de derrocarlos.

En Atenas ocurrió algo similar por estas mismas fechas. En el año 510, el tirano Hipias fue desterrado por una revuelta que en su origen era aristocrática. Sin embargo, los acontecimientos tomaron un rumbo imprevisto cuando un noble, Clístenes, no sólo se alió con las clases más humildes como habían hecho los tiranos originarios, sino que directamente les entregó el poder con una serie de reformas de las que nació la célebre democracia ateniense.

Aunque en Roma se produjo una revuelta parecida, a la larga el desenlace fue muy diferente. Los hechos son tan dramáticos que Shakespeare se basó en ellos para su tragedia *La violación de Lucrecia*. De nuevo, es difícil saber dónde acaba la historia y dónde empieza la leyenda.

El ejército de Tarquinio estaba asediando la ciudad de Ardea. Sexto Tarquinio, hijo del rey, empezó a discutir con su primo Colatino cuál de los dos tenía la mujer más virtuosa. Para comprobarlo por sí mismos, decidieron montar a caballo y visitarlas sin avisar y de incógnito. Primero fueron a Roma y encontraron a la mujer de Sexto en un banquete.

Después, los dos primos acudieron a la villa de Colacia, donde vieron a Lucrecia, la mujer de Colatino, tejiendo con sus esclavas. Desde el punto de vista romano, saltaba a la vista que la más virtuosa era Lucrecia.

Para desgracia de la joven, Sexto se encaprichó de ella. Días después, el hijo del rey volvió a Colacia, donde Lucrecia lo acogió como huésped. Sexto le confesó su pasión y al mismo tiempo la amenazó con una espada. Ni siquiera así pudo conseguir que la esposa de su primo cediera, de modo que llevó la amenaza un paso más lejos. Si no se acostaba con él, le dijo, después de degollarla asesinaría también a un esclavo y lo tumbaría desnudo junto a ella en la cama para alegar que los había matado al sorprenderlos en adulterio. Lucrecia, ya muerta, no podría defender su honor y su memoria quedaría mancillada.

De ese modo consiguió que Lucrecia se rindiera. Pero después la joven hizo venir a su padre y a su esposo, que acudieron acompañados por su amigo Lucio

Junio Bruto. Les contó lo sucedido y añadió: «Sólo mi cuerpo ha sido violado. Mi alma sigue pura, y mi muerte lo testificará». Tras pedirles que la vengaran, sacó un puñal que llevaba escondido y se mató.

Con su muerte, Lucrecia se convirtió en el modelo de matrona romana: trabajadora, encerrada en casa y heroica a la hora de defender su castidad. Bruto juró sobre su cadáver que no cejaría hasta expulsar a toda la familia de Tarquinio el Soberbio, y que se aseguraría de que nadie volviera a reinar en Roma.

Después de esto, Bruto se dirigió a Roma y contó a sus habitantes lo sucedido. Los romanos se indignaron tanto que, cuando Tarquinio llegó con sus hijos, se encontraron con las puertas de la ciudad cerradas. Aunque lo intentó varias veces, Tarquinio no volvería a entrar en Roma.

Según la tradición, el pueblo juró que jamás se dejaría a dejarse gobernar por un rey. Ése fue el origen de la República.

II

LA REPÚBLICA ROMANA: FUNCIONAMIENTO

P

Para los romanos, el término *res publica* significaba «cosa o asunto público», y podía referirse al conjunto de intereses colectivos que nosotros traduciríamos como Estado. En ese sentido, en época imperial todavía seguían hablando del «bien de la república».

Sin embargo, desde el punto de vista histórico, denominamos República al periodo que abarca desde la expulsión de Tarquinio el Soberbio en 509 a.C. hasta el 29 a.C., año en que Octavio se convirtió en amo indiscutible de la política

romana con el título de Augusto. Pero Octavio, por prudencia, nunca se hizo llamar *rex*: el juramento que había hecho Bruto en nombre de todos los romanos —no aceptar jamás a otro rey— conservó su fuerza simbólica a través de los siglos.

Para comprender cómo esta República se convirtió en la mayor potencia del mundo occidental, conviene que conozcamos algo sobre su funcionamiento. Hablamos de casi cinco siglos de historia. Hay que entender que las magistraturas y las asambleas sufrieron cambios y evoluciones. Por no embrollar a los lectores, procuraré simplificar lo más posible. El panorama que voy a presentar es el de la República ya avanzada y consolidada. Lógicamente, no nació así el mismo día de su proclamación.

La República heredó muchas instituciones de los tiempos de la monarquía. Como se suele decir de las madres, los romanos nunca tiraban nada. En realidad, ésa constituía una característica común de los pueblos antiguos, que solían ser muy respetuosos con sus tradiciones. Pero los romanos llevaron ese rasgo de su personalidad más lejos que nadie. Su respeto por las costumbres de los antepasados, la *mos maiorum*, era tanto que otros pueblos lo tildaban de superstición.

¿Quiere eso decir que los romanos jamás innovaban? No. Continuamente creaban o reformaban las magistraturas, las asambleas y los tribunales, y en lo relativo a la guerra no tenían reparo en adoptar las armas de otros pueblos. Pero no abolían nada de lo anterior; como mucho, reducían las competencias de las viejas instituciones hasta convertirlas en simbólicas. Sólo que para ellos el poder de lo simbólico se elevaba a magia.

Por conservar, conservaron hasta el título de rey para un caso muy especial: el *rex sacrorum* o rey de lo sagrado. Este *rex*, siempre un patricio, servía de por vida como sacerdote y no podía desempeñar ningún otro cargo. Sus funciones eran puramente religiosas, como hacer sacrificios en las calendas y anunciar los días de fiesta en las nonas de cada mes.⁵ En cuanto al poder militar y político de los antiguos reyes, había pasado a los cónsules.

PATRICIOS Y PLEBEYOS

Antes de hablar de los cargos públicos y las asambleas, tenemos que referirnos a la distinción social entre patricios y plebeyos. Se trata de una cuestión que ha hecho correr no ya ríos, sino océanos de tinta. En un nivel muy básico, más bien tosco, existe la creencia de que los patricios eran los nobles, la clase alta y adinerada, y los plebeyos el pueblo llano, la gran masa de gente humilde.

La cuestión resulta mucho más complicada. Veamos primero quiénes eran los patricios.

Etimológicamente, el término deriva de *pater*, «padre», pues los patricios se decían descendientes de los *patres*, los fundadores de la ciudad que formaron el primer senado con Rómulo, una cámara de ancianos notables que tan sólo constaba de cien miembros.

Consideremos histórico a Rómulo o no, los patricios descendían de las familias que desde los primeros tiempos intentaron acaparar los principales cargos, tanto políticos como religiosos. En esa lucha de poder se enfrentaron a los últimos reyes, y fueron ellos quienes expulsaron a Tarquinio el Soberbio y propiciaron el nacimiento de la República. Durante el primer siglo de su existencia, prácticamente monopolizaron los cargos. Entre 509 y 483, los patricios ocuparon el 79 por ciento de las magistraturas. Desde 482 hasta 401 la proporción fue mucho más escandalosa: el 95 por ciento.

En su origen, las familias patricias poseían tierras y riquezas, y la mayoría de ellas las conservaron durante los siglos de la República. Pero también hubo algunas que se empobrecieron y se hundieron en la oscuridad con el paso del tiempo, o que tuvieron que emparentar con familias plebeyas adineradas para acrecentar sus ingresos.

Tal fue el caso de Sila, de la ilustre familia de los Cornelios, que sufrió penurias en su juventud y vivió entre actores, prostitutas y danzarines, personajes que no eran precisamente la compañía más estimada por los miembros de su clase. (Sila acabaría convirtiéndose en dictador y defendiendo los derechos de la clase superior contra el pueblo llano: se ve que no guardaba buen recuerdo de sus años de pobreza).

En cuanto a los plebeyos, el término es más vago. La raíz de la palabra aparece en el griego *plêthos*, «mayoría, muchedumbre», y en el verbo latino *compleo*, «llenar, completar», por lo que parece referirse al pueblo tomado en su conjunto.

En realidad, los plebeyos se definían por oposición: se llamaba plebeyos a quienes no eran patricios. Los patricios formaban una clase bastante homogénea. Rivalizaban entre sí por los honores y los cargos públicos, pero cerraban filas contra los demás y defendían sus privilegios con uñas y dientes si sospechaban que podían perderlos. Al principio, incluso se trataba de una clase endogámica: el matrimonio legítimo sólo podía celebrarse entre patricios, hasta que la *lex Canuleia* en el año 445 permitió las bodas legales entre patricios y plebeyos.

En cambio, la clase plebeya formaba una nube mucho más difusa y sus intereses eran variados. En la llamada «lucha de los órdenes», el largo conflicto que los enfrentó contra los patricios durante los primeros siglos de la República, los plebeyos debatieron e incluso pelearon por cuestiones muy distintas.

Es lógico: entre ellos había personas más adineradas que querían acceder a los cargos públicos en igualdad de condiciones con los patricios. Lo consiguieron en 367, con la promulgación de las *leges Liciniae Sextiae*, que estipulaban que al menos uno de los dos cónsules debía ser plebeyo. Con el tiempo, el resto de los cargos dejaron de ser monopolio de los patricios, incluidos los religiosos: en el año 254 se nombró el primer pontífice máximo plebeyo, Tiberio Coruncanio.

Pero dentro de los plebeyos, aquellos que podían optar a los cargos públicos constituían una minoría, tan sólo la cúspide de la pirámide. A los más humildes, los que vivían cerca de la frontera entre la subsistencia y la miseria, les inquietaban otras cuestiones distintas de las magistraturas.

Sobre todo, les preocupaban el precio de los alimentos, el reparto de tierras y la cancelación de las deudas. Éstas no eran como para tomárselas a broma: el deudor que no pagaba lo que debía podía acabar vendido como esclavo.

¿Por qué contraía alguien débitos que luego no podía pagar? Parece una cuestión muy actual en esta crisis que vivimos, con países enteros entrampados hasta las cejas y un nivel de endeudamiento privado y familiar que está poniendo en peligro nuestras economías.

Muchas de las deudas de hoy día se adquieren para consumir. En la antigua Roma se trataba de una cuestión de supervivencia. Las cosechas podían fallar en cualquier momento, debido a una sequía, un pedrisco o una helada extemporánea. También se perdían por culpa de la guerra: los ejércitos solían devastar los cultivos del adversario o los recolectaban en su propio beneficio y consumían el grano o se lo llevaban.

En los primeros tiempos de la República, desde 508 hasta 384, se produjeron

catorce grandes escaseces de alimentos, tan graves que las autoridades tuvieron que adquirir provisiones en Campania y Sicilia a cargo del erario para evitar la hambruna.

La razón es que durante esta época los romanos sufrieron varios reveses militares, y los enemigos arrasaron sus cosechas o se las llevaron. En cambio, a partir del año 384, Roma consiguió que los campos de batalla se encontraran cada vez más lejos de su territorio y que los cultivos devastados o saqueados fueran los de sus adversarios. En general, los romanos lo tenían muy claro: la guerra se hacía en territorio enemigo y servía para saquear, no para ser saqueado.

En estos periodos de escasez, los dueños de grandes tierras, como los patricios y también los plebeyos más adinerados, podían resistir mejor las calamidades gracias a las reservas que almacenaban en sus graneros. Pero los campesinos que poseían parcelas pequeñas eran mucho más vulnerables. Si se perdía una cosecha, no les quedaba más remedio que pedir grano prestado a sus vecinos más ricos para dar de comer a su familia y también para sembrar la cosecha siguiente.

Lo más fácil era que luego no pudieran devolver ese grano y la deuda se acumulara año tras año. En muchos casos, esos pequeños propietarios se convertían en trabajadores en los campos de los grandes terratenientes. En otros, sus acreedores directamente los vendían como esclavos..., o podían descuartizarlos, si eran varios y no se ponían de acuerdo en quién se quedaba con la persona del deudor. (Esto último recuerda al célebre juicio de Salomón).

La cuestión de las deudas y el reparto de tierras supuso una de las principales fuentes de conflicto social en las ciudades estado de Grecia y de Italia. En Roma provocaría gravísimos altercados en el siglo II, cuando los hermanos Graco trataron de llevar a cabo una reforma agraria que les costó la vida a ambos y a miles de sus seguidores.

LOS MAGISTRADOS

Un magistrado era un cargo público elegido por algún tipo de asamblea. La

raíz de la palabra es *magis*, «más», implicando la posición de superioridad del magistrado. El opuesto a *magister* es *minister*, «subordinado», que procede del adverbio *minus*, «menos». El significado de las palabras cambia mucho con el tiempo, y podríamos hacer algún que otro comentario ingenioso sobre el sueldo actual de los *magistri* —los maestros— y los *ministri* —los ministros.

Aun siendo diferentes, todas las magistraturas romanas poseían ciertos rasgos en común que enumeramos a continuación.

Primer punto: no se cobraba por desempeñarlas. Eran puramente honoríficas. De hecho, quienes aspiraban a ellas gastaban bastante dinero en la campaña electoral, así que, al menos aparentemente, resultaban muy onerosas.

Aquí tenemos un debate que llega hasta nuestros días: ¿cuánto debe pagarse a los políticos? Si es mucho, algunas personas buscarán los cargos con afán de prosperar o enriquecerse. Si se paga poco o nada, sólo podrán desempeñarlos quienes ya posean un patrimonio considerable. Cosa que ocurría en Roma, donde sólo las clases más altas podían aspirar a las magistraturas, salvo raras excepciones.

Segundo punto: los cargos estaban limitados a un año, por oposición al gobierno vitalicio de los reyes.

Existían dos salvedades. Los censores, que elaboraban el censo cada cinco años, servían durante dieciocho meses, pues la tarea era larga y requería más tiempo.

La otra excepción era el dictador, nombrado en circunstancias de emergencia nacional, que permanecía en el puesto seis meses como máximo. Puesto que el dictador poseía competencias excepcionales, la limitación de su mandato a medio año demuestra que los romanos —y en particular la élite dominante— querían impedir por todos los medios que alguien acaparase poder suficiente como para convertirse en rey o tirano.

Con el tiempo, Roma fue conquistando cada vez más territorios y la limitación de un año se convirtió en un problema. Cuando un general tenía que luchar o gobernar en un lugar alejado de Roma, como Sicilia, Hispania o Grecia, interrumpir su mandato al terminar el año oficial podía suponer un grave inconveniente.

En estos casos se nombraban promagistrados, como los procónsules y propretors. El prefijo *pro-* significa «en lugar de», de modo que un procónsul actuaba en lugar del cónsul en la provincia asignada. La duración de su cargo no

era de un año, sino que solía determinarla el senado según las circunstancias.

Tercer punto: las magistraturas eran colegiadas. Eso significa que siempre había al menos dos magistrados del mismo rango, como ocurría con los cónsules. Los ediles, por ejemplo, eran cuatro, y los tribunos de la plebe diez. (De nuevo, la excepción la ponía el dictador).

Como ocurría con la limitación de un año, la colegialidad servía para evitar que alguien monopolizase el poder. Pero el sistema era muy curioso, al menos desde nuestro punto de vista. Los magistrados no estaban obligados a reunirse para ponerse de acuerdo antes de tomar una decisión, pues cada uno de ellos poseía competencias completas. Ahora bien, también tenían la potestad de vetar las decisiones de su colega o colegas.

Este sistema se antoja poco operativo. Si ahora tuviéramos dos presidentes a la vez, cada uno de un partido político, estarían vetando constantemente las decisiones del otro.

Eso le ocurrió a Julio César en el año de su consulado, el 59 a.C. Cuando propuso repartir tierras en Campania a los soldados veteranos de su aliado político Pompeyo, interpuso su veto Bíbulo, el otro cónsul. Como así no consiguió gran cosa, se dedicó a observar los cielos. Cada vez que César convocaba una asamblea o una sesión del senado, Bíbulo enviaba un mensajero para anunciar que había encontrado presagios desfavorables y que la reunión debía suspenderse. Al final, César se salió con la suya, pero durante todo el año su colega fue como una piedra en su zapato, por no utilizar otra comparación más grosera.

¿Cómo evitar que el Estado se paralizara cuando los dos cónsules discutían entre sí? Lo más normal era rotarse en el mando, al menos en la ciudad. El primer mes ejercía la autoridad el cónsul *senior*, el que más votos había obtenido en los comicios, y eso se manifestaba de forma visible porque sus lictores o guardaespaldas llevaban al hombro las *fasces*, mientras que los del otro cónsul iban con las manos desnudas. No obstante, la posibilidad del veto seguía existiendo.

En cuanto a la guerra, lo normal era mantener a los dos cónsules alejados el uno del otro. O bien uno se quedaba en Roma y otro salía de campaña o, si la situación exigía enviar dos ejércitos consulares, cada uno acudía a un teatro de operaciones distinto.

La batalla de Cannas fue una de las pocas ocasiones en que dos cónsules coincidieron en el campo de batalla, y se organizaron entre sí mandando en días alternos. Los resultados no fueron demasiado satisfactorios.

LOS CÓNSULES

Como ya hemos dicho, la magistratura superior era el consulado. El nombre de cónsules parece significar «los que van juntos». Los cónsules heredaron las prerrogativas de los reyes, salvo algunos rituales que quedaron reservados al *rex sacrorum*. Poseían un sinfín de atribuciones: convocaban al senado y los comicios, presentaban y ejecutaban decretos, presidían fiestas y sacrificios, etc. En la guerra mandaban como generales supremos, casi siempre por separado.

Los romanos conocían bien la importancia de los símbolos, de modo que rodeaban a sus cónsules de toda esa pompa que ahora llamamos «parafernalia». (Para los romanos, esta palabra se refería a los bienes que la novia llevaba al matrimonio aparte de la dote).

Para empezar, los cónsules eran epónimos. Eso significa que gozaban del honor de darle nombre al año, pues los antiguos tendían a nombrar los años en lugar de numerarlos. Por ejemplo, el 63 a.C. era conocido como el año de Marco Tulio Cicerón y Cayo Antonio Híbrida, primero el *senior* y después el *iunior*.

Existen *fasti consulares* o listas anuales de cónsules que se remontan hasta el 509, fecha en que se derrocó la monarquía. Los dos primeros nombres de esa lista son Junio Bruto y Tarquinio Colatino —el esposo de la infortunada y virtuosa Lucrecia.

Como es de suponer, los *fasti consulares* resultan más fiables cuanto más modernos son. En el primer siglo de la República debieron interpolarse muchos nombres. Además, se observa que durante más de un siglo hay muchos años que no tienen cónsules, sino tribunos con poderes consulares. Pero a partir del 366 a.C. sólo aparecen cónsules.

Aparte del honor de poner nombre al año, el símbolo más visible del poder de los cónsules era la escolta que los acompañaba: doce lictores para cada uno. Los lictores, hombres de condición libre, eran robustos guardaespaldas que precedían a los magistrados con *imperium* y les abrían paso apartando sin contemplaciones a todo el mundo, salvo a matronas y vestales.

Hagamos hincapié en la noción de *imperium*, porque para los romanos era sumamente importante. Consistía en el poder de dar órdenes y de exigir que fueran obedecidas. Para los romanos tenía algo de sobrenatural y estaba relacionado con el poder mágico de la palabra. Los primeros que poseyeron el *imperium* fueron los antiguos reyes. Después, el *imperium* se transfirió a los cónsules, los pretores y otros magistrados superiores. Por supuesto, también gozaban de él los procónsules y propretoreos en sus provincias.

La muestra externa más importante del *imperium* eran precisamente los lictores. Como hemos dicho, un magistrado dotado de esta capacidad podía exigir obediencia a sus mandatos. Pero ¿y si alguien se resistía? En tal caso había que tomar una acción ejecutiva, una forma eufemística de decir que la emprendían a palos con el díscolo.

Para ello, los lictores, de por sí hombres de fuerte complexión, llevaban al hombro izquierdo las *fasces*. Éstas eran unos haces de varas de abedul o de olmo unidas con correas rojas, que usaban para azotar a quienes se resistieran a la autoridad. Así actuaban cuando estaban dentro del *pomerium*, el recinto sagrado de la ciudad, donde no se podían llevar armas ni derramar sangre. Al salir de Roma, introducían un hacha dentro del haz de varas, ya que fuera de la ciudad los cónsules y otros magistrados con *imperium* tenían poder de ejecutar la pena de muerte ordenando a los lictores que decapitaran al condenado.

Otro de los signos externos de la autoridad de los cónsules y demás magistrados con *imperium* era la silla curul. Se trataba de un asiento plegable, con patas de marfil o de bronce que se abrían formando una X. No tenía respaldo ni reposabrazos, de modo que no debía de resultar muy cómoda. Pero sentarse en ella implicaba una demostración de poder, y normalmente se hacía a la hora de impartir justicia, otra de las competencias de los cónsules. (La división de poderes no existía en Roma: todo estaba un poco mezclado).

OTROS MAGISTRADOS

Por debajo de los cónsules se hallaban los pretores, cargo creado en el año

367. Desde su mismo origen lo pudieron desempeñar los plebeyos. Al principio sólo hubo uno, el *praetor urbanus*, especializado en administrar justicia, ya que el Estado no dejaba de crecer, y los cónsules tenían muchas responsabilidades y además pasaban buena parte del año fuera guerreando.⁶

Después, en el año 241, se creó el puesto de *praetor peregrinus*, encargado de juzgar pleitos entre extranjeros —a los que llamaban *peregrini*— y ciudadanos. Con el tiempo, cuando Roma conquistó cada vez más territorios, el número de pretores aumentó, y también la duración de su mandato. A principios del siglo I a.C. los pretores eran ocho, servían un año como jueces en Roma y pasado ese tiempo recibían el gobierno de una provincia como propretors.

Hay que añadir que era entonces cuando los magistrados empezaban a recuperar el dinero que habían invertido para llegar al cargo. Lo hacían gracias al botín obtenido en las campañas militares, y también recurriendo a ciertas dosis de corrupción. Pero eso ocurrió cuando Roma conquistó nuevos territorios, no en los primeros años de la República.

(Como curiosidad, nuestro término «candidato» proviene de *candidatus*, que a su vez deriva de la toga *candida* o blanca que vestían aquellos que se presentaban a las elecciones cuando paseaban por el Foro para saludar y convencer a sus posibles votantes).

El escalafón inmediatamente inferior al de pretor era el de edil. En la plenitud del sistema, había cuatro ediles, dos patricios y dos plebeyos. Los ediles se encargaban de cuestiones prácticas relacionadas con el funcionamiento de la ciudad. En sus manos estaba que llegaran víveres a Roma. También controlaban el orden y la limpieza de las calles, vigilaban que los comerciantes no hicieran trampas con las pesas en el mercado, inspeccionaban los baños públicos y los burdeles, verificaban el buen funcionamiento de las cloacas y evitaban —cuando podían— los incendios. En cierto modo, eran a la vez concejales y policías municipales, auxiliados por *vigiles* o vigilantes que en tiempos del Imperio llegaron a ser miles.

Una función no menos importante de los ediles era la de organizar espectáculos públicos, incluyendo los juegos de gladiadores. Se trataba de una ocasión magnífica para hacerse propaganda pensando en ser elegido para los cargos de pretor y cónsul. Volviendo al ejemplo de César, en su año como edil, el 65 a.C., celebró unos juegos en honor de su padre para los que trajo más de trescientas parejas de gladiadores, lo que provocó cierto nerviosismo en el senado,

que recordaba todavía la rebelión de Espartaco.

Por debajo de los ediles estaban los cuestores, que se encargaban del tesoro público, de cobrar impuestos y también confiscaciones, multas y ventas de bienes estatales. No sólo recaudaban, sino que también distribuían: ellos pagaban el salario a los soldados y los gastos de las obras públicas. En el siglo I a.C. llegaron a ser veinte.

El sueño de todo romano importante era llegar a lo más alto de esta escala y convertirse en cónsul al menos una vez en su vida, lo que significaba la oportunidad de mandar un ejército, vencer a los enemigos de la ciudad y entrar en la urbe celebrando un triunfo. En suma, ser el hombre más importante de Roma, aunque fuera sólo durante doce meses. (El cargo se podía repetir, pero no dos años seguidos).

Para ello había que empezar desde abajo. El primer requisito era servir en el ejército durante al menos diez campañas anuales. Los romanos de clase alta lo hacían primero como soldados, normalmente en la caballería, y luego ascendían a tribunos militares, oficiales de alta graduación.

Después de esto, los ciudadanos de treinta años podían presentarse al cargo de cuestor. Si lo conseguían, aspiraban al puesto de edil, y más adelante al de pretor y cónsul, todo por este orden.

Al principio no había limitaciones rígidas de edad, pero luego se fijaron en treinta y seis años para los cuestores, treinta y nueve para los pretores y cuarenta y dos para los cónsules. Para un ciudadano, era un orgullo conseguir estas magistraturas *suo anno*, es decir, con la edad mínima posible. (De todos modos, se encuentran numerosas excepciones. Por ejemplo, Pompeyo el Grande fue cónsul con treinta y cinco años, y Escipión Africano con treinta y uno. Los romanos tenían una facilidad increíble para dictar un entramado de normas que luego ellos mismo se saltaban. Un alemán diría que se trata de algo inherente al carácter mediterráneo).

Esta sucesión de cargos era conocida como *cursus honorum* o «carrera de los honores». Si todos los años se podían elegir hasta veinte cuestores, pero sólo dos cónsules, es fácil entender que por pura matemática no todos los que emprendían esta carrera llegaban a lo más alto. Quienes lo conseguían y se convertían en cónsules gozaban desde ese momento de un rango especial. Eran los

llamados «consulares», que tenían preferencia para hablar en el senado. De entre sus filas se elegía a un censor cada cinco años y a los dictadores en situaciones de emergencia. Los consulares eran la auténtica cúspide de la pirámide social en Roma.

LAS ASAMBLEAS

Los autores antiguos consideraban que la República era una curiosa mezcla de monarquía, aristocracia y democracia. La primera se manifestaría en el poder de los cónsules, la segunda en la preponderancia de los patricios y el senado, y la tercera en las asambleas del pueblo.

Hay que empezar advirtiendo que el concepto de democracia del que hablamos es distinto al nuestro. Las democracias antiguas eran asamblearias, no parlamentarias. Eso significa que *todos* los ciudadanos se reunían y votaban en persona, no a través de intermediarios ni representantes.

En parte se trataba de una democracia más auténtica que la nuestra, pero tenía sus inconvenientes. Sólo podían votar las personas de condición libre, lo que dejaba fuera a los esclavos, y que además fueran ciudadanos, lo cual descartaba a los extranjeros. En el caso de Roma, hay que añadir que ofrecían su ciudadanía con más liberalidad que otras poblaciones antiguas: ésa fue una de las claves de su éxito, como comentaremos al hablar de su ejército.

Otro hecho que desvirtuaba a estas democracias era que siempre dejaban fuera de las votaciones a la mitad de la población: la femenina. Un rasgo común de las sociedades antiguas —y de muchas otras posteriores en el tiempo, evidentemente— era que las mujeres no podían votar ni ocupar cargos públicos. En realidad, las mujeres romanas eran menores de edad perpetuas: al principio estaban tuteladas por sus padres, luego por sus maridos, y si se quedaban huérfanas o viudas quedaban bajo la custodia legal del pariente varón más cercano.

Hechas estas salvedades, ¿cómo eran las instituciones democráticas de los

romanos?

Lo sencillo y tal vez deseable sería contar que todos los ciudadanos se reunían cada cierto tiempo en una asamblea, una *ekklesia* como la de Atenas, discutían y luego contaban los votos. Pero en Roma *nada* podía ser sencillo. No porque poseyeran una personalidad retorcida de por sí —aunque puede que también—, sino porque, como ya dijimos, no abolían nada, y cada institución que creaban se solapaba con otra ya existente.

Eso explica que los romanos no contaran con una sola asamblea, sino con tres: los comicios curiados, los comicios centuriados y los comicios tributos. Todo dependía de cómo se organizaran los ciudadanos que asistían a estas reuniones.

Los comicios curiados eran los más antiguos, y en tiempos de la monarquía habían llegado a elegir a los reyes. Pero como su papel fue cada vez menos político y más religioso no entraremos en más detalles.

Los comicios tributos eran una asamblea por tribus. En este caso no se trataba de tribus tradicionales relacionadas por vínculos de sangre, sino de una división administrativa que podríamos identificar con los distritos. Los comicios tributos elegían a los magistrados inferiores —cuestores y ediles—, y poseían capacidad legislativa.

En cuanto a los comicios centuriados, se organizaban por centurias. En origen, cada centuria debió ser un grupo de cien hombres, tanto a efectos militares como políticos. Luego las cosas cambiaron; pero los romanos, con esa maliciosa intención de embrollarnos a nosotros sus lejanos descendientes, mantuvieron los nombres. Por eso, ni en las centurias de los comicios había exactamente cien hombres ni los famosos centuriones mandaban a cien soldados, sino más bien a sesenta o incluso a menos.

Los comicios centuriados eran los más importantes, ya que elegían a los magistrados superiores: pretores, cónsules y censores. También decidían si se declaraba la guerra o se firmaba un tratado de paz. Además, constituían el más alto tribunal de apelación: cuando un ciudadano era juzgado por delitos que acarreaban muerte, destierro o flagelación, podía apelar al pueblo —la llamada *provocatio ad populum*—, lo que significaba que la decisión final la tomaban los comicios centuriados.

Ahora bien, desde cualquier punto de vista todos estos comicios eran muy poco democráticos. Veamos qué ocurría, por ejemplo, con los tributos.

Los *comitia tributa* se organizaban en treinta y cinco tribus. De ellas, cuatro

eran urbanas y las demás rurales; es decir, correspondían a distritos situados fuera del recinto de Roma.

Cuando se celebraba una reunión, en cada una de las cuatro tribus urbanas había muchas más personas, cientos o tal vez miles, pues lo único que tenían que hacer era dar un paseo hasta el Foro o, como mucho, hasta el Campo de Marte. En cambio, asistían muchos menos ciudadanos de las tribus rurales: el absentismo en ellas era tan frecuente que, con que hubiera cinco presentes en una tribu, su votación se consideraba válida.

Lo curioso era que cada tribu votaba como un solo bloque. Es decir, si en una tribu urbana asistían setecientas personas y seiscientos ochenta aprobaban un nuevo reparto de tierras, el voto resultante era «sí», pero contaba como uno solo, no como seiscientos ochenta.

En cambio, si en una tribu rural acudían sólo cinco personas y tres votaban en contra del reparto, el voto final era «no» y también contaba como uno. Puesto que había treinta y cinco tribus, la mayoría se alcanzaba cuando dieciocho de ellas votaban de la misma forma. Una vez que esto ocurría, se suspendía el proceso aunque faltaran tribus por participar, pues ya no era necesario seguir.

¿A quién favorecía este sistema? A los más ricos. La razón era sencilla. La plebe romana —y me refiero ahora a los ciudadanos más humildes— se aglomeraba en las cuatro tribus urbanas. En las tribus rurales había un poco de todo, pero quienes se podían permitir dejar sus campos para viajar a Roma o, simplemente, poseían casa en la ciudad eran los más adinerados.

Volviendo al reparto de tierras, planteemos una votación hipotética. Se reúnen cinco mil personas en los comicios tributos y cuatro mil seiscientos están a favor de ese reparto. ¿Ganarán la votación? No. La mayoría de esos ciudadanos se concentran en las tribus urbanas, por lo que al final sus votos cuentan como cuatro. En cambio, los cuatrocientos que están en contra de la propuesta se hallan repartidos por las tribus rurales y sus votos cuentan como treinta y uno. Resultado final: treinta y uno-cuatro: propuesta denegada.

El sistema era aún peor en los comicios centuriados. Y digo peor porque, al menos, en los comicios tributos el orden de las tribus se decidía por sorteo. Si empezaba votando una tribu urbana y ganaba el «sí» a ese reparto de tierras, tenían unas mínimas posibilidades de vencer: el voto de la primera tribu, llamada *praerogativa*, poseía cierto prestigio especial, pues el hecho de haber salido por sorteo indicaba que los dioses estaban más de acuerdo con lo que dijera esa tribu.

¿Qué ocurría con las centurias? En total había ciento noventa y tres, pero estaban repartidas de una manera muy poco equitativa. En primer lugar, se hallaban las dieciocho centurias donde se agrupaban los ciudadanos más ricos, que servían en la caballería con el título de *equites* o «caballeros». Esas centurias eran las menos nutridas, pero cada una de ellas contaba como un voto.

Después venían las centurias de infantería de primera clase, cuyos miembros tenían un patrimonio superior a los diez mil ases. Había así hasta cinco clases, cada una con menos dinero y cada vez con menos centurias y, paradójicamente, con más personas inscritas. Después de las cinco clases venía una última centuria, la de los *proletarii*, llamados así porque su única posesión era su prole, también conocidos como *capite censi*, pues se los contaba no por ingresos sino por cabezas. (Sí, como si fueran ganado).

En los comicios centuriados no había sorteo y se votaba directamente por orden de clase. Imaginemos que en este caso se ha propuesto una abolición de deudas con la que los ciudadanos pudientes no están de acuerdo. Primero votan las dieciocho centurias de *equites* por el mismo procedimiento: cada centuria es un voto. Obviamente, las dieciocho votan que no, resultado que se proclama para orientar a las demás.

Después vienen las centurias de la primera clase. Seguimos con una minoría de la población, pero estas centurias son ochenta y dos. También se niegan a la abolición de deudas. Ya suman cien votos, una mayoría más que suficiente para un total de ciento noventa y tres centurias. Con eso es suficiente: se acabó la votación.

Como podemos imaginar, los pobres *proletarii* de la última centuria no sólo no ganaban nunca una votación: ni siquiera llegaban a votar.

Un sistema muy embrollado para garantizar que la clase baja no obtuviera nunca la mayoría.⁷ Pero las cosas son todavía más complicadas, como solía ocurrir en Roma. Hemos hablado de la división entre patricios y plebeyos, que se habría simplificado mucho si hubiese equivalido a ricos y pobres. Pero no era así.

Como veremos enseguida, la disputa entre patricios y plebeyos provocó una auténtica secesión. Para que los plebeyos no formaran un estado aparte, los patricios tuvieron que ceder en bastantes cosas. En cierto modo, los plebeyos mantuvieron durante un tiempo una administración paralela con su propia asamblea, el *concilium plebis*. Las resoluciones que tomaban eran conocidas como

«plebiscitos», leyes que al principio sólo servían para los plebeyos, pero que con el tiempo se aplicaron a toda la ciudad. Además, en esta asamblea los plebeyos elegían a los tribunos de la plebe —a los que también nos referiremos más adelante— y a dos de los cuatro ediles.

Hasta ahora, hemos hablado de asambleas populares, aunque, como vemos, hay que matizar mucho el adjetivo «populares». Pero por películas, series y novelas todo el mundo identifica más a los romanos con sus nobles senadores, del mismo modo que casi todo el mundo conoce el acrónimo SPQR, *Senatus PopulusQue Romanus*, «el senado y el pueblo romanos». ¿Qué papel jugaba el senado en este complejo entramado de poder?

EL SENADO

Senatus deriva de *senex*, «anciano». Y eso era en su origen: un consejo de cien ancianos que asesoraban a los reyes —no era necesario que estuvieran decrépitos—. Todos ellos pertenecían a familias de fundadores de Roma, por lo que los llamaba *patres*, y ellos y los suyos constituían la orgullosa clase de los patricios.

Ya en la República, el número de senadores aumentó a trescientos, que ejercían como asesores de los cónsules. Aparte de los patricios, pronto empezaron a entrar plebeyos. La suma de patricios —*patres*— y plebeyos inscritos posteriormente —*conscripti*— explica la expresión *patres conscripti* con que se designaba al senado en su conjunto.

Patricios o plebeyos, los senadores tenían que ser personas adineradas. Además, no podían dedicarse a actividades económicas que se consideraban deshonorosas para ellos, como la banca o el comercio: quien se encargaba de que no entraran «indeseables» era el censor, de quien más tarde hablaremos.

Los exmagistrados entraban habitualmente en el senado, y seguían siendo senadores de por vida a no ser que cometiesen alguna tropelía. Así pues, formaban un grupo reducido, adinerado y vitalicio, lo que equivalía a una oligarquía.

Pertenecer al senado era un honor que se manifestaba a los ojos de todos, ya

que para los romanos uno era, en el fondo, aquello que veían los demás. Como muestra visible de su dignidad, los senadores tenían derecho a lucir en la túnica el *laticlavius*, una franja de púrpura ancha. También calzaban unas botas cerradas de cuero cuyos cordones llevaban un adorno en forma de luna creciente, y anillos que empezaron forjando de hierro y luego fueron de oro.

Que a uno lo echaran del senado suponía una terrible deshonra. En el año 50 a.C., por ejemplo, el censor Apio Claudio expulsó al historiador Salustio por corrupción e inmoralidad. En realidad, el delito de Salustio era ser partidario de Julio César en medio de una encarnizada guerra de poder, pero aquello se le quedó clavado en el alma, aunque más adelante sería rehabilitado (gracias a César).

Dentro del senado también había clases. Una vez que el magistrado que convocaba la reunión exponía el asunto que se iba a debatir, el primero que tomaba la palabra era el *princeps senatus* o «príncipe del senado», el más prestigioso de todos ellos por su edad, por los cargos desempeñados, por sus condecoraciones, por sus cicatrices de guerra o por todas estas razones juntas. Después del *princeps* intervenían los que habían sido censores, a continuación los excónsules, los expretores, etc. Una vez que habían hablado todos los que tenían derecho a voz, se votaba, a veces a mano alzada y a veces poniéndose de pie y formando un grupo para el «sí» y otro para el «no».

El resultado de las deliberaciones del senado era un *senatus consultum* o senadoconsulto. Curiosamente, no tenía rango de ley: el senado era un consejo de notables —de éstos que tanto abundan hoy día—, y los senadoconsultos eran, por tanto, recomendaciones que se daban a los magistrados y que abarcaban todo tipo de materias: política exterior e interior, religión o finanzas.

Sin embargo, la autoridad moral del senado —en latín, simplemente *auctoritas*— era enorme. Por eso, los magistrados sometían las propuestas de ley a los senadores antes de llevarlas a los comicios. Con el tiempo el poder del senado fue creciendo, hasta llegar a su punto culminante entre los siglos III y II. En las frecuentes guerras de los romanos, veremos a los senadores enviando embajadas, recibiendo las de otras ciudades, decidiendo sobre la paz y sobre la guerra y repartiendo mandos entre los diversos generales.

III

LA REPÚBLICA ROMANA: LOS PRIMEROS TIEMPOS

LA AMENAZA DE TARQUINIO Y LOS ETRUSCOS

La joven República tuvo que enfrentarse pronto a sus primeros enemigos. Tarquinio y sus partidarios no se resignaron tan fácilmente a la pérdida del poder. Lo primero que hicieron fue enviar embajadores al senado para pedirles que les devolvieran las propiedades familiares que habían dejado en la ciudad. Mientras el senado deliberaba, los enviados de Tarquinio se reunieron en secreto con ciertos miembros de la nobleza que deseaban el regreso de la monarquía.

Entre los conspiradores se hallaban dos cuñados de Bruto y, aún peor, sus hijos Tito y Tiberio. Un esclavo de la casa de los Vitelios, donde se habían reunido los conjurados, avisó a los cónsules. Bruto hizo que los arrestaran a todos. A los enviados de Tarquinio los soltó y les ordenó que se marcharan de la ciudad, pues los embajadores eran inviolables y ponerles la mano encima habría sido un sacrilegio.

En cuanto a los conjurados, el mismo Bruto presidió la ejecución. Los lictores los azotaron primero con las *fascas*, y luego los decapitaron fuera del recinto sagrado de la ciudad. Los ojos de todos estaban clavados en Bruto, que contempló la muerte de sus propios hijos con la entereza propia de un romano.

La reclamación de Tarquinio fue rechazada por el senado, como era de esperar. Las tierras del antiguo rey, que se extendían entre la ciudad y el Tíber, fueron confiscadas, consagradas y convertidas en propiedad pública con el nombre

de Campo de Marte.

Frustrado ese primer intento, Tarquinio decidió recurrir a la guerra y buscó la alianza de las ciudades etruscas de Veyes y Tarquinia. En el año 509, que como estamos viendo fue muy movido, el ejército etrusco luchó contra el romano en el bosque conocido como Silva Arsia. Allí se enfrentaron en combate singular Junio Bruto y Arrunte, el hijo de Tarquinio. Como en una justa medieval, se embistieron con sus caballos, cada uno hirió al otro con su lanza y ambos murieron en el acto.

Ése fue el heroico final de Junio Bruto, fundador de la República. Como en todos los relatos de los primeros tiempos de Roma, puede haber mucho de legendario. Pero lo cierto era que, como ya hemos mencionado al hablar de los Horacios y los Curiacios, durante buena parte de su historia los romanos fueron muy proclives a este tipo de duelos, que cuadraban perfectamente con sus ideales aristocráticos y heroicos.

Tarquinio no se rindió, y esta vez recurrió a la ayuda de Larte Porsena —el nombre aparece a menudo como Lars—, el poderoso rey de la ciudad etrusca de Clusio.

Porsena atacó Roma con su ejército y logró tomar el Janículo, la colina elevada al otro lado del Tíber desde la que los romanos avistaban a los enemigos y donde ondeaba la bandera roja que presidía los comicios. Tras una breve batalla, las tropas que protegían el Janículo se retiraron por el *pons Sublicius*, el puente de madera que cruzaba el río.

El único que aguantó la posición fue el joven patricio Horacio Cocles, que se plantó en el puente para contener a los enemigos. Mientras luchaba él solo contra los invasores, los demás defensores se dedicaron a talar los pilares de madera con hachas. Cuando le dijeron a Cocles que el puente estaba roto, se arrojó al río y cruzó a nado hasta el otro lado. Con sus armas, añade el relato de Livio, que se muestra algo escéptico en este punto.

(Hay un relato similar de época muy posterior. El extremeño Diego García de Paredes, oficial al servicio del Gran Capitán, contuvo a un ejército de franceses blandiendo un montante en el puente del río Garellano, que separaba el Lacio de Campania. El relato parece verídico, aunque muy exagerado, pues los cronistas hablan de dos mil franceses. Del mismo modo, la historia de Cocles puede tener una base real: en un sitio muy estrecho y contra un adversario fuerte y decidido, ¿quién da el primer paso y se arriesga a morir? Ahora bien, como en tantos otros casos, los romanos le fueron añadiendo adornos con el tiempo hasta convertir la

historia en leyenda).

Tras su primer asalto fallido, el rey Porsena asedió la ciudad, decidido a rendirla por hambre. Se produjo entonces otro acto de valentía que quedó registrado en los anales. Un joven llamado Cayo Mucio se presentó ante el senado y se ofreció voluntario para infiltrarse entre los etruscos y matar a Porsena. Logró penetrar en el campamento enemigo con una espada escondida debajo de la ropa, como si fuera uno más —romanos y etruscos eran pueblos similares en sus costumbres, incluyendo el vestido—, y se acercó al estrado real. Allí vio a un hombre ataviado con un manto púrpura, se abalanzó sobre él y lo mató.

Para su desgracia, la víctima era un secretario de Porsena que vestía casi igual que él. Mucio fue apresado y Porsena le interrogó para saber si había más conjurados. Como Mucio no decía nada, el rey etrusco amenazó con quemarlo vivo. Para demostrar que no temía al dolor, el joven romano metió la mano derecha en las llamas del altar y la dejó allí hasta que se abrasó. Impresionado, Porsena ordenó que lo apartaran del fuego. Mucio le dijo que había otros trescientos jóvenes romanos como él, conjurados para acercarse a matarlo uno tras otro, a modo de terroristas suicidas.

Porsena ordenó que soltaran a Mucio, que regresó a la ciudad y desde entonces fue conocido como *Scaevola* o Escévola, «el zurdo», pues se había abrasado la mano hasta el hueso.

En cuanto a Larte Porsena, le inquietó tanto saber que los jóvenes romanos habían dictado una especie de *fatwa* contra él que decidió negociar con Roma. La ciudad le entregó rehenes para garantizar la paz, lo que demuestra que Roma no era precisamente la ganadora de aquel conflicto.

Entre esos rehenes había una joven llamada Cloelia que escapó cruzando el río a nado y volvió a la ciudad. El rey reclamó que se la devolvieran, cosa que hicieron los romanos. Después, en un gesto caballeroso, Porsena le devolvió la libertad a la joven y dejó que rescatara a la mitad de los rehenes. Cuando Cloelia regresó a Roma por segunda vez, los ciudadanos le concedieron un honor sin precedentes, pues le erigieron una estatua ecuestre en la vía Sacra.

Como dirían en inglés, todo esto es *saga stuff*, pero tiene su encanto. Desbrozar la leyenda de la historia resulta casi imposible. Algunos autores presuponen que durante todo este tiempo Roma estuvo bajo el dominio etrusco, y que las historias heroicas de Cocles, Escévola o Cloelia son invenciones destinadas a salvar el honor nacional. Pero un experto en la época como T. J. Cornell en *Los*

orígenes de Roma piensa que esa dominación nunca existió, y que en realidad etruscos y latinos, incluidos los romanos, formaban una especie de comunidad cultural con muchos rasgos en común.

Como fuere, Porsena obtuvo una victoria sólo a medias: se llevó rehenes, pero no restauró en el trono a Tarquinio. Éste, sin embargo, no se rindió, y en el año 496 volvió a enfrentarse a su antigua ciudad en la batalla del lago Regilo, donde los romanos, mandados por Postumio Albo, al que habían nombrado dictador para afrontar la emergencia, obtuvieron una gran victoria.

En este trance, la República recibió la ayuda de los gemelos Cástor y Pólux, hijos de Zeus —los mismos que forman la constelación de Géminis—, por lo que los romanos les consagraron un templo en el Foro. Como estos dos personajes pertenecen a la mitología griega, podría pensarse que se trata de una tradición inventada siglos después. A pesar de todo, los restos más antiguos del templo de Cástor están datados a principios del siglo V. Los romanos solían construir templos con los despojos obtenidos tras sus victorias, de modo que puede que la batalla del lago Regilo no sea tan legendaria y que algunos romanos creyeran haber visto realmente a los gemelos divinos. (Hoy habrían avistado a unos marcianos, supongo).

La victoria de Roma sobre Tarquinio acarrió más consecuencias. Los romanos se habían asociado para la ocasión con las demás ciudades latinas. Poco después, en 493, formó con ellas la llamada Liga Latina, una alianza en la que todos los miembros se encontraban en igualdad de condiciones. Por aquel pacto, los latinos podían casarse con los romanos, votar en Roma y llevar a cabo operaciones comerciales. A cambio, en lugar de formar parte de las legiones, se alistaban en las tropas auxiliares que desde entonces siempre, acompañaron a los romanos en sus campañas. Tampoco podían ser elegidos como magistrados, a no ser que se domiciliaran en Roma: en este caso, obtenían la ciudadanía completa.

Según los términos de la alianza, romanos y latinos debían compartir el botín obtenido en las victorias. La forma de repartirlo era la siguiente: cuando las tropas aliadas conquistaban territorio enemigo, dividían la tierra en parcelas que distribuían entre colonos de Roma y del Lacio. Las colonias se convertían en ciudades independientes, pero que también formaban parte de la liga. Así, ésta fue creciendo poco a poco.

¿Qué ocurrió con Tarquinio el Soberbio? Tras su última derrota, se retiró a la ciudad de Cumas, donde murió en el año 496 a.C. Su historia, buscando el apoyo

de un poderoso rey extranjero para atacar su propia ciudad y recuperar lo que juzgaba legítimamente suyo, recuerda mucho a la del tirano Hippias, que en el año 490 trató de recobrar el poder en Atenas con la ayuda de un ejército persa y que fue derrotado en Maratón. Batalla que no tiene nada de legendaria, pero en la que los atenienses creyeron ver al espectro del difunto Teseo combatiendo con ellos. Semejanzas curiosas, que habrían merecido unas vidas paralelas de Plutarco.

LA SECESIÓN DE LA PLEBE

Muerto Tarquinio, la monarquía quedó definitivamente arrumbada. Pero la República se encontró con más problemas, esta vez internos. Como ya hemos comentado, los principales interesados en expulsar a los reyes eran los patricios, para repartirse entre ellos el poder. Y no sólo el poder, sino también el *ager publicus*, las tierras que Roma se anexionaba tras cada conquista.

En el año 495, fue nombrado cónsul el patricio Apio Claudio, un sabino que se había instalado hacía poco tiempo en la ciudad. Claudio intentó endurecer todavía más las leyes que favorecían a los acreedores y esclavizaban a los deudores. La reacción de los plebeyos romanos fue sorprendente: en un movimiento de desobediencia civil, abandonaron el recinto del *pomerium* y se retiraron en masa al monte Sacro, una colina situada al nordeste de Roma.

Es de suponer que no se marcharon todos aquellos que no eran patricios, o al menos que se quedaron los clientes⁸ de éstos, porque si no la ciudad se habría quedado prácticamente desierta.

En cualquier caso, el problema era grave: los plebeyos amenazaban con fundar una ciudad independiente a pocos kilómetros de Roma, que se convertiría en un peligro. De modo que los cónsules y el senado enviaron a un negociador llamado Agripa Menenio. Éste les endosó a los «huelguistas» una curiosa perorata. En una ocasión, les dijo, las partes del cuerpo se rebelaron contra el estómago porque tenían que trabajar para darle de comer, así que se negaron a alimentarlo, y el resultado fue que todas ellas estuvieron a punto de morir de inanición.

Aunque los antiguos eran muy aficionados a estas charlas a medias entre la

fábula y el discurso moral, me temo que no fue el sermón de Menenio lo que convenció a los plebeyos, sino los pactos a los que llegaron.

El principal fue la creación de una magistratura propia para los plebeyos: el *tribunus plebis*. Al principio hubo dos tribunos, después cinco, y en el año 449 ya eran diez. Los elegían las asambleas de la plebe, que formaban prácticamente un estado paralelo dentro de la administración romana.

La función primordial de estos tribunos era defender a los plebeyos. La ejercían gracias a que poseían derecho de veto sobre las decisiones y acciones de cualquier otro magistrado, incluidos los cónsules. También podían vetar cualquier ley, elección o decisión del senado.

Con el paso de los años, el poder de los tribunos de la plebe se fue equiparando al de otros magistrados. De ese modo, podían convocar al senado y tomar los auspicios. Incluso tenían la potestad de ejercer la coerción, es decir, de obligar por la fuerza a cumplir sus decretos y órdenes.

La principal obligación de los tribunos era la de *auxilium*, que se entiende por sí sola. Por eso, los tribunos tenían las puertas de sus casas abiertas noche y día para que cualquier plebeyo que quisiera pedirles ayuda ante los abusos de los más poderosos pudiera acceder a ellos.

Pero, por estar tan accesibles, también corrían el peligro de ser atacados por aquellos a quienes perjudicaban sus actuaciones; los patricios, para entendernos. Además, los tribunos no llevaban lictores que los protegieran, como otros magistrados.

Sin embargo, había otro mecanismo que los salvaguardaba. La persona de cada tribuno era sagrada dentro de los límites de la ciudad. Si alguien le tocaba un solo pelo de la cabeza se convertía en una persona maldita. Todos los plebeyos estaban obligados por juramento a matar a quien osara dañar o tan siquiera entorpecer a un tribuno en el ejercicio de su función.

La autoridad de los tribunos no era cuestión baladí. Bastaba el veto de uno solo para paralizar el Estado. Sólo los plebeyos podían ser tribunos, pero el poder que poseían hacía que el cargo resultara apetitoso incluso para algunos patricios. En 59 a.C., Publio Clodio renunció a su condición de patricio y se hizo adoptar por un plebeyo llamado Fonteyo para poder presentarse a la elección, cosa que hizo al año siguiente. (Detrás de tan peculiar maniobra estaba el mismísimo Julio César).

Por otra parte, un tribuno tenía la potestad de vetar a otro, y los tribunos terminaban tarde o temprano su mandato y podían sufrir represalias judiciales o

personales. De modo que usar el puesto de tribuno para oponerse a los más poderosos conllevaba sus peligros. Así lo comprobaron los hermanos Graco, que pagaron con sus vidas el intento de llevar a cabo una reforma agraria radical en la segunda mitad del siglo II a.C.

CORIOLANO

La creación de los tribunos supuso sólo el primer paso en una larga lucha conocida como «conflicto de los órdenes». Durante todo el siglo V, los patricios siguieron acaparando magistraturas, aunque a cambio tuvieron que hacer otras concesiones a la plebe.

Entre los patricios enemigos de la plebe destacó un personaje llamado Gayo Marcio, que había recibido el sobrenombre de Coriolano por su heroico papel en la toma de la ciudad de Corioli, que pertenecía a los volscos.

Los volscos habitaban al sureste del Lacio, en una comarca agreste de montes y pantanos. Como tantos otros pueblos montañeses, con frecuencia bajaban a las tierras llanas para saquear. En particular, los volscos se las tuvieron tías con los romanos, a veces aliados con otra tribu de las montañas, los ecuos.

LA PRIMAVERA SAGRADA

Es posible que las migraciones de estos pueblos, que periódicamente bajaban de las montañas como los arroyos después del deshielo, estén relacionadas con una costumbre muy curiosa denominada *Ver sacrum* o «primavera sagrada».

Cuando esas tribus afrontaban una batalla decisiva, o se veían ante una calamidad como una hambruna o una epidemia, hacían una promesa al dios Mamers, el equivalente de Marte: ofrendarle toda aquella criatura que naciera en la siguiente primavera.

Esto nos hace pensar en un sacrificio humano como los que llevaban a cabo los cartagineses ante su dios Baal, pero no era exactamente así. A los animales que nacían durante esa primavera sí los inmolaban, pero a los niños los dejaban crecer,

con el título de «consagrados». Cuando se hacían mayores, alrededor de los veinte años, los obligaban a abandonar la tribu y a partir en busca de nuevas tierras y pastos (hablamos de pueblos más ganaderos y nómadas que agricultores). Curiosamente, lo hacían siguiendo a un animal consagrado a la divinidad, que podía ser un oso, un ciervo... o un lobo. Lo cual hace pensar que tal vez la leyenda de Rómulo y Remo se base también en un *Ver sacrum*, y que los fundadores de Roma, junto con seguidores todos de su misma edad, siguieron en este caso a una loba.

Una forma peculiar, como vemos, de resolver el problema de la superpoblación: en lugar de practicar el infanticidio, expulsaban periódicamente a los excedentes.

Coriolano personificaba los mejores valores guerreros de los patricios. En la batalla del lago Regilo había ganado una corona cívica. Esta condecoración, confeccionada con hojas de roble, era la segunda más importante a que podía aspirar un soldado, y se concedía a quien hubiera salvado la vida a otro ciudadano matando a un enemigo. Pero en la rigurosa ética del combate de los romanos no bastaba con eso: el salvador, además, tenía que mantener el terreno. Los romanos llevaban muy mal las llamadas «retiradas estratégicas».

Pese a su corona cívica, Coriolano adolecía también de grandes defectos. Su talante era tiránico y, sobre todo, despreciaba al pueblo llano. El sentimiento era mutuo, de modo que, cuando se presentó a cónsul, los votantes le dieron un buen pateo.

Justo entonces se produjo una de las escaseces de cereales tan frecuentes en el siglo V: como ya comentamos antes, los romanos todavía no eran lo bastante poderosos para impedir que los enemigos asolaran sus campos. Los cónsules adquirieron trigo en Sicilia, tan fértil en aquella época que se la consideraba uno de los graneros de Italia.

Cuando llegó el cereal, Coriolano propuso al senado que no se repartiese a los plebeyos a menos que éstos renunciasen a los tribunos de la plebe. Los senadores, que no querían que se organizara una guerra civil, no le hicieron caso. Lo único que consiguió Coriolano fue soliviantar a los tribunos, que lo denunciaron y consiguieron que se le condenase a destierro de por vida.

Como hacían tantos personajes resentidos de la Antigüedad, Coriolano se pasó al enemigo. Los volscos pensaron que era un buen fichaje para sus filas y lo

nombraron general. Al frente del ejército volsco, Coriolano marchó contra Roma, una traición inaudita hasta entonces.

Los romanos le enviaron cinco embajadores consulares; es decir, senadores que ya habían sido cónsules, lo que multiplicaba su prestigio. Esta comisión le ofreció devolverle sus derechos si levantaba el asedio. Coriolano se negó, de modo que le mandaron sacerdotes y augures para convencerle de que estaba cometiendo un sacrilegio; pero él permaneció impertérrito.

¿A quién hizo caso al final? A su madre, Veturia, que había desempeñado un papel muy importante en su educación, ya que su padre había muerto cuando él era niño. Veturia apareció en su tienda, acompañada por Volumnia, esposa de Coriolano, y sus dos hijos pequeños. Las lágrimas de su mujer y, sobre todo, el rapapolvo de su madre le hicieron avergonzarse.

El general romano dijo: «Madre, ¿qué me has hecho? Has salvado Roma, pero has destruido a tu hijo. Me voy, vencido sólo por ti». Después, ordenó al ejército que levantara el campamento y se retiró. Exiliado, murió entre los volscos.

De nuevo, los historiadores ponen en duda muchos detalles de la historia, o incluso toda ella. Habría que retrasar las fechas, seguramente, pero lo cierto es que en la primera mitad del siglo V a.C. Roma sufrió graves reveses contra sus enemigos, entre ellos los volscos, que provocaron carestías de alimentos. El registro arqueológico prueba que la ciudad sufrió una recesión económica durante esos años, así que, de nuevo, los relatos que durante mucho tiempo se han creído leyendas pueden encerrar una buena parte de verdad.

CINCINATO

El otro pueblo montaños que causó problemas a los romanos durante estas décadas fue el de los ecuos. En estas guerras, el personaje que más destacó y pasó a la historia —o de nuevo a la leyenda— fue Lucio Quincio Cincinato.

Cincinato era un noble que se oponía a la igualdad entre patricios y plebeyos. Pero su hijo Cesón era mucho más radical que él. Cuando los tribunos de la plebe intentaban hablar en el Foro, él y sus amigos —amigotes, cabría decir—

los echaban por la fuerza. Y no sólo a ellos, sino que si algún plebeyo osaba levantar la voz en público le propinaban una paliza y lo desnudaban delante de todos.

(Cuando se habla de las instituciones romanas, todo parece muy frío y reglamentado. Pero, como demuestran estos ejemplos, las sesiones y las votaciones de los comicios podían ser mucho más ardientes. A menudo se llegaba a las manos y a algo más que las manos, y se blandían estacas y volaban piedras por los aires. Ocurrió así durante todos los siglos de la República).

Los tribunos, como era de esperar, acabaron llevando a juicio al joven patricio por aquel comportamiento salvaje. Cesón escapó al país de los etruscos y fue condenado a muerte en ausencia. Su padre Lucio tuvo que pagar una multa tan grande que se quedó prácticamente en la miseria. Salió de la ciudad y se dedicó a cultivar en persona un terreno que tenía al otro lado del Tíber y que no llegaba a las dos hectáreas.

Años después, en 458, el cónsul Minucio quedó atrapado con su ejército — que debía constar de una legión completa— en los montes Albanos, rodeado por empalizadas y terraplenes de los enemigos. Cinco jinetes lograron huir del cerco y cabalgaron hasta Roma.

La emergencia era grave. Miles de soldados estaban en peligro de muerte, en una época en que Roma todavía no disponía de las enormes reservas humanas que la harían casi invencible en el futuro. El senado y el cónsul que se había quedado en Roma decidieron que la situación era lo bastante peliaguda como para llegar al recurso extremo que permitían las instituciones de la República: nombrar un dictador.

El dictador en cuestión se encontraba arando su sembrado al otro lado del río. Cuando le llegó la noticia, Cincinato se secó el sudor, se limpió la tierra de las manos y se puso la toga que le trajo a toda prisa su esposa Racilia. Tras cruzar el río en una embarcación, se encontró con un gran recibimiento de sus familiares y senadores, pero con la desconfianza de la plebe.

El dictador aunaba los poderes de los dos cónsules en una sola persona; la demostración visible era que lo escoltaban veinticuatro lictores, y no doce. Sin embargo, no podía montar a caballo y tenía que nombrar un lugarteniente subordinado, el *magister equitum* o jefe de la caballería. Cincinato eligió a un tal Tarquicio, y después ordenó a todos los romanos en edad militar que se presentaran en el Campo de Marte antes de la puesta de sol con provisiones para

cinco días y doce estacas de madera cada uno.

Cuando tuvo organizada así una legión entera, Cincinato ordenó que se pusieran en marcha al instante. Las operaciones nocturnas, fueran marchas o batallas, acarreaban peligros que en la Antigüedad solían evitarse: se corría el riesgo de que las unidades se perdieran en el camino o confundieran a amigos con enemigos. No obstante, el tiempo apremiaba, ya que miles de hombres podían ser aniquilados por los ecuos. Cincinato y sus hombres recorrieron a toda prisa los veinte kilómetros que los separaban del monte Albano. Allí, en la estribación oriental, se hallaba la primera legión, cercada por los ecuos.

Cincinato ordenó a sus hombres que formaran una larga columna y, en silencio, rodearan a su vez a los ecuos. Después, cada soldado empezó a excavar una zanja frente a él para clavar sus doce estacas, mientras todos proferían gritos de guerra. Eso aterrorizó a los ecuos y al mismo tiempo infundió ánimos a los romanos cercados en la garganta, que lanzaron un ataque contra los enemigos.

Los ecuos se vieron sorprendidos entre dos frentes y lucharon contra las tropas del cónsul asediado. Eso permitió que los hombres de Cincinato terminaran de construir su empalizada sin ser molestados. Al amanecer, tras varias horas de combate, los enemigos se dieron cuenta de que estaban rodeados y se rindieron, suplicando al dictador que no los aniquilara.

Cincinato los dejó marchar, pero antes los obligó a abandonar sus armas y a pasar por debajo del yugo, formado por dos lanzas verticales y una horizontal. Era una humillación y al mismo tiempo una señal de sumisión que los propios romanos sufrirían mucho tiempo después en la triste jornada de las Horcas Caudinas.

Cincinato repartió el botín entre sus soldados, sin reservarse nada para él. Tampoco le dio nada al cónsul que se había dejado cercar ni a los miembros de su legión: una cosa era acudir en su auxilio y otra premiar su torpeza. Después emprendieron el regreso, y él y sus hombres entraron en Roma celebrando un gran triunfo.

EL TRIUNFO

El triunfo se concedía a los generales que hubieran vencido en una batalla decisiva, siempre que se cumplieran ciertas condiciones. Para empezar, el vencedor debía ser un alto magistrado. En segundo lugar, la guerra tenía que ser legítima y contra enemigos extranjeros, no un conflicto civil. Por eso, cuando Julio César

celebró un triunfo contra los hijos de Pompeyo fue muy criticado.

También había que matar al menos a cinco mil enemigos en una batalla campal, pero sufriendo pocas bajas en las filas propias. Sobre todo, el territorio en litigio debía quedar tan seguro y pacificado como para que las tropas pudieran abandonarlo y acompañar a su general de regreso a Roma.

Si se cumplían todos estos requisitos, el vencedor recorría las calles de la ciudad entrando por la *porta Triumphalis*, que estaba cerrada para el resto de la gente. La enorme comitiva empezaba con los despojos arrebatados al enemigo, transportados en carretas o sobre unas angarillas cargadas a hombros. También iban los animales destinados al sacrificio, y cautivos cargados de cadenas.

Después de los cautivos pasaba el carro del general, tirado por cuatro caballos. El atavío del triunfador, incluso en época republicana, era propio de un rey: la *toga picta*, un manto púrpura bordado con estrellas de oro. El homenajado se pintaba la cara de rojo, imitando la estatua de terracota de Júpiter Capitolino, y llevaba una corona de laurel. Para que tanta gloria no se le subiera a la cabeza, un esclavo iba detrás de él diciéndole: «Recuerda que has de morir». Al menos, ése es uno de los tópicos más extendidos sobre el triunfo romano. En realidad, las noticias que tenemos sobre el esclavo y su deprimente cantinela son tardías y contradictorias.

Por último, desfilaban los soldados, que entonaban cantos obscenos dedicados a su general. La intención no era rebajarle los humos, sino alejar el mal: la obscenidad se consideraba apotropaica —palabreja que precisamente significa «que ahuyenta el mal».

Tras recorrer las calles, la procesión llegaba al pie del Capitolio. Ante el templo de Júpiter se hacían sacrificios y ofrendas, y después se celebraban festines para el pueblo y también para los soldados. En algunas ocasiones, incluso se ejecutaba al caudillo enemigo, como ocurrió con Vercingetórix en el triunfo de César en el 46 a.C.

A Cincinato le quedaban seis meses de mandato. Pero a los quince días, para sorpresa de todos, el dictador renunció al puesto, cruzó el río y volvió a su humilde parcela sin haberse enriquecido ni un ápice.

El ejemplo de alguien que, teniendo un poder casi absoluto, renunciaba voluntariamente a él quedó grabado en el recuerdo de los romanos, y también en la cultura popular. Muchísimos siglos después, al final de la Guerra de Independencia

de Estados Unidos, se formó la llamada Sociedad de los Cincinnati, cuyo primer presidente fue George Washington, y que defendía los mismos ideales de servicio desinteresado a la nación que ejemplificó Cincinato. El nombre de la ciudad de Cincinnati, en el estado de Ohio, se debe a esta sociedad.

LAS DOCE TABLAS

Como vemos, todas estas historias ejemplarizantes y trufadas de detalles legendarios hablan de la lucha entre plebeyos y patricios. En el año 451, la presión de la plebe consiguió que se nombrara una comisión de decenviros, o diez hombres, para que pusieran por escrito un código de leyes. Más que de redactarlas, se trataba de dejarlas grabadas para que todo el mundo pudiera consultarlas. Hasta entonces las leyes eran un secreto monopolizado por los pontífices, cargo que a su vez acaparaban los patricios. Eso significaba que se interpretaban e incluso inventaban de forma arbitraria.

El resultado del trabajo de los decenviros fue el código de las Doce Tablas, llamado así porque se inscribió en doce planchas de bronce. La idea era que perduraran así, grabadas en metal, y que todo el mundo pudiera consultarlas en el Foro, donde estaban expuestas. Pero cuando los galos saquearon Roma en el año 387 se perdieron.

Nos han llegado algunos fragmentos, escritos en un estilo muy sucinto y a veces oscuro, que ya confundía incluso a los eruditos romanos que preservaron esos pequeños textos. Más que un verdadero código legal, se trataba de una recopilación de preceptos que ya existían, que no tienen ningún sistema ni demasiada coherencia interna, y que fueron superados por las leyes que aprobaron con el tiempo las instituciones y asambleas con capacidad de legislar.

Como curiosidad, citaré algunos preceptos tal como nos los han transmitido los autores antiguos:

«Si un padre vende tres veces a su hijo como esclavo, el hijo quedará libre del padre». (Da la impresión de que más que vender lo alquilaba).

«El muerto [en un funeral] no llevará más de tres vestidos de púrpura ni diez

flautistas». Esta medida, como otras, intentaba evitar los excesos en los entierros, que muchos patricios utilizaban como auténticas exhibiciones de estatus en el resto de la ciudad.

«Al tercer día de mercado, que se corte en pedazos [al que no pague las deudas, para repartir su cuerpo entre los acreedores]. Si no salen trozos iguales, que no sea fraude». Sin comentarios.

LA TOMA DE VEYES Y UNA CATÁSTROFE NATURAL

Veyes ya ha aparecido varias veces en esta historia. Era la ciudad más meridional de la Liga Etrusca, y al mismo tiempo la más poderosa. Estaba tan sólo a dieciséis kilómetros de Roma, menos de una jornada de camino. Los romanos, que poco a poco ampliaban sus límites —por aquel entonces dominaban un territorio de unos ochocientos kilómetros cuadrados—, no podían permitirse tener un vecino tan peligroso. En el año 406 le declararon una guerra que pretendían fuese definitiva y la sometieron a asedio. Sin embargo, el sitio se prolongó durante diez años. Veyes, casi tan poblada como Roma, estaba protegida por unas murallas muy sólidas.

En el octavo año de cerco, en 398, se produjo un portento que aparentemente no tenía nada que ver con Veyes, pero que los romanos acabaron relacionando con el asedio.

A veinte kilómetros al sureste de Roma se halla el lago Albano, no muy lejos del cual se levantó en tiempos la legendaria Alba Longa, cuna de Rómulo y Remo.

Según diversas fuentes clásicas, a finales del mes de julio el nivel de sus aguas empezó a subir decenas de metros a una velocidad asombrosa, hasta que se desbordó por encima de las colinas que lo rodeaban e inundó los campos y los viñedos cercanos.

El fenómeno parecía inexplicable: el lago formaba un sistema cerrado que no recibía caudal de ningún río. Por otra parte, no sólo no habían caído grandes lluvias, sino que el año había sido más seco de lo habitual. ¿De dónde salían esas aguas misteriosas que parecían brotar de la nada?

Preocupados, los romanos enviaron emisarios al oráculo de Delfos para consultar al dios Apolo la razón del portento. La respuesta fue que, al asediar Veyes, los romanos habían ofendido a Poseidón, señor de las aguas y protector de los etruscos. Pero si conseguían que las aguas quedaran contenidas en el lago y fluyeran hacia el mar, regando los campos a través de una red de acequias, podrían lanzarse de nuevo contra las murallas de Veyes, pues el destino les sonreiría. (De paso, Apolo les recordaba que, cuando tomaran la ciudad, debían hacerle una ofrenda generosa en su templo: los dioses antiguos no eran precisamente altruistas).

Cuando los embajadores regresaron de Delfos con la respuesta, descubrieron que la profecía del oráculo coincidía con la de un anciano augur etrusco al que habían tomado prisionero durante el asedio de Veyes. Convencidos de que el mensaje de Apolo era veraz, los romanos se pusieron manos a la obra y empezaron a abrir una gran galería de drenaje.

Ignoramos cuánto tardaron, pero lo cierto fue que terminaron el túnel y desde entonces el lago no volvió a desbordarse. Hoy día ese túnel sigue existiendo. Por su longitud, mil cuatrocientos metros, es fácil deducir que la excavación debió resultar muy complicada.

No era la primera obra de este tipo que acometían los romanos. En realidad, la Cloaca Máxima era un proyecto parecido, con la diferencia de que al principio consistió en una zanja a cielo abierto y luego la soterraron. Toda la zona del Lacio y los alrededores de Veyes están sembrados de túneles y alcantarillas excavados por romanos, etruscos y latinos para drenar marismas y pantanos, ganar terreno a las aguas y al mismo tiempo evitar la malaria.

En el caso concreto del túnel del lago Albano, las dificultades debieron de ser más que considerables. En primer lugar, lógicamente, tuvieron que esperar a que las aguas bajaran al nivel máximo deseado, pues si no el túnel se les habría anegado. El punto que eligieron para abrir el sumidero se hallaba a setenta metros por debajo del nivel inferior de las colinas circundantes: un amplio margen de seguridad para evitar que el lago volviera a desbordarse.

Las herramientas que utilizaban eran picos y palas, así que podemos imaginarnos que la tarea fue muy penosa, ya que excavaban en dura roca volcánica (peor habría sido en granito, claro está). A cambio, no tuvieron que reforzar ni las paredes ni el techo con vigas. Por otra parte, dada la angostura de la galería — medía tres metros de altura por sólo uno de anchura—, no debió de ser un trabajo

recomendable para un claustrofobo.

La excavación empezó desde la boca de salida, situada al oeste, y se dirigió en línea recta hacia el lago. Al mismo tiempo, en la superficie del monte se practicaron dos profundos pozos verticales que bajaban hasta el túnel y servían para ventilarlo y también para comprobar que no se estaban torciendo.

La obra no sólo supuso un desafío para los obreros, sino también para los ingenieros que la dirigían. Además de mantener la línea recta para aparecer al otro lado de la montaña en el punto deseado, debían excavar manteniendo una pendiente muy suave, de modo que el agua fluyera desde el lago sin estancarse en el camino, pero sin precipitarse con demasiada violencia. La diferencia de altura entre la entrada y la salida del túnel era de tan sólo dos metros, lo que daba una pendiente media de 0,12 por ciento, indetectable a simple vista. Para conseguir esa precisión utilizaron instrumentos como la libra o el nivel de agua.

En el vecino lago Nemi los romanos realizaron otra obra parecida, pero aún más complicada, pues empezaron a cavar al mismo tiempo desde ambos extremos del túnel, que medía mil seiscientos metros. En el punto de encuentro se aprecia que los dos equipos apenas se desviaron en horizontal, mientras que en vertical acumularon un error de tres metros. Ambas empresas demuestran la habilidad como ingenieros de los antiguos romanos y, sobre todo, su empeño en domar a la naturaleza con unos medios que hoy día nos parecerían irrisorios.

En verdad, el triunfo de Roma no se debió sólo a sus legionarios ni a sus instituciones, sino en buena medida a los ingenieros que construían acueductos, puentes, pantanos, calzadas, túneles y puertos, y a los ejércitos de obreros —a veces, directamente soldados— que trabajaban a sus órdenes.

Mientras todo esto ocurría, los romanos nombraron dictador a Marco Furio Camilo, un patricio que ya había desempeñado varias magistraturas. Bajo sus órdenes, el asedio sobre Veyes se endureció.

Tal vez por paralelismo con las obras del lago Albano, Camilo mandó excavar otro túnel. En este caso no pretendía desviar ni drenar aguas, sino pasar por debajo de las murallas y llegar hasta la ciudadela interior de Veyes. Los soldados trabajaban en turnos de seis horas, y las obras no se interrumpían en ningún momento.

Cuando ya faltaba sólo una pequeña capa de tierra para salir a la superficie,

Camilo ordenó lanzar varios ataques a la vez sobre la muralla. Los habitantes de Veyes corrieron a sus puestos para defenderse. Aprovechando el caos y el estrépito de la lucha, los soldados del túnel terminaron de abrirlo, salieron al aire libre y aparecieron en la retaguardia de sus enemigos etruscos. Después, como habían hecho los infiltrados en el caballo de Troya, corrieron a las puertas y se las abrieron a sus compañeros. En la batalla generalizada que se produjo a continuación, los romanos vencieron sin problemas.

Tras su triunfo, Roma se anexionó el territorio de Veyes —más de quinientos kilómetros cuadrados—, que dejó de existir como ciudad independiente. Algunos de sus habitantes se convirtieron en ciudadanos romanos, otros fueron esclavizados y otros muertos o expulsados. El botín fue inmenso. Entre las piezas saqueadas destacaba una estatua de la diosa Juno, que fue trasladada a Roma y consagrada en un templo en el monte Aventino.

En cuanto a Camilo, pudo celebrar su triunfo en un magnífico carro tirado por cuatro corceles blancos. Durante los años siguientes, aún siguió obteniendo cargos y honores, y sus éxitos impresionaron tanto a los vecinos que pueblos como los ecuos y los volscos propusieron tratados de paz a Roma.

Aún seguiremos hablando de Camilo. Pero queda un misterio por resolver. ¿Por qué las aguas del lago Albano se desbordaron sin recibir el aporte de un río y sin que lloviera? ¿Nos encontramos ante uno de esos típicos prodigios que aparecen en los textos antiguos, como estatuas que se bajan del pedestal, dioses que se aparecen en medio de una batalla y otros fenómenos sobrenaturales que hoy día no podemos aceptar?

En general, los historiadores piensan que en todos los hechos relacionados con Marco Furio Camilo —al que se consideraba el segundo fundador de Roma— hay mucho de leyenda, y que durante los siglos IV y III los romanos embellecieron aún más su historia con detalles novelescos y a veces casi fantásticos. ¿La historia del lago Albano sería uno de esos adornos fabulosos?

Para responder a esa pregunta, nos moveremos lejos de Roma tanto en el espacio como en el tiempo. El 21 de agosto de 1986, en Camerún, un lago llamado Nyos estalló de repente. Enormes burbujas rompieron su superficie, chorros de agua y espuma se alzaron a más de cien metros y una ola de veinticuatro metros de altura arrasó una de sus orillas. Al mismo tiempo, una nube de gas brotó del lago a

más de cien kilómetros por hora y barrió los alrededores. El resultado fue que perecieron mil setecientas personas y tres mil quinientas cabezas de ganado.

Al igual que el lago Albano, el Nyo no recibía aporte de ningún río. ¿Qué ocurrió?

El lago Nyo se encuentra situado en un antiguo cráter volcánico. Aunque el volcán permanece inactivo, por debajo del lago hay una cámara de magma de la que se filtra dióxido de carbono (CO₂) que asciende entre las rocas y pasa al agua. Antes del desastre de 1986, el CO₂ se fue acumulando en las profundidades del lago, en las capas más densas y frías. Llegó un momento en que el agua se saturó tanto que se desgasificó de repente, estallando como una monstruosa botella de champán. El dióxido de carbono se extendió por los alrededores y la gente alcanzada por la nube murió de asfixia en pocos minutos.

Volviendo a los alrededores de Roma, el lago Albano, como su vecino Nemi, también está situado en un cráter. Por ser más precisos, su lecho lo forman cinco cráteres fundidos en uno.

Los estudios geológicos demuestran que durante los últimos setenta mil años el lago se ha desbordado en muchas ocasiones, provocando inundaciones y lahares, catastróficas avalanchas de lodo que se han sedimentado en la llanura circundante.

La razón es la misma que en el lago Nyo: el monte Albano entero es un volcán adormilado, aunque no del todo muerto, y de sus profundidades no deja de emanar CO₂ que se acumula en las aguas del fondo. A veces, un movimiento sísmico, por pequeño que sea, hace que en las capas inferiores del lago penetren chorros de aguas termales inyectados desde las profundidades. Las aguas frías y calientes se mezclan, todo se revuelve, el sistema se desestabiliza, la superficie del lago sube a toda velocidad e incluso rebosa por encima de las paredes del cráter.

O debería decir «rebosaba». Los romanos no eran conscientes de que tenían un volcán a veinte kilómetros de su ciudad, y sin embargo, al excavar aquel túnel, llevaron a cabo la primera obra de prevención de riesgos volcánicos de la historia.

¿Llegó a haber una nube asesina como la de Nyo en el año 398 a.C.? Lo ignoramos. Sólo sabemos que se produjo una catastrófica subida de las aguas y que los romanos se lo tomaron como un portentoso inexplicable. Pero ahora la razón está bastante clara, y el prodigio se convierte en un fenómeno natural que, por pura casualidad, coincidió con el asedio de Veyes. Al fin y al cabo, conociendo a los romanos, lo extraordinario habría sido que la misteriosa inundación coincidiera con un año sin guerras.

CAMILO Y LA LLEGADA DE LOS GALOS

En el año 391 se declaró una epidemia⁹ en Roma. Los dos cónsules enfermaron al mismo tiempo y quedaron incapacitados para el cargo. ¿Qué ocurría en un caso así? ¿Y si, aún peor, morían ambos?

En tales situaciones, el derecho a tomar auspicios en nombre de la ciudad, esto es, a consultar la voluntad de los dioses, recaía en el senado. No se trataba de una mera formalidad: los actos públicos sólo podían llevarse a cabo *auspicato*, «tras haber tomado los auspicios». Eso incluía las elecciones, la toma de posesión de un magistrado, la elaboración del censo y, por supuesto, cualquier acción militar.

No hay que confundir auspicio con augurio. El auspicio no predecía el futuro, tan sólo revelaba a los humanos si los dioses aprobaban o desaprobaban lo que estaban haciendo; por ejemplo, lanzar un asalto contra una ciudad. ¿Qué ocurría si los auspicios no eran favorables? La acción se posponía, y al día siguiente se repetía la consulta, pues se interpretaba que los dioses no se oponían a la acción en sí, sino a que se llevara a cabo en ese momento.

Los augurios, en cambio, no tenían límite en el tiempo. Si los dioses manifestaban, por ejemplo, que no querían que un templo se construyera en un lugar determinado, había que trasladarlo a otro sitio. Además, sólo podían tomar augurios los sacerdotes del colegio de los augures, una institución de origen etrusco.

En cuanto a su naturaleza, tanto los auspicios como los augurios eran muy variados. A veces se buscaban señales en el cielo: por ejemplo, un trueno o un rayo podían manifestar la desaprobación de Júpiter, lo que significaba que se suspendía la reunión de los comicios en un día determinado. El canto o el vuelo de las aves también se interpretaban, como habían hecho Rómulo y Remo al fundar la ciudad.

Uno de los auspicios más curiosos era el llamado *ex tripudis*. Un individuo denominado *pullarius* tenía a su cargo los pollos sagrados. Llegado el momento de tomar el auspicio, abría la puerta de la jaula y les echaba granos de cereal o trozos

de bizcocho. Si los pollos estaban tan hambrientos que al comer los granos saltaban de su boca al suelo —lo que se denominaba *tripudium*—, se consideraba un auspicio de lo más favorable. Si se negaban a comer o batían las alas, mal asunto.

Hoy día nos puede parecer gracioso que los civilizados romanos tomaran decisiones políticas o militares basándose en el comportamiento de unos pollos, pero para ellos era una cuestión muy seria. Cuando llegemos a la Primera Guerra Púnica y la batalla de Drépana, volveremos a encontrar a estos pollos sagrados y lo comprobaremos.

En 391, debido a la incapacidad de los cónsules, el senado eligió como primer *interrex* a Marco Furio Camilo. Él tomó los auspicios en nombre de la ciudad durante cinco días, tal como estaba prescrito, y luego nombró a su vez a otro *interrex*, que designó a un tercero, quien, por fin, convocó los comicios para elegir nuevos cónsules. Pero en este caso la asamblea no nombró dos cónsules, sino seis tribunos con poderes consulares. La razón era la propia epidemia: los romanos pensaron que, eligiendo a seis magistrados, habría menos probabilidades de que todos murieran o se vieran incapacitados al mismo tiempo.

Poco antes, tal vez por la misma enfermedad, había muerto Cayo Julio, que desempeñaba el cargo de censor. En su lugar fue nombrado como censor sufecto otro patricio llamado Marco Cornelio. En su momento no se dio demasiada importancia a este hecho. Pero en el mismo lustro se produjo un terrible desastre para la ciudad del que enseguida hablaremos. (Recordemos que el lustro era la ceremonia de purificación de la ciudad que se llevaba a cabo cada cinco años, después de la elaboración del censo). Los romanos interpretaron que dicho desastre se debía, entre otros motivos, a que habían sustituido al censor muerto por otro, y jamás volvieron a repetir esta práctica, que desde entonces consideraron una ofensa religiosa. De nuevo, como vemos, se tomaban muy en serio todo lo relacionado con los dioses.

Siguiendo con señales y portentos, por aquel entonces un plebeyo llamado Marco Cedicio informó a los tribunos consulares de que no muy lejos del templo de Vesta había oído en el silencio de la noche una voz sobrehumana que le dijo: «Avisa a los magistrados de que vienen los galos». Según Tito Livio, los tribunos no le hicieron caso en parte porque el informante era de condición humilde, y en

parte porque todavía ignoraban quiénes eran los galos. Del mismo modo que he señalado cómo el portento del lago Albano es histórico, en este caso parece bastante evidente que se trata de una profecía a posteriori.

Después de su interregno, empezaron las desgracias para Camilo. Primero murió su hijo, tal vez por la misma plaga que azotaba Roma. Después, el tribuno de la plebe Lucio Apuleyo le acusó de no haber repartido bien el botín obtenido tras la toma de Veyes. Al saber que iba a ser condenado, Camilo se exilió voluntariamente. En su ausencia, le impusieron una fuerte multa.

Y fue entonces cuando llegaron los galos.

«Galos» era el término utilizado por los romanos para referirse a una serie de pueblos celtas. Algunas tribus de esta etnia habían empezado a cruzar los Alpes ya en el siglo V, y tal vez antes. En el 400, varios pueblos galos, como los boyos, los insubres o los senones, se habían instalado en la parte norte de la fértil y extensa llanura del Po, un territorio al que los romanos denominarían Galia Cisalpina, la Galia «de este lado de los Alpes», por oposición a la Transalpina. Por aquel entonces no la consideraban parte de Italia.

En esa zona había ciudades etruscas como Felsina o Mantua, pues durante el siglo VII los etruscos se habían expandido desde sus fronteras originarias hacia el norte. Ahora, sin embargo, esas poblaciones cayeron en manos de los galos. No contentos con el territorio que dominaban, estas tribus empezaron a cruzar los Apeninos y a internarse en Italia propiamente dicha en expediciones de pillaje.

En el año 387 —según la cronología que parece más acertada—, en una de estas correrías, una horda de galos senones atravesó, o más bien barrió, Etruria, penetró en el valle del Tíber y se dirigió hacia el sur. Roma envió un ejército para frenar su avance. Ambas fuerzas se enfrentaron a orillas del pequeño río Alia, un afluente del Tíber.

Era la primera vez que los romanos se enfrentaban a los galos. Y resultó una experiencia traumática para ellos.

En primer lugar, como promedio, los galos eran bastante más altos que ellos, gigantes de piel pálida, ojos azules y pelo rubio. Llevaban los cabellos largos, y a veces los peinaban en trenzas que caían sobre los hombros, mientras que en otras ocasiones se los untaban de cal, formando una especie de púas blancas que debían de hacer su aspecto aún más temible. Llevaban pantalones, prenda que los romanos

no usaban, vestían túnicas o mantos con rayas y cuadros de vivos colores — antepasados de los cuadros escoceses—, y se calzaban con botas de cuero. Como adorno, los principales guerreros llevaban torques, gruesos collares de oro, plata u otros metales, retorcidos como trenzas.

Por si su aspecto no fuera lo bastante amenazador, eran mucho más fieros que los adversarios contra los que los romanos estaban acostumbrados a luchar. Según todas las descripciones de los autores clásicos, atacaban en oleadas haciendo soplar sus cuernos de guerra, y cargaban de frente sin preocuparse demasiado de minucias tales como el orden de combate, la superioridad o inferioridad numérica o los accidentes del terreno. Algunos de ellos, para demostrar su desprecio por el enemigo o tal vez porque estaban de cerveza o hidromiel hasta las trancas, se lanzaban a la batalla desnudos.

Los galos eran, pues, guerreros a la antigua usanza como los héroes de Homero: grandes luchadores individuales, pero no tan buenos en lo colectivo (aunque bajo el mando de un gran general como Aníbal esto cambió de forma radical). Al igual que los romanos, despojaban de sus armas a los vencidos, pero ellos iban más allá. También cortaban las cabezas de sus enemigos derrotados y las embalsamaban con aceite para que se conservaran más tiempo como trofeo. Ése fue el destino de la cabeza de un cónsul, Lucio Postumio, que murió en 216 luchando contra ellos.

Con el tiempo, los romanos se irían acostumbrando al aspecto de estos nuevos enemigos. Pero en esta ocasión la primera acometida de los galos, doce mil guerreros, abrió una brecha en su ejército, que contaba con unos quince mil soldados. Mientras los hombres del centro eran masacrados, los del ala izquierda huyeron despavoridos a la cercana Veyes, que ahora les pertenecía. Los del flanco derecho, que eran menos, se retiraron a Roma.

Tras su victoria, los galos se dedicaron a recoger el botín. Después se pusieron en marcha, y tres días más tarde se presentaron en Roma.

Por aquel entonces, la ciudad no tenía una muralla que la protegiera por entero, de modo que los galos pudieron entrar en ella y saquearla prácticamente a placer. Era la primera vez que ocurría en la historia de la República. Una desgracia así no se repetiría hasta ochocientos años después, cuando otros bárbaros, en esta ocasión germanos —los visigodos de Alarico—, entraron en Roma y sembraron la destrucción.

El saqueo del año 387 fue una experiencia inesperada para los romanos, que

tras la conquista de Veyes casi habían duplicado su territorio y se sentían fuertes y seguros. También resultó humillante y dolorosa. Tanto que inventaron una serie de leyendas sobre ese saqueo, en parte exagerando la devastación y en parte adecentando un poco su propio papel. Como suele ocurrir, es difícil deslindar la historia del mito, así que presentaré el relato tradicional.

Buena parte de la población huyó: ancianos, niños, mujeres —incluidas las vestales que portaban el fuego sagrado de la ciudad—. Los que podían luchar se refugiaron en el Capitolio, que de los siete montes era el más fácil de defender. Pero hubo un grupo de patricios, los senadores más viejos, que ya no tenían edad de combatir y, por otro lado, se negaban a abandonar la ciudad. De modo que se sentaron en el Foro y aguardaron en silencio.

No tardó en llegar un grupo de galos. Al ver a aquellos ancianos sentados sin moverse ni pestañear, durante un rato se quedaron sin saber qué hacer. Después, un guerrero se acercó a un patricio llamado Marco Papirio y le dio un tirón de la barba para ver si reaccionaba. (Por aquella época, los romanos llevaban barba). El viejo le asestó un bastonazo en la cabeza, y el galo respondió matándolo con su espada. Aquélla fue la señal para masacrar a todos los demás.

El saqueo duró varios días, pero no había forma de tomar el Capitolio. Hasta que un día los invasores encontraron en una escarpada ladera huellas de que alguien había trepado por allí. Era un mensajero que los senadores asediados habían enviado a Ardea, donde estaba desterrado Furio Camilo, para nombrarle dictador y pedirle ayuda.

Breno, el rey de los galos senones, pensó que por donde había subido un solo hombre podían subir cientos. Esa noche, unos cuantos treparon por la ladera y llegaron a las alturas, tan silenciosos que ni los guardias ni los perros detectaron su presencia. Tuvieron que ser los gansos sagrados de Juno, que estaban pasando tanta hambre que andaban más nerviosos de lo habitual, quienes se dieron cuenta. Sus estridentes graznidos despertaron a los defensores, que tomaron las armas y lograron rechazar a los asaltantes. El primero en atacar y matar a un galo fue Manlio, que por esta acción se ganó el *cognomen*¹⁰ de Capitolino.

El relato tiene su encanto, pero se antoja incluso más legendario que el de los ancianos senadores sentados como estatuas. Muy negligentes debían de ser los guardias del Capitolio para no oír a los galos. Sobre todo, cualquiera que tenga un perro en casa —o en la del vecino— sabrá que, de noche especialmente, oyen lo inaudible y despiertan a todo el mundo con sus ladridos.

El asedio del Capitolio se prolongaba para desesperación de galos y romanos. Por fin, los bárbaros aceptaron marcharse de la ciudad si les pagaban mil libras de oro, una auténtica fortuna. Los romanos bajaron con objetos preciosos y los galos fueron pesándolos y echando cuentas. Quinto Sulpicio, a la sazón tribuno consular, se dio cuenta de que estaban usando pesas amañadas en uno de los platillos para sacarles más oro incluso que el convenido. Cuando protestó, el rey Breno se carcajeó de él, soltó su espada en el platillo y dijo: *Vae victis!*, «¡Ay de los vencidos!».

Los romanos tuvieron que resignarse y poner oro de más, no ya sólo para compensar las pesas falsas sino también la espada. Sólo así consiguieron que se fueran los galos.

La historia sigue contando que, cuando Breno y sus hombres volvían hacia el norte, Camilo, nombrado dictador, apareció con un ejército, derrotó a los galos y recuperó el oro. Él también soltó su latinajo —lógico, considerando que era su idioma—: *Non auro, sed ferro recuperanda est patria*, o sea: «La patria no ha de salvarse con oro, sino con hierro».

¿Qué pudo pasar en realidad? Aquellos galos no eran más que una banda de saqueadores. Debieron derrotar a un ejército romano, porque si no se explica que pudieran entrar en la ciudad. Pero el registro arqueológico no revela huellas de una gran devastación por esa época, así que su pillaje tuvo que ser rápido, y seguramente no se molestaron en destruir ni incendiar las casas. Es posible que intentaran tomar el Capitolio, pero no que estuvieran sitiándolo siete meses: ni entonces ni nunca tuvieron los galos paciencia para largos asedios.

Que los romanos se vieran obligados a pagar un rescate para librarse de ellos resulta muy verosímil. Pero que lo recuperaran gracias a la victoria de Camilo sí que parece una creación posterior para salvar su honor. Algo así como la supuesta batalla de Calatañazor en que los reyes cristianos por fin lograron derrotar al invencible Almanzor.

IV

LA CONQUISTA DE ITALIA

L

as consecuencias del saqueo de Roma fueron más psicológicas que reales: de haber sufrido una devastación tan grave como cuentan los autores clásicos, en el registro arqueológico habría quedado una capa de cenizas que no se encuentra por ninguna parte.

En cualquier caso, para evitar que se repitiera una situación similar, los romanos levantaron una muralla de diez kilómetros de longitud que rodeaba la ciudad. Con el tiempo, se dijo que ese muro lo había construido Servio Tulio. Sin embargo, los restos que se conservan están contruidos en toba volcánica extraída de la Grotta Oscura, una cantera situada cerca de Veyes, lo que significa que la muralla sólo pudo edificarse tras la conquista de esta ciudad.

En estos momentos Roma poseía un territorio de unos mil quinientos kilómetros cuadrados (por hacernos una idea, Guipúzcoa tiene algo más de mil novecientos). Pero en pocas décadas conseguiría multiplicar por cinco esta extensión.

Según la tradición, en ello influyó mucho Camilo. En el año 385, los pueblos vecinos decidieron aprovecharse de la debilidad de la ciudad y se formó una coalición de ecuos, volscos y latinos que invadieron su territorio, mientras los etruscos asediaban la ciudad aliada de Sutrio. Para solucionar la crisis, los romanos nombraron dictador por tercera vez a Camilo, que logró derrotar a los enemigos.

Como ya comentamos, en la figura de Camilo, considerado segundo fundador de Roma por la posteridad, se mezclan elementos históricos y ficticios, e incluso a veces simples repeticiones de sus propios hechos. Entre otras reformas, se le atribuye la del ejército, que habría pasado de organizarse por falanges, como

el griego, a la formación en manípulos más flexible. No hay pruebas claras de ello, así que hablaremos de este tipo de formación más adelante, cuando ya es seguro que se empleaba.

Según la tradición, Camilo fue nombrado dictador por cuarta vez en el año 368. En aquel momento, la lucha entre patricios y plebeyos había vuelto a encontrarse. Nueve años antes —las fechas son inseguras, pero a falta de otras mejores doy las de los historiadores romanos—, los tribunos de la plebe Cayo Licinio y Lucio Sextio habían presentado unas medidas conocidas colectivamente como *leges Liciniae Sextiae*. Estas medidas debilitaban el poder de los patricios; por ejemplo, limitaban la extensión de terreno público que podía poseer una sola persona. Las *leges Liciniae Sextiae* también proponían que se dejaran de elegir tribunos con poderes consulares, que se escogieran exclusivamente dos cónsules al año y que uno de ellos fuese por fuerza plebeyo.

Los patricios, como era de esperar, se negaron a permitir que estas leyes fueran aprobadas. Pero en 368, Camilo, que tenía ya casi ochenta años, comprendió que, si no querían sufrir una guerra civil o ser destruidos por los enemigos, los patricios debían ceder, de modo que usó su influencia para conseguir que las leyes entraran en vigor. A partir de ese año, en las listas sólo encontramos dos nombres de cónsul, y no seis o hasta ocho tribunos como había llegado a ocurrir.

Camilo fue dictador una quinta vez al año siguiente, en este caso por una emergencia militar, y derrotó a una nueva horda de galos junto al monte Albano. Dos años después, en 365, falleció en otra epidemia que azotó la ciudad. Como cuenta Plutarco, aunque en aquella plaga perecieron muchos otros ciudadanos, la muerte de Camilo apenó a los romanos más que todas las demás juntas.

LA GUERRA LATINA Y LA BATALLA DEL VESUBIO

A mediados del siglo IV, Roma era ya una gran potencia italiana. Las únicas que se le podían oponer en Italia no eran estados unificados, sino confederaciones de tribus o de ciudades. Al norte, en el valle del Po, estaban los galos, con los que

de momento prefirieron no meterse en líos. Al sur se hallaba la fértil región de Campania, poblada de ciudades griegas, como toda la parte inferior de la bota, que por tal motivo se llamaba «Magna Grecia». En las montañas moraban diversos pueblos, entre los que destacaban los samnitas, formados por cuatro tribus que, llegada la hora de hacer la guerra, se aliaban y nombraban un general supremo.

La primera guerra contra los samnitas empezó en 343, pero los detalles no están nada claros. Al final de este conflicto, en el año 341, los romanos habían puesto ya el pie en Campania. Era una región rica, con llanuras fértiles de tierras volcánicas que producían excelentes vinos, y también disponía de puertos naturales y montes abundantes en minerales. La primera ciudad en caer en su poder fue Capua, que se alió voluntariamente con Roma, precisamente para pedirle ayuda contra los samnitas.

De momento, sus conquistas no pudieron ir mucho más allá. Roma sufría problemas en el patio trasero de su casa. Desde siglo y medio antes existía la Liga Latina, una alianza de ciudades del Lacio que incluía a Roma. Por los términos de esa coalición, romanos y latinos combatían juntos en sus guerras. Así, cada ejército consular se componía de dos legiones de soldados romanos flanqueadas por otras dos unidades de *socii* o aliados. A cambio, el botín se repartía también entre los romanos y los latinos.

Pero en el año 340, los latinos percibían que los romanos estaban abusando de ellos, y enviaron una embajada a Roma para pedir que la alianza se convirtiera de hecho en un estado unificado: uno de los dos cónsules y la mitad de los senadores debían ser latinos. Roma rechazó la propuesta, y estalló la guerra.

En esta ocasión, los romanos se coaligaron con los samnitas, aunque hacía pocos meses que habían combatido contra ellos ayudados por los latinos: las alianzas cambiaban con facilidad. En este sentido, los romanos eran maquiavélicos, pero el mismo argumento se podría aplicar a los otros pueblos.

La batalla decisiva se libró cerca del Vesubio. Los cónsules de aquel año eran Publio Decio Mus y Tito Manlio Torcuato, y ambos pasaron a la historia por sus acciones.

Hablemos primero de Tito Manlio. En el año 361, un ejército galo se enfrentó contra otro romano. De las filas bárbaras salió un guerrero que desafió a sus enemigos a un duelo singular. Según el historiador Tito Livio era un tipo gigantesco. Considerando que los galos eran de por sí más altos que los italianos y que alguien que se atrevía a lanzar un reto así, sin saber quién lo aceptaría, debía

confiar mucho en sus propias fuerzas, no hay razón para dudar de lo que dice el historiador.

Los romanos se miraron unos a otros: en aquel entonces todavía tenían más miedo que respeto a los galos, sobre todo como combatientes individuales. Pero Tito Manlio, que por aquel entonces aún era muy joven, pidió permiso al general romano para aceptar el desafío. Después se adelantó armado con una espada corta, lo que provocó las burlas del galo, que le sacó la lengua. (El propio Livio añade: «Lo cual pareció digno de mención a los antiguos»).

El duelo duró poco. El galo utilizó su espada a la manera de su pueblo, lanzando un tremendo tajo de arriba abajo. Manlio lo esquivó y se adelantó, penetrando en la defensa del bárbaro para lanzar dos rápidas estocadas, una al vientre y otra a las ingles. Cuando su enemigo cayó al suelo, Manlio le quitó la torques, el collar característico de los galos, y se la puso aunque estaba ensangrentada.

Gracias a esa acción, Manlio recibió el sobrenombre de Torcuato, «el de la torques», que se convirtió en *cognomen* de la familia. La historia puede sonar a ficción, pero lo cierto es que los romanos tenían tanta tendencia como otros pueblos antiguos a los duelos singulares. En este caso, los detalles con que adorna su narración Livio son verosímiles, pues reflejan la distinta forma de combatir de galos y romanos: los primeros preferían el filo de la espada, los segundos la punta. (De ese asunto hablaremos más en el capítulo dedicado expresamente al ejército).

La admiración por los combates singulares se revela ya en la temprana historia de los Horacios y los Curiacios. Una muestra de esa tendencia es que la condecoración más valorada en Roma eran los *spolia opima*, que conseguía un general por dar muerte al jefe enemigo y despojarlo de su armadura. Los *spolia opima* sólo se concedieron tres veces en toda la historia de Roma. La primera a Rómulo, por haber vencido a Acro, rey de los ceninenses; la segunda a Aulo Cornelio Coso, que mató al rey etrusco Larte Tolumnio de Veyes; y la tercera a Claudio Marcelo por abatir a Viridomaro, rey de los gesatas.

Un elemento clave en estos combates era despojar al vencido de sus armas, que luego se conservaban como trofeo familiar o se ofrendaban a los dioses. Una panoplia completa —escudo, yelmo, coraza, grebas, lanza y espada— constituía una posesión muy valiosa que sólo se podían permitir los miembros de las clases superiores. Por eso muchos de ellos la exhibían directamente sobre el dintel de la puerta de su casa.

Mas no se trataba sólo de una cuestión simbólica: llegado el caso, las armas de los vencidos se reutilizaban. Durante la Segunda Guerra Púnica, los romanos recurrieron a panoplias consagradas a los dioses para equipar a las legiones que tuvieron que movilizar en situaciones de urgencia, mientras que los hombres de Aníbal se protegían con las armaduras arrebatadas a los romanos vencidos.

Volviendo a los duelos singulares, lo más normal era que no enfrentaran a los generales enemigos y, por tanto, no implicaran la concesión de los *spolia opima*. Uno de los más célebres de la historia de Roma se libró poco después del de Torcuato, en el año 349, cuando un ejército galo se enfrentó a otro romano en la zona de las Ciénagas Pontinas.

La escena fue similar: galo de casi dos metros que sale dando zancadas de sus filas y reta a quien se atreva a duelo singular. En este caso, quien pidió permiso al cónsul para aceptar fue un joven tribuno militar llamado Marco Valerio.

Todo muy parecido, pero con detalles originales..., y un punto fabulosos. Cuando Valerio se acercó a su contrincante, un cuervo se posó encima de su yelmo. Al empezar la pelea, el pájaro se lanzó sobre el rostro del enorme galo y lo distrajo picoteándolo y aleteando delante de su rostro. Entorpecido de esta manera, el galo fue presa fácil para Valerio, que lo mató con su espada, lo despojó de la armadura y se ganó para sí mismo y sus sucesores el sobrenombre de *Corvus*, Cuervo.

Esta parte del cuervo puede ser un añadido fantástico para explicar el origen de un *cognomen*. Además, los lectores modernos pueden preguntarse qué mérito tuvo la victoria de Valerio si lo ayudó un ave enviada por los dioses.

Hay que decir que para los antiguos no era ningún desdoro recibir auxilio de las divinidades, pues éstas sólo favorecían a quienes se lo merecían. Así lo hizo la diosa Atenea con Aquiles en su combate contra Héctor. Por hacer un símil futbolístico, para los antiguos recibir el favor del árbitro del partido significaba que estaban jugando mejor.

Volvamos a la guerra contra los latinos y a Tito Manlio Torcuato. Decía que éste pasó a la historia, y no me refería a su duelo contra aquel galo. Cuando ambos ejércitos estaban cerca, Torcuato ordenó a sus hombres disciplina total. Nadie debía acercarse al campamento enemigo ni para confraternizar con los latinos ni para batirse con ellos en duelos personales. Probablemente quería evitar más lo

primero que lo segundo, ya que romanos y latinos habían sido aliados hasta anteayer. En cualquier caso, la pena por quebrantar su orden era igual en ambos casos: la muerte.

Pero el propio hijo del cónsul, llamado también Tito Manlio, incumplió las instrucciones. Al mando de un destacamento de caballería se acercó al campamento latino. Un oficial llamado Gémino lo desafió con afrentas a Roma. Manlio aceptó el reto y lo mató. Pero cuando presentó a su padre las armas del enemigo vencido, Torcuato hizo que lo ataran a un poste. Después, delante de todo el ejército, un lictor lo degolló con un hacha por desobedecer las órdenes.

El mismo guerrero que había conquistado su sobrenombre en un duelo hizo matar a su hijo por librar otro. Este relato nos ilustra sobre la disciplina casi inhumana de los romanos, pero también sobre su agresividad innata, que había que controlar para que no combatieran por su cuenta como héroes homéricos o como bárbaros galos.

En cuanto al otro cónsul, Decio Mus, también poseía un historial destacado. Tres años antes había obtenido la corona de hierba, una de las condecoraciones más apreciadas por los romanos. Sólo se le concedía a aquel general que salvaba a un ejército entero, y se la otorgaban los soldados a su jefe, al contrario de lo habitual. En el caso de Decio, la había conseguido al rescatar a las legiones del cónsul de una encerrona en un valle entre las montañas del Samnio.

Ahora, en el año 340, cuando los romanos se hallaban acampados cerca de Capua, los dos cónsules recibieron la misma visión en sueños. Una forma ingente e inhumana se les apareció y les dijo que el jefe de un ejército y las tropas del otro iban a ser sacrificadas a los dioses manes —las almas de los muertos— y a la madre Tierra. De modo que el general que se ofreciese a sí mismo como víctima conseguiría al mismo tiempo la destrucción de la hueste rival.

Al hablar del asunto, ambos cónsules decidieron que, cuando llegara el combate, si uno de los dos flancos romanos cedía, el cónsul al mando se consagraría a sí mismo y al ejército enemigo a los manes de los muertos.

La batalla se libró al pie del Vesubio. En realidad fueron prácticamente dos batallas paralelas, como solía ocurrir cuando el ejército se dividía entre los dos cónsules. Fue el ala izquierda, la que mandaba Decio, la que empezó a flaquear, y los astados, los soldados de primera fila, se refugiaron tras los príncipes de la

segunda.

Al ver que la situación era muy apurada, Decio Mus decidió que había llegado el momento de sacrificarse. Se cubrió la cabeza con la toga y recitó un voto que más parece un terrible conjuro mágico:

Jano, Júpiter, padre Marte, Quirino, Belona y vosotros lares, novensiles e indigetes, deidades que tenéis poder sobre nosotros y nuestros enemigos; y vosotros también, divinos manes: os rezo, os reverencio y os ruego que bendigáis al pueblo romano con poder y con victoria, y que lancéis sobre sus enemigos miedo, terror y muerte. Ahora, por el bien del pueblo romano, del ejército, de las legiones y de sus aliados, ofrezco en sacrificio a los manes y a la Tierra las legiones y los auxiliares del enemigo, del mismo modo que me ofrendo a mí mismo.

Dicho esto, Decio se ciñó la toga a la forma gabinia, esto es, usando un extremo del propio manto a modo de cinturón, típico gesto al ofrecer un sacrificio. Después, se lanzó a caballo él solo contra el ejército latino ante el estupor de todos, y no tardó en caer abatido por los dardos enemigos.

Volvemos a encontrarnos ante una historia que desprende cierto tufillo a leyenda. Que el mismo sueño se presentara a los dos cónsules no se antoja demasiado verosímil. Pero existía un ritual llamado *devotio* por el que los enemigos eran ofrecidos como víctimas a los manes, los dioses infernales. El poder de este sacrificio —que, en el fondo, era una maldición— aumentaba si uno también se ofrendaba a sí mismo. De nuevo, no debemos subestimar la importancia que le daban los antiguos romanos a la religión.

Prescindiendo del detalle del sueño, el relato resulta perfectamente verosímil. La *devotio* de Decio debió de producirse en una de las pausas que siempre se hacían en los combates por puras razones físicas, aunque sólo fuera por apoyar un rato en el suelo un escudo que pesaba cerca de diez kilos. Es fácil imaginar el estupor de los enemigos al ver cómo todo un cónsul de Roma cargaba contra ellos como un suicida. Por su parte, los romanos, al saber el terrible sacrificio que había ofrecido Decio —él se cuidó de que sus lictores informaran—, debieron de pensar que los dioses estaban de su parte y lucharon con redoblado fervor. El resultado fue una victoria aplastante de los romanos.

Si me he extendido en las circunstancias anímicas y religiosas que rodearon

esta batalla —duelos personales, disciplina, suicidios rituales— más que en las materiales no es sólo porque el relato en sí sea curioso, sino porque refleja mucho del *ethos* de los romanos, el espíritu que animaba sus ideales, sus costumbres y su forma de concebir la guerra. En el capítulo siguiente, analizaremos con más detalle su armamento y sus tácticas, pero para comprender mejor sus triunfos, y también sus fracasos, debemos empatizar un poco con su visión del mundo.

Tras la batalla del Vesubio, los latinos volvieron a sufrir una derrota, esta vez en Trifano. En 338, se vieron obligados a firmar la paz con los romanos.

La Liga Latina como tal desapareció. Roma firmó con cada una de las ciudades un tratado distinto, y prohibió expresamente que pactaran entre ellas.

Esta política la utilizaría durante siglos. Conforme fue conquistando nuevos territorios, Roma estableció estatutos distintos para cada uno. En el caso que nos ocupa, las ciudades formaron parte de una nueva comunidad, una *commonwealth* romana con tres niveles jerárquicos:

Primero estaban las comunidades latinas cuyos habitantes se convirtieron directamente en ciudadanos romanos y fueron inscritos en nuevas tribus a efectos de las votaciones en los comicios tributos. Así pasó con Lanuvio o Aricia. El caso de la ciudad marítima de Ancio fue curioso: sus habitantes adquirieron la ciudadanía, pero tuvieron que entregar su flota. Los romanos destruyeron algunos de esos barcos y se llevaron a la ciudad los espolones y los mascarones de proa, que exhibieron en el Foro como trofeos debajo de la tribuna de oradores. Desde entonces, ésta se llamó Rostra por el plural de *rostrum*, «mascarón».

En segundo lugar, estaban las ciudades que siguieron siendo aliadas independientes, o *foederatae*, que se llamaban así porque tenían un *foedus* o pacto con Roma, como Tíbur o Preneste. Sus ciudadanos podían casarse y comerciar con los romanos, pero no con los de otras ciudades de la antigua Liga Latina: era una forma de centralizarlo todo en Roma y evitar que establecieran vínculos entre ellos. Debían contribuir con tropas al ejército romano, y ya no podían decidir su política exterior.

En tercer lugar, en territorios más alejados, los romanos impusieron a las comunidades vencidas el estatuto de *civitates sine suffragio*, ciudades sin derecho a voto. Así ocurrió, por ejemplo, con Capua o Acerras. Sus habitantes eran ciudadanos romanos, pero a medias: aunque servían en el ejército, no podían votar

en los comicios ni ser elegidos para las magistraturas. Ahora bien, si se trasladaban a vivir a Roma adquirirían todos los derechos, medida que favoreció la inmigración a la ciudad.

Todos estos estatutos se aplicaban a ciudades ya existentes, pero también servían para colonias de nueva fundación, cuyos habitantes podían recibir directamente la ciudadanía romana o tan sólo la latina.

Los romanos establecieron veintiocho de estas colonias en lugares fácilmente defendibles. Contaban con baluartes formidables, lo que demuestra que su principal función era proteger una frontera en continua expansión. Por ejemplo, la colonia de Cosa tenía una muralla de casi diez metros de altura y dos metros y medio de espesor. La fortificación de Pesto, sobre una muralla ya existente, resultó aún más impresionante: en un perímetro de cinco kilómetros, dos lienzos de sillares de roca caliza contenían un núcleo de tierra de casi siete metros de grosor, y sobre esta gruesa muralla se alzaban veintiocho torres de vigilancia.

Las colonias tenían como promedio entre tres mil quinientos y cuatro mil pobladores varones, junto con sus familias: casi los números de una legión. Los colonos recibían tierras, lo que venía muy bien a ciudadanos empobrecidos, pero a cambio se comprometían a no abandonar la nueva ciudad a no ser que dejaran en ella un hijo que pudiera reemplazarlos como soldados.

Esta condición se aplicaba incluso en situaciones de peligro: en 206, los colonos de Placentia y Cremona enviaron embajadores a Roma para quejarse de que muchos ciudadanos habían huido por la amenaza de los galos. Uno de los cónsules del año, Sexto Elio, pasó casi todo su mandato siguiendo la pista a los desertores y llevándolos de regreso a las colonias.

Todo este sistema de ciudades federadas, libres, tributarias, colonias y municipios nos resulta muy complicado. Pero los romanos no obraban así por afán de embrollar las cosas, sino aplicando la máxima *Divide et vinces*, «Divide y vencerás». Si todas las ciudades conquistadas hubiesen estado en la misma situación, les habría resultado más fácil encontrar puntos en común entre ellas y unirse contra Roma. Pero como la situación de las ciudades podía cambiar, cada una se esforzaba por competir con las demás para superarlas en prestigio y en los términos de su relación con Roma.

En general, el «yugo» romano no debía resultar tan intolerable. Muchas

comunidades formaban, en la práctica, parte de Roma. Otras tenían menos derechos, pero eran suficientes como para que se conformaran con ellos. Cuando siglo y pico más tarde Aníbal invadió Italia, pensó que los aliados forzosos de los romanos desertarían en masa y se pasarían a sus filas. Pero no fue así, lo que demuestra que los romanos no eran unos amos tan tiránicos y que, además, existían lazos fuertes entre los pueblos italianos.

LA SEGUNDA GUERRA SAMNITA

Tras el primer enfrentamiento, que casi fue un amago, romanos y samnitas volvieron a chocar. En el año 328, los romanos fundaron una colonia en Fregelas, en la orilla derecha del río Liris, que más o menos marcaba la nueva frontera entre los dominios de Roma y la confederación del Samnio. Aunque no era territorio de los samnitas, éstos consideraron que se trataba de una especie de cabeza de puente destinada a expandirse por *sus* montañas, y no se lo tomaron a bien.

La guerra estalló dos años después. En el año 326 en Neápolis —la actual Nápoles— había una guarnición samnita, que había sido llamada por los propios neapolitanos. Por aquel entonces, éstos andaban divididos, como era habitual en las ciudades griegas, en dos facciones: oligarcas y demócratas.

En general, los oligarcas tendían a reducir los derechos cívicos y a limitar los cargos públicos a los ciudadanos más adinerados. También aumentaban los poderes y atribuciones de sus magistrados y de los consejos formados por las élites, que eran similares al senado romano. Los demócratas, por el contrario, otorgaban más poder a la asamblea y extendían los derechos a todos los ciudadanos, independientemente de sus ingresos.

En esta época, la constitución de la República mezclaba elementos democráticos —los comicios— y oligárquicos —las magistraturas y el senado—, accesibles sólo a unos pocos. Pero los que prevalecían a la hora de la verdad eran los oligárquicos. Como hemos visto, los comicios estaban organizados y manipulados de tal modo que las clases superiores ganaban casi todas las votaciones. Si el pueblo llano no se rebelaba más a menudo ni organizaba una

guerra civil, como solía ocurrir en las ciudades griegas, era en buena parte por las conquistas, que permitían distribuir terrenos a ciudadanos pobres e instalarlos como colonos fuera de la ciudad.

Cuando trataba con otras ciudades, el senado, que manejaba la política exterior, favorecía sobre todo a regímenes oligárquicos. Por tanto, los partidarios de la democracia en las ciudades griegas no confiaban en los romanos y buscaban otras alianzas. Eso es lo que ocurrió en Neápolis, donde los demócratas decidieron acoger a los samnitas.

Pero los oligarcas se rebelaron, expulsaron a los samnitas y abrieron las puertas de la ciudad a una guarnición romana. Tal fue el inicio oficial del conflicto.

Al principio, la guerra fue bien para los romanos, que obtuvieron diversas victorias e incluso invadieron el montañoso territorio samnita. Pero en 321 sobrevino un desastre que en el imaginario romano resultó parangonable al saqueo de la ciudad por los galos. Los samnitas, que lógicamente conocían mejor su región, atrajeron a los romanos a una trampa. Los dos cónsules y sus ejércitos entraron en un paraje conocido como Horcas Caudinas. Las únicas salidas eran dos angostos desfiladeros, y cuando quisieron darse cuenta se vieron rodeados de enemigos y con las vías de escape bloqueadas por rocas y árboles.

Los samnitas tenían ante sí la oportunidad de exterminar a un doble ejército consular. Pero no la aprovecharon. En lugar de organizar una masacre o dejar que murieran de hambre, decidieron exigir a los generales que se rindieran en nombre del pueblo romano.

La situación era desesperada. Sin embargo, ni los cónsules ni el resto de los magistrados que iban con el ejército tenían la potestad de firmar la paz: sólo el senado y los comicios podían hablar en nombre del pueblo romano. Lo único que estaba en manos de los cónsules Veturio y Postumio era dar su palabra o *sponsio* de que convencerían al pueblo romano para aceptar un tratado. Con ellos juraron también los cuestores y los tribunos de las legiones.

Pese al juramento, los samnitas retuvieron como precaución a seiscientos équites, miembros de la élite. Además, no permitieron que los demás se marcharan con sus armas. Los romanos tuvieron que dejarlas en manos de sus enemigos y pasar bajo un yugo formado por una lanza horizontal sobre dos verticales.

Era exactamente la misma humillación a la que el dictador Cincinato había sometido a los ecuos casi siglo y medio antes, la versión en negativo del pasillo triunfal que se hace a los equipos vencedores. Empezando por sus poderosos y

dignos cónsules, los romanos pasaron de dos en dos, agachándose bajo el yugo, medio desnudos y entre los insultos, las burlas y los escupitajos de los samnitas que les habían tendido la trampa.

¿Se firmó al final la paz? Según los historiadores romanos, no: el senado y el pueblo rechazaron las condiciones, aunque eso supusiera la muerte de los rehenes, y luego vengaron el desastre de las Horcas Caudinas con una serie de victorias. Pero lo cierto es que Roma entregó las ciudades de Fregelas y Cales, así que los estudiosos actuales sospechan que Roma se tragó su orgullo y aceptó las condiciones impuestas por los samnitas. Ahora bien, sin duda empezaron a rumiar la venganza desde ese mismo momento. Probablemente no les habría dolido tanto la aniquilación de dos ejércitos consulares como la terrible humillación a que los habían sometido.

Aunque todos estos años se consideran parte de la Segunda Guerra Samnita, hubo paz entre ambos bandos durante media década. Los romanos reforzaron su situación en Campania mientras tanto y crearon nuevas tribus en las colonias fundadas.

En 316, los samnitas invadieron el Lacio y vencieron a los romanos en Láutulas. Pero al año siguiente fueron ellos los derrotados, y los romanos recuperaron Fregelas y empezaron a rodear el territorio samnita de colonias y de nuevos aliados.

Tras la afrenta de las Horcas Caudinas, la guerra poco a poco se fue inclinando del lado romano. La prueba fue que los ingresos que conseguían por sus conquistas les permitieron emprender un programa de obras públicas muy ambicioso.

APIO CLAUDIO Y SUS OBRAS

En el año 312, en plena guerra contra los samnitas —y contra muchos pueblos más—, los romanos eligieron como censor a Apio Claudio *Caecus*, el Ciego. Por aquel entonces todavía no había recibido ese apodo, ya que conservaba la vista, pero fue así como pasó a los libros de historia.

El primer censo de Roma lo había realizado el rey Servio Tulio, y en él inscribió a los ciudadanos por sus propiedades. Lógicamente, había que poner este censo al día, de modo que se confeccionaba uno nuevo cada cinco años, periodo que se denominaba «lustrum».

En los primeros tiempos de la República los cónsules se encargaban del censo. Pero en el año 443 aparecieron los censores para descargarles de este pesado deber. No era la única razón: también tenía que ver la lucha de los órdenes entre plebeyos y patricios.

Ese mismo año, en lugar de cónsules se habían nombrado tribunos con poderes consulares, y entre ellos había varios plebeyos. Para evitar que pudieran controlar el censo, que era una herramienta muy poderosa de control social, los patricios crearon una magistratura *ad hoc*, la censura, reservada sólo a ellos. Así siguió siendo hasta el año 351, en que se nombró al primer censor plebeyo. Más adelante, incluso fue obligatorio por ley que al menos uno de los dos censores fuese plebeyo.

La función principal de estos magistrados era redactar el censo. Para ello registraban a todos los ciudadanos y calculaban sus fortunas. Después, según su patrimonio los organizaban en tribus para los comicios curiados y en centurias para el ejército y los comicios centuriados. Recordemos que lo hacían de tal manera que aseguraban la victoria de las clases altas en casi todas las votaciones.

Esas mismas listas les servían también para elegir a los miembros del senado. Puesto que los senadores debían ser personas de conducta intachable y no dedicarse a tareas viles como la banca o el comercio, los censores también se convertían en jueces morales: de ahí procede nuestro uso de la palabra «censura».

Sin embargo, esa censura no se limitaba a los senadores. Cualquier ciudadano podía ver en el censo, al lado de su nombre, una *nota censoria*, una marca que lo señalaba como inmoral o antipatriota. Cuando así ocurría, esa persona era expulsada de la tribu y se convertía en un simple *aerarius*, que tenía que pagar impuestos cuando le correspondiera pero no podía votar. En ese sentido, su situación era igual que la de los habitantes de muchas ciudades conquistadas.

Así ocurrió, por ejemplo, con más de dos mil jóvenes romanos después de la batalla de Cannas. Su falta era no haber combatido durante cuatro años en ninguna campaña en una época en que se reclutaban constantemente legiones para luchar contra Aníbal, sin tener tan siquiera la excusa de haber estado enfermos. Eso demuestra que, aunque hablemos a menudo de la *virtus*, el valor guerrero de los

romanos, había mucha gente que, como es humanamente comprensible, procuraba escurrir el bulto para que no la alistaran.

El castigo que decidieron los censores fue ejemplar: dos mil ciudadanos fueron convertidos en *aerarii* y enviados a Sicilia, donde tuvieron que servir con los supervivientes de las legiones derrotadas en Cannas.

El papel de los censores no se limitaba a confeccionar censos y tachar a quienes incumplían las normas morales. También eran quienes preparaban lo más parecido a los presupuestos generales de la República y controlaban gastos e ingresos. Ellos arrendaban a particulares las propiedades públicas, como las minas o los bosques, y también encargaban a los publicanos la antipática labor de recaudar impuestos en nombre del Estado.

Al manejar el gasto público, eran ellos quienes adjudicaban y supervisaban las contrataciones de las grandes obras. El primero del que sabemos que empezó a realizarlas fue, precisamente, Apio Claudio, el que todavía no era ciego.

Hay que decir que fue un personaje muy polémico. Para empezar, cuando lo nombraron censor en 312 todavía no había sido cónsul. Considerando que la censura era el cargo más prestigioso de Roma, se antojaba un tanto irregular. Asimismo, Apio Claudio inscribió en las listas de senadores a ciudadanos que los patricios de más rancio abolengo no consideraban apropiados, incluidos libertos — antiguos esclavos liberados—. Aquello provocó tal escándalo que su colega como censor, Plaucio, dimitió del cargo.

Eso debería haber supuesto que Apio Claudio también dimitiera, pero era hombre de armas tomar y no lo hizo. Aunque el cónsul de 311 no le admitió en las listas del senado, él no se arredró por ello y siguió en el cargo.

Si no consiguió «colar» a quienes él quería entre los senadores, al menos logró repartir a la gente más humilde por todas las tribus. En realidad, desde nuestro punto de vista estas personas «humildes» —*humiles* en latín— pertenecían más bien a las clases medias, pues muchos de ellos eran comerciantes y artesanos cuyos ingresos no se basaban en poseer tierras. El nuevo censo de Apio repartió a esas personas no sólo por las cuatro tribus urbanas, sino por todas las rurales, y así aumentó su influencia para escándalo de los terratenientes. Todo eso, no lo olvidemos, siendo un patricio.

En cualquier caso, lo que más quedó en la memoria de los romanos fueron

sus obras públicas, la *via Appia* y el *aqua Appia*, ya que, como vemos, las bautizó con su propio nombre, costumbre que siguieron más censores.

Existían buenos motivos para llevarlas a cabo. En primer lugar, había dinero. Durante las guerras samnitas, Roma se había enriquecido tanto en lo público como en lo privado hasta niveles sin precedentes. A la ciudad afluían sin cesar botines de los saqueos, que permitían celebrar triunfos y erigir nuevos templos a los dioses.

En segundo lugar, estas obras, que inauguraron una red de calzadas y acueductos que no dejarían de crecer durante la República y los primeros siglos del Imperio, eran necesarias.

Empecemos con la vía Apia. A los romanos les interesaba cada vez más la región de Campania, que era rica de por sí, y además les permitía llevar sus ejércitos a las fronteras con el Samnio. El camino natural era la vía Latina, un sendero que corría por las laderas de las montañas. Pero era angosto y escabroso. Los romanos necesitaban caminos más anchos, rectos y expeditos para enviar tropas y suministros con la mayor celeridad posible. Por otra parte, les interesaba dominar también la costa.

Por esa razón, el nuevo sendero planeado por Apio Claudio y los ingenieros pasaba cerca del mar, atravesando las Ciénagas Pontinas, un vasto paraje pantanoso formado por ríos y arroyos que se estancaban poco antes de llegar al mar, ya que no encontraban una salida clara entre las dunas. Después, antes de llegar a Neápolis, la vía Apia giraba hacia el este alejándose del Mediterráneo y llegaba hasta Capua. Este primer tramo medía doscientos once kilómetros. Al principio estuvo cubierto tan sólo de grava, pero a partir del 295 se cubrió su superficie con un empedrado, y más adelante se prolongó hasta Brindisi, en el tacón de la bota.

Las calzadas constituyen uno de los legados más perdurables de la época romana. Algunas de ellas siguen existiendo y otras se han convertido en la base para nuevos caminos. A finales de la República toda Italia estaba surcada por carreteras que la recorrían a modo de venas, y durante el Imperio los césares hicieron construir una red similar en las provincias, hasta llegar a disponer de más de ochenta mil kilómetros de vías pavimentadas. Por ellas marchaban cómodamente los viajeros, los comerciantes... y, por supuesto, los legionarios.

Con el tiempo, el procedimiento para construir las carreteras se hizo estándar. Tras marcar dos surcos paralelos, que podían estar separados hasta por diez metros en las vías más anchas, los obreros —o los legionarios, que a menudo

empleaban más el pico que la espada— excavaban hasta encontrar roca dura. Después echaban una primera capa de piedras planas, encima otra de grava, luego una de piedras trituradas y mezcladas con cal, y por último un pavimento formado por losas planas unidas por argamasa, que se construía combado para que el agua se drenara hacia los lados.

En los laterales de las calzadas había escalones para montar a caballo y apartaderos para dejar paso a viajeros con preferencia —militares, sobre todo—. También se alzaban los miliarios, mojones de piedra situados cada mil pasos o *mille passuum*: de ahí proviene el término «milla» (la milla romana medía algo menos de mil quinientos metros). Basándose en esos miliarios, los cartógrafos podían dibujar luego mapas en forma de itinerarios, de tal manera que los viajeros podían saber cuánto les quedaba hasta su destino o hasta la próxima desviación. Existían igualmente posadas, públicas y privadas, así como casas de postas.

Gracias a esta red cada vez más sofisticada se hizo posible poco a poco algo que ahora nos parece tan normal como planificar un viaje, pero que entonces no lo era. En el año 51 a.C., el orador Cicerón pudo recibir tres cartas de su amigo Ático mientras atravesaba Italia de Roma a Brindisi, e informarle con precisión de sus movimientos:

Te voy a enviar esta carta el 10 de mayo, justo antes de salir de Pompeya para Trébula, donde voy a pasar la noche con Poncio. Después me propongo viajar en etapas normales sin retrasos.

En esta época de GPS y móviles todo esto nos parece tan normal, pero no lo era, y como tantos otros avances del esplendor de Roma, se perdió con su caída.

La vía Apia cubría necesidades externas, fundamentalmente militares. Pero la propia ciudad tenía las suyas intramuros. En la época de Apio Claudio, Roma se acercaba a los sesenta mil vecinos (hablamos de la zona urbana, no del estado en su conjunto). La Roma imperial llegaría a ser un monstruo de más de un millón de habitantes, pero para finales del siglo IV a.C. sesenta mil era una cifra más que considerable.

Hasta entonces les había bastado con el agua de las fuentes y la que obtenían del Tíber. Pero cada vez necesitaban más, y a ser posible traída de lugares más

apartados, donde los residuos de la propia ciudad no la contaminaran. En el mismo año en que empezaron las obras de la vía Apia, el censor Apio Claudio ordenó también la construcción del primer acueducto, que se denominó *aqua Appia*.

De nuevo, se trataba de una hazaña de la ingeniería, aunque después la superarían con mucho. Este acueducto medía casi diecisiete kilómetros de longitud, pero con el tiempo los romanos construirían otros de más de noventa kilómetros.

Aunque lo primero que se nos viene a la cabeza al hablar de acueductos es el de Segovia, con sus espectaculares arcos, la mayor parte del trazado solía ser subterráneo. Eso suponía una ventaja: era más fácil evitar que los enemigos contaminaran el agua arrojando cadáveres o, simplemente, bloquearan el flujo del acueducto. (La guerra química y biológica ya existía en la Antigüedad, aunque fuese todavía un tanto primitiva).

Para salvar ciertos valles, los ingenieros utilizaban sifones, aprovechando el principio de los vasos comunicantes. Pero, en general, la única fuerza que impulsaba el agua por los conductos era la gravedad. Para ello, construían el trazado con pendientes muy sutiles, a veces casi imperceptibles. El *aqua Martia*, iniciado en 144 a.C., y que traía aguas del valle del río Anio a más de noventa kilómetros de distancia, tenía en muchos tramos una pendiente de un 0,01 por ciento, algo que sólo podía conseguirse con instrumentos de medición muy precisos. De esa manera, el flujo de agua era constante, pero no violento.

En el momento de máximo esplendor de esta red, los acueductos llegaron a suministrar a Roma un millón de metros cúbicos de agua al día y sumaban más de ochocientos kilómetros. Servían no sólo a las necesidades básicas, como las mil quinientas fuentes públicas de la ciudad, sino también a ciertos lujos que hoy nos parecerían también imprescindibles, como los novecientos baños de Roma. Para supervisar todo este sistema había un funcionario especial, que mandaba sobre un cuerpo de ingenieros y más de setecientos operarios especializados. Al igual que las calzadas, los acueductos se convertirían en símbolo visible del poder de Roma, y algunos como el de Segovia o el Pont du Gard siguen admirándonos hoy día.

EL FINAL DE LAS GUERRAS SAMNITAS

Mientras las obras avanzaban, el conflicto contra los samnitas seguía adelante. El poder de Roma no dejaba de crecer, pues era capaz de enfrentarse a sus enemigos en diferentes escenarios a la vez. Así, en 311, varias ciudades etruscas y umbras se aliaron con los samnitas, pero los romanos avanzaron hacia el norte por el valle del Tíber y los sometieron. En el sur, la situación se estancó hasta que los romanos conquistaron la ciudad de Boviano, situada en los Apeninos, en pleno territorio samnita. En 304, se firmó la paz entre Roma y la confederación del Samnio.

Aprovechando esta tregua, los romanos atacaron a los ecuos, el mismo pueblo que casi aniquiló a un ejército en la época de Cincinato, y los masacraron. Las tribus vecinas —marsos, frentinos y pelignos, por citar algunos nombres— escarmentaron en cabeza ajena y firmaron tratados con Roma, que les confiscó parte de sus tierras y fundó nuevas colonias. Gracias a éstas, rodeó literalmente a los samnitas con guarniciones militares.

En total, se calcula que entre el inicio de las guerras samnitas y la Primera Guerra Púnica los romanos «recolocaron» en terrenos confiscados a más de setenta mil de sus ciudadanos, junto con sus familias. Era positivo para la urbe, pues permitía prosperar a personas empobrecidas y así evitaba tensiones internas. Pero ¿qué ocurría con los anteriores dueños de las tierras requisadas?

La respuesta no es agradable: caían en la esclavitud, eran deportados o simplemente los pasaban a cuchillo. Aunque muchas comunidades eran absorbidas por los romanos, a otras las borraban del mapa.

De todos modos, antes de ser demasiado severos en nuestras críticas, pensemos que cuando los samnitas bajaban de las montañas para atacar las ciudades griegas de Campania o cuando los galos se instalaron en el valle del Po desplazando a los etruscos no lo hicieron precisamente con una rama de olivo. Se vivían tiempos duros, y en ellos los romanos demostraron que eran los más eficaces.

Mientras las obras de la vía Apia proseguían, los romanos empezaron a construir una nueva calzada, la vía Valeria, que atravesaba la barrera de los Apeninos. La maquinaria de la conquista se había puesto en marcha y ya no había forma de detenerla.

En el año 298 estalló la Tercera Guerra Samnita. La causa fueron esta vez los lucanos. Eran también un pueblo montaños, emparentado con los samnitas, aunque algo más helenizados que ellos por su cercanía a las ciudades griegas del sur.

Los lucanos enviaron una embajada a Roma para protestar porque los samnitas habían invadido su territorio, y de paso les pidieron ayuda. El senado aceptó y exigió a los samnitas que se retiraran del territorio ocupado. Al no conseguirlo, los romanos enviaron un ejército de invasión.

En aquel año era cónsul Cornelio Escipión Barbato, bisabuelo del célebre Escipión Africano. Nos ha llegado su sarcófago intacto, con una inscripción en la que presume de cómo tomó las ciudades de Taurasia y Cisauna en el Samnio, sometió toda Lucania y tomó rehenes.

Al año siguiente, en 297, todos los enemigos de Roma decidieron aliarse. Habían comprendido que por separado no tenían nada que hacer y que la República los iba a devorar por la cabeza o por los pies, por las malas o por las peores. Se formó así una coalición de samnitas, etruscos, umbros e incluso galos.

Tras diversas escaramuzas y movimientos diplomáticos, el momento decisivo llegó en 295. Los samnitas enviaron un ejército al norte de Italia, que se unió al de sus nuevos aliados. Todos juntos sumaban una cifra formidable: ochenta mil hombres.

Contra ellos, los romanos enviaron a los dos cónsules del año, Publio Decio Mus y Fabio Máximo Ruliano. Llevaban cuatro legiones más las correspondientes fuerzas aliadas, hasta sumar unos cuarenta mil soldados.

Al descubrir que el enemigo los duplicaba, los cónsules enviaron un ejército más pequeño a devastar los territorios de los etruscos y de los umbros. Estos dos pueblos se desgajaron de la fuerza principal para acudir a socorrer a los suyos y se dirigieron al oeste.

La batalla se libró en Sentino, más o menos en la frontera entre Umbría y la llanura costera de Piceno. Al final, los romanos se enfrentaron a unos cincuenta mil hombres entre galos y samnitas. Las fuerzas estaban tan equilibradas que, de haberse hallado presentes los etruscos y los umbros, la República podría haber sufrido un grave revés.¹¹

Como era habitual, la batalla se libró en dos frentes. Ruliano mandaba el ala

derecha de los romanos, que se enfrentó directamente contra los samnitas mandados por su general Egnacio. En el flanco derecho, Decio Mus se las tuvo que ver con los galos, que en esta ocasión utilizaron carros de combate.

En su parte del campo, Ruliano consiguió derrotar a los samnitas. Pero en el ala izquierda, la embestida de los carros celtas puso en fuga a la caballería romana, que al retroceder provocó el caos en las primeras filas de su propia infantería.

Esto ocurría con cierta frecuencia en las batallas de la Antigüedad. Los jinetes formaban en los flancos de la formación, separados de la infantería. Cuando empezaba la batalla, solían ser ellos quienes empezaban la lucha cargando contra la caballería enemiga: en parte se debía a que se movían con más velocidad gracias a sus monturas y en parte a que pertenecían a la élite social y tenían preferencia a la hora de conseguir botín y gloria.

El problema era que, cuando una de las dos fuerzas de caballería que chocaban cedía al empuje de la otra, resultaba casi imposible retirarse de forma ordenada al lugar donde habían formado originalmente. O bien huían a la desbandada lejos del campo de batalla o, dependiendo de las circunstancias o del terreno, todos o parte de ellos acababan buscando refugio entre las filas de su propia infantería, lo que acababa desordenando al ejército en su conjunto.

Al ver que esto empezaba a ocurrir entre sus legionarios, el cónsul Decio Mus decidió imitar el ejemplo de su padre. Invocando él también a los manes y a la diosa Tierra, pronunció la *devotio* para ofrecerse a sí mismo junto con todo el ejército enemigo y se lanzó como un kamikaze de la Antigüedad contra los galos.

Como había ocurrido con su padre en la batalla del Vesubio, el sacrificio del cónsul espoleó a sus hombres, que recompusieron filas y cargaron contra los galos con renovadas fuerzas. Además, por suerte para ellos, Ruliano ya había puesto en fuga a los samnitas y envió parte de sus tropas en ayuda del flanco izquierdo. La maniobra se convirtió en una pinza y los galos, atrapados entre dos frentes, fueron derrotados.

La batalla de Sentino se convirtió en la mayor victoria de esta guerra. Según Livio, murieron veinticinco mil enemigos: los dioses infernales, siempre sedientos de sangre, debieron sentirse contentos con la *devotio* de Decio Mus. Pero los romanos también sufrieron muchas pérdidas. El cuerpo de Decio Mus no apareció hasta el segundo día de búsqueda, medio aplastado entre los cadáveres de los galos. Lo llevaron al campamento romano, donde su colega Ruliano le tributó los honores debidos a un cónsul de Roma que había muerto de forma tan heroica.

Ésta fue la última vez en que los romanos se vieron en cierto peligro en esta larga guerra. Los galos se retiraron al norte y no volvieron a intervenir en el conflicto.

Los samnitas siguieron luchando, no obstante. En 293, desesperados, convocaron un reclutamiento general en la ciudad montañosa de Aquilonia, donde acudieron cuarenta mil hombres, toda su fuerza de combate. Allí se formó una unidad sagrada denominada la «legión de lino». La razón fue que se cubrió un terreno de lino, y sobre él se ofrecieron sacrificios a los dioses. Después, los samnitas fueron desfilando para jurar que no se retirarían del combate, y que si lo hacían tanto ellos como todo su linaje sufrirían terribles maldiciones.

Estos votos no eran raros: los romanos juraban obedecer a sus generales y no abandonar a sus compañeros en el campo de batalla. A partir del año 216, esa promesa se hizo oficial con el nombre de *sacramentum*. Y no hay que olvidar que las consecuencias de un perjurio eran mucho más graves entonces que ahora.

La batalla definitiva de la guerra se libró cerca de Aquilonia. En este caso, las tropas romanas estaban bajo el mando de un dictador, Papirio Cursor.

Papirio ya había sido dictador otra vez en 325. En aquella primera ocasión había mantenido una sonora disputa con su lugarteniente, el *magister equitum* o jefe de la caballería. Éste no era otro que Fabio Máximo Ruliano, que luego se convertiría en el glorioso triunfador de la batalla de Sentino. Pero en 325 Ruliano provocó la cólera de su superior Papirio al librar una batalla contra los samnitas por su cuenta en contra de sus órdenes.

Suele decirse que la victoria lo justifica todo. Pero en este caso no fue así. Pese a que Ruliano ganó la batalla, Papirio ordenó que los lictores le arrancaran la ropa para azotarlo con las *fasces* y luego decapitarlo. Ruliano consiguió escabullirse y huir a Roma, y sólo gracias a la intercesión del senado se salvó, aunque Papirio lo desposeyó del cargo.

Como se ve, el tal Papirio era un tipo duro. A estas alturas ya debía de tener más de setenta años, pero seguía listo para la guerra. Bajo su mando, los romanos aplastaron a los samnitas. Después los persiguieron y tomaron la ciudad de Aquilonia, donde se habían refugiado. El botín fue inmenso —lo que demuestra que los samnitas no eran tribus de pastores atrasados, como a menudo los representaban sus enemigos—, y Papirio pudo celebrar un gran triunfo al volver a

Roma.

Con todo, la guerra no terminó hasta el año 290, cuando los romanos invadieron el territorio de los samnitas y les obligaron a firmar la paz. Las condiciones fueron mejores que para otros enemigos derrotados, lo que demuestra que los samnitas todavía conservaban capacidad de lucha, o que los romanos no estaban seguros de poder controlar del todo el centro montañoso de la península. En cualquier caso, los samnitas se comprometieron a combatir como aliados de los romanos y bajo su mando.

Tras el final de la Tercera Guerra Samnita, entramos en un periodo del que estamos peor informados, ya que nuestra fuente principal hasta entonces, la obra de Tito Livio, se interrumpe aquí en el libro 10. Los demás volúmenes se han perdido hasta el 21, ya en la Segunda Guerra Púnica.

A pesar de todo, sabemos que los romanos continuaron con sus campañas de conquista, consolidaron su dominio sobre Etruria y llegaron incluso hasta el Adriático, en cuyas orillas establecieron la colonia de Hadria. Un siglo después del traumático saqueo de Roma, la República era la mayor potencia de Italia y controlaba todo el centro de la península de mar a mar. Por el norte, Etruria, Umbría y el Piceno ya estaban prácticamente pacificados, y sus fronteras colindaban ya con los territorios dominados por los galos.

Pero ahora sus ojos se volvieron sobre todo al sur. Más allá de Campania se extendía la Magna Grecia, una región rica, poblada de ciudades griegas en la costa y de samnitas y otros pueblos montañoses como los lucanos y los brutios en el interior. La política de Roma fue la habitual: dejarse llamar por alguna ciudad que reclamaba su alianza contra un vecino hostil, acudir en su ayuda y ya no abandonar ese nuevo territorio.

Sólo que en este caso se enfrentaron con un enemigo inesperado, venido de allende el mar: el rey Pirro, un aventurero y señor de la guerra que por primera vez trajo elefantes a Italia.

A estas alturas de la historia, podemos estar más o menos seguros de cómo combatían los romanos. Es hora de que examinemos más de cerca las legiones y a los hombres que las componían.

V

EL ARTE DE LA GUERRA EN ROMA

D

el mismo modo que escribí un capítulo específico sobre la guerra en Grecia en *La gran aventura de los griegos*, también en este relato sembrado de batallas conviene explicar de forma somera la organización de las legiones romanas y sus tácticas más habituales.

Si no lo había hecho hasta ahora es porque antes del año 300 sólo podemos intuir cómo combatían los romanos. Los autores que escribieron sobre esos periodos, Livio, Polibio, Plutarco o Dioniso de Halicarnaso, vivieron mucho tiempo después de los hechos, y sus explicaciones están contaminadas por lo que veían en su propio tiempo. De ellos, el más cercano en el tiempo a las guerras contra Pirro y los cartagineses es Polibio, por lo que su descripción resulta la más precisa.

LA LEGIÓN, LOS MANÍPULOS Y LOS MANDOS

A estas alturas ya hemos repetido un par de veces que en la época de los reyes, legión y ejército eran lo mismo. La palabra *legio* significa «selección», porque al principio de la temporada de guerra se presentaban todos los ciudadanos que podían ser movilizados y se elegía entre ellos a los que iban a servir con las

armas ese año.

Esa primitiva legión constaba de unos seis mil hombres, y su unidad mínima era la centuria. Como es fácil de imaginar, cada centuria tenía cien hombres, o al menos una cifra cercana. Al caer la monarquía, el poder del rey se repartió entre los dos cónsules. Lo mismo se hizo con el ejército, que por tanto se dividió en dos legiones.

La instauración de la República no significó automáticamente que hubiera más soldados disponibles, por lo que el número de hombres en cada legión y en cada centuria se redujo. Eso explica que a partir de entonces nunca llegara a haber cien legionarios en cada centuria, para desconcierto de los lectores actuales. De todos modos, ha ocurrido así a lo largo de toda la historia militar: no existe ninguna unidad, sea una legión, una falange, un batallón o una compañía que cumpla los números reglamentarios, pues siempre se producen bajas por enfermedad, muerte, traslado o desertión.

En algún momento a partir del año 400 a.C., la propia organización interna de la legión cambió. En cada legión había sesenta centurias de infantería. Pero, como cada centuria se había reducido mucho en número y ahora tenía tan sólo sesenta hombres, los romanos debieron pensar que era demasiado pequeña como unidad operativa y la asociaron con otra centuria, formando manípulos.

El manípulo, por tanto, se convirtió en la nueva unidad táctica. Cada manípulo constaba de dos centurias y tenía dos oficiales denominados centuriones. El que mandaba el manípulo era el más veterano de los dos. Además, cada centurión nombraba un lugarteniente llamado *optio*.

Había otros mandos subalternos en la centuria. Uno de ellos era el portaestandarte o *signifer*. Los estandartes no sólo eran importantes como símbolo del espíritu de cuerpo de cada unidad, sino porque en combate servían como señales visuales para que los soldados pudieran reagruparse a su alrededor.

Otro de los oficiales era el *tesserarius*. Se llamaba así porque llevaba en una tessera o tablilla de madera la contraseña que le entregaba cada noche el tribuno militar, aunque esas tablillas también podían llevar otro tipo de órdenes. También había un *cornicen* que transmitía las órdenes mediante toques de corneta.

Por encima de los centuriones principales que mandaban los treinta manípulos había seis tribunos militares. Estos altos oficiales pertenecían a las clases superiores, y su servicio como tribunos era una forma de empezar su carrera política y adquirir la experiencia de mando necesaria si más adelante se convertían

en pretores o cónsules. No tenían unidades específicas bajo su mando: todos ellos mandaban la legión entera de forma rotativa.

Por encima de los tribunos estaban los generales. En realidad, el grado de general no existía como tal. Llamamos así a todo aquel que recibía el mando de un ejército.

En la primera época de la República, normalmente encontramos a los cónsules dirigiendo en persona las tropas. Con el tiempo, los romanos lucharon en guerras más complicadas, con muchos escenarios distintos y cada vez más legiones en liza, de modo que empezaron a nombrar pretores o bien otros promagistrados. Desde nuestro punto de vista, todos ellos actuaban como generales.

LA TRIPLE LÍNEA, LOS *VELITES* Y LA CABALLERÍA

En una típica táctica de falange todos los manípulos habrían luchado en la primera fila, ofreciendo un frente de combate cerrado. Pero la legión manipular combatía de otra forma, organizada en tres líneas de combate o *triplex acies*.

Los miembros de cada una de esas líneas se seleccionaban por grupos de edad. La división social por clases de edad era un rasgo que los griegos consideraban propio de sociedades muy arcaicas y tradicionalistas, como las de Esparta y Creta. (En general, todas las sociedades antiguas honraban a sus mayores, pero en el caso de los romanos tal respeto era exagerado. Eso explica que la autoridad del *paterfamilias* sobre sus hijos fuera absoluta, ya que poseía sobre ellos poder de vida o muerte e incluso la potestad de venderlos como esclavos).

La primera fila de la legión estaba formada por diez manípulos de *hastati* o astados, soldados de entre dieciocho y veinticinco años —las edades son orientativas—. En la segunda se desplegaban otros diez manípulos de *principes* o príncipes, hombres de entre veinticinco y treinta y cinco. La tercera estaba formada por diez manípulos más de *triarii* o triarios, los soldados más veteranos.

Cada manípulo de astados y de príncipes tenía ciento veinte hombres. En cambio, los de los triarios sólo contaban con sesenta. La suma total de los manípulos de la legión era: mil doscientos *hastati* más mil doscientos *principes*

más seiscientos *triarii*, un total de tres mil soldados de infantería pesada.

Estos términos resultan un tanto equívocos, debido a la costumbre de los romanos de mantener los nombres cuando las funciones cambiaban. Los *hastati* se llamaban así por la palabra *hasta*, «lanza», que en español ha dado «asta», perdiendo la hache. Sin embargo, estos soldados más jóvenes no llevaban la típica lanza de la falange tradicional, un arma de unos dos metros y medio de longitud con astil de madera y punta de hierro, sino otra más corta y arrojadiza que enseguida describiremos, el *pilum*.

Aparte de los hombres que formaban en la triple fila, cada legión tenía otros mil doscientos soldados de infantería ligera, los llamados *velites*. Eran ciudadanos humildes que no poseían dinero suficiente para costearse las armas de la infantería pesada, pero que tampoco eran tan pobres como para quedar fuera del reclutamiento. También había entre ellos ciudadanos de clase superior demasiado jóvenes todavía para formar con los *hastati*.

Hasta aquí nos salen cuatro mil doscientos hombres. La legión se complementaba con trescientos soldados de caballería, divididos en diez *turmae*, cada una de las cuales contaba con treinta jinetes.

En la caballería servían los ciudadanos más ricos. El término latino era *equites*, cuyo significado varía según el contexto. Si estamos leyendo la narración de una batalla, los *equites* son los jinetes. Pero al hablar de política o sociedad, los *equites* son los caballeros, una clase social adinerada que estaba inmediatamente por debajo de los senadores, quienes se hallaban en el vértice de la pirámide. El significado político y el militar, por supuesto, se entrelazan en los textos para tormento de los lectores del siglo XXI.

Con los trescientos jinetes, la legión ascendía a cuatro mil quinientos hombres. Por supuesto, ésta es la teoría. En cuanto empezaba la campaña, cada legión empezaba a sufrir bajas. Y no sólo por las armas enemigas: las enfermedades resultaban aún más mortíferas. Las mayores amenazas para los soldados eran la malaria, endémica en las zonas pantanosas, la disentería, provocada por beber aguas estancadas, y el tétanos y la gangrena, infecciones que se producían cuando diversas bacterias penetraban en heridas que por sí solas no habrían sido letales.

También se producían emergencias en las que el senado decidía alistar legiones más nutridas, con cinco y hasta seis mil hombres. Pero a efectos prácticos, podemos quedarnos con la cifra de cuatro mil quinientos para nuestros cálculos.

Hay que añadir que, cuando los romanos marchaban a la guerra, cada una de sus legiones iba acompañada por un contingente similar de aliados o *socii*. Las unidades de aliados se llamaban *alae* o alas porque normalmente formaban en los flancos, mientras que las legiones romanas se plantaban en el centro.

Cada ala constaba de los mismos soldados de infantería que una legión, pero el triple de jinetes, novecientos. Todos estos hombres se hallaban bajo el mando de los *praefecti sociorum* o prefectos de los aliados. El hecho de que estos oficiales fuesen romanos revela que la supuesta alianza era asimétrica y que los aliados eran en realidad más bien vasallos.

En los siglos IV y III, la formación normal de un ejército consular era de dos legiones romanas flanqueadas por dos alas de aliados. El número de hombres sería, por tanto, de dieciocho o veinte mil, una cifra más que respetable. Hay que tener en cuenta que Roma movilizaba de forma casi permanente dos ejércitos consulares al año, y que en situaciones de emergencia podía reclutar muchas más legiones. (En la Segunda Guerra Púnica, por ejemplo, un promedio de veinte al año).

EL ARMAMENTO

Empezaremos por el armamento defensivo. ¿Con qué se cubrían el cuerpo los legionarios? La típica coraza romana que nos viene a la cabeza, formada por placas metálicas horizontales, aún no existía. Muchos soldados llevaban simplemente un pectoral de bronce o de hierro que cubría el centro del tórax y se ataba con correas. Si el golpe iba dirigido al corazón o los pulmones, el pectoral podía detenerlo. De lo contrario, mal asunto para nuestro legionario. (No nos alarmemos por él: para eso contaba con el escudo).

Otros llevaban cotas de malla, fabricadas con miles de pequeños anillos de hierro trenzados entre sí. Este tipo de armadura, inventado por los herreros celtas hacia el siglo IV, era muy flexible y resistente a los golpes tajantes, precisamente los que más asestaban los celtas con sus largas espadas de doble filo. (Ésa es la razón por la que carniceros y pescaderos suelen llevar un guante de malla metálica en la mano que no maneja el cuchillo: precaverse de sus propios tajos).

La cota de malla se convirtió en la protección típica de los jinetes galos porque en el combate de caballería, debido a que se luchaba a lomos de un corcel y había más distancia entre los enemigos, era más fácil golpear con el filo que estoquear con la punta. De hecho, el arma típica de los soldados de caballería en las guerras del XIX era el sable, más apropiado para dar tajos que estocadas.

A cambio, la cota de malla o *lorica hamata* adolecía de algunos inconvenientes. El primero que, teniendo en cuenta el número de horas que debían emplear los herreros para fabricarla, su precio era muy alto. Por eso, sólo se la podían permitir los soldados romanos más adinerados, y era una pieza muy codiciada cuando llegaba la hora del saqueo.

El segundo era que no resultaba tan eficaz contra los golpes punzantes, ya que la punta aguzada de una espada o una lanza podía penetrar en el diámetro interior de un anillo y abrirlo. Por eso, las cotas a veces se reforzaban con placas metálicas en las zonas más delicadas.

La tercera pega era su peso, unos quince kilos que se sufrían sobre todo en los hombros, aunque los soldados se la ceñían con un cinturón para repartirlo por todo el cuerpo. En la batalla del lago Trasimeno, muchos legionarios romanos que trataron de huir a nado se fueron al fondo con sus cotas de malla. Por otro lado, el peso se incrementaba con la gruesa túnica acolchada que llevaban debajo para evitar rozaduras y para que los propios anillos de hierro no se clavaran en la carne al recibir un golpe.

Imaginemos por un momento cómo se sentiría un guerrero luchando a brazo partido en pleno verano, cargado con esa túnica y con la cota de hierro que además se recalentaba bajo el sol. Sin duda, más de un soldado se desplomaba en el sitio por un golpe de calor.

La principal arma defensiva era el escudo o *scutum*. Tenía forma ovalada y medía como promedio 1,2 metros de altura por 0,7 de anchura. Su superficie era curvada para desviar mejor los golpes. Más adelante, en la época de Augusto, le cortaron los bordes exteriores, y el resultado fue un escudo rectangular pero combado, como una gran teja.

El peso variaba mucho, entre seis y diez kilos. Dependía no sólo de su tamaño, sino también del material. A veces los fabricaban en maderas ligeras como abedul, tilo o chopo, con tiras o chapas encoladas entre sí. Obviamente, si usaban

roble, la protección aumentaba, pero el peso también.

Por la parte exterior, el escudo iba forrado de cuero o fieltro. Los bordes superior e inferior solían ir reforzados por una orla de metal que contribuía a detener los golpes y evitaba que la madera se estropeará al poner el escudo en el suelo. Por dentro llevaba una manilla horizontal, protegida por un *umbo*, una pieza de metal que proyectaba una concavidad por fuera del escudo.

La forma de utilizar el scutum de los legionarios romanos era más activa que la de los hoplitas griegos, gracias en buena parte a que lo sujetaban sólo con la mano y no con el brazo entero. Aunque debía resultar agotador cargar todo el peso así, la manilla permitía al soldado mover el escudo en todas direcciones e incluso proyectarlo adelante como un arma ofensiva más para golpear o empujar al adversario.

El escudo era muy pesado, pero ofrecía una buena protección y compensaba de sobra el hecho de que muchos legionarios no llevaran en el cuerpo más que un pequeño pectoral.

La cabeza era otra cosa. A nadie se le ocurría ir a la batalla sin protegérsela. El casco que mejor blindaje proporcionaba era el de tipo corintio, que cubría toda la cabeza, sólo dejaba dos huecos para los ojos y una ranura vertical para respirar, y confería a su portador un aspecto siniestro. El problema era que, en cuanto el yelmo se movía un poco, no dejaba ver. Además, tapaba los oídos y, en general, resultaba sofocante y claustrofóbico. Por eso los propios griegos no tardaron en sustituirlo por otros modelos.

El que más utilizaban los romanos en el siglo III era el conocido por los arqueólogos como «Montefortino». Normalmente era de bronce, en forma de cúpula. En la parte posterior tenía un reborde, una especie de visera destinada a proteger la nuca, y en los lados llevaba dos carrilleras unidas al resto con remaches. Por tanto, cubría de golpes asestados de arriba abajo y de tajos laterales, pero no de estocadas dirigidas de frente al rostro. No se podía tener todo: la protección y la comodidad suelen ir reñidas.

En la guerra hay mucho de exhibición y ritual. Por eso los yelmos incluían soportes para dos largas plumas que hacían parecer más altos a los soldados, y a menudo llevaban también crines de caballo.

El armamento defensivo se completaba en ocasiones con las grebas, unas espinilleras de metal. Según algunos autores, los romanos las llevaban sólo en la pierna izquierda, que era la que adelantaban más debido a su forma de combatir,

poniendo por delante el escudo y semiagazapados tras él para lanzar estocadas al adversario.

Sin embargo, cuando se han encontrado grebas en tumbas hay más parejas que ejemplares sueltos. (Conocemos muchas de estas armas porque sus dueños se hacían enterrar con ellas o con las que habían arrebatado al enemigo: las armas eran una posesión preciada por el dinero que costaban y por el prestigio que se conseguía usándolas o despojándolas).

Ya hemos visto cómo se protegían los romanos. ¿Qué armas usaban para atacar? Antiguamente, como todos los guerreros que combatían en el seno de una falange, llevaban lanzas de madera con punta de hierro y contera de bronce, un arma similar a la de los hoplitas griegos. Aunque la llamemos «lanza» no se lanzaba, pues pesaba demasiado para ser un arma arrojadiza, sino que se empuñaba con la mano derecha para herir al adversario a cierta distancia.

En la época de la que hablamos, sólo los triarios, los veteranos que servían en las últimas filas, seguían llevando esta lanza. En una ocasión, en las luchas contra los galos del valle del Po, los triarios les pasaron sus picas a los astados de la primera fila para que contuvieran a pie firme la acometida de los galos. Pero, salvando circunstancias especiales, los legionarios que entraban en combate, tanto astados como príncipes, usaban otra lanza más pequeña que sí era arrojadiza y que denominaban *pilum* (término neutro cuyo plural es *pila*).

El *pilum*, aunque compartía ciertas características con otras jabalinas celtas o ibéricas, era típicamente romano, y un arma tan práctica que las legiones lo siguieron utilizando durante más de cinco siglos. Tenía un asta de madera de 1,2 metros de longitud unida a una delgada vara de hierro de sesenta centímetros, rematada por una punta piramidal. (Por supuesto, hablamos de un promedio: las medidas variaban mucho).

Debido a su parte metálica, el peso del *pilum* se concentraba en la parte delantera, lo que le daba una gran capacidad de penetración. Experimentos actuales han demostrado que a una distancia de cinco metros un *pilum* perfora una plancha de madera de pino de tres centímetros de grosor: más que de sobra para taladrar un escudo.

Pues los *pila*, aparte de que podían ensartar un cuerpo humano de parte a parte, estaban diseñados sobre todo para actuar contra los escudos. Según otras

pruebas, un *pilum* arrojado a doce metros podía traspasar las tablas del escudo, y toda la vara de hierro sobresalía por el otro lado. Eso prácticamente lo dejaba inutilizado: para extraer el *pilum* había que dar la vuelta al escudo, con el consiguiente peligro en medio de una batalla.

Por otra parte, las maderas que se usaban para fabricar los escudos solían ser esponjosas. Tras recibir el impacto, el agujero se cerraba un poco. Cuando el enemigo en cuestión tiraba del *pilum* para sacarlo, la punta, más ancha que el resto de la varilla, se enganchaba en los bordes del agujero. No era imposible librarse de él, pero el soldado que tenía que hacerlo perdía un tiempo precioso y provocaba cierto caos entre sus propias filas.

Durante un tiempo se extendió la creencia de que los romanos diseñaban los *pila* para que al impactar con el escudo o con el cuerpo del enemigo se doblaran y así el enemigo no pudiera reutilizarlos. La razón es un texto de Plutarco sobre el general Mario. Si ocurrió tal como lo cuenta Plutarco, debió de tratarse de una innovación a la que se recurrió durante un breve tiempo: los expertos en armas antiguas aseguran que los *pila* no estaban hechos para doblarse.

Cuando los astados y los príncipes arrojaban sus jabalinas contra el enemigo todavía disponían de otra arma ofensiva, la espada. Mientras que para los griegos se trataba de un recurso secundario del que echaban mano si se les rompía la lanza, los romanos la utilizaban de forma sistemática y practicaban con ella de forma individual. La que usaron a partir del siglo III era el llamado *gladius hispaniensis*, una evolución ibérica de la espada gala. Aunque se suele hablar de ella como espada corta, tenía una hoja de unos sesenta centímetros, una longitud respetable. (Mientras escribo esto, he comprobado que la hoja de la katana que tengo en el despacho mide setenta centímetros: la diferencia no es tan grande).

El *gladius* se forjaba con un doble filo que lo hacía apto para dar tajos y una punta muy aguzada para asestar estocadas. Se guardaba en una funda de cuero que se enganchaba con anillas a un tahalí cruzado en bandolera del hombro. La espada quedaba colgando a la derecha y no a la izquierda, que habría sido el lado más cómodo. La razón era que ahí estaba el escudo. De todos modos, al no ser excesivamente larga, la espada podía desenvainarse con la diestra sin problemas.

¿Qué armas usaban los soldados de infantería ligera, los *velites*? Puesto que sus principales virtudes eran la agilidad y la movilidad, recurrían a un escudo

redondo mucho más pequeño. Se cubrían la cabeza con un yelmo, que muchos de ellos adornaban con pieles de león o de oso, llevaban varias jabalinas de menos de metro y medio y una espada. Con el tiempo, los romanos fueron incluyendo otras unidades de infantería ligera especializada, como arqueros y honderos.

UN INCISO PSICOLÓGICO SOBRE LA ESPADA ROMANA

El hecho de que el arma primaria de los romanos fuese una espada de algo más de medio metro tenía sus implicaciones, tanto para ellos como para los adversarios.

Los estudios de psicología militar demuestran algo fácil de intuir: a los humanos nos resulta más fácil matar a otra persona cuanto más lejos la tenemos y cuanto menos distinguimos sus rasgos. En ese sentido, lo más sencillo y menos traumático es apretar un botón para enviar un proyectil y sembrar la muerte a decenas o cientos de kilómetros de distancia.

Aunque en el mundo antiguo se utilizaban armas arrojadas, casi todas las batallas se decidían finalmente en el cuerpo a cuerpo, recurriendo a armas afiladas. Mas incluso entre esas armas existían diferencias: obviamente, no era lo mismo luchar con la sarisa de más de cinco metros de longitud de los soldados de Alejandro que con la espada del legionario romano. Para clavar ésta había que acercarse tanto que, sumado a la penetración del arma, el acto de herir se convertía casi en una sangrienta imitación del sexo.

Es importante, además, la palabra «clavar». Según el experto en teoría y práctica de la espada John Clements, la manera más natural de atacar con una hoja de acero es dar tajos con el filo, pues el golpe lateral o de arriba abajo aprovecha el movimiento instintivo de la mano al golpear. (Y, me atrevo a añadir yo, implica grupos musculares más grandes).

En cambio, la estocada necesita más precisión y una intención deliberada. También requiere más sangre fría o, por decirlo llanamente, más valor. Si bien la estocada puede resultar mortífera a la primera, el atacante de la lanza se acerca mucho más al cuerpo del atacado, lo que lo pone al alcance de su arma. Es lo

mismo que le ocurre al torero, que para matar al toro debe introducirse prácticamente entre sus pitones.

No sólo había que tener agallas para arriesgar la propia vida, sino también para cobrarse la del enemigo. Como hemos dicho antes, la distancia a la que se mata es muy importante para la psique del soldado. Tal como descubrió el general e historiador S.L.A. Marshall durante la Segunda Guerra Mundial, los seres humanos no somos asesinos natos, y matar a otros acarrea contrapartidas psicológicas. Esas contrapartidas pueden ser extremadamente graves, como ocurrió con muchos veteranos de Vietnam.

¿Cómo se convierte a un hombre en asesino para que supere su renuencia natural a matar a un semejante? Mediante condicionamiento. Por ejemplo, hoy día en los ejercicios de tiro se utilizan blancos con forma humana y no dianas redondas. Así el soldado tiende de forma instintiva a disparar contra la misma forma que ha visto como objetivo en las prácticas.

En el caso de los romanos, ¿cómo se conseguía que no tuvieran pesadillas en las que se veían atravesando las tripas del enemigo?

Empezaban a recibir condicionamiento desde niños, mamando una cultura en que el derramamiento de sangre era algo habitual. A los bueyes, ovejas, cabras o cerdos que se comían no los sacrificaban en mataderos apartados del ojo público, sino a la vista de la gente, en ceremonias festivas que se repetían por toda la ciudad. La sangre de los rituales manchaba en ocasiones a los participantes, como en las Lupercales, fiestas en las que dos jóvenes nobles se untaban con la sangre de dos cabras y un perro recién sacrificados.

Es evidente que en la Antigüedad la vida humana no poseía el mismo valor que hoy día en Occidente. Aparte de ver sacrificios animales, los romanos podían presenciar con cierta frecuencia ejecuciones públicas, ya fuera por decapitación, lapidamiento, crucifixión o cualquier otro procedimiento. Y a partir del año 264 se introdujeron en Roma los juegos de gladiadores. Aparte de una competición y un espectáculo, no dejaban de ser sacrificios humanos, vidas que se ofrecían en memoria de nobles muertos.

Todo esto, mezclado con un concepto de *virtus* o valor que exaltaba la competitividad hasta convertirla en agresividad —recordemos la tendencia romana a librar duelos singulares—, nos brinda el contexto en que se formaban los futuros legionarios.

Por otro lado, cuando se adiestraban, recibían un condicionamiento especial

y consciente para matar de la forma que resultaba más eficaz, pero también más antiinstintiva. Según Vegecio, un autor tardío que compiló tradiciones militares del pasado, a los soldados romanos:

[...] les enseñaban a herir no con el filo sino con la punta. Pues los romanos no sólo consideraban fácil vencer a quienes luchaban con el filo, sino que incluso se reían de ellos. Un golpe con el filo, por más fuerte que se dé, no suele matar, pues los órganos vitales están protegidos tanto por la armadura como por los huesos. En cambio, una estocada que penetre tan sólo dos pulgadas es mortal. Además, al lanzar un tajo se exponen el brazo y el costado derecho. Por el contrario, en una estocada el cuerpo está cubierto y el adversario recibe la punta antes de verla.

La repetición en el adiestramiento de ciertos movimientos —imaginemos al centurión gritando: «¡Estocada, estocada, estocada!»— los hacía automáticos para el legionario, que sólo tenía que dejarse llevar por la adrenalina y el furor del combate para convertirse en un eficiente asesino.

Pero, como ya adelanté, que los romanos usaran la espada como arma primaria también provocaba un efecto psicológico en los rivales. Y este efecto resultaba devastador. Como cuenta Tito Livio:

[Los macedonios], acostumbrados a luchar contra griegos e ilirios, habían visto heridas causadas por lanzas, flechas y rara vez jabalinas. Pero cuando contemplaron cuerpos mutilados por la espada hispana, brazos cercenados junto con el hombro, cabezas separadas del tórax con el cuello cortado por completo, vísceras abiertas y otras heridas espantosas, se dieron cuenta con terror de la clase de armas y de hombres contra los que iban a tener que luchar.

De modo que, llegado el momento, los romanos utilizaban también el filo de su espada. Pero la descripción de Livio nos habla ya de ensañamiento: dadas las características del *gladius*, sobre todo su longitud, debía de ser casi imposible decapitar a un adversario a no ser que estuviera ya a merced del soldado, de rodillas o tumbado tras haber recibido una estocada.

Tal ensañamiento era consciente, destinado a provocar escalofríos en los enemigos. Cito ahora a Polibio, refiriéndose a la toma de Cartagena (la traducción

es de Manuel Balasch):

Publio Escipión [...] envió, según la costumbre de los romanos, a la mayoría contra los de la ciudad, con la orden de matar a todo el mundo que encontraran, sin perdonar a nadie; no podían lanzarse a recoger el botín hasta oír la señal correspondiente. Creo que la finalidad de esto es sembrar el pánico. En las ciudades conquistadas por los romanos se pueden ver con frecuencia no sólo personas descuartizadas, sino perros y otras bestias.

Es comprensible, así pues, que tantas ciudades y tribus prefirieran rendirse de buen grado y convertirse en parte del territorio de la República. Pocos pueblos estaban preparados para enfrentarse a esta combinación de fría eficacia asesina y crueldad destinada a destruir el valor y la voluntad del adversario.

Aun así, no pensemos que *todos* los varones romanos eran como un *Terminator* con espada. Había gente que se resistía a ser reclutada, y en ello no debía influir tan sólo el miedo a morir, sino también el pavor a verse obligados a matar.

Como explica el citado general Marshall en su obra *Men Against Fire*, en la Segunda Guerra Mundial la mayoría de los soldados —el 75 por ciento para ser más precisos— no disparaban realmente a matar. Estudios posteriores demuestran que lo mismo ocurrió en muchas otras guerras... hasta que precisamente dichos estudios convencieron a las autoridades militares de que había que condicionar de forma activa a los soldados para que mataran.

Ya hemos dicho que los romanos tenían su propio condicionamiento. Pero eso no significa que todos respondieran de la misma forma: si había castigos terribles para los cobardes, eso implica que no todo el mundo respondía de la forma esperada llegado el momento de morir y matar.

En realidad, la mayoría de los soldados que asistían a una batalla no llegaban a entrar en liza. En circunstancias normales, tan sólo los más agresivos de ellos, aquellos a quienes los centuriones ponían en la primera o segunda fila, llegaban al cuerpo a cuerpo con los enemigos. Lo cual nos lleva a discutir otro aspecto de la guerra. ¿Cómo combatían realmente?

LA DINÁMICA DE LA BATALLA

No es fácil reconstruir las batallas antiguas. La razón es que sus cronistas dan muchas cosas por supuestas, y hay infinidad de aspectos concretos que no se molestan en explicar. Es como tratar de reconstruir un partido de fútbol no por la retransmisión televisiva, sino por la crónica en un periódico: una misión casi imposible.

Normalmente, los generales desplegaban a sus tropas antes del combate, lo que podía llevar unas horas. Si se trataba de un ejército consular estándar, las dos legiones romanas formaban en el centro, rodeadas por dos unidades de aliados. La caballería se colocaba en ambos flancos.

Según nos dan a entender los autores antiguos, en la primera fila de cada legión formaban los diez manípulos de astados, los soldados más jóvenes. No podían estar tan apretados como los hoplitas de una falange griega, que formaban escudo contra escudo, porque necesitaban cierto espacio para arrojar los *pila*.

Además, entre cada unidad se abría un espacio equivalente a un manípulo. Puesto que cada manípulo ofrecía un frente de unos veinte metros, dejaría por tanto veinte metros hasta el manípulo siguiente.

Por detrás de los astados formaban los diez manípulos de los príncipes, ocupando precisamente los huecos que dejaban los astados, en una formación que podríamos denominar de «tresbolillo» o «ajedrezado». Por último, en la retaguardia de la formación quedaban los veteranos triarios.

Una vez formadas las líneas, se llevaban a cabo los sacrificios a los dioses y se examinaban las entrañas de las víctimas para comprobar si los augurios eran favorables. Después, a no ser que el ejército enemigo se le estuviera echando encima, el general se dirigía a sus soldados.

Puesto que hablamos de un frente de entre uno y dos kilómetros y ejércitos de decenas de miles de hombres, o bien esta arenga la oían sólo los del centro o el general recorría las primeras filas a caballo para exhortarlos a todos con unas cuantas frases de ánimo, no con largos discursos. Se trataba, en todo caso, de subir la moral, no de brindar instrucciones detalladas.

Tras esto, se daba la señal para empezar la batalla moviendo el estandarte del general y con un toque de corneta que se repetía por todas las filas. (A veces

una corneta tocaba por error, y el ejército avanzaba aunque el general no lo hubiera ordenado, como le ocurrió a Julio César en Tapso).

El combate solía empezar con los *velites*, los soldados de infantería ligera, que se adelantaban corriendo al resto de la formación y disparaban jabalinas, piedras y flechas contra el enemigo para hostigarlo. Normalmente, el adversario hacía lo mismo. En esta primera fase no se producían demasiadas bajas.

El siguiente choque se producía entre las fuerzas de caballería. A veces porque el general mandaba por delante a los jinetes, y a veces simplemente porque la caballería era más rápida que la infantería. Los choques entre estas unidades eran muy fluidos, con embestidas y retiradas constantes, y también con combates cuerpo a cuerpo que en algunos momentos parecían más de infantería: los jinetes antiguos tendían a desmontar y luchar también a pie.

Si una de las dos tropas de caballería cedía, la otra normalmente emprendía la persecución. Era el momento en que más bajas se producían. En ocasiones, unos jinetes en retirada podían lanzarse contra sus propias filas de infantería sembrando el caos. Ya hemos visto que ocurrió así en la batalla de Sentino, cuando los carros galos pusieron en fuga a la caballería romana.

De todos modos, lo habitual era que las caballerías de ambos bandos todavía estuvieran trabadas en combate en los extremos del campo cuando la infantería pesada entraba en acción.

Los primeros que avanzaban eran los manípulos de astados, los soldados más jóvenes. Cuando estaban a unos veinte metros, arrojaban sus venablos, los *pila*. A esa distancia ya distinguían perfectamente blancos individuales, así que no los disparaban por disparar, sino buscando a los enemigos que tenían enfrente. Aunque muchos *pila* caían al suelo sin causar daños, otros mataban o herían a sus objetivos y muchos más se clavaban en los escudos, inutilizándolos. (Manejar un escudo por cuya parte interior sobresalían uno o dos palmos de hierro era incómodo y peligroso).

Según algunos autores antiguos, los legionarios llevaban dos *pila*. Pero no parece posible que pudieran arrojar uno mientras sostenían el otro con la misma mano que también agarraba la manilla del escudo. Lo más fácil es pensar que esos *pila* de repuesto estaban en las filas de atrás y eran sus compañeros quienes se los pasaban.

A partir de ese momento podían ocurrir varias cosas. En teoría, los astados desenvainaban las espadas y se lanzaban al combate cuerpo a cuerpo. Digo «en

teoría» porque a veces los *pila* provocaban más desorden en las filas rivales y a veces menos. Retroceder para coger más proyectiles y disparar una segunda andanada era una opción. Y, por supuesto, había que tener en cuenta lo que hacían los rivales, que a veces eran quienes embestían.

Por ejemplo, si se trataba de galos. Así, en el año 223 las tropas del cónsul Flaminio se enfrentaron a dos tribus, los insubres y los cenomanos. En lugar de abalanzarse contra ellos con los *pila*, tomaron las lanzas de los triarios, más largas y pesadas, apretaron los dientes y recibieron y contuvieron su carga.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que los soldados eran hombres, no autómatas. Arremeter contra una fila de enemigos armados de lanzas o espadas, protegidos tras sus escudos y tocados con plumas o crines que los hacían parecer más altos, requería hacer acopio de valor, o más bien conseguir que la adrenalina y el impulso de agresión superasen el instinto de conservación.

A menudo, la primera fase del combate consistía en carreras, acercamientos, disparos de proyectiles y provocaciones con gritos y gestos, sin llegar al choque real. Algo ritualizado en cierta forma.

Pero llegado el momento, si los legionarios percibían debilidad en los adversarios, por sus gestos o porque su formación se desordenase, cargaban de frente contra ellos. En el combate cuerpo a cuerpo usaban la espada, preferentemente para lanzar estocadas contra las partes desprotegidas: la pierna izquierda por debajo del escudo, el brazo derecho, la cabeza. Por supuesto, aunque los hubieran adiestrado para usar la punta, también recurrían a los filos si era necesario. El mismo escudo se usaba como arma para empujar al adversario, desequilibrarlo y aprovechar este momento para tirarle una estocada al cuerpo.

Tras un rato de refriega, el enemigo podía ceder y emprender la huida. Era el momento en que se producían más bajas, pues al dar la espalda a sus atacantes se quedaban prácticamente indefensos. Por supuesto, lo primero que tiraba quien quería escapar era el escudo.

Si el enemigo aguantaba la posición, eran los astados los que retrocedían, sin perderle la cara. Hay que tener en cuenta que, con todo el peso que cargaban, el calor —normalmente guerreaban en verano—, el puro esfuerzo físico y la tensión, los momentos de choque no podían durar más que unos minutos, como un asalto de boxeo.

Según Tito Livio, al retroceder los astados, como entre sus unidades habían dejado espacios igual de anchos que los propios manípulos, por esos huecos se

adelantaban los príncipes, que venían frescos, y repetían la misma operación: descarga de *pila*, embestida y combate cuerpo a cuerpo.

Pero eso deja una pregunta clave. Los enemigos que estaban justo en la zona donde había un hueco de unos veinte metros ¿qué hacían? ¿Se quedaban mano sobre mano esperando a que llegaran los príncipes y diciendo: «Qué suerte, no nos ha tocado pelear»?

Lo normal habría sido que los adversarios de los romanos aprovecharan esos huecos para atacar a los manípulos de astados por los flancos. Por eso, muchos expertos han sugerido que los legionarios al avanzar desplegaban el doble de frente. Me explicaré: si justo antes de la batalla formaban con ocho líneas de fondo y quince hombres de frente, al avanzar contra el enemigo se abrían, dejaban sólo cuatro líneas y organizaban un frente de treinta. De esta manera, cerraban el hueco. Luego, al retroceder, volvían a adoptar la formación anterior, reduciendo su frente a quince hombres para dejar hueco a los príncipes.

Todo esto tiene un problema. No se hallaban haciendo la instrucción en el patio de armas de una academia militar. Se encontraban sobre un terreno desigual, en medio de un estrépito ensordecedor, probablemente rodeados de nubes de polvo y acosados por los enemigos, que no tenían la cortesía de decirles: «Replegaos tranquilos, que nos quedamos esperando a vuestros colegas».

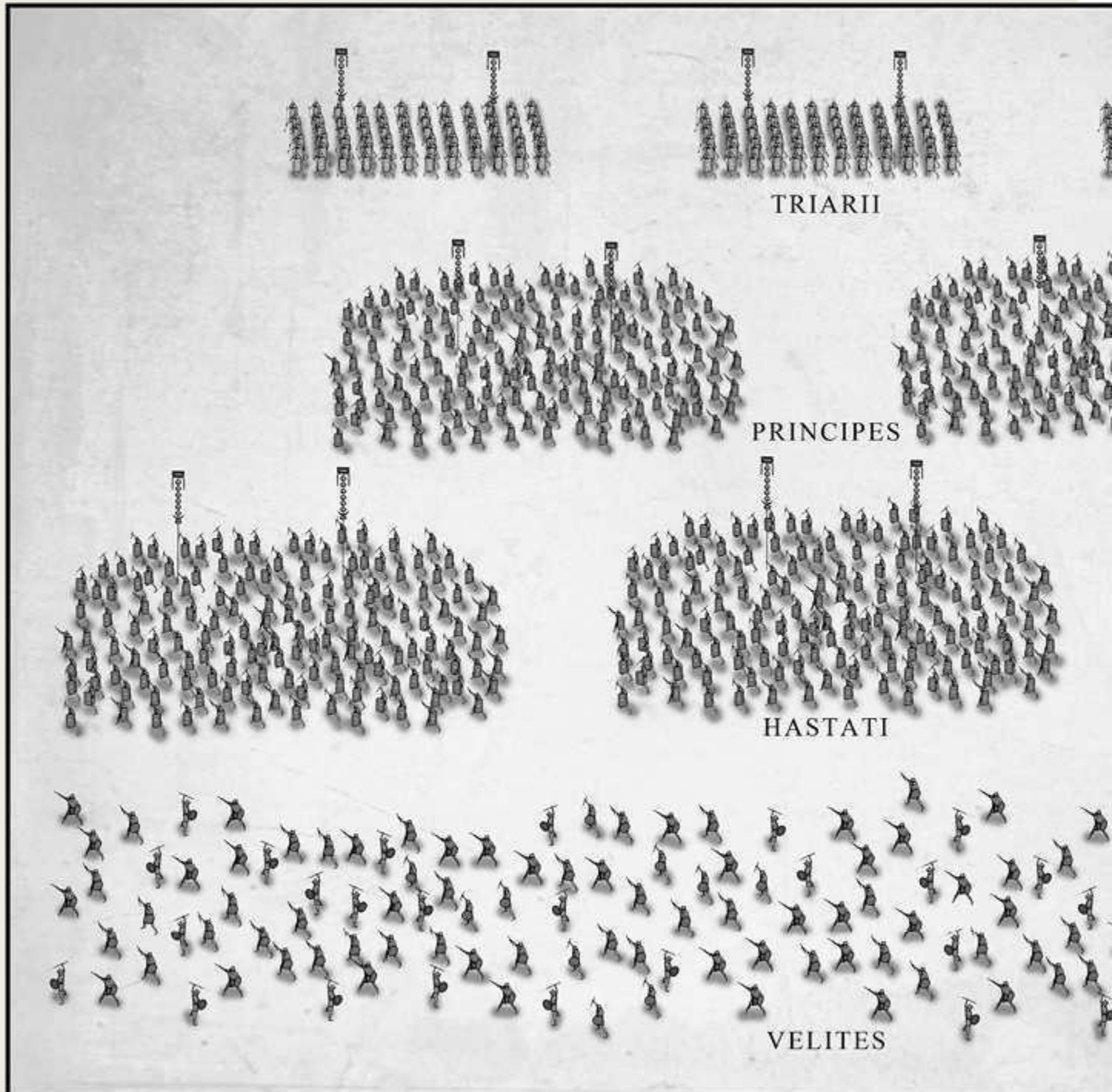
La solución que propone el autor J.E. Lendon y que desarrolla más el experto español Fernando Quesada es la que muestra la imagen de la página siguiente.

La formación de estas líneas, como se ve, es mucho más laxa. En la parte inferior están los *velites*. Detrás de ellos hay tres manípulos de astados. Cada uno de ellos lleva dos estandartes que se corresponden a dos centurias. Por detrás se encuentran los príncipes, y al final los manípulos de triarios, en formación mucho más cerrada.

El término que utiliza Lendon para los manípulos de astados y príncipes es *blobs*, algo así como «borrones», o nubes de legionarios agrupados alrededor de los estandartes, que se extendían y contraían como una ameba, pero sin separarse del resto de la unidad. (La metáfora de la ameba, que me parece muy acertada, es de Quesada).

Una vez retirados los *velites*, los astados avanzaban y la ameba se expandía hacia los lados. Los soldados de los extremos tan sólo tenían que abrirse unos diez metros para juntarse con los del manípulo de al lado y cerrar filas. Por otra parte,

éstas no tenían que ir tan rectas como en una falange de hoplitas griegas, pues cada legionario combatía de forma individual y no se veía obligado a cubrir a su compañero con la parte izquierda de su escudo.



Llegado el momento de replegarse, los astados retrocedían hasta agruparse alrededor de los estandartes, que habían quedado tras ellos. La formación se contraía y dejaba hueco para que, ahora sí, entraran en combate los príncipes. De ese modo los astados descansaban, recogían a sus heridos —y algunas jabalinas tiradas por el suelo—, y los príncipes combatían frescos contra un enemigo que empezaría a dar muestras de cansancio.

Por supuesto, esta maniobra exigía precisión, pero mucha menos que si hubieran tenido que formar filas rectas como en la llamada «instrucción cerrada» que recordarán los lectores que hayan hecho la mili. El papel de los estandartes era básico para no perder de vista dónde tenían que regresar, y también resultaba crucial la función de los centuriones y *optiones* reordenando a sus hombres.

De este modo, los astados podían volver a entrar en combate y relevar a los príncipes. Sabemos que había batallas muy largas, pero en ellas se hacían pausas, intervalos en los que ambos contendientes se reorganizaban, se lanzaban pullas y provocaciones e incluso se libraban duelos singulares.

En una batalla así, poseer tropas de refresco podía ser vital. En las tácticas de los griegos y otros pueblos antiguos apenas se recurría a ellas, pero los romanos lo hicieron desde el momento en que crearon esta triple fila.

¿Y los veteranos? ¿Daban el relevo a los jóvenes alguna vez? En principio, no. Si los triarios se veían obligados a entrar en combate, se debía a que la situación era casi desesperada. Por eso se decía *rem ad triarios redisse*, «La cosa llegó hasta los triarios», para expresar que uno se encontraba en graves dificultades.

La victoria se obtenía si se conseguía rodear al enemigo o que huyera, abandonando el campo de batalla. La mayor parte de las bajas se producían cuando un ejército rompía su formación. De todos modos, las cifras de muertos que dan los autores antiguos suelen ser bastante exageradas, sobre todo en las batallas entre los siglos V y IV.

Si eran los romanos los que ganaban, perseguían al adversario mientras podían; para tal fin, las mejores tropas eran las de caballería. Después despojaban a los muertos, saqueaban el campamento enemigo si caía en su poder, curaban a los heridos y enterraban a sus fallecidos. A menudo, el general otorgaba condecoraciones, o incluso las recibía él, como le ocurrió a Decio Mus, que había

sido premiado con la corona de hierba por sus propios soldados.

También podían impartirse castigos por desobedecer órdenes, dar muestras de cobardía..., o simplemente perder la batalla. Hemos visto cómo el cónsul Torcuato hizo matar a su propio hijo por batirse en duelo en contra de sus órdenes. A veces se castigaba a unidades enteras: muchos de los soldados que sobrevivieron a Cannas tuvieron que servir el resto de la guerra sin descanso y sin paga.

El castigo más bárbaro era la *decimatio*. Si una unidad se amotinaba o luchaba con cobardía, el general podía ordenar que fuese diezmada. Se formaban grupos de diez soldados y echaban a suertes entre ellos quién iba a morir. Sus propios compañeros debían matar al infortunado a pedradas o garrotazos. Después, a ellos se les repartía cebada en vez de trigo para que se hicieran el pan, y se los apartaba de los demás como apestados.

LA VIDA EN EL EJÉRCITO FUERA DE LA BATALLA

En marzo, cuando los cónsules entraban en su cargo, anunciaban la fecha para el reclutamiento de las legiones de ese año. El día señalado, los ciudadanos en edad militar se presentaban en el Campo de Marte, fuera del recinto sagrado de Roma. Los romanos distinguían siempre el hábitat doméstico de la ciudad al que se referían como *domi*, «en casa», del mundo de la guerra, *militiae*, «en la milicia». Las legiones sólo podían entrar en Roma como tales para celebrar el triunfo.

(¿Por qué este miedo a tener ejércitos dentro de la ciudad? A los romanos les daba pavor la idea de un general usando sus huestes para dar un golpe de Estado y convertirse en rey o tirano; un temor que se acabó materializando al final de la República).

El día del reclutamiento, los tribunos militares iban eligiendo a los hombres en grupos de cuatro y asignándolos a las legiones. Éstas recibían un número, del I al IV, que era temporal: cada legión se formaba al principio del año consular y se deshacía al final. (Con el tiempo, conforme el ejército se profesionalizó más, se crearon unidades permanentes y, por supuesto, se utilizaron muchos más números).

Al disolverse las legiones, los soldados regresaban a la vida civil. En los

primeros años de la República, las campañas militares ocupaban poco más que los meses de verano, y los hombres volvían a tiempo de sobra para la siembra. Después, cuando Roma peleó en escenarios cada vez más alejados y contra varios enemigos a la vez, las campañas se prolongaron.

No era un ejército profesional, debemos insistir, sino una milicia ciudadana. Sin embargo, a partir de 396 se instituyó una paga para los soldados. Consistía en un estipendio mínimo para que pudieran subvenir a sus necesidades básicas, no para que se enriquecieran.

La única forma de obtener un provecho sustancial era el saqueo, que atraía a muchos voluntarios. Cuando las campañas no ofrecían gran cosa porque el enemigo era pobre, había que reclutar a los soldados prácticamente a lazo: así ocurrió en 193 con una campaña contra los ligures de las montañas, o a mediados del siglo II a.C. en Hispania, que había sido lo bastante esquilada como para que los peligros de luchar contra los celtíberos no compensaran los posibles beneficios.

Aunque el ejército no fuese profesional, comparado con los de muchos de sus enemigos lo parecía. Hemos hablado de los premios y los castigos. Pero donde más se notaba la disciplina romana era en sus campamentos. Cuando se acercaba el final de la jornada de marcha, un tribuno se adelantaba con exploradores para buscar un lugar adecuado, que tuviese agua potable en las inmediaciones y estuviera lo más alto posible.

Al llegar al sitio elegido, el tribuno clavaba una bandera en el sitio donde se plantaba la tienda del cónsul, el *praetorium* o pretorio. Una vez hecho esto, los ingenieros tomaban medidas con la groma, uno de los instrumentos de agrimensura que utilizaban también para construir calzadas, túneles y acueductos. Gracias a ella se trazaban líneas rectas y perpendiculares para formar una cuadrícula, con calles amplias en el centro.

Cada manípulo ya sabía dónde debía instalarse, pues el plano del campamento era estándar. Los romanos se instalaban en la parte central y los aliados más cerca de la empalizada. De todos modos, dejaban entre ésta y las tiendas un amplio espacio, el *intervallum* —de donde procede nuestro intervalo—, para evitar que llegaran los proyectiles enemigos.

En cuanto a la fortificación en sí, la levantaban rápidamente, ya que tenían los movimientos muy automatizados. Los legionarios cavaban una zanja, la *fossa*, y con la tierra que sacaban de ella formaban un terraplén, el *agger*. Probablemente, la tarea a la que más horas dedicaban los legionarios romanos durante sus meses o

años de servicio era excavar.

Después, sobre el terraplén plantaban estacas, a ser posible de roble. En muchas ocasiones las llevaban consigo, como cuando Cincinato condujo a su ejército en una marcha nocturna para cercar a los ecuos. Cada soldado clavaba las suyas, y en breve la empalizada estaba en pie.

Terminado lo más urgente, que era proteger el perímetro, se montaban las tiendas. Después, los *tesserarii* de cada manípulo se presentaban en la tienda del pretorio para recibir la contraseña, y se organizaban las guardias de forma sistemática.

En general, a los griegos, bastante más descuidados a la hora de acampar, debía parecerles que los romanos eran tan cuadrados como el aspecto de sus propios campamentos. Pero la visión de éstos resultaba imponente. Cuando un militar tan avezado como Pirro vio por primera vez un campamento romano, dijo: «Estos bárbaros no son tan bárbaros».

Los campamentos podían convertirse en semipermanentes o incluso permanentes, y en ese caso las empalizadas se sustituían por murallas de piedra o ladrillo. Muchos castra acababan por transformarse en ciudades. Así ocurrió con León, cuyo nombre procede de *Legio VI Victrix*, una legión que Augusto trasladó a Hispania, no muy lejos de las montañas del norte, para luchar contra los cántabros y también para controlar las explotaciones de oro cercanas.¹²

Los *castra* nos proporcionan otra muestra de la mentalidad organizada y la capacidad de sacrificio que llevaron a los romanos a convertirse en dueños de todo el Mediterráneo. Imaginemos el día de un legionario: levantarse, recoger las tiendas, arrancar las estacas de la empalizada para volver a cargarlas, hacer una marcha de veinte o treinta kilómetros, y a menudo más —en ocasiones por territorio hostil, sufriendo el acoso de los enemigos—. Y al final del día, en lugar de dejar caer al suelo el macuto y tirarse a la bartola con un suspiro de satisfacción, empuñar el pico para excavar una zanja, plantar una empalizada, abrir también unas letrinas, plantar las tiendas y llevar a cabo un sinfín de tareas más.

Sin embargo, lo que perdían de descanso lo compensaban de sobra con la seguridad. A la hora de la batalla, los romanos no combatían desde su campamento. Estaba tan bien organizado que, cuando salían de él, cada manípulo lo hacía en el orden y el lugar que poco después ocuparía en el frente de combate.

MANPOWER: LA CLAVE DEL PODERÍO MILITAR

El saqueo de Roma por los galos supuso un grave revés, sobre todo para la moral. Sin embargo, desde entonces la ciudad no dejó de crecer. En el primer siglo de la República, la situación de los romanos había sido tan precaria que a menudo los enemigos arrasaban sus campos y provocaban hambrunas y carestías de alimentos. A partir de 387 eso no volvió a ocurrir. Aún sufrieron derrotas, por supuesto, pero lejos de su propio territorio. Y siempre encontraron tropas para reponer las bajas.

La clave era el *manpower* de Roma. Espero que los lectores me disculpen por usar esta palabra inglesa, pero no hay ninguna que transmita el concepto de forma tan expresiva. Literalmente sería «poder en hombres». Hoy día se traduce como «mano de obra» cuando se habla de empresas o sectores económicos. Pero al referirnos a las sociedades antiguas, *manpower* se refiere al número de hombres disponibles para la guerra, y además añade la expresividad de su componente *power*, «poder». Aunque procuraré utilizar «población» o «censo», estos términos no comunican ni los matices ni la fuerza de *manpower*, motivo por el que quería grabar el concepto en la mente de los lectores.

¿Qué hacía que Roma pudiera disponer de más recursos humanos? Cuando era niño y estudiaba las guerras púnicas, memorizando de carrerilla «Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas», me daba la impresión de que los romanos tenían una máquina con una manivela de la que salían pequeños romanos literalmente como churros.

La realidad era más compleja. La natalidad también desempeñaba su papel, por supuesto. Pero por una parte la tasa de mortalidad infantil era mucho más alta, tal vez de un 200 por mil, y por otra, ni a los dueños de grandes fortunas ni a los pequeños propietarios les interesaba tener demasiados hijos.

Por eso recurrían a los métodos anticonceptivos de la época, cuya efectividad desconocemos, pero que no daban la impresión de ser muy fiables: resina de cedro aplicada en la entrada del útero, esponjas empapadas en aceite y vinagre, lavados vaginales tras el coito, estornudos también postcoitales para expulsar la semilla masculina y, por supuesto, todo tipo de amuletos. Si fallaban, se

recurría al aborto o directamente al infanticidio.

Aunque las familias no fueran numerosas, sí existía otra máquina de fabricar romanos: convertir en tales a los que antes no lo eran.

La clave estribaba en el concepto de ciudadanía. Para los romanos suponía un enorme orgullo decir *Civis romanus sum*, «Soy ciudadano romano». Pese a todo, no eran tan celosos de sus privilegios como, por ejemplo, los atenienses de la época de Pericles. A muchas comunidades latinas les otorgaron los mismos derechos que poseían ellos, de modo que desde muy pronto hubo ciudadanos romanos que, en realidad, no habían nacido en Roma.

También existía un grado intermedio, la ciudadanía latina. Quien la poseía no podía votar en Roma ni ser elegido como magistrado, pero si se mudaba a la ciudad se convertía en romano de pleno derecho. Incluso los prisioneros de guerra esclavizados adquirirían la ciudadanía cuando recuperaban su libertad, algo que habría resultado inconcebible en otras ciudades.

Por otra parte, Roma sembró el territorio conquistado de colonias, poblaciones recién fundadas a las que se trasladaban romanos y latinos que mantenían su ciudadanía. Esas colonias no eran sólo puestos avanzados para proteger las fronteras, sino que al prosperar y crecer contribuían con más *manpower* —lo volví a decir— a la base de la que luego se reclutaban las legiones.

Gracias a esa actitud abierta, el número de ciudadanos de Roma no dejó de crecer. El caso resulta más llamativo si lo comparamos con otra ciudad estado de la Antigüedad que destacó entre todas las demás por sus virtudes militares: Esparta.

En 480, cuando empezó la gran guerra contra los persas, los espartanos tenían unos ocho mil ciudadanos varones. Al año siguiente, en Platea, enviaron a cinco mil de ellos, el mayor contingente de ciudadanos que salió jamás de Esparta.

Por esas fechas, la República era todavía muy joven, y aunque ya había dividido el ejército en dos legiones, entre ambas debían de sumar unos seis mil hombres. Así pues, las fuerzas de Roma y Esparta se hallaban parejas por el momento.

Sin embargo, los ciudadanos espartanos, los llamados «espartiatas», eran tan acaparadores de privilegios y tierras que en lugar de aumentar su número con el tiempo lo redujeron. En el año 244 sólo había setecientos espartiatas, una cifra ridícula. Por esas mismas fechas, los ciudadanos romanos eran más de doscientos

cincuenta mil. Además, gracias a su política de alianzas y semiciudadanía, disponían de más de setecientos mil hombres a los que podían reclutar. Eso explica que en algunos momentos de la Segunda Guerra Púnica movilizaran hasta veinticinco legiones en los diversos escenarios bélicos.

Y también justifica más cosas. Los romanos podían asumir más riesgos que otros pueblos. Entre el siglo IV y II perdieron muchas batallas, pero ni una sola guerra. ¿Por qué? Porque disponían de recursos para reclutar nuevos ejércitos, de modo que no se veían obligados a rendirse.

De nuevo el caso de Esparta es muy llamativo. En el año 425, en la isla de Esfacteria, ciento veinte espartiatas de las mejores familias cayeron prisioneros de los atenienses. A partir de ese momento, Esparta buscó la paz con Atenas, y la firmó en 421 en unas condiciones que a priori jamás habría aceptado. Perder a esos ciento veinte ciudadanos suponía para ella un riesgo que no podía asumir. (Al final, la paz se rompió y ganaron la guerra, pero ésa es otra historia).

En el caso de Roma, en la batalla de Cannas perdió *decenas de miles* de ciudadanos y ocho mil cayeron prisioneros. Después de tamaño desastre, los romanos no sólo no se rindieron, sino que incluso se negaron a pagar un rescate para recuperar a sus cautivos. Sin duda, su estricto código de honor les impedía rendirse. Pero no se trataba sólo de eso, sino de que tenían la seguridad de que podían reclutar más ejércitos y proseguir la guerra.

Ahora que poseemos una idea más clara de los recursos humanos y materiales de que disponía Roma para la guerra, es hora de que veamos a estas legiones en acción contra uno de los generales más afamados del mundo antiguo: Pirro, rey del Epiro.

VI

PIRRO Y LA CONQUISTA DEL SUR

D

urante la primera mitad del siglo III, Roma se decidió a intervenir en nuevos escenarios, cada vez más alejados de la ciudad. Al hacerlo tuvo que combatir contra enemigos que la obligaron a desarrollar nuevos modos de combate.

Latinos, sabinos, etruscos o samnitas usaban armamentos y tácticas similares a los romanos, y eran guerreros tribales o milicias ciudadanas, según como queramos verlo. En cambio, en las luchas que empezarían a partir de ahora y que llevarían a Roma a convertirse en la dueña del Mediterráneo, se enfrentó contra ejércitos profesionales, formados por soldados que servían durante todo el año a cambio de una paga, muchos de ellos mercenarios. En el proceso, la forma de combatir de los romanos cambió y ellos mismos se convirtieron en un ejército cada vez más eficaz, y si no profesional todavía —esto no llegaría hasta Mario—, sí equiparable en calidad y seguramente superior en motivación y voluntad de vencer.

EL ASUNTO DE TARENTO

Hasta entonces, los intereses de Roma en el sur de Italia no habían ido más allá de la fértil Campania. Pero en 285, la ciudad de Turios pidió ayuda contra la tribu de los lucanos. Turios era una colonia ateniense, en cuya fundación participaron Pericles y el padre de la historia, Heródoto. Pero, a diferencia de las colonias romanas, que seguían dependiendo política y militarmente de Roma, las griegas sólo mantenían vínculos culturales y a veces religiosos con sus metrópolis.

Turios estaba ya en la suela de la bota italiana, a quinientos kilómetros de Roma. Una distancia más que respetable; aunque con el tiempo, por supuesto, las legiones viajarían y combatirían mucho más lejos.

La ciudad envió al cónsul Fabricio Luscino, que obligó a los lucanos a retirar el asedio y dejó una guarnición romana en Turios. Recordemos que los

lucanos, a su vez, habían pedido ayuda a Roma trece años antes, lo que provocó la Tercera Guerra Samnita: las alianzas eran mudables.

Siguiendo el ejemplo de Turios, otras ciudades de la región, como Locri y Reggio, que ya estaban en la puntera de la bota, solicitaron una protección similar. En su caso, contra los brutios, que bajaban de las montañas para hacer incursiones contra las ricas ciudades costeras. Como hemos visto, esta historia de montañeses contra llaneros se repetía constantemente en Italia.

Más al nordeste, en el arranque del tacón de la bota, se hallaba —y se halla— Tarento, que da su nombre a un gran golfo de forma prácticamente cuadrada. Esta ciudad fue la única colonia fundada por los espartanos, a finales del siglo VIII.

El relato de la fundación de Tarento es peculiar: Esparta estaba en guerra contra la región de Mesenia y los varones espartanos llevaban muchos años ausentes. Sus mujeres empezaron a acostarse con otros hombres, no ciudadanos e incluso esclavos, y cuando los espartanos regresaron de la guerra se encontraron con unos hijos imprevistos.

Como no querían parecer víctimas de cuclillos —el pájaro que pone huevos en nidos ajenos para que se los críen—, los espartanos mandaron fuera a estos hijos, ya crecidos, a los que llamaron *partheníai* o «hijos de las vírgenes», es de suponer que con cierto sarcasmo. Los *partheníai* embarcaron hacia el oeste y fundaron Tarento.

Seguramente la historia verdadera no fue tan novelesca, pero lo cierto es que Tarento era colonia espartana. Sin embargo, sus descendientes se apartaron pronto de la tradición militar de la metrópolis y se dedicaron al comercio y a la manufactura de tejidos. Ellos mismos, además, los teñían con la púrpura que extraían de un molusco llamado múrice. Sin ser tan apreciada como la púrpura real de Tiro, la de Tarento valía mucho dinero.

Así enriquecidos, a partir del siglo IV los tarentinos prefirieron pagar a otros para que librarán sus guerras. En el año 333 llamaron al rey del Epiro, allende el mar Jónico, para que los ayudara en su lucha contra los pueblos montañeses. Este rey, llamado Alejandro como su cuñado el Grande, fue derrotado y murió poco después. Más adelante reclamaron a Cleónimo, mercenario espartano con quien acabaron mal, y a Agatocles, tirano de Siracusa, que obtuvo algunos éxitos militares, pero que no tardó en volver a Sicilia.

Lo que estaban haciendo los ciudadanos de Turios era lo mismo que Tarento: buscar ayuda externa, en este caso de los romanos. Pero la presencia de éstos tan cerca preocupó a los tarentinos.

Una de las razones era que, a la sazón, en Tarento dominaba la facción democrática, mientras que en Turios gobernaban los oligarcas. Como comentamos a raíz del caso de Neápolis, los romanos solían favorecer a los oligarcas y reprimir a los demócratas, lo que nos dice bastante sobre la verdadera naturaleza de la República.

Las hostilidades empezaron en 282, cuando un almirante llamado Lucio Valerio apareció en las inmediaciones de Tarento con unas cuantas naves. Se supone que esperaba ser recibido en términos amistosos, pero no fue así.

Los tarentinos estaban celebrando las fiestas de Dioniso y homenajearon a los dios con su invento más popular: el vino. Al avistar a los romanos, se hicieron a la mar algo embravecidos por la bebida y les hundieron varios barcos. Después fueron más allá, navegaron hasta Turios y expulsaron a la guarnición que había dejado el cónsul Fabricio.

Por el momento, Roma se lo tomó con cierta calma. En lugar de mandar legiones, prefirió recurrir a la diplomacia y envió a Lucio Postumio a la cabeza de una embajada. La misión no salió bien. Postumio se dirigió a los tarentinos en griego. Con el tiempo, muchos nobles romanos aprenderían este idioma a la perfección, pero por ahora no era así. Postumio hablaba con un acento que a ellos les sonaba bárbaro y cometía muchos errores gramaticales, así que se carcajearon de él.

Para colmo, un individuo más insolente que los demás le manchó la toga; tal vez con algo más asqueroso que con polvo, pero los textos no son muy claros. Eso multiplicó el regocijo de la multitud.

La contestación de Postumio fue muy romana: «¡Reíd mientras podáis! Pues vais a llorar mucho más tiempo cuando lavéis la mancha de mi toga con sangre».

Los tarentinos se tomaron la amenaza lo bastante en serio como para buscar ayuda. Y lo hicieron, de nuevo, al otro lado del mar Jónico. A la misma latitud que el tacón de la bota se hallaba el reino del Epiro, y recurrieron a su monarca, Pirro.

PIRRO, UN REY HELENÍSTICO

En el pasado, el Epiro no había sido un reino demasiado importante, pero las cosas habían cambiado mucho en Grecia. Antaño, en el siglo V a.C., las ciudades estado, sobre todo Atenas y Esparta, habían dominado la política y los campos de batalla. Los pueblos que vivían más al oeste, que en lugar de organizarse en ciudades lo hacían por tribus, eran vistos por los demás helenos como salvajes y atrasados. Para colmo, seguían gobernados por reyes, algo que los griegos consideraban un anacronismo.

La situación cambió durante el siglo IV. Las constantes guerras entre Atenas y Esparta, a las que se sumó Tebas como tercera en discordia, debilitaron a las ciudades estado griegas.

Pero entonces apareció un poder nuevo: Macedonia, un país situado al norte de Grecia, más allá del monte Olimpo. Los macedonios hablaban una lengua parecida al griego y compartían con ellos muchas costumbres y también divinidades, pero no eran del todo helenos. Entre ellos también había reyes. En el año 359 ascendió al trono el que llevaría a su país en un ascenso imparable hasta la hegemonía en Grecia: Filipo II.

Filipo convirtió el ejército macedonio en una máquina de guerra bien engrasada. Mientras que los antiguos ejércitos griegos consistían básicamente en falanges de hoplitas, soldados de infantería pesada armados con lanzas de unos dos metros y medio de longitud, Filipo creó muchos otros cuerpos especializados.

Destacaba entre ellos la infantería, con un escudo más ligero que los hoplitas griegos, pero armada a cambio con sarisas. Éstas eran picas de más de cinco metros: cuando los soldados de las cuatro primeras filas las bajaban, las puntas se proyectaban hacia delante convirtiendo a la falange en un monstruoso erizo.

Según el general romano Lucio Emilio Paulo, que en 168 se enfrentó a este tipo de infantería en la batalla de Pidna, jamás en su vida había presenciado un espectáculo tan aterrador como el de aquel bosque de sarisas apuntando hacia ellos. (La falange macedónica resucitaría muchos siglos después con los mercenarios suizos, los lansquenets alemanes y los tercios españoles, armados de picas tan largas como las sarisas, aunque adaptados a los nuevos tiempos en que se combatía con armas de fuego).

El problema de la falange de sarisas es que resultaba muy contundente, pero rígida y más bien lenta. Era menester complementarla con otras unidades para hacer más flexible el ejército. Eso fue lo que hizo Filipo, que también contaba con caballería pesada y ligera y con varios tipos de infantería ligera especializada: arqueros, lanzadores de jabalina y honderos. Introdujo asimismo máquinas de guerra de todo tipo con las que podía tomar ciudades al asalto sin esperar a que se rindieran por hambre.

Sobre todo, se trataba de tropas profesionales, no milicias. En las ciudades estado de Grecia, y también en las de Italia —incluida Roma—, los soldados eran ciudadanos que empuñaban las armas unos meses, y volvían a sus casas a tiempo de realizar las tareas del campo para mantenerse a sí mismos y a sus familias.

En cambio, Filipo formó un ejército permanente, pagado con fondos estatales y no sólo con el botín que los soldados pudieran obtener gracias a sus victorias. Un ejército siempre disponible y que se adiestraba durante todo el año. Gracias a él, en el año 338 venció a Atenas, Tebas y otras ciudades estado aliadas en la batalla de Queronea, y se convirtió en el amo de Grecia.

A la muerte de Filipo, subió al trono su hijo Alejandro, que sería conocido como Magno. Alejandro aprovechó la máquina de guerra que le había dejado su padre para cruzar el Egeo, pisar Asia y lanzarse a la conquista del Imperio persa. En pocos años, este joven rey llevó a sus tropas hasta el río Indo. Sus dominios llegaban desde Macedonia hasta Pakistán, incluyendo el rico país de Egipto.

Alejandro murió en Babilonia en el año 323, de unas fiebres o tal vez envenenado. Su paso por la historia fue como el de una estrella fugaz, o más bien el de un asteroide que brilla en el cielo e impacta contra la tierra dejando un gran cráter como recuerdo de su paso. No existe otro personaje histórico del que se hayan escrito y contado tal cantidad de historias y relatos en tantas lenguas y en tantos países diversos.

Quizá su mito se deba en parte a que murió joven. De haber vivido más años, tal vez habría sufrido reveses y su reputación de invicto se habría visto mancillada. Pero en su momento se le consideró prácticamente un dios.

Hay algo más, muy importante desde el punto de vista ideológico: todos los generales que quisieron alcanzar la gloria después de Alejandro se miraron en su espejo. Así le pasó a Pirro, pero también al cartaginés Aníbal, y entre los romanos a Julio César o personajes más tardíos como los emperadores Trajano o Juliano, el conocido como Apóstata.¹³

(Ese prestigio ha hecho que tal vez se exagere mucho la importancia de los generales en la Antigüedad. Es verdad que el papel de personajes como el propio Alejandro, Aníbal o Escipión resultó determinante, pero hay que tener siempre en cuenta otros elementos de la guerra como la calidad y moral de las tropas o, simplemente, el puro azar. En ciertos relatos de batallas antiguas, da la impresión de que el general es un jugador de *Age of Empires* o *Pretorians* que maneja a sus soldados como si fueran simulaciones de ordenador y no hombres de carne y hueso con voluntad e inteligencia propias).

El imperio de Alejandro duró tanto como él, pues no designó de forma clara a ningún heredero. Sus generales pelearon durante décadas por los despojos y se llamaron a sí mismos «reyes». La crónica de esta época es una pesadilla para el estudiante por los constantes cambios de fronteras y los innumerables tratados.

Puesto que este relato trata sobre Roma y no sobre Grecia, baste decir que a principios del siglo III se había alcanzado una relativa estabilidad. Existían varios reinos, gobernados por los generales de Alejandro o por los sucesores de éstos, conocidos como diádocos. Todos ellos guerreaban sin cesar, pero compartían una mezcla de elementos políticos y culturales comunes.

Para estos estados usamos el término colectivo de «reinos helenísticos». Eran grandes entidades, mucho más extensas y ricas que las antiguas ciudades estado, y podían movilizar más recursos tanto en la guerra como en la paz; recursos que se solían emplear en ostentaciones de poder, pues los reyes helenísticos eran partidarios del principio «El tamaño sí que importa».

Por ejemplo, construían torres de asedio descomunales, como la Helépolis, que medía casi cincuenta metros. También botaban barcos con miles de remeros que a la hora de la verdad no resultaban demasiado prácticos. Y les encantaba usar elefantes de guerra, con sus ventajas e inconvenientes que examinaremos al relatar la campaña de Pirro.

Otras manifestaciones menos bélicas de este amor por lo enorme fueron construcciones como el Faro de Alejandría o la gran biblioteca de esta ciudad —la Biblioteca por antonomasia—. Los monarcas helenísticos también solían ser mecenas de la cultura y el arte..., que utilizaban, de paso, para hacer propaganda de su propia grandeza.

Pirro fue el primer rey helenístico con quien se las vieron los romanos, pero no el último. La larga y más bien tormentosa relación de Roma con los herederos de Alejandro se prolongó durante dos siglos y medio, hasta culminar en Egipto con

César, Cleopatra, Marco Antonio y Octavio.

En el ínterin, los romanos se contagiaron de muchas características de la civilización griega. Sus élites aprendieron griego, Júpiter, Juno y compañía se asimilaron a los olímpicos Zeus y Hera, y sus literatos y artistas imitaron los géneros helenos. Pero la influencia no se limitó a lo cultural: sus gobernantes y generales adquirieron también costumbres y manías —a veces megalomanías— propias de estos monarcas helenísticos. Por ejemplo, la de considerarse semejantes a los dioses o hacerse adorar directamente, como ocurriría con muchos césares en la Roma imperial.

Centremos nuestro relato en Pirro. Como miembro de la casa real del Epiro, era descendiente del mismísimo Aquiles, o así lo contaba la tradición familiar: una herencia gloriosa y al mismo tiempo una responsabilidad para un guerrero que debía demostrar que se hallaba a la altura del héroe de la *Ilíada*.

Linajes legendarios aparte, Pirro era sobrino segundo de Olimpia, la madre de Alejandro Magno. Eso lo convertía en pariente del rey macedonio, a quien no llegó a conocer, pues Pirro nació en 318, cinco años después de su muerte en Babilonia.

Pirro llegó al trono a la tierna edad de doce años, pero enseguida fue derrocado. Pasó su juventud luchando a las órdenes de su cuñado Demetrio Poliorcetes, y cuando sólo tenía dieciocho luchó en la gran batalla de Ipsos. Recuperó el trono poco después, en el 297, pero su época de soldado de fortuna debió de dejar impronta en él, pues pasó buena parte de su reinado librando guerras fuera de su país.

Durante una temporada combatió en Macedonia, que controló fugazmente hasta que fue expulsado de ella en 284. Tres años después, en 281, le llegó la invitación de los tarentinos. Éstos le prometieron prácticamente la luna: si aceptaba ser su general y venía él solo a Italia, conseguirían que todas las ciudades del sur de Italia se pusieran bajo su mando, y podría dirigir contra Roma un ejército de trescientos cincuenta mil hombres y veinte mil jinetes.

Pirro pensó que, si triunfaba, saltaría a Sicilia y de ahí a Cartago. Después, con las tropas y el dinero conseguidos en ambos sitios podría regresar a Macedonia, el corazón simbólico del poder entre los monarcas helenísticos.

Nuestro hombre era un aventurero romántico salpicado tal vez por una pizca

de megalomanía; pero también poseía bastante sentido común en los asuntos de la guerra, de modo que decidió, por si acaso, reclutar su propio ejército. Eso le ocupó unos cuantos meses, y no cruzó el mar Jónico hasta principios de 280. Cuando lo hizo, llevaba veinticinco mil soldados de infantería y tres mil de caballería. También incluía una sorpresa para los italianos: veinte elefantes.

Los elefantes habían llegado al Mediterráneo gracias a las campañas de Alejandro, que se enfrentó a ellos en la batalla del Hidaspes contra el rey indio Poro. Al macedonio le impresionaron tanto que los llevó al oeste, y los generales que lo sucedieron los utilizaron a partir de entonces como arma.

A principios del siglo III, el imperio seléucida —el más extenso de los reinos helenísticos, que llegaba desde Asia Menor y Levante hasta Pakistán— acaparaba el suministro de elefantes indios. Para contrarrestar este monopolio, los Ptolomeos, reyes de Egipto, recurrieron a sus parientes africanos.

Hay que aclarar que no se trataba de la especie de sabana, la más conocida por los documentales, que alcanza cuatro metros de altura y pesa entre seis y diez toneladas. Sin duda, el *Loxodonta africana* habría sido una máquina de guerra imposible de detener, pero el problema era que prácticamente no existe forma de domarlo. (He dicho «domar» y no «domesticar»: los elefantes de guerra se capturaban y adiestraban, no se criaban en cautividad).

El animal que usaron los Ptolomeos de Egipto era el llamado *Loxodonta cyclotis*, o elefante de bosque, que medía entre dos metros y dos metros y medio de altura. En aquella época, este paquidermo abundaba en el norte de África, pero hoy día está confinado a las selvas de su zona central. (En muchos textos se comenta que se encuentra en peligro de extinción, pero no es fácil encontrar censos de población fiables).

Precisamente, los veinte elefantes que llevaba Pirro consigo se los había entregado Ptolomeo II, así que lo más seguro es que provinieran de los bosques africanos y no de la India.

A principios del siglo III, se introdujo una innovación bélica en el uso del elefante: una torre de madera y de cuero atada con correas y cadenas a su lomo, en la que viajaban a pie dos o tres combatientes armados con arcos o con picas.

No está claro si los elefantes de Pirro llevaban esta torreta o bastaba tan sólo con el conductor —conocido como «mahout» o «cornaca», ambos términos indios—, armado con jabalinas. En cualquier caso, alrededor de los elefantes había soldados de a pie que protegían sus patas y, sobre todo, su vientre, las partes más

delicadas.

Con torreta o sin ella, el arma principal era el propio elefante. Sólo su tamaño ya aterrorizaba a los soldados, que no estaban acostumbrados a verlo, y sobre todo a los caballos, a los que espantaban su olor y sus atronadores barridos. Guerra psicológica aparte, cuando estos paquidermos embestían solían poner en fuga a la caballería enemiga. Si la infantería no apretaba las filas, los dientes y todo lo que fuera menester, también podían aplastarla.

PIRRO EN ITALIA

Antes de lanzarse a la guerra, Pirro consultó a diversos oráculos, como era costumbre en la época. En el propio Epiro se encontraba el santuario de Dódona, consagrado a Zeus, donde los sacerdotes interpretaban el sonido del rumor del viento en las hojas de un robledal sagrado.

Pero el más importante de los oráculos griegos se hallaba en Delfos, en Grecia central. Según un fragmento de Ennio, autor a quien los romanos consideraban el padre de su poesía, cuando Pirro preguntó qué pasaría si viajaba a Italia, la pitonisa de Delfos contestó: *Aio te Romanos vincere posse*, «Digo que tú puedes vencer a los romanos».

Tras recibir la aquiescencia de Apolo, Pirro estaba tan impaciente por marchar hacia Italia que no esperó a que llegara la estación más propicia y partió en invierno. Un temporal se abatió sobre su flota. Él consiguió arribar a Tarento con su nave capitana, un septirreme más pesado y resistente que los demás, pero acompañado tan sólo por dos mil soldados y un par de elefantes.

Por suerte, la tempestad no debió de ser tan fuerte, porque sólo dispersó las naves, no las destruyó. Poco a poco, el resto de la flota fue presentándose en el puerto.

Mientras tanto, Pirro no había permanecido ocioso. Al comprobar lo amantes de la jerga que eran los tarentinos, suspendió las festividades, cerró el teatro y las tabernas y reclutó a todos los varones aptos para el servicio militar. Eso no lo hizo precisamente popular entre los ciudadanos, que se habían vuelto

bastante melindrosos con el tiempo, y muchos abandonaron Tarento.

Mientras tanto, los romanos, avisados de la llegada de Pirro, enviaron al sur un ejército de más de treinta mil hombres con su cónsul Valerio Levino. Pirro, al ver que el inmenso ejército prometido no llegaba, salió de Tarento con sus tropas y con la milicia ciudadana y viajó primero al norte y luego al oeste, siguiendo la costa del golfo.

Antes del enfrentamiento, que se produjo cerca de la ciudad de Heraclea, Pirro divisó de lejos al adversario. Cuando vio el campamento romano organizado con tanto orden, le dijo a un amigo: «Este campamento de bárbaros no es de bárbaros, Megacles».

El propio Pirro acampó en la orilla izquierda del río Siris, utilizándolo como barrera para los romanos mientras él organizaba sus líneas. Pero los legionarios empezaron a cruzarlo por varios puntos a primeras horas del día y pusieron en fuga a las tropas ligeras que Pirro había dispuesto para vigilar los vados.

Aunque las cosas se habían apresurado más de lo que él habría querido, el rey del Epiro decidió tomar la iniciativa y cargó al frente de sus tres mil jinetes contra la caballería enemiga, formada en su mayor parte por aliados de los romanos. Pero no consiguió desbaratarla como esperaba, y él mismo resultó descabalgado por un jinete que mató a su caballo de un lanzazo.

Al ver que su primera maniobra no funcionaba, Pirro ordenó a su falange de sarisas que, en lugar de mantener el terreno —su función más habitual—, embistiera contra el frente de la legión.

Éste fue el primer choque entre las dos máquinas de guerra, la legión romana y la falange macedónica. Por el momento, ambas fuerzas se estancaron en un punto muerto, sin avanzar ni retroceder.

Pirro decidió recurrir a sus elefantes, que hasta entonces había guardado en reserva. La caballería romana y aliada, que había mantenido el terreno contra la del epirota, huyó despavorida. Los jinetes tesalios se vieron libres de enemigos y pudieron lanzar una ofensiva lateral contra las legiones de Valerio, clavadas en el sitio por aquel choque de titanes con la falange de sarisas.

Atacados por dos sitios a la vez, los legionarios acabaron rompiendo filas y retirándose al otro lado del río. Como dueño del campo de batalla, Pirro fue el vencedor oficial. Así pues, en el primer enfrentamiento falange *versus* legión, vencía la primera..., con la inestimable ayuda de los elefantes y la caballería. Pues el talento que Pirro había aprendido de los sucesores de Alejandro consistía en

combinar de forma flexible varios cuerpos y armas distintos.

En la batalla de Heraclea, los romanos perdieron siete mil hombres. En el ejército de Pirro, por su parte, murieron cuatro mil. Eso suponía más del 10 por ciento, una proporción exagerada para un ejército ganador. De ahí el adjetivo de «pírrica» para una victoria que se obtiene con casi tantos daños para el vencedor como para el vencido. (Por alguna razón que no entiendo, algunos comentaristas de fútbol denominan también «pírrica» a una victoria por 1-0. Lo sería si el equipo ganador sale del campo con ocho lesionados y pierde el resto de los partidos de la liga).

Además, los hombres que perdió Pirro eran más valiosos que los romanos. Por supuesto, hablamos de términos militares, no morales. Los soldados del rey del Epiro eran profesionales, veteranos curtidos en muchas campañas, con una experiencia y un adiestramiento que no se podían conseguir en nuevos reclutas de la noche a la mañana.

En cambio, la mayoría de las bajas romanas debieron de producirse en las primeras filas, donde formaban los *hastati*. Éstos eran los soldados más jóvenes y, en cierto modo, no resultaba demasiado difícil reemplazarlos.

Mientras que los recursos humanos con que contaba Roma se cifraban en cientos de miles, los de Pirro eran mucho más reducidos. Entre los ciudadanos romanos *todos* eran reclutables, incluso los proletarios o *capite censi* que apenas tenían bienes, pero combatían en la infantería ligera. Por el contrario, como hemos visto, en lugares como Tarento los ciudadanos se negaban a empuñar las armas y contrataban a mercenarios. Lo que ocurría allí se repetía en otras ciudades, como Cartago, tal como veremos al hablar de las guerras púnicas.

Al examinar el campo de batalla y ver las montoneras de cadáveres, el rey del Epiro debió pensar que había topado con un hueso duro de roer. Según el historiador Dión Casio, dijo: «Con soldados como éstos, podría conquistar el mundo». Dudo mucho que pronunciara estas palabras delante de sus hombres, pero pueden reflejar la admiración que sintió ante sus nuevos enemigos, a cuyos muertos hizo enterrar con los debidos rituales.

En cualquier caso, el vencedor, por el momento, era Pirro. Los aliados que le habían prometido y que no llegaban se animaron por fin a pasarse a su bando, entre ellos lucanos y samnitas.

De todos modos, el rey prefería solventar la guerra sin perder más hombres de aquel ejército tan valioso para él. Por esa razón envió a Roma a un destacado orador llamado Cineas para que convenciera al senado de que firmara la paz. Mientras tanto él, junto con sus nuevos aliados, se dirigió hacia el centro de Italia.

Cineas ofreció a los romanos devolverles sus prisioneros sin rescate. A cambio, debían reconocer la independencia de las ciudades griegas de Italia y devolver sus territorios a samnitas, lucanos y otros pueblos. Entre los senadores, algunos vacilaban, comprendiendo que el enemigo al que se enfrentaban también era formidable.

En los relatos sobre Pirro, normalmente se adopta su punto de vista, por lo que el lector actual tiende a empatizar con el temor y la admiración que despertaba Roma en el rey del Epiro. Pero si nos ponemos en la piel de los romanos, es fácil comprender que también albergaban miedos y dudas. Habían perdido en una batalla campal contra un adversario que no luchaba como ellos, que poseía el prestigio casi divino de los monarcas helenísticos y que traía aquellas bestias fabulosas a las que los romanos llamaban «bueyes lucanos».

El impacto de aquella primera batalla contra los elefantes quedaría grabado para siempre en el imaginario romano. Mucho tiempo después, en el siglo IV d.C., el autor cristiano Ambrosio escribió:

Los elefantes cargan contra sus adversarios con una fuerza irresistible. Ninguna línea de soldados con los escudos trabados puede detenerlos. Son como montañas que se mueven por el campo de batalla, y su ensordecedor trompeteo causa pavor. ¿De qué sirven unos pies rápidos, unos músculos fuertes o unas manos rápidas para enfrentarse a una torre móvil que lleva hombres armados? ¿De qué le sirve su corcel al jinete? Asustado ante el inmenso tamaño de la bestia, el caballo huye despavorido.

Al oír que había un embajador de Pirro hablando en la Curia y que algunos senadores se planteaban la posibilidad de ceder a sus exigencias, el anciano Apio Claudio, el mismo censor que empezó las obras de la *via Appia* y el *aqua Appia*, hizo que lo transportaran en una litera para asistir a la reunión.

Por aquel entonces estaba retirado. Ya había perdido la vista y le aplicaban el sobrenombre de *Caecus* con que sería conocido por la posteridad. «Pero desearía haber perdido también el oído —dijo— y estar sordo antes que oír cómo en esta

cámara se pronuncian en voz alta discursos de rendición».

La vibrante soflama de Apio Claudio enardeció a los senadores. Pero, incluso sin su discurso, es muy dudoso que hubiesen aceptado negociar con Pirro. Incluso en circunstancias más duras, los romanos demostrarían siempre que para ellos la rendición no era una opción.

La respuesta que recibió Cineas fue un «no» rotundo. El orador salió de la ciudad para darle las malas noticias a Pirro.

Éste no había permanecido ocioso, sino que había avanzado hacia el norte, hasta llegar a menos de sesenta kilómetros de Roma. Pero ni la cercanía del señor de la guerra epirota ni la de los elefantes asustaron a los romanos, que siguieron en sus trece.

Por otra parte, el ejército del otro cónsul, que había estado luchando contra los etruscos en el norte, regresó a Roma. Pirro decidió que era mejor no batallar de nuevo y regresó hacia el sur, para pasar el invierno en Tarento.

Nos ha llegado una anécdota muy curiosa sobre el talante de los romanos. Éstos enviaron a Tarento al exconsular Gayo Fabricio para negociar el rescate de los prisioneros. Pirro trató de sobornarlo para que presionara en el senado a favor de la paz, ofreciéndole cada vez pagarle sumas más altas.

Como así no conseguía nada, al día siguiente hizo que le acercaran a hurtadillas un elefante para asustarlo. El animal levantó la trompa junto a la oreja de Fabricio y soltó un barrito estruendoso. El romano, sin inmutarse, le dijo a Pirro: «Ni ayer me convenció tu oro, ni hoy tu elefante».

Al año siguiente, en 279, se libró la segunda gran batalla de esta guerra. Pirro había contratado más mercenarios y traído más tropas del Epiro, y también más elefantes. Para financiar tanto gasto, impuso fuertes tributos a sus aliados, lo que seguramente redujo su popularidad.

El combate se libró en Ásculo, en la comarca de Apulia, no muy lejos del mar Adriático. En ella se enfrentaron unos cuarenta mil guerreros por cada bando. Según Dionisio de Halicarnaso, los romanos habían diseñado algunas armas específicas contra los elefantes. Tenían grandes carros tirados por bueyes y armados con largas picas móviles rematadas por hoces y tridentes, y también calderos llenos de brea inflamable para lanzar contra los paquidermos.

El primer día se combatió en un terreno escabroso y sembrado de árboles, lo

que impidió que Pirro pudiera usar la caballería y los elefantes como él quería.

Sin embargo, en la segunda jornada, el rey logró anticiparse y ocupar las áreas más escarpadas con destacamentos de infantería ligera que hostigaron con sus proyectiles a los romanos y les impidieron maniobrar —o refugiarse— en esas zonas. De ese modo, las legiones del cónsul Publio Decio Mus tuvieron que pelear en un terreno llano más conveniente para su enemigo.

Aun así, los romanos lograron contener las temibles sarisas del enemigo durante un rato. Después, los paquidermos volvieron a cargar. Pese a los ingenios antielefante que describe Dionisio, lo cierto es que aquella embestida rompió las filas del cónsul, y Pirro quedó de nuevo dueño del campo de batalla.

Esta vez los romanos perdieron seis mil hombres, mientras que Pirro sufrió tres mil quinientas bajas. Cuando le felicitaron por la victoria, respondió: «Si ganamos otra batalla así a los romanos, estamos perdidos». Sabía bien que sus enemigos podían compensar aquella merma, mientras que a él le resultaba cada vez más costoso.

Algunos autores reprochan a Pirro que era un general brillante sólo a rachas, pero como estratega o incluso como táctico dejaba que desear. Alegan, por ejemplo, que en Ásculo perdió un día entero en un campo de batalla desfavorable.

En mi opinión, podemos darle la vuelta a ese mismo argumento: al día siguiente, Pirro consiguió convertir el terreno desfavorable en propicio gracias al acertado empleo de unidades especializadas para cada misión concreta. Como siempre, juzgamos la historia a toro pasado, con la ventaja que nos da saber quién acabó venciendo en cada guerra.

INTERMEDIO EN SICILIA Y DESENLACE EN ITALIA

Pirro se sentía frustrado por aquella campaña que estaba desgastando sus recursos, mientras que los de aquel obstinado enemigo parecían inagotables. ¿Cómo podría largarse de Italia de forma honrosa, sin que pareciera que huía con el rabo entre las piernas?

La oportunidad le llegó en forma de dos ofertas de trabajo. (No olvidemos

que en realidad era un mercenario, un auténtico condotiero adelantado al Renacimiento). Una venía de Grecia continental, agobiada por la amenaza de tribus celtas. La otra de Sicilia, donde las ciudades griegas estaban sufriendo graves reveses en su guerra secular contra los cartagineses.

Pirro se decidió por Sicilia. Allí obtuvo algunos éxitos, entre ellos tomar al asalto la fortaleza de Érix. Él mismo trepó por una escala y se plantó en el adarve el primero, pese a que ya era cuarentón. Siguiendo la tradición de Alejandro y otros caudillos macedónicos —muy parecida a la de los romanos—, Pirro daba ejemplo como jefe luchando en primera fila y destacando entre los demás por su habilidad con las armas y su valor.

Pese a todo, tampoco consiguió expulsar a los cartagineses, que se aferraban como lapas al extremo occidental de la isla. También luchó contra los mamertinos. Estos individuos eran mercenarios procedentes de Campania que se decían hijos de Marte (*Mamers* para ellos) y que habían sido contratados por Agatocles de Siracusa años atrás. Ahora, sin jefe ni pagador, los mamertinos se habían convertido en bandidos organizados que extorsionaban a las ciudades de la zona oriental de Sicilia. Pirro los derrotó en varias batallas y los confinó poco a poco al extremo nordeste de la isla.

Mientras tanto, sus antiguos aliados en Italia se llevaban una paliza tras otra, como muestran los *fasti triumphales*, las listas de triunfadores: en ellos se registran victorias de Roma sobre lucanos, brutios y samnitas. Ésta es otra demostración de que la presencia de Pirro marcaba diferencias.

Pero la popularidad de Pirro en Sicilia no duró mucho. Al igual que antes que él había hecho Agatocles, planeó invadir África para llevar la guerra al territorio de los cartagineses y obligarlos a negociar. Cuando intentó reclutar remeros para la flota, se encontró con que la población griega se resistía al alistamiento con uñas y dientes. De nuevo era un problema que los romanos, con su moral guerrera, no solían tener; al menos, hasta tal punto.

Frustrado por segunda vez, Pirro aprovechó una nueva llamada de sus aliados italianos para retirarse de Sicilia salvando el honor. Es cierto que podríamos llamarlo un picaflor de la guerra, pero tenía sus razones. Si los griegos, los más interesados en expulsar a los púnicos de la isla, no colaboraban, ¿qué podía hacer él?

Al abandonar la isla, se cuenta que exclamó: «¡Qué buen campo de batalla dejo aquí para cartagineses y romanos!». ¿Realmente pensaba eso, relegándose a sí

mismo a un papel secundario? Quizá a esas alturas de su vida ya empezaba a sospechar que jamás iba a cumplir su sueño de convertirse en el nuevo Alejandro.

Su cruce de Sicilia a Italia tampoco se libró de sobresaltos. Una flota cartaginesa lo atacó, haciéndole perder setenta barcos, y una vez en tierra una hueste de mil mamertinos se dedicó a hostigarlo por el camino. Pero los derrotó y logró llegar de nuevo a Tarento.

Habían pasado cinco años desde que arribó a Italia por primera vez. Pirro disponía más o menos de tantas tropas como antes de la batalla de Heraclea, pero su calidad era muy inferior: había perdido a la mayoría de los soldados que trajera consigo del Epiro, y los había sustituido en buena parte por mercenarios italianos tan poco de fiar como los mamertinos. Como ya comenté antes, la desventaja de un ejército profesional contra otro de milicias ciudadanas era que resultaba más difícil reemplazar las bajas.

En el año 275, Pirro se volvió a enfrentar a Roma. Como dice el refrán, «a la tercera fue la vencida». Los romanos enviaron a su cónsul Servilio Merenda con un ejército a Lucania, y a su colega Curio Dentato con otro a la región del Samnio. El rey del Epiro dividió sus fuerzas y envió la mitad a Lucania para luchar contra Merenda, mientras que él se encargó en persona de Dentato.

Los romanos habían acampado cerca de la ciudad de Malventum, en un valle de los Apeninos situado entre el Samnio y Campania. Pirro tenía unos veinte mil soldados de infantería, tres mil jinetes y veinte elefantes. Por su parte, Curio Dentato disponía del típico ejército consular formado por dos legiones romanas y dos de aliados: unos diecisiete mil infantes más mil doscientos soldados de caballería.

La intención de Pirro era evitar que ambos cónsules pudieran unir fuerzas, por lo que decidió atacar cuanto antes. Tras divisar una posición ventajosa, ordenó a sus tropas una marcha nocturna para ocuparla antes de que se adelantara el enemigo.

En la Antigüedad, las maniobras nocturnas resultaban problemáticas. En una época en que las comunicaciones eran tan primitivas, la falta de visibilidad solía provocar el caos. En el año 479, los griegos aliados contra los persas en Platea estuvieron a punto de sufrir un grave revés por una marcha similar a la que había ordenado Pirro. En 413, cuando los atenienses intentaron asaltar de noche las murallas de Siracusa, acabaron masacrados por el enemigo.

(Como maniobra nocturna exitosa hay que citar la de las Termópilas, en 480.

Allí, los persas lograron rodear la posición espartana al amparo de la noche, y por un paraje agreste y desconocido. Lo que en muchos libros aparece como traición fue en realidad una maniobra muy brillante).

En el caso de Malventum, las tropas de Pirro se extraviaron en la oscuridad. Para colmo, el terreno, en las laderas de un monte, era muy boscoso.

Al amanecer, su ejército estaba disperso. Al bajar desde las colinas, la vanguardia asomó por delante de la línea de árboles, mientras el resto seguía avanzando por la espesura. Cuando vieron a los adelantados, los romanos se lanzaron al ataque y lograron derrotarlos, e incluso capturaron a algunos elefantes que no se retiraron a tiempo.

Tras esta primera escaramuza, el cónsul sacó sus tropas a campo abierto y se libró una batalla en toda regla. En una de las alas, los romanos vencieron a los soldados de Pirro, pero en la otra sucedió lo contrario.

Sin embargo, el éxito momentáneo no tardó en convertirse en descalabro. Cuando las tropas del Epiro persiguieron a los legionarios que se retiraban, se acercaron demasiado al campamento romano. Al pie de la empalizada y también en lo alto había miles de soldados que, al ver a los enemigos a tiro, empezaron a disparar.

Los elefantes, erizados de flechas y dardos como alfileteros gigantes, se dieron la vuelta para huir entre barritos de terror. Al hacerlo, sembraron el caos entre sus propias tropas. Los romanos, que no habían desordenado demasiado sus filas al recular hacia el campamento, comprendieron que era su oportunidad y volvieron a cargar.

Esta vez la derrota de Pirro fue total. El rey se dejó en el campo de batalla más de la mitad de sus efectivos. Las pérdidas del ejército consular también fueron muy grandes, pero ya sabemos que se las podían permitir.

Después de aquella victoria, los romanos cambiaron el nombre de la ciudad, que desde entonces se llamó Beneventum o «Buen suceso». (Hay ciertos problemas de falsa etimología en los que no entraré). El botín que cobraron los vencedores fue sustancioso: gracias a él, el cónsul Curio Dentato, nombrado censor tres años después, pudo emprender la construcción del segundo acueducto de Roma, el *aqua Anio Vetus*.

DESENLACE Y CONSECUENCIAS

Pirro regresó a Tarento con ocho mil soldados de infantería y quinientos jinetes. Después de la derrota ni siquiera le quedaba dinero para pagar a tan pocos. Decidió que era el momento de abandonar Italia, y esta vez resultó la definitiva.

Tras aquella larga aventura, viajó a Macedonia. Allí derrotó a Antígono Gonatas y le arrebató el trono, con lo que se convirtió en rey macedonio por segunda vez. De posaderas inquietas, como siempre, Pirro no se conformó con esto y se dirigió al sur de Grecia, donde se involucró en la política espartana sin demasiado éxito.

En el año 272 nuestro hombre estaba luchando no muy lejos de Esparta, en la ciudad de Argos. Por aquel entonces, Antígono Gonatas había reconquistado el trono de Macedonia —o más bien lo había reocupado por abandono de Pirro—, y se había trasladado con un ejército al sur de Grecia para luchar contra él. El combate se trabó en las calles de Argos, entre los hombres de Pirro por un lado y los habitantes de la ciudad y los soldados que Antígono había logrado infiltrar por otro.

En medio del tumulto, Pirro se enfrentó en combate singular contra un ciudadano argivo. La madre de éste, al ver a su hijo en peligro, lanzó una teja sobre el rey del Epiro. El golpe le rompió las cervicales, soltó las riendas y cayó al suelo. Allí, un soldado llamado Zopiro le cortó la cabeza.

Cuando se la llevaron a Antígono, éste lloró por aquel héroe caído que ahora era su enemigo, pero que antaño había combatido en el mismo bando de su padre. Después, hizo que limpiaran y adornaran su cadáver —cabeza y cuerpo incluidos— y le dio el entierro que aquel bravo guerrero merecía.

Algunos autores han señalado que Pirro pasó su vida ganando batallas y perdiendo guerras. Tal vez hay que pensar que era más encarnación del espíritu de Aquiles que del de Alejandro, y que para él el combate no era un instrumento para conquistar el poder, sino un fin en sí mismo. En cierto modo, este brillante general mercenario fue siempre un desterrado de sí mismo: su única patria era la guerra.

Un pequeño apéndice a la historia de Pirro. Como ya hemos contado, antes

de viajar a Italia había consultado al oráculo de Delfos, que le contestó: *Aio te Romanos posse vincere*, expresión que el rey interpretó «Digo que tú puedes vencer a los romanos».

¿Le había engañado el oráculo?

No del todo. La respuesta era ambigua, como sabrán quienes conozcan la sintaxis latina. *Te* y *Romanos* están en acusativo, el caso que expresa el complemento directo, pero que también actúa como sujeto cuando hay infinitivos como *posse* o *vincere*. Pirro debió pensar que *te* —«tú»— hacía de sujeto del verbo «poder», y *Romanos* de complemento directo del verbo «vencer», y se frotó las manos.

No consta que reclamara daños y perjuicios ante el oráculo, pero éste podría haberle contestado: «Te equivocas. El sujeto de “poder” era el acusativo *Romanos*, y el complemento directo de “vencer” era el acusativo *te*, por lo que la interpretación correcta habría sido: “Digo que los romanos pueden vencerte”».

El orador Cicerón arguyó que todo esto era imposible, pues la pitonisa de Delfos no hablaba latín. Pero la misma ambigüedad sintáctica del latín se da también en griego, por lo que la anécdota, aunque esté traducida, podría ser verídica. Aunque, hay que decirlo, era una respuesta bastante tramposa del oráculo: en casos de anfibología como éste, lo normal era que el oyente utilizara el orden de palabras —primero sujeto, luego complemento directo— para salir de la duda.

¿Cuáles fueron las consecuencias del triunfo para Roma? Benevento supuso una victoria no sólo militar, sino también propagandística. Habían derrotado a un gran señor de la guerra, el condotiero más famoso de su tiempo.

De pronto, el mundo helenístico se dio cuenta de que había que contar con esta nueva potencia italiana. En 273, Ptolomeo II de Egipto envió una embajada a Roma. En reciprocidad, varios embajadores romanos visitaron Alejandría, ciudad que les impresionó por su lujo y riquezas. El historiador Timeo compuso una monografía sobre la guerra contra Pirro, el poeta Calímaco escribió un poema protagonizado por un romano llamado Cayo y el polifacético Eratóstenes redactó un tratado muy elogioso sobre el sistema de gobierno de Roma.

En el primer enfrentamiento entre la falange y la legión, ésta había sido derrotada dos veces y en la tercera ocasión había ganado a costa de grandes pérdidas. Pero los romanos, a diferencia de Pirro, se las podían permitir. Y, en el

ínterin, aprendieron mucho de sus enemigos y de sí mismos.

En cuanto a Tarento, que había desencadenado la guerra, los romanos la tomaron en 272. Los tarentinos tuvieron que convertirse en aliados forzosos, admitir una guarnición romana dentro de sus murallas y entregar rehenes para garantizar su buena conducta a partir de entonces. A cambio, mantuvieron bastante autonomía... con un gobierno oligárquico, por supuesto.

Por otra parte, la guerra contra los samnitas y los lucanos continuó durante los siguientes años. Fortalecida por su victoria, Roma conquistó una ciudad tras otra y fundó colonias como Pesto, Benevento y Esernia en territorio rival para asegurarse su dominio.

Los romanos tomaron poco después Regio, en la punta de la bota. En realidad, esta ciudad había sido aliada suya durante la guerra contra Pirro. Pero los romanos habían dejado en ella una guarnición formada por mercenarios campanos.

Al igual que sus parientes mamertinos en Sicilia, estos soldados de fortuna decidieron probarla por su cuenta y rebelarse contra quienes les pagaban. Pero en 270 los romanos recuperaron la ciudad. En represalia por su traición, se llevaron a trescientos mercenarios a Roma, los azotaron y los decapitaron con hachas.

Ahora que se habían apoderado de Regio, tenían al alcance de la vista y prácticamente de la mano Mesina, al otro lado del estrecho.

La profecía de Pirro no tardaría en cumplirse. La próxima guerra de los romanos, la más cruenta y decisiva de su historia, empezaría a librarse en Sicilia y se libraría en tres fases a lo largo de más de cien años.

VII

LA PRIMERA GUERRA PÚNICA

CARTAGO

En su momento hablamos de Dido, la princesa fenicia que huyó de Tiro y se valió de la astucia de la piel de vaca cortada en tiras para conseguir el terreno donde se levantó la ciudad de Cartago. Sin embargo, es imposible conciliar las fechas de la Guerra de Troya con las de la fundación de Cartago, que ocurrió, según la tradición, en el año 814. Incluso esta fecha puede ser muy temprana según los arqueólogos. Hasta el momento, en las excavaciones no se han encontrado restos anteriores a la primera mitad del siglo VIII.

Fuera obra de Dido o cualquier otro fundador, el emplazamiento elegido era muy favorable. Eso explica en buena medida la grandeza posterior de la ciudad. El lugar era un promontorio unido al resto del continente por un istmo de casi cinco kilómetros de anchura. Con el tiempo, los cartagineses fortificaron esta lengua de tierra con una triple muralla de quince metros de altura y diez de anchura, provista de torres de vigilancia de cuatro pisos y con establos para trescientos elefantes y cuatro mil caballos en su interior.

Aparte de esta impresionante muralla, Cartago contaba con otras defensas naturales. La península estaba rodeada al norte y al sur por dos extensiones de agua —hoy día el lago de Túnez y el Sebkhá Ariana—. En la parte oeste, en la costa, tenía un entrante natural que cobijaba a los barcos de vientos y tormentas. En esta ensenada se abrían dos puertos: uno para las naves comerciales, de forma rectangular, y otro circular para los barcos de guerra. Este último estaba construido alrededor de una pequeña isla, incluía hangares cubiertos y podía albergar hasta doscientas veinte naves.

En cuanto a los alrededores, Cartago tenía dos ríos cerca, el Bagradas al norte y el Catadas al sur, que, además de irrigar los campos, permitían viajar y comerciar tierra adentro con los naturales de la zona.

La región estaba poblada por bereberes, aunque por aquel entonces no recibían esta denominación. Los más cercanos a Cartago eran conocidos como «libios», mientras que algo más al oeste, en la actual Argelia, vivían los que los

griegos denominaban *Nomades*, término del que proviene nuestro «nómadas», y que los romanos adoptaron en la forma «númeridas». Dichos númeridas eran célebres por los caballos que criaban, animales de poca alzada, pero muy resistentes, y también destacaban como jinetes. En la Segunda Guerra Púnica, la caballería númerida sería una de las armas más utilizadas por Aníbal.

Todos estos pueblos del noroeste de África se organizaban en tribus y clanes, y eran seminómadas o estaban establecidos en pequeños asentamientos que no llegaban a la categoría de ciudades.

Esta estructura social también supuso una ventaja para los cartagineses: las colonias solían instalarse en lugares más atrasadas que la patria de los fundadores, y donde no hubiera otras ciudades importantes, ya que de lo contrario entraban en competencia. Eso explica, por ejemplo, que los griegos no establecieran colonias en Levante, que ya estaba ocupada por ciudades fenicias, ni por supuesto en Egipto.

Durante sus primeros siglos de historia, los cartagineses trataron con los nativos de la zona en igualdad de condiciones, y pagaron a las tribus libias una especie de arrendamiento para que les permitieran cultivar las tierras que rodeaban la ciudad. Pero en 480 se encontraron en una posición de fuerza y dejaron de pagar. A partir de ese momento, fueron conquistando un territorio equivalente en extensión al Túnez actual.

En aquella época, el norte de África era más fértil que ahora. Además, los cartagineses utilizaban métodos de producción muy adelantados, como el regadío o la rotación de cultivos, y convirtieron la agricultura en una ciencia sobre la que escribieron diversos tratados. El más famoso era el de Magón, en veintiocho libros. Tras la destrucción final de Cartago, los romanos, siempre prácticos, se llevaron aquella obra a su ciudad y la tradujeron. Por desgracia, sólo nos han llegado fragmentos, y es lo único que conservamos de la literatura cartaginesa.

Gracias a esa combinación de fertilidad y sabia administración, Cartago pudo no sólo alimentar a su población —que en el siglo III a.C. pasaba de setecientos mil habitantes—, sino incluso exportar excedentes agrícolas. Aparte de cereales en abundancia, producía vino, en particular el de pasas, muy apreciado por los romanos. Aquella tierra tan feraz daba también para mantener una cabaña ganadera más que considerable. Polibio, que visitó la zona en el año 153, comentó que nunca había visto tantos caballos, vacas, cabras y ovejas como en Cartago.

Otra de las claves de la prosperidad de Cartago era su situación estratégica:

prácticamente dominaba el paso del Mediterráneo oriental al occidental. Entre el cabo Bon, al norte de Cartago, y la isla de Sicilia había ciento cuarenta kilómetros, una distancia relativamente corta incluso para las naves de la Antigüedad. (Un amigo marino me comentó que al pasar por el centro en barco, en días claros pueden divisarse al mismo tiempo la orilla africana y la europea).

Es comprensible, por tanto, que Sicilia se convirtiera desde muy pronto en un punto de interés para los cartagineses. Éstos controlaban el extremo oeste de la isla, y así dominaban a la vez los dos extremos de este estrechamiento del Mediterráneo.

Los cartagineses, como fenicios¹⁴ que eran, estuvieron siempre volcados al mar. Aparte de comerciar con las tribus del norte de África, y también de España, enviaban expediciones más allá de las Columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar).

Un marinero llamado Himilcón escribió un relato de su viaje por las costas de la Bretaña francesa. Por la misma época, otro navegante llamado Hanón recorrió la costa occidental de África y fundó colonias en Mogador y Agadir. Se contaba que llegó incluso al golfo de Guinea, donde encontró una tribu de mujeres velludas a las que llamó «gorilas», de donde se sacó el nombre para este animal.

Aunque Cartago empezó dependiendo de Tiro, no tardó en separarse de ella. No obstante, siempre reconoció los lazos con su ciudad madre enviando tributos voluntarios para el templo de Melkart.

Políticamente, la monarquía de los primeros tiempos se convirtió en una oligarquía que Aristóteles alababa por considerarla un régimen moderado. La clase dominante estaba formada por un número reducido de familias que copaban los diversos órganos de gobierno; una situación parecida a la de Roma.

Uno de dichos órganos era una especie de senado llamado *adirim* que constaba de entre doscientos y trescientos miembros. Sus reuniones se celebraban en la plaza principal y a veces en el templo de Eshmún (al que los romanos identificaban con Esculapio).

Los más altos magistrados de Cartago eran los sufetes. Aunque los detalles no están claros, parece que había dos, como los cónsules en Roma. A diferencia de éstos, los sufetes no tenían mando militar. Para la guerra, los cartagineses elegían generales, en su idioma *rab mahanet*, que no servían por un periodo de tiempo

determinado, sino para campañas y operaciones concretas.

En cuanto a la religión, eran politeístas, y adoraban a dioses que los griegos y romanos podían reconocer y asimilar a los suyos propios. Había una pareja suprema, formada por Baal —al que los romanos identificaban con Júpiter— y Tanit. Entre otras divinidades, destacaba Astarté, derivada de la Ishtar de Mesopotamia, que para los romanos era Venus, la diosa del amor.

Tal como cuenta la Biblia, los fenicios de Tiro ya tenían la costumbre de inmolar bebés en los altares de sus dioses. Ese rito lo heredaron los cartagineses. El sacrificio se llevaba a cabo ante los altares de Baal y Tanit. Según el vivo retrato del historiador Diodoro de Sicilia, los sacerdotes ponían a los niños en los brazos de una estatua de bronce, y desde ahí los pequeños resbalaban a las llamas de un gran fuego en el que ardían vivos. Plutarco añade que los padres ricos que no querían sacrificar a sus hijos compraban a los bebés de otras familias para que murieran en su lugar.

Una de las ocasiones en que se llevó a cabo este espantoso ritual fue en 310, cuando la ciudad se vio amenazada por la invasión del siracusano Agatocles. En aquel momento, los cartagineses decidieron recurrir al sacrificio supremo y quemaron a quinientos niños de familias nobles.

Eso es lo que cuentan los autores antiguos. ¿De veras un pueblo tan refinado en otros aspectos inmolaba a sus propios hijos? Muchos historiadores creen que se trata de una calumnia propalada por sus enemigos griegos y romanos. Los cartagineses perdieron la guerra y, como no nos han llegado sus textos, ignoramos su versión de los hechos y sabemos sobre ellos principalmente lo que nos cuentan sus vencedores.

Existe un cementerio en Cartago, el Tofet, en el que se han encontrado los restos de decenas de miles de niños de menos de un año. Los expertos siguen debatiendo si estos bebés morían por causas naturales y luego los incineraban, o si los sacrificaban directamente en las llamas. Personalmente, me inclino más por la hipótesis del sacrificio. Pero hay que añadir que el infanticidio era un método de control de natalidad muy extendido en el mundo antiguo. Lo que diferenciaba a los cartagineses de griegos y romanos era que convertían esa práctica en un ritual.

EL EJÉRCITO CARTAGINÉS

Aunque la población total de Cartago pasaba de setecientos mil habitantes, los ciudadanos de pleno derecho eran relativamente pocos. Además, desde muy pronto dejaron de tomar las armas en defensa de su ciudad y confiaron en tropas extranjeras para ese menester.

Se trataba de una práctica habitual en muchas ciudades de la Antigüedad, y estaba directamente relacionada con su prosperidad y con cierta decadencia moral. Así ocurrió en el siglo IV con Atenas, que confió cada vez más en mercenarios y menos en sus propios ciudadanos, para desesperación del orador Demóstenes..., que no destacó precisamente como guerrero. También sucedió en la opulenta Tarento, que recurrió a Pirro para que le sacara las castañas del fuego. Con el tiempo, la propia Roma sufriría una evolución parecida, aunque con matices diferentes.

Volviendo a los cartagineses, los más acomodados sólo empuñaban las armas si la ciudad sufría una amenaza excepcional y directa, tal como ocurrió cuando el cónsul Régulo invadió África, en la guerra que libró Amílcar Barca contra los mercenarios o en vísperas de la batalla de Zama. Cuando combatían, lo hacían a la manera griega, formando una falange apretada, con escudos y lanzas. Aunque se tratase de la *crème de la crème* de la sociedad, debido a su falta de adiestramiento no puede decirse que fueran una fuerza de élite, y como mucho sumaban diez mil hombres.

En realidad, los cartagineses no poseían un ejército permanente, sino tropas temporales que reclutaban y pagaban para misiones completas. El ejército del que más sabemos es el que luchó en la Segunda Guerra Púnica a las órdenes de Aníbal, y es el que describo a continuación.

El núcleo de la infantería pesada lo constituían los soldados libios y libofenicios. (Estos últimos eran habitantes de las colonias fenicias del norte de África, aliados de Cartago; el nombre parece indicar que eran de ascendencia mixta). Su armamento era parecido al de los hoplitas griegos: escudo redondo, coraza rígida de varias capas de lino, yelmo y lanza. Combatían en formación cerrada y con gran disciplina, como demostraron en varias batallas en Italia.

Las tropas de infantería ligera estaban armadas con escudos pequeños y

jabalinas, y las suministraban tanto los libios como los númidas, que vivían más al oeste.

Pero los númidas destacaban sobre todo como jinetes. Montaban a pelo y sin bridas, manejando a sus monturas con las rodillas, ya que tenían las manos ocupadas con el escudo y con las jabalinas. Obviamente, era una caballería ligera que no buscaba el choque. Pero su rapidez, su valor y su puntería la hacían muy valiosa para perseguir al enemigo, acosarlo o atraerlo a encerronas.

Con el tiempo, Cartago amplió sus dominios y contrató mercenarios en otros lugares. De España provenían los afamados honderos baleares. Se decía que aprendían a manejar la honda desde niños, por la cuenta que les traía: sus madres les ponían los trozos de pan encima de un palo, y sólo podían comerse aquellos que lograban tirar al suelo con sus proyectiles. Cada soldado llevaba tres hondas, una en la cabeza a modo de diadema, otra enrollada en la cintura y otra más en la mano.

Los hispanos también suministraban infantería ligera y pesada. Como arma ofensiva llevaban una lanza con la punta dentada y forjada toda ella en hierro, y también una jabalina parecida al *pilum* romano. Pero, sobre todo, eran famosos por sus espadas. Las había de dos tipos. Uno, el llamado *gladius hispaniensis*, el modelo que adoptaron las legiones, de hoja recta, doble filo y unos sesenta centímetros de longitud. El otro era la *falcata*, más corta, con la hoja curvada y un solo filo. El *gladius* resultaba más apropiado para asestar estocadas y la *falcata* para dar tajos, aunque ambas eran bastante versátiles.

En la Segunda Guerra Púnica también combatieron tropas galas. Sus guerreros de a pie peleaban desnudos, o cubiertos tan sólo con unos pantalones, ya que el manto de lana que constituía su vestimenta habitual debía de resultarles muy agobiante en verano. Se protegían con grandes escudos ovalados y llevaban lanzas de dos metros y medio. También blandían grandes espadas de doble filo y casi un metro de hoja.

La información de Polibio de que estas hojas se doblaban es errónea. Los herreros galos eran tan hábiles que poseían una reputación casi de magos. De hecho, fueron los galos —los celtas en general— quienes empezaron a fabricar cotas de malla en Europa hacia el siglo IV a.C.

Esas cotas de malla las llevaban sobre todo sus jinetes, guerreros escogidos de entre la nobleza que también sirvieron en la Segunda Guerra Púnica como caballería pesada. Siglos después, Estrabón comentó que los galos eran muy

belicosos, pero mejores guerreando a caballo que a pie.

Como vemos, el ejército cartaginés era una complicada amalgama. Resumiendo, contaba con:

Infantería pesada formada por libios, libofenicios, hispanos (iberos sobre todo) y galos.

Infantería ligera constituida por libios, númidas e hispanos.

Caballería pesada de galos y también de hispanos. Hay que añadir que estos jinetes desmontaban a menudo y combatían a pie, del mismo modo que hacían los romanos.

Caballería ligera formada por númidas.

¿Cómo se entendían todos en esta torre de Babel? Sabemos que los generales eran cartagineses, pero ¿en qué idioma se dirigían a sus tropas? Según Polibio, uno de los problemas que provocó la revuelta de los mercenarios entre la Primera y la Segunda Guerra Púnica fue que no se entendían entre ellos.

Existen varias posibilidades. Una es que los generales conocieran varios idiomas. Así ocurría, seguramente, en el caso de Aníbal, que aparte del fenicio dominaba el griego y había pasado tantos años en España que conocía rudimentos de las lenguas que allí se hablaban. Los generales darían instrucciones a los oficiales de cada unidad, y éstos las repetirían a los soldados.

Pero la opción que personalmente me resulta más verosímil es que existiera algún tipo de *lingua franca* en que se comunicaran todos. Al fin y al cabo, los soldados no tenían por qué dominar el idioma a fondo; bastaba con que conocieran los fundamentos para comunicar instrucciones, peticiones e incluso emociones básicas e imprescindibles.

Una posibilidad para esta *lingua franca* sería el griego, que estaba muy extendido por el Mediterráneo. Asimismo, aunque no he mencionado a los griegos, en los ejércitos cartagineses siempre había unos cuantos, pues no faltaban en ningún lugar como mercenarios.

EL ESTALLIDO DE LA PRIMERA GUERRA PÚNICA

Ya quedó contado que, cuando Pirro salió de Sicilia, comentó: «¡Qué buen campo de batalla dejó aquí para cartagineses y romanos!».

Como en otras ocasiones, debemos encontrarnos ante una profecía a posteriori. En aquel momento, en el año 276, nadie podía prever que las dos ciudades se iban a enfrentar en tres largos conflictos que se extenderían más de un siglo y costarían cientos de miles de vidas. Por entonces, las relaciones entre Roma y Cartago no sólo eran buenas, sino incluso amistosas. El primer tratado entre Roma y Cartago se había firmado en el año 509, justo cuando se fundó la República, y desde entonces se pactaron otros tres acuerdos más, incluido uno en 277 contra el propio Pirro.

Pero todo empezó a torcerse por culpa de los mamertinos, o «hijos de Mamers», aquellos mercenarios de Campania que sirvieron a Agatocles, rey de Siracusa. Cuando éste murió, los mamertinos, en lugar de regresar a Italia, se apoderaron de la ciudad de Mesina, situada en el estrecho que separa Italia de Sicilia, un punto estratégico. En realidad, entraron en ella pacíficamente, pero una vez dentro mataron a unos ciudadanos y expulsaron a otros, y se apoderaron de sus esposas y sus propiedades.

Acostumbrados a la guerra más que al trabajo, los mamertinos no se reconvirtieron precisamente en honrados campesinos ni artesanos. Al contrario, se dedicaban a hacer correrías desde Mesina, saqueaban todo el noroeste de Sicilia y capturaban rehenes por los que pedían rescate.

En suma, Mesina se había convertido en una auténtica ciudad pirata. Pirro luchó contra ellos y los derrotó varias veces, pero no logró expulsarlos de su enclave.

Sin embargo, en 265, el rey Hierón de Siracusa había conseguido acorralarlos en Mesina. Los siracusanos poseían máquinas de asedio muy sofisticadas, así que las murallas corrían serio peligro. Desesperados, los mamertinos pidieron ayuda a los cartagineses, enemigos ancestrales de los siracusanos. Pero, por no poner todos los huevos en la misma cesta, también enviaron una petición de auxilio a los romanos.

Cartago despachó una guarnición que se instaló en la ciudadela de Mesina. Hierón decidió retirarse, pues en ese momento no deseaba enfrentarse con la poderosa ciudad fenicia.

Pero los romanos también decidieron intervenir. Era la primera vez que se planteaban guerrear fuera de Italia. Ya que habían llegado hasta la puntera de la

bota apoderándose de la ciudad de Regio, ¿por qué no dar un pequeño salto y cruzar a Sicilia? Ésa fue la moción que se debatió en el senado, y al final prevalecieron los partidarios de actuar.

La cuestión era moralmente complicada. La verdad es que los mamertinos eran unos indeseables, una especie de estado terrorista de la época. Poco antes, los romanos habían contratado a otros mercenarios campanos para que sirvieran como guarnición precisamente en Regio. Los mercenarios les salieron rana, y la venganza de Roma fue ejemplar: trescientos de ellos fueron conducidos a la ciudad y decapitados, no sin antes ser flagelados.

Ahora, el comportamiento de los mamertinos era el mismo que el de los mercenarios de Regio. Eso significaba que, si Roma los ayudaba, iba a practicar una doble moral.

Y lo hizo. Aunque Bismarck no hubiera acuñado todavía el término *Realpolitik*, ya se aplicaba: los intereses de Estado debían prevalecer sobre la ética.

Si Cartago, que ya poseía Córcega y Cerdeña y buena parte de Sicilia, se adueñaba también de Mesina, tendría muy fácil plantarse en el sur de Italia. Ése era el huerto personal de los romanos, que habían tenido que luchar infinitas guerras para conquistarlo, incluidas tres sangrientas batallas contra el gran Pirro. De modo que no estaban dispuestos a consentirlo.

Por fin, el senado decidió enviar al cónsul Apio Claudio —nieto de Apio Claudio el Ciego— con dos legiones para ayudar a los mamertinos. Éstos, cuando supieron que Roma iba a ayudarlos, expulsaron a la guarnición cartaginesa para dejar sitio a sus nuevos aliados.

La ayuda no habría sido necesaria, ya que Hierón había levantado el asedio. Pero lo ocurrido sentó muy mal en Cartago. El comandante de la guarnición expulsada fue crucificado por negligencia y cobardía, y la ciudad empezó a movilizar tropas en África.

Por otra parte, Cartago selló una insólita alianza con Siracusa, que durante siglos había sido su enemiga encarnizada. Según los términos de ese nuevo tratado, las tropas de Hierón volvieron a sitiar Mesina por tierra mientras los barcos cartagineses vigilaban el estrecho para evitar que el ejército romano lo cruzara.

(Un rápido comentario sobre los nombres en Cartago: el comandante crucificado y el general del ejército que acudió junto con los siracusanos se llamaban igual, Hanón. En las inscripciones funerarias cartaginesas se han encontrado hasta seiscientos nombres distintos, pero hay doce de ellos que se

repiten hasta la saciedad: Hanón, Giscón, Magón, Aníbal, Amílcar, Himilcón, Asdrúbal y cinco más. Eso no ayuda precisamente a clarificar el relato de las guerras púnicas. A veces los mismos historiadores no tienen claro quién era quién).

El cónsul Apio Claudio, que se hallaba al otro lado del estrecho con sus tropas, intentó negociar con los sitiadores. Como resultó en vano, al final decidió actuar. Al amparo de la oscuridad, logró cruzar el estrecho y llevar sus dos legiones a Mesina.

En cuanto estuvo en Sicilia, Apio Claudio hizo una salida desde las murallas contra el campamento de Hierón. Primero sufrió un pequeño revés ante la afamada caballería siracusana. Él mismo no debía haber traído demasiados caballos, pues siempre era complicado transportarlos por mar. Pero a continuación sus legionarios cargaron contra la infantería enemiga y la aplastaron.

Hierón se retiró tras esta derrota. Después, al ver que los romanos le perseguían y devastaban las inmediaciones de Siracusa, decidió que eran demasiado poderosos para él, y que más le convenía firmar un tratado con ellos y olvidarse de su extraña alianza con Cartago. De modo que les devolvió sus prisioneros, les pagó cien talentos de plata y les ofreció suministros para sus operaciones en Sicilia.

Desde entonces, Hierón fue fiel a su tratado con Roma. Esa lealtad no era algo demasiado habitual, pero a él no le debió de venir mal, porque gobernó sin grandes problemas casi cincuenta años más.

Así pues, corría el 263 cuando los romanos plantaron sus sandalias claveteadas en Sicilia, se convirtieron en aliados de Siracusa y rompieron su ancestral amistad con Cartago. Todo por auxiliar a una banda de maleantes. ¿Cuáles eran sus verdaderos motivos?

Las interpretaciones difieren mucho según las modas de cada época, el sesgo ideológico de cada autor o, simplemente, su mayor o menor simpatía por los romanos.

Como señala el experto Adrian Goldsworthy, los historiadores del siglo XIX y la primera mitad del XX tendían a disculpar a Roma, asegurando que sus conquistas se produjeron como consecuencia de una larga serie de guerras defensivas. Se trataba de evitar que los enemigos pudieran amenazar su propio suelo y de impedir otra humillación como la del saqueo galo. Por eso, los romanos

procuraban ampliar cada vez más la distancia entre ellos y la frontera que los separaba de potenciales adversarios. Es como decir: «Ellos no querían, pero...».

De paso, al actuar así, hacían un favor a los pueblos a los que absorbían, pues los civilizaban con su superior cultura. Lo mismo que hacían los europeos con los africanos, venían a decir estos autores.

Pero después de la Segunda Guerra Mundial surgió el antiimperialismo. No sólo apareció en las colonias que se independizaron de las potencias europeas, sino también entre los intelectuales de Occidente, que se sentían culpables por el pasado inmediato. Este nuevo punto de vista provocó que los romanos empezaran a ser criticados como un pueblo agresivo, invasor, que codiciaba y expoliaba las riquezas de otros pueblos y que además les imponía una cultura que no era tan superior como ellos mismos creían.

Hoy podemos encontrar defensores de ambas posturas, prorromanos y antirromanos. Entre los «anti», hace poco que se publicó una obra titulada *Roma y los bárbaros*, de Terry Jones y Alan Ereira. Terry Jones es más conocido por pertenecer a Monty Python, por haber dirigido películas como *La vida de Brian* y porque en el programa televisivo *Monty Python's Flying Circus* aparecía tocando el piano desnudo. No parece la mejor carta de presentación para un historiador, pero es un libro muy interesante, aunque no tan divertido como el inolvidable *Flying Circus*. Si bien aquellos que se consideren prorromanos seguramente se indignarán al leerlo.

En realidad, no se trata de ser «pro» o «anti». Los pueblos de la Antigüedad tendían a comportarse de forma similar. Todos guerreaban entre sí, saqueaban los territorios ajenos si les venía a mano y firmaban pactos cuando les convenía. Al fin y al cabo, se trataba de la sempiterna lucha que se produce en la naturaleza por unos recursos limitados, sólo que con armas y rituales muy sofisticados. Lo que diferenció a los romanos de otros pueblos fue el exagerado éxito que alcanzaron a la hora de optimizar sus recursos y apoderarse de los ajenos.

PRIMERA FASE DE LA GUERRA: 264-257

Mientras romanos y siracusanos empezaban guerreando y terminaban convirtiéndose en aliados, los cartagineses llevaban a cabo sus propios preparativos. Reclutaron un ejército de mercenarios ligures, galos y sobre todo iberos, y lo enviaron a Sicilia. (Los ligures vivían en el noroeste de la actual Italia, en la zona que rodea Génova). Su idea era combatir en campo abierto tomando como base de operaciones las plazas fuertes que poseían en el oeste y en la costa sur de la isla, como Lilibeo o Agrigento.

Los romanos, al enterarse de que los cartagineses estaban reforzando su presencia en la isla, hicieron lo propio. Para ello mandaron a Sicilia a sus dos cónsules, Postumio y Manilio, con sendos ejércitos, unos cuarenta mil hombres en total. Esta fuerza conjunta asedió la ciudad de Agrigento, situada en la costa sur de la isla, que era una de las bases de operaciones citadas.

Al principio el cerco no fue demasiado serio, y el ejército romano se dispersó, porque los soldados tuvieron que ir a los campos de los alrededores para cosechar el grano ya maduro. Los ejércitos antiguos procuraban llevar consigo provisiones. Pero nunca eran suficientes, de modo que tenían que subsistir alimentándose sobre el terreno.

El general que mandaba la guarnición de Agrigento, llamado Aníbal —por supuesto, no es *el* Aníbal que conocemos—, aprovechó ese momento para atacar el campamento romano. Los soldados que lo guardaban sufrieron graves pérdidas, pero consiguieron rechazar al enemigo.

A partir de ese momento, los cónsules se tomaron más en serio el asedio de la ciudad y la rodearon con zanjas y pequeños fuertes, intentando rendirla por hambre. Así transcurrieron unos cuantos meses.

Al ver que se iba quedando sin provisiones, Aníbal pidió ayuda a Cartago. El ejército de refuerzo se concentró en Heraclea Minoa, a treinta kilómetros al oeste de Agrigento, en la zona controlada por los cartagineses. Su general, Hanón, traía más de cincuenta mil hombres y casi sesenta elefantes. Con ellos avanzó hacia Agrigento, en cuyas cercanías montó un campamento fortificado.

Pasaron otros dos meses. Hanón no parecía dispuesto a entrar en batalla, aunque los cónsules le provocaban constantemente a ello.

Esto puede extrañar al lector actual, pero en la Antigüedad solía cumplirse el dicho de «dos no pelean si uno no quiere». El procedimiento habitual era que el ejército que ofrecía la batalla se desplegara en campo abierto. Si su enemigo aceptaba combatir, preparaba sus propias tropas. A partir del momento en que uno

de los dos avanzaba contra el otro, empezaba la batalla.

¿No podía un general ordenar un ataque contra un rival que se negaba a luchar? Por poder, sí podía, pero no era recomendable: cada ejército solía estar acampado en una posición fácil de defender, como una colina, o detrás de un río, o directamente en una ciudad amurallada. Lanzarse contra esa posición suponía empezar la batalla en desventaja, algo que los generales trataban de evitar.

Por supuesto, existían excepciones a esta regla, como el ataque al campamento romano del que hablamos unos párrafos antes. Pero en este caso Aníbal actuó así porque vio que las tropas enemigas estaban dispersas y creyó que eso compensaba de sobra la desventaja posicional.

En cualquier caso, a principios del año 261 tanto los cercados en Agrigento como sus sitiadores ya estaban pasando hambre. Aníbal no dejaba de mandar señales con antorchas para informar de que la situación dentro de la ciudad era desesperada, de modo que Hanón decidió por fin aceptar la batalla.

Después del choque inicial, los legionarios consiguieron romper la primera fila de mercenarios, que al volver la espalda para huir desordenaron su propia formación y sembraron el pánico entre los elefantes. Entonces empezó la carnicería, aunque parte de los hombres de Hanón lograron huir a Heraclea.

Lo único positivo para los cartagineses fue que, durante la noche, Aníbal y los sitiados en Agrigento lograron huir al amparo de la oscuridad aprovechando que los romanos, agotados tras la batalla, habían descuidado las guardias. Para atravesar los fosos que rodeaban la ciudad, los rellenaron de paja apisonada en algunos puntos y pasaron por encima.

Así pues, los romanos vencieron en la primera batalla campal de esta guerra y tomaron Agrigento. Como represalia, y de paso como advertencia a otras ciudades, vendieron a todos sus habitantes como esclavos. Hablamos de cerca de cincuenta mil personas, pues era la segunda ciudad más poblada de Sicilia.

Aunque habían bordeado el desastre, y parece que perdieron muchos hombres en el asedio —por hambre, disentería y otras infecciones—, los romanos acababan de obtener un gran éxito conquistando su primera ciudad fuera de Italia. Eso les decidió a ser más audaces: habían empezado pisando la isla para ayudar a los mamertinos, pero ahora decidieron expulsar a los cartagineses de Sicilia.

Sin embargo, la tarea no sería tan fácil como preveían. La guerra se prolongaría veinte años más.

A lo largo de tres siglos, pese a los reveses sufridos a veces en sus guerras

contra los griegos de Sicilia, los cartagineses se habían aferrado como lapas al extremo oeste de la isla. Allí poseían una base inexpugnable, Lilibeo. En el año 276, sus murallas habían resistido el asedio de Pirro. Rendirlo por hambre como habían hecho los romanos con Agrigento era imposible, pues Lilibeo tenía un puerto por el que podía recibir suministros, ya que los cartagineses eran los amos del mar.

Ése era el quid de la cuestión. Los romanos comprendieron que, si querían ganar la guerra, debían adaptarse a la guerra naval. Hasta entonces no les había hecho falta, pues guerreaban en Italia y podían llegar a cualquier lugar por tierra.

Eso no quiere decir que carecieran por completo de flota. Desde el año 311 elegían a dos magistrados, los llamados *duumviri navales*, para construir y reparar barcos cuando las circunstancias lo requerían.

De todos modos, su experiencia en batallas navales era corta y no demasiado satisfactoria: en el año 282, poco antes de la llegada de Pirro, el almirante Lucio Valerio fue derrotado por los habitantes de Tarento, que, para más humillación, se encontraban algo bebidos.

Esta vez, los romanos se tomaron las cosas más en serio. En lugar de confiar en las naves de ciudades aliadas, como habían hecho hasta entonces, decidieron armar su propia flota, empezando por construir cien quinqueremes y veinte trirremes. ¿Qué tipo de barcos eran y cómo combatían?

LA GUERRA NAVAL

Durante el siglo V y buena parte del IV, la nave de guerra que dominó el Mediterráneo fue un tipo de galera denominado trirreme. Medía entre treinta y treinta y cinco metros de longitud o eslora por seis metros de anchura o manga. Derivaba de un viejo modelo llamado pentecontera, que tenía cincuenta remeros, veinticinco por cada lado, sentados en sendas hileras.

El trirreme fue la respuesta a la cuestión de cómo incrementar la propulsión de la pentecontera añadiendo más remeros sin aumentar demasiado el tamaño del barco. La solución fue instalar no una hilera de remos en cada borda, sino tres,

cada una de ellas a una altura diferente. Los remeros viajaban hacinados y tenían que adiestrarse para bogar todos al mismo ritmo y evitar que las palas chocaran entre sí; pero el resultado fue que el trirreme navegaba más rápido que la pentecontera y no tardó en sustituirla como nave básica de las flotas de guerra.

En aquella época existían dos formas de combate. Una consistía en embestir a los barcos enemigos con el espolón, una prolongación de la proa reforzada con chapas de bronce y unida a la quilla, aunque no formaba parte de ella. El espolón, que podía pesar hasta media tonelada, tenía como misión practicar un boquete en el casco de la otra nave, a ser posible en un ángulo bastante abierto para que el agujero fuera lo más alargado posible.

Después del impacto, el barco agresor se apartaba, cando hacia atrás o virando a un lado, y el atacado empezaba a llenarse de agua y se iba a pique. Normalmente, no se hundía del todo, ya que las naves de guerra no llevaban lastre y todas las piezas eran de madera. Pero el trirreme que había sufrido la embestida quedaba fuera de combate. Buena parte de sus tripulantes se ahogaban en la bodega, o bien morían en el agua, alcanzados por las flechas y lanzas que les disparaban desde las bordas de los navíos enemigos.

La otra forma de combatir consistía en lanzarse al abordaje. Las galeras también tenían mástiles y velas, pero los capitanes los dejaban en tierra antes de la batalla y confiaban sólo en los remos: la clásica imagen del pirata de las películas columpiándose de un barco a otro como Tarzán nunca se habría visto en la Antigüedad.

Para el abordaje utilizaban garfios, atados a cuerdas o en el extremo de largos bicheros. Con ellos se enganchaban a la borda del otro barco, saltaban de una nave a otra y combatían sobre la cubierta.

El abordaje era una táctica apropiada para barcos más grandes, que tenían el bordo más alto —siempre es mejor saltar desde arriba— y llevaban más soldados en la cubierta. En cambio, la embestida con el ariete exigía tripulaciones mejor adiestradas y naves más ligeras y nuevas —cuanta más agua empapaba la tablazón, más pesaba el trirreme—. Además, se corría el riesgo de ser abordados por un barco que tuviera más guerreros a bordo.

Los atenienses se convirtieron en maestros del ariete, gracias a que los ingresos que obtenían de su pequeño imperio les permitían pagar un sueldo a los ciudadanos más humildes para que se entrenaran constantemente. Otros pueblos menos marineros, como los romanos, confiaron más en la fuerza bruta y en la

técnica del abordaje.

En la época de las guerras púnicas el trirreme seguía existiendo, pero en las flotas abundaban más los quinquerremes. El nombre puede hacer pensar que, si los trirremes tenían tres niveles de remos con un solo remero en cada banco, el quinquerreme llevaría cinco bancadas de remos y por tanto cinco «pisos» dentro de la bodega.

Esto habría resultado poco práctico por razones de pura ingeniería. La solución que idearon los antiguos era distinta: en la bancada inferior había un remero, en la intermedia dos que manejaban un mismo remo y en la superior otros dos. Dos hombres en un mismo banco todavía pueden remar sentados con comodidad. A partir de tres, los que están más cerca del extremo del remo tienen que levantarse, como se hacía en las galeras de la Edad Media y el Renacimiento, y también en los monstruosos barcos de miles de remeros que construyeron algunos reyes helenísticos.

En resumen, el quinquerreme era un trirreme mejorado, con más remeros y por tanto más empuje. Eso permitía una construcción más sólida y también llevar más peso en la cubierta, lo que se traducía en más soldados e incluso en máquinas de guerra a bordo.

La contrapartida era que los remeros, un 40 por ciento más que en un trirreme, viajaban todavía más hacinados, ya que el espacio no era mucho mayor.

Al estar la bodega tan llena, apenas había sitio en ella para transportar alimentos o bebida. El poco espacio de que disponían lo llenaba sobre todo el agua potable. Es comprensible: imaginemos a más de trescientos hombres remando en pleno verano en un espacio equivalente a tres autobuses puestos en fila. Obviamente, cada uno de ellos perdía varios litros de líquido. Había que reponerlo constantemente para que no se deshidrataran y cayeran de bruces sobre el remo.

En cuanto al olor, es mejor no pensar mucho en él. En 1987 se botó la *Olympias*, un trirreme que navegó durante varios años y que ahora se exhibe en dique seco en el puerto de Atenas. Cuando estaba en pruebas, había que limpiarlo a fondo con agua de mar cada cinco días, porque el hedor resultaba insoportable para los voluntarios que remaban en él.

Tal vez los antiguos fueran más tolerantes a estos olores. Aun así, la bodega de un quinquerreme, más atestada todavía que la de la *Olympias*, debía ser un

infierno sofocante y saturado de CO₂. Por supuesto, no había cuarto de baño. En algunas comedias antiguas se hacen bromas de mal gusto sobre los infortunados que remaban abajo y sobre los que caía... todo lo que tuviera que caer; es mejor no dar más detalles.

El poco espacio limitaba las provisiones, lo que a su vez recortaba el alcance de las naves de guerra. Siempre que era posible, las galeras tocaban tierra cada noche y sus tripulantes las varaban en la playa. Por supuesto, si la flota se encontraba en territorio hostil todo resultaba más complicado.

Esto explica que las batallas navales se libraran a poca distancia del litoral, y que muchos de los hombres que naufragaban se salvaran a nado..., siempre que la orilla estuviese en manos de los suyos y no del enemigo.

En ese sentido, Sicilia era un teatro muy adecuado para operaciones navales, ya que se hallaba al alcance de las flotas romanas que venían desde Italia y de las cartaginesas que lo hacían desde el norte de África; aunque este último viaje era más largo y arriesgado. Cuando una tormenta sorprendía a una flota en alta mar, las bajas humanas se contaban por miles o incluso decenas de miles. Y eso ocurrió varias veces durante esta guerra.

En el año 261, nadie había construido quinquerremes en Italia. Para fabricarlos, los romanos tomaron como modelo un barco cartaginés que habían capturado tres años antes, cuando Apio Claudio y sus dos legiones cruzaron el estrecho de Mesina. Con ese quinquerreme practicaron la denominada «ingeniería inversa», esto es, tomar un producto ya acabado y desmontarlo pieza por pieza para descubrir cómo se ha construido.

En realidad, podrían haber elegido como modelo algún quinquerreme de su nuevo aliado, Siracusa. Pero los romanos debieron de pensar que las naves cartaginesas eran mejores, o tal vez que resultaba más fácil construirlas. Según Plinio el Viejo, pasaron tan sólo dos meses desde que se cortaron los árboles hasta que la nueva flota estuvo terminada; proeza que él califica de *mirum*, «maravillosa».

¿Típica exageración de los antiguos? Tal vez. Pero hay una prueba fascinante que sugiere que tanto romanos como cartagineses podían fabricar naves de guerra en mucho menos tiempo del que se creía hasta hace poco. Dicha evidencia se encuentra precisamente en el bastión inexpugnable de los cartagineses

en Sicilia. Se trata de Lilibeo, la actual Marsala, tan célebre por su vino y las salsas que se preparan con él.

Las galeras no llevaban más lastre que los propios remeros, por lo que no llegaban a sumergirse hasta el fondo del mar. Debido a eso, no se han hallado restos de naufragios, mientras que sí tenemos pecios de barcos mercantes, pues las mercancías y en ocasiones las piedras que llevaban en las bodegas los hundían a plomo.

La evidencia de la que hablamos es la excepción. En 1971, al norte del puerto de Lilibeo, se encontró parte del casco de una nave de guerra. Los restos, que ahora se exhiben en un museo construido ex profeso para tal fin, se han fechado en torno al año 250 a.C., durante la Primera Guerra Púnica. No se trata de un quinquerreme, sino de un barco menor, pero los principios de construcción son básicamente los mismos.

Lo más llamativo de este pecio es que en las cuadernas hay marcas grabadas y letras pintadas, que recuerdan las que hoy día encontramos en los muebles desmontables que se compran en las grandes superficies. Eso indica que las piezas debían construirse en serie no para un solo barco, sino para muchos, y que la fabricación de naves de guerra en Cartago se realizaba a gran escala. (Se sabe que el barco era cartaginés porque las letras son fenicias).

Quizá los romanos decidieron imitar a los púnicos y no a los siracusanos precisamente porque el proceso de fabricación de sus naves era más rápido. Como fuere, no tardaron en tener lista aquella flota. Para equiparla, necesitaban más de treinta y cinco mil hombres, que reclutaron entre sus aliados, y también entre los ciudadanos romanos con un patrimonio inferior a cuatrocientos ases, los proletarios. Mientras los barcos se construían, estas tripulaciones entrenaban sentados en largos bancos y remando... en el aire. La imagen, sin duda, debía de resultar curiosa.

EL CORVUS

Una vez botados los nuevos barcos, el cónsul Cneo Pompeyo tomó el

mando. Sus dotaciones se adiestraron unos cuantos días en el mar, y después zarparon del puerto de Ostia.

Al llegar a Sicilia, Pompeyo sufrió un revés y perdió parte de los barcos, que fueron capturados por Aníbal, el general que mandaba la guarnición de Agrigento. El mismo cónsul cayó prisionero, aunque luego fue liberado a cambio de un rescate. Sus compatriotas le pusieron desde entonces el apodo de Asina, «asno», y además en femenino para mortificarlo más. Al menos, la represalia quedó en eso, y en lugar de crucificarlo como habían hecho los cartagineses con aquel desventurado oficial expulsado de Mesina, volvieron a nombrarlo cónsul unos años después.¹⁵

De momento no se habían librado grandes batallas. Pero los romanos se dieron cuenta de que sus barcos eran más lentos y menos maniobreros que los cartagineses, en parte porque sus tripulaciones carecían de experiencia suficiente. De las dos tácticas de combate naval, debían renunciar prácticamente a embestir al enemigo con los espolones. Eso limitaba sus opciones a una sola: el abordaje.

Aquí demostraron su talento para la ingeniería. Como ya hemos explicado, para abordar una nave se tiraban garfios, se abarloban ambos barcos y los soldados de cubierta saltaban de uno a otro.

Esto acarreaba sus peligros: si un legionario daba el salto demasiado pronto, corría el peligro de quedarse corto y caer al agua, donde el peso de su equipo lo hundía como una plomada. Por otro lado, el abordaje sólo podía realizarse cuando ambos navíos se hallaban prácticamente en paralelo, y la superior destreza de los pilotos y los remeros cartagineses hacía que consiguieran escabullirse cuando los romanos trataban de acercarse.

La solución que pergeñaron fue el *corvus* o «cuervo», una pasarela de más de un metro de ancho y unos diez de longitud, con un parapeto a cada lado que llegaba a la altura de la rodilla. Mientras el quinquerreme navegaba, la pasarela iba levantada casi en vertical, atada mediante una polea a un mástil situado muy cerca de la proa. Cuando el barco conseguía acercarse lo suficiente al navío enemigo, los operarios soltaban la cuerda y el cuervo caía a su posición horizontal. El artefacto estaba diseñado de tal manera que podía dejarse caer a babor o a estribor variando el ángulo, lo que permitía más flexibilidad a la maniobra.

En el extremo de esta pasarela había un gran pincho de metal, el pico del que tomaba su nombre el cuervo. Al caer, se hincaba en las tablas del barco enemigo. Si el cuervo conseguía enganchar ambos barcos cuando tenían los costados

pegados, los soldados saltaban al abordaje por todas partes. Si sólo había contacto por la proa, atravesaban la pasarela a la carrera y en fila de a dos.

La primera ocasión de utilizar este invento se presentó ese mismo año, en Milas, situada en la costa norte de Sicilia. La flota la mandaba ahora Duilio, el otro cónsul, ya que su colega Pompeyo seguía prisionero. En la batalla se enfrentaron ciento treinta naves púnicas contra cien romanas.

La innovación del cuervo pilló por sorpresa a los cartagineses. Cuando intentaban embestir a los romanos proa contra proa, sus adversarios sólo tenían que virar un poco y dejar caer la pasarela. En cuestión de minutos, treinta quinquerremes de la flota de Aníbal quedaron así enganchados y fueron abordados por los legionarios, que gozaban de superioridad numérica sobre las tripulaciones enemigas.

Los cartagineses intentaron cambiar de táctica, embistiendo por los flancos. Incluso así, el cuervo se abatía sobre ellos y se clavaba en su cubierta, gracias a que podía girar prácticamente en círculo. Veinte barcos más cayeron en poder de los romanos hasta que los cartagineses decidieron retirarse.

En su primera gran batalla naval, Roma había obtenido un gran éxito. El cónsul Duilio podía estar satisfecho. Su colega, patricio de la ilustre *gens* Cornelia, había hecho el ridículo. En cambio, él, un *homo novus* u «hombre nuevo» en cuya familia nadie antes había desempeñado una magistratura importante, había triunfado sobre los que hasta entonces se consideraban los amos del Mediterráneo occidental.

Para celebrarlo, Duilio arrancó los espolones de los barcos capturados y los consagró en la tribuna del Foro donde los oradores se dirigían al pueblo, la Rostra.

Durante los años siguientes no se produjeron grandes enfrentamientos. Tras el éxito en la batalla de Milas, los romanos se conformaron con hacer incursiones en las costas de Córcega y Cerdeña. En esta isla lograron bloquear en un puerto una flota cartaginesa mandada de nuevo por Aníbal, que había conseguido escapar tras la derrota anterior. Aníbal volvió a perder bastantes naves, y esta vez no tuvo tanta suerte, pues sus oficiales lo crucificaron por incompetente.

Mientras tanto, en Sicilia, los cartagineses consiguieron una victoria en el año 259 y ganaron algo de terreno en el centro de la isla, pero al año siguiente perdieron lo que habían conquistado. Al ver que la situación se estancaba, los romanos decidieron cambiar el teatro de operaciones. Al igual que había hecho el tirano de Sicilia Agatocles en el año 310, invadirían el norte de África para llevar

la guerra al territorio del enemigo.

LA BATALLA DE ECNOMO Y LA INVASIÓN DE ÁFRICA

Durante ese tiempo, los astilleros de Italia y del norte de África trabajaban sin cesar. Los romanos consiguieron armar una flota de trescientos treinta barcos, casi tantos como los que tenían los aliados griegos en la batalla de Salamina, pero con muchos más remeros y soldados a bordo: viajaban en ellos ciento cuarenta mil hombres en total. Mandaban esta fuerza de invasión los cónsules Lucio Manlio y Marco Atilio Régulo. Este último era cónsul sufecto, lo que significa que lo habían nombrado para sustituir al cónsul elegido, Quinto Cedicio, quien había muerto mientras desempeñaba su cargo.

Al mismo tiempo, de las costas de África partió una armada cartaginesa de trescientas cincuenta naves con una dotación similar a la romana: eran más barcos, pero llevaban menos guerreros a bordo.

Ambas flotas se encontraron junto al cabo Ecnomo, en la costa sur de Sicilia. Los barcos de guerra romanos navegaban en cuatro escuadrones. Los dos primeros, mandados por los cónsules, avanzaban formando una cuña. Tras ésta, dibujando la base del triángulo, viajaba el tercer escuadrón, cuyas galeras remolcaban a los barcos que transportaban a los caballos. Por último, el cuarto escuadrón navegaba en paralelo con el tercero, cerrando el despliegue, que era al mismo tiempo eficaz y muy difícil de romper.

Por el otro bando, la flota cartaginesa se dispuso en línea, con la costa siciliana a babor. Cuando los enemigos se avistaron, los dos escuadrones de vanguardia romanos remararon hacia el enemigo. El almirante púnico Amílcar, que mandaba el centro de la formación, ordenó una retirada fingida. De esta manera, consiguió que, al perseguirlo, los escuadrones de la cuña se apartaran de los demás, que a su vez fueron atacados por las naves situadas en ambos flancos cartagineses.

Al principio la batalla fue favorable para los púnicos, pues los escuadrones que rodeaban a las naves de transporte se vieron en grandes apuros. Pero los quinquerremes mandados por los cónsules consiguieron poner a Amílcar en fuga

—ahora real y no simulada—, y viraron para ayudar a sus compatriotas. Así consiguieron atrapar en una maniobra envolvente al adversario. Tras una cruenta lucha, los romanos hundieron treinta barcos enemigos y capturaron otros sesenta y cinco. A cambio, zozobraron veinticuatro de sus naves.

Por el número de personas implicadas, entre doscientas cincuenta y trescientas mil, el combate del cabo Ecnomo está en la lista de candidatas a la mayor batalla naval de la historia. La victoria romana supuso un éxito resonante para un pueblo que hasta pocos años antes apenas había metido los pies en el agua.

Las puertas de África estaban abiertas. Después de reabastecerse, reparar barcos y reponer fuerzas, la flota romana desembarcó cerca de Aspis, al este de Cartago. Tras tomar la ciudad, saquearon la zona y se apoderaron de mucho ganado y también de miles de esclavos. Una buena parte de ellos fueron liberados, ya que eran prisioneros de guerra romanos o italianos.

Por orden del senado, el cónsul Lucio Manlio regresó a Italia con el grueso de la flota, mientras Régulo se quedaba en África con quince mil hombres y cuarenta barcos de apoyo.

Los cartagineses se dieron cuenta de que su propia ciudad se hallaba en peligro e hicieron venir de Sicilia un ejército de apenas seis mil hombres. Éstos se enfrentaron a Régulo en Adis, a unos sesenta kilómetros de Cartago. Aunque disponían de superioridad en caballería y elefantes, los púnicos se vieron rodeados en una colina, donde los paquidermos no servían para nada, y fueron aplastados. Mientras los supervivientes huían, Régulo saqueó su campamento y prosiguió su camino hacia el corazón del territorio enemigo.

Cuando Cartago empezó a llenarse de refugiados, el pánico cundió en la ciudad. Al mismo tiempo, por toda la región estallaron revueltas entre los libios, aprovechando la presencia de los romanos. El consejo cartaginés envió embajadores para pedir la paz. Régulo se la ofreció con estas condiciones: debían abandonar Sicilia, liberar a todos los prisioneros de guerra al mismo tiempo que pagaban rescate por los suyos e indemnizar a Roma por los costes de la guerra.

A los cartagineses les pareció excesivo, o tal vez aún no se sentían lo bastante desesperados como para aceptar. En ese momento llegaron a la ciudad cien soldados griegos. Eran muy pocos, pero con ellos venía un veterano mercenario llamado Jantipo. Este hombre era de Esparta, y aunque las glorias de su ciudad fuesen cosa del pasado, los espartanos conservaban una gran reputación para la guerra.

Jantipo pasó revista a los efectivos de los que disponía la ciudad. Después dijo a los cartagineses que habían sido derrotados no porque los romanos fuesen superiores, sino porque sus mandos eran unos incompetentes. (En la batalla de Adis había nada menos que tres generales para tan sólo seis mil hombres).

También les explicó que, ya que poseían superioridad clara en caballería y en elefantes, debían combatir contra los romanos en un terreno llano y despejado y no dejarse acorralar de nuevo en una colina. Sus argumentos debieron de convencer a los miembros del *adirim* y a los sufetes, puesto que le otorgaron el mando.

Jantipo logró reunir doce mil soldados de infantería, una cifra que se acercaba más a los quince mil legionarios de Régulo. Además, tenía cuatro mil jinetes contra los quinientos romanos, y nada menos que cien elefantes. Con ellos salió de la ciudad en la primavera de 255.

No se sabe muy bien dónde se libró la batalla. Los anglosajones la suelen denominar «de Túnez», mientras que en español también se conoce como «batalla de Bagrahas» por el río cercano. Jantipo desplegó sobre el terreno una falange formada por ciudadanos: en una emergencia como ésta, incluso los más ricos tenían que tomar las armas. A la derecha plantó a sus mercenarios, y apostó la caballería a ambos lados.

Pero lo principal eran los elefantes, que situó delante, cubriendo toda la línea como torreones en una muralla.

Cuando el cónsul Régulo vio a los paquidermos, para evitar que sembraran el pánico entre sus hombres, hizo los manípulos más profundos: cuantas más filas de profundidad tenía una formación, más difícil resultaba huir a los soldados que estaban dentro de ella. Jantipo ordenó a los mahouts que cargaran con los paquidermos, y los legionarios les salieron al encuentro aporreando los escudos para tratar de espantar a las bestias, cosa que no consiguieron.

En varias ocasiones hemos visto que las batallas antiguas se dividían en varios escenarios, algo normal teniendo en cuenta que el frente podía abarcar un kilómetro y medio o dos, y que con el griterío y el polvo que se levantaba era muy difícil saber lo que ocurría en otros sectores de la refriega. La táctica más habitual de los generales era presionar fuerte allí donde tenían las mejores tropas — normalmente, en el centro o en el ala derecha— para ganar cuanto antes y acudir en auxilio del flanco más débil.

En este caso, los soldados que más éxito obtuvieron fueron los que formaban

en el flanco izquierdo del ejército romano. Curiosamente, eran aliados y no legionarios; sin embargo, consiguieron romper las filas de los mercenarios de Jantipo, teóricamente los más experimentados de entre sus hombres.

A cambio, la caballería cartaginesa barrió a la de Régulo, mientras que los elefantes se abrían paso entre los manípulos situados en el centro de la formación romana aplastando a todos a su paso. Pese a ello, los legionarios resistieron con valor, y tal vez habrían conseguido detener la carga de los paquidermos con un poco más de tiempo.

Pero el tiempo era un lujo del que ya no disponían: la caballería de Jantipo, tras desbaratar a la de Régulo, rodeó a los romanos. Tan sólo los dos mil aliados del flanco izquierdo que habían derrotado a los mercenarios lograron escapar, y se retiraron a Aspis, donde se reunieron con la flota. Quinientos hombres, entre ellos Régulo, cayeron prisioneros de los cartagineses. Los demás fueron masacrados.

Las tornas cambiaban. Del mismo modo que los romanos habían roto los pronósticos al vencer en el mar a los púnicos, éstos acababan de infligir una derrota aplastante en tierra a un ejército consular. La moral romana quedó muy dañada. Durante un tiempo los legionarios no se atrevieron a plantar batalla en campo abierto por temor a los elefantes, y también a la caballería enemiga. (Un guerrero a lomos de un cuadrúpedo siempre impone más).

NAUFRAGIOS Y OTROS REVESES

Aún no habían terminado los sinsabores para la República. El senado envió una flota de trescientos cincuenta barcos para recoger a los soldados que habían quedado en Aspis. No muy lejos de allí, se enfrentaron a doscientas naves cartaginesas y las derrotaron. Después, la armada se dirigió hacia el suroeste de Sicilia, con la intención de impresionar por su puro tamaño a las ciudades costeras y conseguir que se pasaran a su bando.

Los pilotos más experimentados ya habían advertido de que el litoral sur de Sicilia estaba plagado de rocas y acantilados y apenas ofrecía fondeaderos. Además, en esa época del año, el mes de julio, las tormentas eran frecuentes e

imprevisibles.

Los cónsules no hicieron caso, y se empeñaron en acercarse a la costa, donde las tempestades resultan aún más peligrosas que en alta mar por la cercanía de escollos y rompientes. La tormenta estalló e hizo zozobrar unas naves, mientras que a otras las estrelló contra los acantilados, sembrando la costa de cadáveres y maderos astillados. El hecho de que los quinquerremes romanos fueran cargados de proa por el peso de las pasarelas de abordaje contribuyó al desastre.

El resultado fue aterrador. De aquella flota tan sólo quedaron ochenta barcos. Se calcula que en aquella tempestad perecieron noventa mil personas, una cifra que pone los pelos de punta.¹⁶ Cuando habla de este asunto, el historiador Polibio, que suele ser bastante prorromano, no puede evitar criticarlos y decir que esas cosas les ocurrían y les volverían a ocurrir por empeñarse en que podían navegar y viajar por todas partes y en cualquier época del año, como si fueran los amos de la naturaleza.

Gracias precisamente a las fuerzas de la naturaleza y a su éxito en África, los cartagineses parecían llevar las de ganar. Pero fue por poco tiempo. En 254, los romanos construyeron otros doscientos veinte barcos en tan sólo tres meses. Con ellos atacaron la ciudad de Panormo, la actual Palermo, y la tomaron. A catorce mil de sus habitantes les hicieron pagar su propio rescate, y a otros trece mil los vendieron como esclavos: de algún sitio había que sacar el dinero para financiar esa guerra tan costosa.

La caída de Panormo supuso un duro golpe para Cartago, pues era la más rica de las ciudades que poseían en Sicilia. La franja que todavía dominaban en la isla no hacía sino reducirse.

Al año siguiente, en 253, la guerra volvió a pasar a África, donde la flota romana se dedicó a hacer incursiones por la costa y a saquear todo el botín que pudieron.

Después llegaron a la isla de Meninge, situada en el golfo de Gabés. Meninge era conocida en la Antigüedad porque se suponía que allí vivían los lotófagos. Este pueblo se alimentaba tan sólo de frutos de loto que hacían perder la memoria y que debían sumirlos en un estado a medias entre la felicidad y el estupor, como si estuvieran todo el día colocados de marihuana.

Al menos, así lo contaba Homero: en la *Odisea*, Ulises llegó a esta isla con sus compañeros y le costó un trabajo indecible que dejaran de comer loto y volvieran a embarcar en las naves. Hoy Meninge, conocida como Djerba o Yerba

—que suena a chiste después de lo que he dicho—, es visitada por frikis de la saga de *La guerra de las galaxias*, pues en sus desérticos parajes se rodaron muchas de las escenas del planeta Tatooine.

Como no conocían la zona, los romanos embarrancaron en unos bajíos. Cuando descendió la marea quedaron encallados fuera del agua. Al llegar la pleamar, la única forma que tuvieron de despegar las naves del fondo fue arrojar toda la carga. ¡Adiós al botín saqueado! Zarparon casi como si huyeran y viajaron a Sicilia, donde fondearon en Panormo, que ya era suya. Desde allí trataron de volver directamente a Roma, arriesgándose a una travesía por alta mar, y volvió a sorprenderlos otra tormenta que echó a pique más de ciento cincuenta naves.

Esto debió agotar los recursos de los romanos, o tal vez pensaron que insistir en construir otra flota era tentar a los dioses, un pecado de soberbia que los griegos denominaban *hybris*. Por el momento, decidieron conformarse con operaciones terrestres y con flotas más modestas.

Confiados más por los reveses romanos que por sus propios éxitos, los cartagineses resolvieron pasar a la contraofensiva. El general Asdrúbal tomó un ejército en el que había ciento cuarenta elefantes y trató de reconquistar la ciudad de Panormo, que estaba defendida por el cónsul Cecilio Metelo y por dos legiones. Pensaba que, gracias al pánico que habían adquirido los romanos hacia los paquidermos, conseguiría derrotarlos fácilmente.

Precisamente los elefantes fueron su perdición: los legionarios de la primera fila emprendieron la desbandada perseguidos por las grandes bestias, pero se trataba de una trampa. Cuando los elefantes se acercaron a la ciudad, se encontraron con arqueros en las almenas y con una nutrida línea de soldados armados con jabalinas en el foso.

La lluvia de proyectiles hizo que los elefantes se dieran la vuelta. En el mayor desorden posible, cayeron sobre sus propias tropas sembrando el caos y el pánico y aplastando a cientos o a miles de hombres bajo sus patas. Fue algo parecido a lo que le había ocurrido a Pirro en Malventum.

Se trató de una derrota contundente para los cartagineses, que además perdieron sus elefantes. Metelo hizo que los apresaran y los envió a Roma. En cuanto a Asdrúbal, parece que sufrió el destino habitual entre los generales que fracasaban: la cruz.

Existe una tradición relativa a Régulo que no aparece en Polibio, pero sí en otros autores. El excónsul que había invadido África llevaba prisionero cinco años cuando los cartagineses, desmoralizados tras su último fracaso en Panormo, decidieron enviar una legación a Roma para pedir la paz o, al menos, solicitar un intercambio de prisioneros. A Régulo le permitieron acompañar a esta embajada con una condición: debía prometer que, si no lograba convencer a sus compatriotas de que aceptaran el intercambio, regresaría a Cartago.

Cuando Régulo llegó a Roma, se levantó ante los senadores y dijo que no debían aceptar la propuesta ni molestarse en pagar rescate o entregar prisioneros a cambio de alguien como él, que había sido derrotado. El senado rechazó, en efecto, firmar la paz.

Terminada la sesión, los amigos y familiares de Régulo intentaron persuadirlo para que se quedara en la ciudad, pero él se empeñó en que había dado su palabra y volvió a Cartago. Allí, cuando los demás embajadores informaron de que Régulo había boicoteado las conversaciones de paz, los cartagineses lo sometieron a horribles torturas. Según algunos autores, lo encerraron en un ataúd lleno de clavos, y según otros le arrancaron los párpados y, tras encerrarlo en un oscuro calabozo, lo sacaron y lo tendieron bajo los rayos del sol, y por último hicieron que lo pisoteara un elefante.

Todo esto suena muy heroico, y muy revelador de la *virtus* y la *fides* romanas. Pero el hecho de que no aparezca en Polibio, la fuente más fiable, hace que la mayoría de los historiadores piensen que se trata de una fábula inventada por los descendientes de Régulo para embellecer su memoria y tapar con este hermoso relato de heroísmo su fracaso ante las puertas de Cartago.

A los púnicos sólo les quedaban dos ciudades en Sicilia, Drépana y Lilibeo, que centraron el resto de la contienda. En el año 249, los romanos decidieron atacar Lilibeo con dos ejércitos consulares apoyados por una gran flota.

En esta ocasión recurrieron a obras de asedio y a arietes para abrir brechas en las murallas. Era la primera vez que los romanos hacían algo así, y probablemente les ayudaron los consejos y las máquinas de su aliado Hierón. El asedio se prolongaría durante el resto de la guerra, con ofensivas y contraofensivas: tan pronto los romanos derribaban una torre con sus minas como los sitiados excavaban túneles denominados «contraminas» o levantaban nuevas murallas a

pocos pasos de las que estaban siendo derruidas.

Pese al cerco, los cartagineses seguían burlando el bloqueo por mar e introduciendo víveres en la ciudad. Puesto que la situación se estancaba, uno de los cónsules, Publio Claudio Pulcro (en latín *Pulcher*, «el guapo») decidió cambiar de planes y lanzar un ataque sorpresa sobre el otro puerto-fortaleza, Drépana. Para ello, zarpó de noche con ciento veinte barcos y se dirigió a la ciudad.

Por desgracia, la flota se dispersó. Cuando amaneció, la luz del sol iluminó un larguísimo reguero de barcos que no podía llamarse de ningún modo «formación de combate». Además, la nave de Claudio Pulcro se hallaba en la retaguardia, desde donde no podía controlar la situación.

Para colmo, el cónsul incurrió en la ira divina. Antes de cada empresa los cónsules debían interpretar la voluntad de los dioses, tal como era su prerrogativa. En este caso, el augurio consistía en ver cómo comían los pollos sagrados. Los plumíferos en cuestión, tal vez mareados por los balanceos de la cubierta, se negaban a comer, cosa que preocupaba a los sacerdotes. Claudio Pulcro, demostrando el talante soberbio que a menudo se atribuía a los miembros de la *gens* Claudia, hizo que los arrojaran al mar y dijo: «¡Pues si no quieren comer, que beban!».

Como ocurrencia ingeniosa tenía su gracia. Pero quienes presenciaron la escena debieron hacer todo tipo de gestos y ensalmos para alejar la cólera de los dioses.

Se debiera a los pollos o no, el resultado de la batalla fue desastroso. En lugar de dejarse bloquear en el puerto, el general cartaginés Adérbal salió a la mar y presentó batalla a la desordenada flota romana. El ala derecha de su escuadra atacó la retaguardia enemiga, y hundió o capturó más de noventa barcos. En ello influyó que los romanos habían renunciado al *corvus*. La razón fue que el invento que tan buen resultado les dio en las primeras batallas había tenido la culpa de que sus pérdidas en las dos grandes tormentas fueran tan altas.

Entre los que escaparon del desastre se encontraba Claudio Pulcro. De regreso a Roma, lo juzgaron por *perduellio*, un delito de alta traición ya codificado en las Doce Tablas. De haber sido condenado, a Claudio lo habrían arrojado por la Roca Tarpeya o lo habrían ahorcado, pero se conformaron con imponerle una multa. Pocos años después se suicidó, pues no podía soportar el descrédito en que había caído.

(Como muestra del talante elitista y despótico de la *gens* Claudia, se cuenta

que tras la muerte de Claudio, su hermana, que volvía de ver los juegos en un carruaje y no conseguía abrirse paso entre la multitud, dijo en voz alta: «Ojalá mi hermano siguiera vivo y le dieran el mando de otra flota. ¡Así se ahogarían unos cuantos miles de indeseables más!». Unos ciudadanos la oyeron, y fue juzgada y multada.

Como el historiador Barthold Niebuhr afirmó: «Esa casa [la Claudia] produjo a lo largo de los siglos varios personajes eminentes, unos pocos grandes hombres y casi nadie que tuviera nobles intenciones. En todas las épocas se distinguieron por su espíritu altanero, su desdén por las leyes y su implacable corazón de hierro». Juicio moral decimonónico y rotundo que no emitirían los historiadores de hoy día en términos tan retóricos, pero que los propios romanos habrían suscrito).

Los desastres para los romanos se sucedían. Poco después, Junio Pulo, el cónsul colega de Claudio Pulcro, emprendió la circunnavegación Sicilia con ciento veinte naves de guerra y nada menos que ochocientos transportes con provisiones para el ejército que asediaba Lilibeo.

Como el convoy se desordenó, Pulo se detuvo en Siracusa para esperar a los rezagados y envió por delante la mitad de las naves de carga con una escolta de quinquerremes. Esta parte de la flota fue atacada por el cartaginés Cartalón, y los cuestores que la mandaban dieron orden de refugiarse en la costa, que era muy escarpada.

Poco después aparecieron los demás barcos romanos con el cónsul. Al ver al enemigo, Pulo decidió también acercarse a la orilla. Para su desgracia, en ese momento se desató otra tormenta. Los cartagineses, más avisados, huyeron de ella doblando el cabo Paquino, el vértice sur de la isla de Sicilia. Pero las naves romanas, azotadas por el viento y las olas contra las rocas de aquella costa inhóspita, quedaron tan destrozadas que no hubo forma de reparar los barcos.

Habría sido el momento para que Roma se rindiera..., si los genes de la rendición hubiesen estado en su ADN.

Por el momento, renunciaron a nuevas empresas navales. Las pérdidas materiales y humanas tras los últimos desastres debían dar vértigo, y así lo demuestra el censo de los años 247-246, que refleja una caída de cincuenta mil ciudadanos con respecto al de cinco años antes. Durante esta guerra, se calcula que

el 12 por ciento de la población masculina disponible en Italia estaba constantemente movilizada: eso significaba que todas esas manos no trabajaban, y había que alimentar las bocas de sus dueños, lo que suponía un ingente esfuerzo económico.

Sin embargo, los romanos siguieron manteniendo la presión por tierra sobre Lilibeo y Drépana. Por mar, se contentaron con animar a ciudadanos particulares a que fletaran naves por su cuenta para atacar los navíos mercantes de Cartago: una auténtica patente de corso.

EL FINAL DE LA GUERRA

En el año 247, los cartagineses entregaron el mando de los ejércitos de Sicilia a Amílcar (en este caso sí hablamos del famoso Amílcar, padre del aún más célebre Aníbal). Era muy joven todavía, pues no había cumplido los treinta años.

Amílcar se instaló en Hercte, un monte que se alzaba a gran altura sobre la región que lo rodeaba. El Hercte ofrecía pastos, vientos frescos y acantilados inexpugnables, y su cima servía a la vez como ciudadela y como atalaya.

Desde esta base de operaciones, Amílcar se dedicó a hostigar a los romanos durante tres años, consiguiendo pequeñas victorias en escaramuzas menores. En 244, abandonó su posición y capturó en un ataque por sorpresa la ciudad de Érice, cerca de Drépana, y asedió a la guarnición romana que ocupaba la cima del monte cercano, aún más elevado que el Hercte.

La situación estaba estancada. La describe perfectamente Polibio:

Roma y Cartago parecían dos gallos de pelea de buena raza cuando luchan por su vida. Muchas veces, éstos han perdido ya el uso de las alas por encontrarse extenuados, pero conservan el coraje intacto, y siguen asestándose golpes hasta que, cayendo maquinalmente uno encima del otro, se agarran por una parte vital y, entonces, uno de los dos acaba por morir. Así, romanos y cartagineses, rendidos ya de fatiga por los lances ininterrumpidos, acabaron convirtiéndose en insensibles, y sus fuerzas se paralizaron, agotadas por los impuestos y gastos continuos.

Los ataques sorpresa que lanzaba Amílcar le ganaron el epíteto de *Baraq*, que puede traducirse como «relámpago», aunque también podría significar «bendito» y estar relacionado con el conocido término árabe *baraka* (ambas lenguas se hallan emparentadas por pertenecer al grupo semítico). Los griegos y latinos lo transcribieron como Barca, y este apellido pasó a sus familiares.

No obstante, los éxitos de Amílcar fueron limitados, entre otros motivos porque disponía de pocas tropas. En toda Sicilia, Cartago sólo tenía veinte mil soldados que, para empeorar la situación, llevaban mucho tiempo sin cobrar.

Si la ciudad fenicia no dedicaba más recursos a la lucha contra Roma era, en parte, porque estaba enfrascada en una guerra en el norte de África. Allí, un general llamado Hanón, conocido más tarde como el Grande, se dedicaba a conquistar nuevos territorios que ampliaron el imperio cartaginés en Libia. En aquella época Hanón y Amílcar colaboraban, aunque no tardarían en convertirse en enemigos acérrimos, y con el tiempo Hanón se opondría también a Aníbal.

A finales de 243, los romanos decidieron que había llegado el momento de volver a probar suerte en el mar. Como el erario estaba exhausto, la República pidió un sacrificio a los ciudadanos más adinerados, que contribuyeron con su propio peculio a construir y equipar una nueva flota. Cada uno se ocupaba de sufragar un quinquerreme, o bien, si no tenía suficiente dinero, se asociaba con una o dos personas más. No era un préstamo a fondo perdido, pero sí de alto riesgo: los inversores sólo recuperarían su dinero si por fin ganaban la guerra y el botín y las indemnizaciones rellenaban las arcas públicas.

Con estos fondos, se armaron doscientos quinquerremes, basados de nuevo en un diseño del enemigo. En este caso, se trataba de la nave de un capitán al que llamaban Aníbal «el rodío», y que era más marinera que el modelo habitual.

Construida la flota, se otorgó el mando al cónsul Lutacio Catulo. Lo acompañaba en esta ocasión un pretor y no un cónsul, Valerio Faltón. La razón era que su colega de consulado, Aulo Postumio, no podía abandonar Roma porque desempeñaba el puesto de *flamen martialis* o sacerdote de Marte, y el pontífice máximo Cecilio Metelo, cabeza visible de la religión romana, le había prohibido salir de la ciudad.

En 242, la flota romana se dirigió a Sicilia. Los cartagineses, que se habían

acostumbrado a ser los dueños del mar en los últimos años sin apenas oposición, se habían vuelto algo negligentes. Sin demasiados problemas, Catulo logró apoderarse del puerto de Drépana, el mismo lugar donde Claudio, el de los pollos, había sufrido aquella humillante derrota.

Desde el puerto empezó el asedio de las murallas de la ciudad, pero dedicó a esa tarea tan sólo a los soldados de tierra. Su intención era librar una batalla decisiva, así que obligaba a los tripulantes a adiestrarse constantemente en el mar para aumentar su pericia y su resistencia, al mismo tiempo que los alimentaba bien y los mantenía alejados de las penalidades del sitio. (Los campamentos de asedio solían convertirse en lugares tan insalubres como las propias ciudades cercadas).

Catulo también logró apoderarse del puerto de Lilibeo y aislar a su guarnición del mar. Eso dejaba a Amílcar Barca en una posición cada vez más apurada en el interior de la isla, pues empezaba a tener problemas para conseguir provisiones.

Cuando los informes de esta situación crítica llegaron a Cartago, los púnicos organizaron una flota de doscientos cincuenta barcos al mando de otro Hanón que no era el Grande. El plan de este almirante era navegar hasta Érice, la base de Amílcar en Sicilia. Allí descargaría las provisiones que traía y a cambio embarcaría a los mejores mercenarios de Amílcar, junto con el propio general, para que lucharan como soldados de cubierta.

Hanón llegó hasta las islas Égates, un pequeño archipiélago situado a pocos kilómetros al oeste de Lilibeo. Una vez allí, esperó a que llegara un viento propicio para navegar lo más rápido posible al este y llegar a Érice sin hacer paradas y sin que las naves romanas que dominaban el puerto de Lilibeo tuvieran tiempo de atacarlos.

Sin embargo, Catulo se enteró de la presencia de la flota enemiga gracias a que había puesto a barcos ligeros y rápidos a patrullar por la zona. Al saber que los cartagineses habían anclado en la isla Sagrada, situada en el extremo oeste del archipiélago, el cónsul decidió interceptarlos. Montó en los quinquerremes a los soldados que se hallaban en mejores condiciones para combatir y zarpó de Lilibeo hacia la isla Egusa, situada en la parte este del triángulo que formaban las tres Égates. De esa forma, cerraba el paso a su rival.

Al día siguiente se levantó viento de poniente. Era lo que los cartagineses necesitaban para que el aire hinchara sus velas y los empujara hacia el este, en dirección a Érice.

En cuanto vio las condiciones meteorológicas, Catulo se encontró ante un dilema. Sabía que con ese aire, el enemigo se haría a la mar, de modo que era la ocasión de cortarle el paso. Por otra parte, para ello los romanos tendrían que bogar en contra del viento y con las aguas un poco picadas, condición que solía crear problemas a los remeros.

Como dijo tiempo después un gran poeta también llamado Catulo: *Fronte capillata, post haec occasio calva*. O sea, «Por detrás de su frente peluda, la ocasión es calva». Lo que quería decir que a la diosa Ocasión, hermana de la Fortuna, había que agarrarla del cabello cuando venía de frente, porque si uno la dejaba pasar, ya era imposible cogerla por la nuca lisa como un huevo.

Algo así debió pensar el cónsul. Aunque las condiciones no fueran del todo favorables, las naves de Hanón iban cargadas de provisiones, lo que las hacía más lentas. Si Catulo dejaba que pasaran de largo, los cartagineses alimentarían con esos víveres a los soldados enemigos que quedaban en la isla y embarcarían a los hombres de Amílcar Barca, los más temibles que tenía Cartago, como infantería de cubierta. Había que evitarlo a toda costa, así que ordenó zarpar.

El mar estaba algo revuelto, pero no llegaba ni de lejos a ser una tempestad. Las tripulaciones bien entrenadas y los quinquerremes recién construidos demostraron su valía, y Catulo fue capaz de desplegar su flota en una larga línea de una sola nave de fondo que cubría varios kilómetros de norte a sur.

Cuando los cartagineses vieron que la armada enemiga les cortaba el paso, recogieron las velas y abatieron los mástiles. Como ya quedó comentado, a la hora del combate, los antiguos confiaban sólo en sus remeros y timoneles, pues cualquier golpe de viento imprevisto podía arruinar la precisión de la maniobra de embestida.

El choque se decidió rápidamente. Los barcos de Cartago eran más lentos por ir cargados, y también porque sus remeros no tenían tanta calidad como en el pasado. Desde la batalla de Drépana habían pasado ocho años en los que los púnicos fueron los dueños del mar y, sin oposición, habían descuidado el adiestramiento de sus dotaciones. Cincuenta barcos fueron embestidos por los espolones romanos y se fueron a pique, y otros setenta resultaron abordados por soldados que, con su superioridad numérica, hicieron prisioneros a todos los que viajaban en ellos.

Probablemente las otras ciento treinta naves púnicas habrían caído también en manos de su adversario, pero el viento cambió de dirección durante el curso de

la batalla. Eso permitió a los cartagineses levantar los mástiles, desplegar las velas y virar en redondo, de regreso a la isla Sagrada. Los romanos no los persiguieron, porque ellos habían dejado los aparejos en tierra. En lugar de eso, prefirieron regresar a Lilibeo.

Esta victoria decidió, por fin, el curso de la guerra. Los cartagineses habían perdido de forma inesperada el dominio del mar, y ya eran incapaces de abastecer a las tropas de Amílcar en Sicilia. Tal vez podrían haber obrado como sus enemigos, construyendo y equipando una flota con iniciativa privada, pero se ve que los púnicos estaban hechos de otra pasta que los romanos. Y quizá ellos mismos lo comprendieron en aquel momento.

Los principios del arte de la guerra son: voluntad de vencer, libertad de acción y capacidad de ejecución. Dicho de otra manera: querer, poder y saber. Los cartagineses habían perdido la libertad de acción, pues ya no podían navegar libremente entre África y Sicilia. Su capacidad ejecutiva se hallaba cada vez más restringida: el único general en condiciones que les quedaba era Amílcar. Pero, sobre todo, lo que más les flaqueaba a estas alturas era la voluntad de vencer.

Y ésa les sobraba a los romanos, que siempre estaban dispuestos a llevar la guerra un paso más allá. Esa sed de victoria —o, más bien, la convicción incrustada en sus genes de que la derrota no era una opción— los llevó a aceptar la pérdida de setecientos barcos de guerra y de incontables vidas. En el cálculo más optimista, las bajas de romanos y aliados no debieron bajar de doscientos cincuenta mil.

EL TRATADO DE PAZ

Agotados, los cartagineses ofrecieron plenos poderes a Amílcar Barca para que negociara la paz con los romanos. En cambio, a Hanón, el almirante derrotado en las islas Égates, lo crucificaron. Ninguna sorpresa a estas alturas.

Amílcar parlamentó con el cónsul Catulo. Pero éste no era plenipotenciario para tratar la paz, por lo que envió un mensaje a Roma con los términos que él había propuesto. Ni a los comicios ni al senado les parecieron suficientes, de modo

que se envió una comisión de diez hombres a Sicilia para negociar. Las condiciones finales fueron todavía más duras. Éstas eran las cláusulas del tratado que se firmó:

Cartago debía entregar una indemnización de mil talentos en el acto, más otros dos mil doscientos pagaderos en diez plazos. En total, casi cien toneladas de plata.

Después de trescientos años de presencia continuada en la isla, Cartago debía evacuar Sicilia y los archipiélagos que la rodeaban. No sólo eso, sino que no volvería a luchar contra Siracusa ni contra los aliados de Siracusa.

Cartago devolvería a Roma los prisioneros de guerra sin cobrar rescate, y en cambio pagaría por los suyos.

Cartago y Roma firmaban la amistad. Ninguno de los dos estados podría imponer tributo, levantar edificios públicos o reclutar mercenarios en los dominios del otro.

Una vez firmado el tratado, Amílcar se llevó sus tropas de Érice a Lilibeo y entregó el mando a Giscón, que las envió a África. En cuanto a los generales romanos vencedores en la última batalla, ambos regresaron a la urbe, donde celebraron sendos triunfos.

Desde el principio, Roma había intentado expulsar a Cartago de Sicilia, y por fin lo había conseguido. Ahora, casi toda la isla era suya, salvo la parte suroeste, que formaba el pequeño estado independiente —y aliado— de Siracusa.

¿Por qué venció Roma y por qué perdió Cartago? Una de las razones de la derrota de los púnicos fue que confiaba en mercenarios y no en ciudadanos, como Roma y sus aliados.

Los mercenarios eran soldados muy experimentados, y durante esta guerra se comportaron casi siempre con gran disciplina y coraje. Pero adolecían de un grave problema: reemplazarlos costaba mucho dinero y mucho tiempo. En cambio, los romanos disponían de un *manpower* de cientos de miles de hombres que, sin ser profesionales, estaban familiarizados con las armas y condicionados para ser tan despiadados y agresivos como los propios mercenarios o incluso más.

En cuanto a los generales, no hubo grandes diferencias. Nadie destacó especialmente por ningún bando como un genio táctico al estilo de Alejandro, Pirro

o, más tarde, Aníbal y Escipión. Quizá el mejor jefe militar fue Amílcar Barca. Pero, aunque no sufrió ninguna derrota durante los años que estuvo en Sicilia, tampoco obtuvo grandes victorias en campo abierto y no llegó a provocar graves quebraderos de cabeza a los romanos.

En cuanto a pifias, las cometieron generales de ambos bandos. La diferencia es que los mandos cartagineses que fallaban acababan en la cruz, mientras que los romanos, como mucho, se enfrentaban a una multa como Claudio el de los pollos o recibían algún mote ofensivo como Asina.

La gran diferencia entre ambos contendientes debió de estar en la voluntad de vencer de la que acabamos de hablar y en las metas a largo plazo. Una vez que Roma se embarcaba en una guerra, sólo la consideraba terminada cuando había aplastado a su rival hasta tal punto que lo destruía, lo conquistaba o al menos podía imponerle condiciones leoninas.

En cambio, para Cartago una guerra acababa cuando podía llegar a un acuerdo de paz negociado. En ese sentido, y no sólo en el literal, hablaban idiomas diferentes.

Esa audacia en los objetivos se demuestra en que Roma invadió el territorio enemigo y llegó casi a Cartago, aunque al final la campaña de Régulo terminara en fracaso. Por su parte, los cartagineses nunca llegaron a pisar territorio italiano. Roma siempre fue más agresiva que su rival y llevó la iniciativa en todo momento.

Por supuesto, todo eso cambiaría en la Segunda Guerra Púnica con la aparición de uno de los mejores generales de la historia. Los romanos no tardarían en conocer a la némesis que la reina Dido había prometido a Eneas mientras ardía en su pira funeraria: Aníbal. Pero no adelantemos acontecimientos.

VIII

INTERMEDIO BÉLICO

CARTAGO ENTRE GUERRAS

Pese a que no había perdido tantos barcos como Roma, Cartago quedó tras la guerra en una situación económica muy apurada. Para empezar, tuvo que entregar de inmediato los primeros mil talentos de indemnización acordados en el tratado.

A éstos había que añadir los rescates por los prisioneros: mientras que los romanos recuperaban gratis a sus cautivos, los cartagineses debían pagar por los suyos. Cada familia lo hizo recurriendo a sus propios fondos, pero eso hizo resentirse las finanzas de toda la ciudad. Además, tuvieron que seguir enviando doscientos veinte talentos de plata cada año a Roma durante una década. Y habían perdido Sicilia, que hasta entonces les había supuesto una pingüe fuente de ingresos.

La consecuencia más dramática de esta penuria fue la rebelión de los soldados que habían servido con Amílcar en Sicilia. Entre reclutas libios y mercenarios de diversas procedencias, eran veinte mil hombres a los que la ciudad no podía o no quería pagar los atrasos que se les adeudaban.

El propio Amílcar se había desentendido de ellos ya en Sicilia. Estaba resentido y desengañado por el final de la guerra, que consideraba prematuro, ya que él personalmente no había sido derrotado en el campo de batalla y no entendía que se renunciara a toda la isla de Sicilia. Por eso abandonó el mando y entregó a sus hombres a Giscón, que fue quien se encargó de trasladarlos poco a poco a África.

Al principio, los mercenarios se concentraron en Cartago. Pero causaban tantos problemas allí que las autoridades de la ciudad los enviaron a Sica, una ciudad situada tierra adentro, a unos ciento setenta kilómetros al suroeste de la capital. Después intentaron negociar para que rebajaran sus exigencias, enviando a Hanón el Grande como mediador. Pero los exsoldados de Amílcar, conscientes de su número y su poder, se habían envalentonado y empezaron a aumentar sus

exigencias.

Cuando las conversaciones se rompieron, los mercenarios salieron de Sica y se pusieron en marcha hacia Cartago, acaudillados por un libio llamado Mato y un italiano de Campania de nombre Espendio, individuos a los que eligieron de entre sus propias filas.

Aunque entre esa soldadesca había gente de muchos pueblos distintos — galos, iberos, baleares, griegos puros o mestizos—, el grueso principal lo constituían libios. Éstos consiguieron que buena parte de sus compatriotas se sumaran a la rebelión. Razones debían de tener, sin duda: eran los nativos de la región quienes habían tenido que sostener la guerra contra Roma con sus levadas y con sus tributos.

El conflicto duró tres años, y fue tan encarnizado que Polibio lo denominó «la guerra sin cuartel».

Pondremos un ejemplo del grado de crueldad al que se llegó. Los mercenarios tenían prisioneros a setecientos cartagineses, entre ellos Giscón, el mismo general que los había traído de Sicilia y que luego había intentado negociar con ellos. Después de sufrir varios reveses en el campo de batalla, algunos de entre sus filas empezaron a pensar en que les convenía firmar la paz con Cartago. Para evitarlo, los elementos más recalcitrantes del ejército rebelde, incluidos sus jefes, decidieron cometer una atrocidad tal que hiciera imposible cualquier intento posterior de conciliación. De modo que tomaron a esos setecientos prisioneros, les cortaron las manos, la nariz y las orejas, los castraron, les rompieron los huesos de las piernas y los arrojaron a una fosa para que murieran lentamente.

Tras relatar estos hechos, Polibio, seguramente horrorizado de lo que él mismo acababa de escribir, añadió un juicio moral: «A veces nacen en las almas podredumbres y gangrenas tales que logran que entre los seres vivos no haya ninguno más impío ni más cruel que el hombre». Es difícil no suscribir estas palabras.

Sumados a los libios que se habían levantado en armas, los mercenarios llegaron a ser cincuenta mil y asediaron Cartago. Amílcar, al que la ciudad había nombrado general para que luchara contra sus antiguos hombres, logró cortar todas sus líneas de suministros. Los rebeldes empezaron a pasar más hambre que los sitiados y tuvieron que levantar el cerco.

Amílcar, que había organizado un pequeño ejército ciudadano, seguía estando en inferioridad numérica. Pese a ello, consiguió atraer a los enemigos a un lugar que Polibio denomina «la Sierra», y allí los encerró en un estrecho desfiladero.

Los mercenarios pasaron tanta hambre que llegaron a devorar a sus prisioneros y después a sus esclavos. Por fin, intentaron romper el cerco, pero se hallaban en unas condiciones físicas tan lamentables y el lugar era tan ventajoso para Amílcar que éste no tuvo problemas en aniquilarlos. Mato, uno de sus generales —Espendio ya había sido crucificado antes—, fue capturado y llevado a Cartago, donde los jóvenes lo pasearon por las calles sometiéndolo a torturas que Polibio no describe y que preferimos no imaginar.¹⁷

ROMA ENTRE GUERRAS

¿Qué hacían los romanos entretanto? Al principio respetaron el pacto por el que ambas potencias se declaraban amigas, y se prohibió que los mercaderes romanos e italianos hicieran negocios con los mercenarios rebeldes. Roma devolvió asimismo a los prisioneros cartagineses que aún conservaba sin cobrar rescate.

Pero en el año 239, los mercenarios que Cartago tenía en Cerdeña se rebelaron y se apoderaron de la isla. La ciudad envió una flota y un ejército para recuperarla. En ese momento, los romanos declararon la guerra a Cartago, argumentando que esos barcos y esos soldados no iban dirigidos contra Cerdeña, sino contra Italia. No era más que un pretexto: los púnicos, que sufrían los últimos coletazos de la guerra de los mercenarios, no estaban precisamente en condiciones de embarcarse en aventuras expansionistas.

El resultado de este brevísimo conflicto fue que Cartago se rindió sin luchar, envió la flota de vuelta a casa y dejó que Cerdeña y también Córcega cayeran en manos de los romanos. Además, se vio obligada a pagar otros mil doscientos talentos de indemnización.

Si ya antes los cartagineses estaban resentidos contra los romanos, la forma

en que éstos les arrebataron Cerdeña fue la gota que colmó el vaso. Pero de momento rechinaron los dientes y aguantaron.

Con todo esto, Roma dio los primeros pasos para transformarse en una potencia imperial, y Sicilia se convirtió en su primera provincia.

Aunque los propios romanos creían que la palabra latina *provincia* provenía de *vincere*, «vencer», parece que la etimología tiene más que ver con *providentia*, y se refiere a un territorio que se encomendaba al cuidado de un general o magistrado.

Las provincias no formaban parte integral del estado romano, aunque perdían su soberanía. El caso de Sicilia se repetiría después con otras provincias: una comisión de diez representantes del legado viajó a la isla para establecer una especie de constitución, la *lex data provinciae*.

Como había hecho en Italia, Roma estableció estatutos distintos para las diversas ciudades de Sicilia, y actuaría del mismo modo en otros territorios conquistados. Mesina, por ejemplo, firmó un *foedus* con Roma por el que disponía de autonomía administrativa y no pagaba impuestos, pero estaba obligada a enviar tropas cuando Roma lo requiriera. Otras ciudades pactaron tratados distintos, y algunas se convirtieron en *civitates stipendiariae*, que debían abonar un tributo. Tal como comentamos al hablar de la conquista de Italia, se trataba de aplicar el principio «Divide y vencerás».

Los siguientes territorios que se convirtieron en provincias, Córcega y Cerdeña, también cayeron como botín de la guerra contra Cartago. Aunque la manera de apoderarse de ellas fue inmoral y violó el tratado de paz, desde el punto de vista de la *Realpolitik* resultaba comprensible. Si Roma, que había decidido convertirse en una potencia naval, quería controlar el Mediterráneo occidental, el dominio de estas dos islas era imprescindible.

En realidad, este dominio lo ejercieron sobre todo en las zonas costeras, que adoptaron la cultura y el idioma latinos. En cambio, las zonas centrales de Córcega y Cerdeña, pobladas de bosques de difícil acceso, se resistían a la conquista. Sus moradores, bárbaros a los que llamaban *pelliti* («vestidos con pieles»), adoptaron una táctica de guerrillas que creó muchos problemas a los romanos. Durante mucho tiempo estas zonas apartadas siguieron siendo prácticamente independientes.

Aun así, en el año 227, Roma controlaba el litoral de ambas islas en grado suficiente como para organizarlas en una sola provincia que no se dividiría en dos hasta época imperial. Los romanos siempre consideraron que estas dos islas eran lugares atrasados e insalubres —en Cerdeña la malaria era endémica—, y sentían desprecio por sus pobladores. «Quien compra un esclavo de Córcega lamenta enseguida haber desperdiciado su dinero», decían.

MIRANDO HACIA EL ESTE

Una vez que se habían decidido a salir de la península, los intereses de los romanos no se limitaron al Mediterráneo occidental. Al otro lado del Adriático se hallaba Iliria, una región al norte del Epiro que se correspondería más o menos con el territorio de la antigua Yugoslavia.

Allí gobernaba desde el año 231 la reina Teuta, una de las pocas mujeres guerreras en esta historia dictada por varones. Había subido al trono por la muerte del anterior rey, su esposo Agrón, que había convertido a Iliria, hasta entonces una región atrasada y desunida, en una potencia importante.

Teuta continuó la política expansiva de su marido y la amplió. No sólo consintió que sus súbditos ilirios siguieran ejerciendo la piratería, práctica ancestral entre ellos, sino que los animó concediéndoles una especie de patente de corso universal.

No contenta con esto, organizó una flota y ordenó a sus capitanes que considerasen como enemigos a todos los demás pueblos. En el mismo año en que Teuta subió al trono, sus barcos se dedicaron a hacer correrías por las costas de Élide y Mesenia, en el Peloponeso, y en el viaje de regreso también atacaron el Epiro, cuya capital, Fénice, saquearon.

Fénice era un importante centro económico que comerciaba con Italia. Sin saberlo, al devastarla, Teuta se había metido en problemas con Roma. Para colmo, sus naves empezaron a asaltar barcos mercantes italianos.

El senado decidió tomar cartas en el asunto y envió como embajadores a Lucio y Cayo Coruncanio. Los dos hermanos encontraron a la reina asediando una

ciudad. Teuta los recibió y escuchó sus quejas, pero les dijo que le era imposible acabar con la piratería, ya que se trataba de una tradición de su pueblo. Si uno examina las costas de Iliria en un mapa, es fácil comprender la razón: allí el litoral es muy recortado y está lleno de islas y calas semiescondidas que en aquel entonces ofrecían abrigo a los piratas.

La discusión subió de tono. Ante los reproches de ambos legados, Teuta montó en cólera y ordenó que uno de ellos, el que se había dirigido a ella con más insolencia, fuese asesinado en el viaje de regreso.

(Es posible que actuara tal como nos cuenta Polibio. Pero en este caso el historiador griego no parece tan objetivo como otras veces, pues siembra el relato de comentarios misóginos contra Teuta y equipara su furia femenina con la irracionalidad. Al parecer, no le hacía demasiada gracia que una mujer gobernara).

Como fuere, los romanos ya tenían su *casus belli*, un pretexto para declarar una guerra justa. El asesinato de un embajador suponía una violación muy grave del derecho internacional; en realidad, se trataba más bien de un sacrilegio, ya que las embajadas estaban protegidas por juramentos ante los dioses.

De hecho, con esas embajadas viajaban siempre varios *feciales*, miembros de un colegio de sacerdotes que asesoraban al senado en todo lo relativo a política y ley internacional. El principal de ellos, el *pater patratus*, presentaba las peticiones o exigencias romanas al gobernante extranjero con quien trataran.

Si no se obtenía una respuesta adecuada, al volver a Roma el *pater patratus* invocaba a los dioses como testigos y, en un plazo de treinta y tres días, declaraba la guerra mediante un curioso ritual: se acercaba hasta la frontera y arrojaba una lanza que se clavaba en territorio enemigo. Sólo así se consideraba que la guerra era justa.

En el caso del que hablamos, el *pater patratus* no habría podido hincar esa lanza en tierra de los ilirios. Conforme los romanos se buscaban adversarios cada vez más lejanos, no les quedó otro remedio que modificar el ritual. A partir de cierto momento, la lanza en cuestión se arrojaba a una parcela cercana al templo de la diosa Belona que, a efectos simbólicos, se consideraba territorio ajeno a Roma.

Mientras transcurría el plazo mencionado para llevar a cabo el ritual, los romanos organizaron una flota y reclutaron un ejército. En el año 229, doscientos barcos mandados por el cónsul Cneo Fulvio se dirigieron hacia la ciudad de

Corcira, en la actual Corfú.

Corcira acababa de caer en poder de Teuta tras un asedio. Al ver a los romanos, cambió de bando gustosa y acogió una guarnición. Después, Fulvio navegó hacia la ciudad de Apolonia, al norte. Allí se reunió con el otro cónsul, Postumio, que había traído con él un ejército de veinte mil legionarios y dos mil jinetes.

Actuando de forma conjunta, la flota y el ejército fueron liberando ciudades sometidas al asedio de Teuta: Epidamno primero, luego Isa. Tras varias refriegas, acorralaron a la reina, que durante el invierno envió embajadores a Roma para negociar un tratado.

Las condiciones resultaron humillantes. Teuta debía renunciar a la mayor parte de sus dominios y no podría navegar con más de dos barcos al sur de Lisos, en la boca del Drin, un río situado no muy lejos de la actual frontera entre Albania y Montenegro. Eso suponía una amplísima distancia de seguridad. Las tierras al sur del río Drin se convirtieron en un protectorado romano.

¿Qué ocurrió con Teuta? No vuelve a aparecer en los libros de historia. Es posible que muriera o abdicara, pues el siguiente gobernante de quien tenemos noticia es Demetrio de Faros, que actuó como regente de Pines, hijo de Teuta.

Era la primera vez que los romanos se plantaban al otro lado del Adriático. Evidentemente, no sería la última.

Al principio, los ciudadanos de Epidamno o Apolonia, o de las islas de Corcira e Isa, debieron de sentirse muy contentos con los romanos que venían a acabar con una plaga tan odiosa como la piratería. Sería curioso saber qué habrían pensado si alguien les hubiese dicho que pocas décadas después toda Grecia se sometería al yugo de Roma.

Mas, por el momento, los griegos estaban satisfechos con sus nuevos aliados. Los ciudadanos de Corinto permitieron incluso que los romanos participaran en los Juegos Ístmicos, privilegio reservado hasta entonces a los helenos.

No mucho después, en 219, se libraría la llamada Segunda Guerra Ilírica. Pero antes los romanos tuvieron que enfrentarse a otro desafío: los galos del valle del Po.

LUCHAS CONTRA LOS GALOS

En el año 268, Roma había fundado una colonia llamada Arimino, cerca del río del mismo nombre. Estaba situada en un punto estratégico, al pie de los Apeninos, pero con la vista puesta en el norte, en el valle del Po. Era como un trampolín plantado por los romanos, pensando en la futura conquista de esa enorme y fértil llanura, la mayor del país.

En realidad, el valle del Po no se consideraba por aquel entonces parte de Italia. Estaba habitado por pueblos galos —o sea, celtas— que no miraban con buenos ojos la cercanía de Arimino. Para prever qué destino les aguardaba sólo tenían que mirar un poco más al sur, donde la región de Piceno había sido anexionada y repartida en lotes entre colonos romanos.

En 225, dos de esos pueblos, los boyos y los insubres, superaron sus rencillas —cosa rara entre los galos— y se unieron en una alianza. Por otra parte, enviaron mensajeros a los gesatas, otros galos semimercenarios que habitaban junto al Ródano, y les entregaron oro a cambio de su ayuda. Una vez se juntaron todos, el ejército que se lanzó a invadir Etruria constaba de unos setenta mil hombres, de los cuales veinte mil eran jinetes. Además, llevaban con ellos carros de guerra, como ya habían hecho en la batalla de Sentino.

En Roma se procedió a reclutar un ejército y a convocar a los aliados. El cónsul Lucio Emilio Papo se dirigió a la ciudad de Arimino, donde estableció su base. Llevaba cuatro legiones romanas más tropas aliadas.

Los galos atravesaron Etruria, saqueando todo lo que podían, y llegaron a la ciudad de Clusio, a tres jornadas de marcha de Roma. Poco después, junto a Fésulas —a poca distancia de la actual Florencia— se enfrentaron a un ejército formado por sabinos y etruscos y mandado no por un cónsul, sino por un pretor.

Los galos vencieron y mataron a seis mil enemigos. Si no acabaron con todos fue porque apareció en las inmediaciones el cónsul Emilio Papo, y al enterarse de que estaba cerca decidieron retirarse. Al fin y al cabo, ya habían causado suficiente devastación y se llevaban un cuantioso botín.

Para su desgracia, los galos se encontraron con que un nuevo ejército les interceptaba el camino. Era el del otro cónsul del año, Atilio Régulo, hijo del Régulo que había invadido África en la Primera Guerra Púnica. Cuando llegó la

noticia de la invasión gala, Atilio Régulo se encontraba en Cerdeña, reprimiendo una revuelta. A toda prisa embarcó a sus tropas, las llevó hasta Pisa y desde allí empezó a bajar hacia el sur.

Los exploradores de vanguardia de Régulo capturaron a unos forrajeadores galos que se habían separado del grueso de su horda en busca de alimentos. Por ellos, el cónsul se informó de todo lo que había ocurrido, incluida la derrota sufrida por las tropas del pretor en Fésulas, y también comprendió que los galos se veían ahora encerrados entre dos ejércitos.

Aquí le pudo el exagerado deseo de gloria de los nobles romanos. Al ver una colina que dominaba el camino por el que debían pasar los galos, Régulo la ocupó a toda prisa para disponer de una posición ventajosa. Estaba decidido a plantar batalla antes de que llegara su colega Emilio. De esa manera, recibiría él todo el crédito por la victoria y podría celebrar un fastuoso triunfo sobre el enemigo al que más temían los romanos.

Su precipitación le costó la vida. En la lucha, su caballería se enfrentó en las laderas de la colina contra la de los celtas. Un enemigo decapitó a Régulo y llevó su cabeza por el campo de batalla para exhibirla como trofeo ante los reyes galos.

El combate, conocido luego como batalla de Telamón, no tardó en generalizarse. El cónsul Emilio había llegado por el sur, y los galos se vieron atrapados entre dos enemigos, una situación que solía resultar desastrosa para cualquier ejército, gozara de superioridad numérica o no.

En el frente norte lucharon los boyos y los tauriscos, que se vestían con pantalones y mantos y se protegían con escudos pequeños. En el sur, en cambio, los gesatas combatían prácticamente desnudos, salvo por las joyas de oro con que adornaban sus cuerpos. Las andanadas de *pila* causaron estragos entre sus filas y los obligaron a retroceder, con lo cual acabaron chocando contra el otro frente de batalla y provocando aún más caos.

El resultado final fue un desastre para los galos. Unos veinte mil quedaron tendidos en el campo y otros diez mil cayeron prisioneros, entre ellos Concolitano, uno de los dos reyes de los gesatas. El otro, Aneroesto, huyó con unos cuantos familiares y allegados, pero no muy lejos de allí se suicidaron todos.

El cónsul superviviente, Emilio, invadió el país de los boyos con sus tropas y lo saqueó, devolviéndoles así la misma moneda. Después regresó a Roma y pudo celebrar un gran triunfo, engalanado por las incontables joyas y torques de oro arrebatadas al enemigo.

Si la invasión gala pretendía mantener lejos a los romanos, provocó justo lo contrario. En 224, los dos cónsules del año, Quinto Fulvio y Tito Manlio, condujeron sus ejércitos al norte y obligaron a los boyos a someterse a Roma. La campaña no resultó bien porque hubo grandes lluvias e inundaciones y las tropas sufrieron una epidemia. Seguramente se trataba de malaria y ambos fenómenos estaban relacionados: a más agua, más charcas y más mosquitos anofeles.

Al año siguiente se libró una nueva campaña, en este caso de los cónsules Publio Furio y Cayo Flamínio.

Este Flamínio era un personaje interesante. Nueve años antes había sido elegido tribuno de la plebe. Como tal, presentó un plebiscito que dividía las tierras de la región de Piceno para distribuirlas entre ciudadanos pobres que se hubieran arruinado durante la larga guerra contra Cartago.

Estas políticas de reparto de tierras siempre suscitaban grandes conflictos con el senado y, en general, con la clase alta y de ideología conservadora que más adelante sería conocida con el nombre colectivo de *optimates*, «los mejores». Pese a la virulenta oposición de la mayoría de los senadores, Flamínio consiguió que su plebiscito entrara en vigor.

Ahora, tras haber sido pretor y gobernador de Sicilia, el plebeyo Flamínio había alcanzado la más alta magistratura de la República. Al mando de un ejército consular, consiguió una gran victoria sobre las tribus de los insubres y los cenomanos. Sin embargo, Polibio le resta mérito y se lo otorga a los tribunos militares.

Según este autor, fueron los tribunos quienes tomaron la iniciativa de sustituir los *pila*, las lanzas arrojadas que usaban los astados, por las picas más largas reservadas a los triarios, los veteranos de reserva que casi nunca entraban en combate. Después, los astados formaron en filas más compactas, al estilo de una falange griega, y contuvieron la primera arremetida de los galos. Sabían que éstos eran muy fogosos y casi temerarios en el arranque de la batalla, pero que luego se desmoralizaban si las cosas no salían bien.

Aunque Polibio es uno de los mayores historiadores de la Antigüedad, a veces le vencen los prejuicios. Así le ocurre con Teuta, la reina de los ilirios, a quien critica por conductas que habría pasado sin más comentarios en un varón. Lo mismo le pasa con Flamínio, al que con motivo del reparto agrario propuesto cuando era tribuno llama «demagogo». La táctica de recibir a los galos en formación estática y con picas bien se les pudo ocurrir a los tribunos o incluso a los

centuriones, pero era el cónsul que mandaba el ejército quien tenía que tomar la decisión final. Y, en este caso, Flaminio acertó.

Polibio nos ofrece otra información sobre esta batalla que es más bien desinformación. Según él, si los astados resistieron bien detrás de sus escudos era porque las espadas galas estaban forjadas de tal modo que sólo eran eficaces al asestar el primer golpe. Después se mellaban y se doblaban a lo ancho y a lo largo: había que pararse para apoyarlas en el suelo y enderezarlas con el pie, y al segundo golpe resultaban prácticamente inofensivas.

Polibio también comenta que los galos combatían levantando y abriendo mucho los brazos, ya que sus espadas no tenían punta. Luchar así desde un caballo o en combate individual no suponía tanto problema, pero en una formación cerrada apenas disponían de sitio para blandir sus armas, que de por sí eran más largas. En esas condiciones, los gladios romanos, que servían tanto para dar tajos como para asestar estocadas, tenían las de ganar.

Sobre tajos y estocadas ya hemos hablado en el capítulo relativo al arte de la guerra. La arqueología demuestra que en los siglos III y II a.C. las espadas que se fabricaban en la Galia eran cada vez más largas, con hojas de hasta un metro de longitud —un tamaño más que respetable— y la punta roma. Eso demuestra que los galos habían renunciado a lanzar estocadas a cambio de dar más peso y potencia a sus golpes con ambos filos. Hasta aquí, Polibio lleva razón.

Ahora bien, es imposible que *todas* las espadas galas se doblaran sistemáticamente al primer golpe y tuvieran que enderezarlas con el pie en plena vorágine de la batalla. Puede que algunas hojas estuvieran forjadas en hierro muy pobre en carbono, lo que las haría excesivamente flexibles. Pero en general las espadas que se han encontrado en los yacimientos arqueológicos son de calidad tan buena, al menos, como los gladios romanos.

HONOR Y GLORIA

En el año 222, los galos, agotados tras tantas derrotas, pidieron la paz. Los cónsules del año, Marco Claudio Marcelo y Cneo Cornelio Escipión, se negaron,

movidos por el afán de gloria y triunfo personal.

Hagamos una pausa para estudiar ciertos cambios que se habían producido en Roma de forma paulatina. Debido a la lucha de los órdenes, los plebeyos habían conseguido que las magistraturas estuvieran abiertas a todos los ciudadanos.

Pero ésta sólo era la teoría. Los patricios que durante el primer siglo de la República habían monopolizado los cargos públicos aplicaron el principio de «Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él», y asimilaron a las principales familias plebeyas.

A estas alturas del siglo III a.C., existía en Roma una nueva élite, la llamada *nobilitas*, de donde proviene nuestra palabra «nobleza».

¿Qué definía a esta élite? Un ciudadano podía afirmar de sí mismo que era *nobilis* si tenía algún antepasado que hubiera sido elegido cónsul. Eso reducía el número de nobles más de lo que cabría esperar. No todo el mundo llegaba a lo más alto del *cursus honorum*, la carrera de las magistraturas. Sólo los ricos podían optar a los puestos que llegaban al consulado.

Ni siquiera valía cualquier tipo de riqueza, sino sólo la que se consideraba honorable: la posesión de tierras. Dedicarse al comercio o a la banca, o ser escriba, bastaba para que los censores borrarán a un ciudadano de las listas del senado y le impidieran desempeñar magistraturas.

Al repasar las listas de cónsules de la época no sólo se ve que muchas personas repetían el cargo, sino que aparecen una y otra vez los nombres de las mismas familias. Los lectores que sientan curiosidad y consulten estas listas en páginas de Internet comprobarán cuántas veces se encuentran nombres como Papirio Cursor, Valerio Máximo, Cornelio Escipión, Atilio Régulo o Fabio Máximo, por citar sólo unos pocos.

Al final, el sistema entraba en un círculo vicioso. Sólo los que tenían antepasados cónsules podían convertirse en cónsules, lo que añadía más nobleza todavía a su familia y facilitaba que sus hijos y nietos alcanzaran la misma distinción.

¿Podía romperse este círculo? Sí, pero ocurría en contadas ocasiones. Cuando alguien cuya familia no había ocupado altas magistraturas alcanzaba el consulado, se decía de él que era un *homo novus*, un hombre nuevo.

Es muy difícil encontrar personajes así en las listas. Ya hemos visto a uno, Cayo Duilio, que venció la primera batalla naval contra Cartago en 260. Sin embargo, no hallamos ningún otro Duilio después de él. Otros *novi homines* que se

convirtieron en cónsules fueron Catón el Censor en el año 197, Mario en 107 y Cicerón en 63. Pero son excepciones que confirman la regla.

Esta nueva nobleza romana, como ya quedó comentado, incluía también familias plebeyas. Por las leyes Licinias-Sextias, desde el año 367 uno de los cónsules como mínimo tenía que ser plebeyo. El cargo de tribuno de la plebe, que al principio era totalmente independiente del *cursus honorum*, se convirtió en un peldaño más que interesante para que los jóvenes de las familias plebeyas ascendieran en política. Eso hizo que los tribunos fuesen cada vez menos radicales y revolucionarios en sus propuestas; aunque, por supuesto, hubo excepciones.

Los siglos III y II marcaron el auge de este sistema y del poder e influencia de un senado copado por los *nobiles*, que eran más del 70 por ciento de los senadores y que hacia el año 100 a.C. ascendían ya al 90 por ciento. Se trataba de una jerarquía fieramente competitiva. En ella, los miembros de la élite peleaban por obtener gloria y alabanzas, *gloria et laus*, y lo hacían sobre todo demostrando su valor guerrero, su *virtus*.

Con el tiempo, los políticos romanos también podrían destacar por sus dotes oratorias. Pero en la época que nos ocupa la única forma de conseguir la gloria era alcanzar grandes logros en el consulado, y no había ninguno mayor que un triunfo militar.

Por eso, los cónsules de cada año marchaban gustosos a la guerra. Si no había una, la inventaban, tal como hicieron Marcelo y Cornelio Escipión en el año que ha dado pie a esta digresión. En buena parte, este afán de gloria explica por qué la política de Roma era tan expansiva y agresiva. En suma, por qué era tan imperialista.

Para descubrir esta mentalidad en la clase dirigente de Roma no hay que hacer complejos estudios psicológicos. Ellos mismos la exhibían, pues la humildad no se consideraba en absoluto una virtud romana. Dejemos que nos lo explique Quinto Cecilio Metelo, que en el año 221 pronunció una alabanza funeraria de su padre. Sus palabras las transmitió Plinio el Viejo:

Quinto Metelo [...] dejó escrito que su padre había conseguido las diez cosas mejores y más importantes:

Su ambición era ser el primer guerrero, el mejor orador, el general más poderoso, el magistrado que consiguiera las mayores proezas bajo su auspicio,

recibir los más altos honores, ser el más sabio, ser el senador más distinguido, adquirir grandes riquezas de forma honrada, dejar muchos hijos y ser el hombre más famoso de la ciudad.

Todo eso lo consiguió él solo, y nadie más después de la fundación de Roma.

Al oír algo así, los griegos habrían mirado a las alturas, esperando el rayo de Zeus para castigar la soberbia o *hybris* de quien tanto alardeaba de sus logros. Pero la mentalidad romana era muy distinta. El éxito no se ocultaba por temor a la envidia de los dioses, sino que se ostentaba delante de los demás.

Las manifestaciones de esta competición por ser el mejor se hallaban a la vista por todas partes. Los *nobiles* construían templos fastuosos en agradecimiento a los dioses y celebraban grandes triunfos militares. Las armas que le arrebataban al enemigo no sólo las enseñaban en sus casas, sino a veces colgadas sobre el dintel de la puerta para que todos los romanos que pasaran por allí pudieran admirarlas.

Una de las expresiones más llamativas de la gloria que pretendían monopolizar los *nobiles* era el *ius imaginum*, o el derecho a mostrar en público *imagines* o máscaras funerarias de los muertos.

Cuando un romano que hubiera desempeñado una magistratura mayor fallecía, le sacaban un molde en cera de la cara y a partir de él esculpían un retrato. Estos bustos se guardaban en casa en el atrio, dentro de cajas de madera o de receptáculos tallados en forma de templos.

Durante los funerales o los grandes sacrificios públicos, los miembros de las familias nobles contrataban a actores que desfilaban con ricos ropajes y las máscaras de estos antepasados. Conociendo la seriedad con que los romanos se tomaban las cosas del más allá, muchos de los presentes se estremecerían, creyendo hallarse en presencia de aquellas impresionantes figuras del pasado.

Habíamos dejado la guerra contra los galos en el año 222, durante el consulado de Cornelio Escipión y Claudio Marcelo.

Los Marcelos eran la rama plebeya más distinguida dentro de la *gens* Claudia. ¿Cómo podían coexistir en un mismo linaje familias patricias y plebeyas? Lo más probable es que los Marcelos fuesen descendientes de antiguos clientes o

libertos de la *gens* original Claudia, que con el tiempo se habían ennoblecido.

A Claudio Marcelo le tardó en llegar la gloria que tanto ansiaba, pues tenía al menos cuarenta y seis años cuando lo nombraron cónsul por primera vez. Pero el destino le compensó, pues después consiguió que lo eligieran cuatro veces más.

Ya desde joven había destacado por su destreza en el combate cuerpo a cuerpo: en Sicilia salvó a su hermano, cubriéndolo con su escudo y matando a los dos enemigos que lo atacaban.

Ahora esa habilidad le resultaría muy útil. La ciudad de Clastidio estaba sufriendo el asedio de diez mil galos insubres. En realidad, se trataba de una maniobra de distracción para que los romanos levantaran el cerco de otra ciudad, Acerra, que se hallaba al norte, en la orilla opuesta del Po. Allí acudió Claudio Marcelo con la caballería y parte de la infantería, la más rápida, ya que la velocidad era fundamental.

El rey de los gesatas que sitiaban Clastidio era Viridomaro, o Britomarto para los romanos. Cuando Marcelo y él se vieron, ambos embutidos en lujosas armaduras, cada uno de ellos comprendió que el otro era el jefe del ejército enemigo, y ni cortos ni perezosos talonearon los flancos de sus caballos para embestirse.

En el choque, Marcelo golpeó con su lanza el pecho de Viridomaro y le perforó el pectoral. El galo cayó de espaldas como en una justa medieval y Marcelo lo remató de dos rejonazos más. Después desmontó y, poniendo las manos sobre aquella rica armadura con ataujías de oro y plata, la consagró a Júpiter Feretrio, «el que arrebató el botín» o «el que hiera». Gracias a esa victoria en un duelo singular contra el caudillo enemigo, Marcelo consiguió la más alta condecoración de Roma, los *spolia opima*.

Tras la muerte de Viridomaro, se libró una batalla general en la que vencieron los romanos. Gracias a ello, pudieron romper el sitio de Clastidio y expulsar a los galos. Éstos se retiraron al norte y buscaron refugio en Mediolanum, capital de los insubres y antepasada de la actual Milán. Pero el otro cónsul, Cornelio Escipión, la atacó y no tardó en tomarla.

Después de tantas derrotas, las tribus galas de la región se resignaron al yugo romano. En el año 218, Roma fundó dos nuevas colonias, Cremona y Placentia, cada una de las cuales recibió seis mil ciudadanos varones.

El nombre de Placentia, «la que complace», era una especie de señuelo para atraer a los colonos. Sin embargo, sus comienzos fueron difíciles. En 206 muchos

de sus habitantes quisieron abandonar la ciudad por el acoso galo. Pero Placentia, que dominaba la entrada al valle del Po, poseía una importancia estratégica vital, y uno de los cónsules de aquel año persiguió prácticamente a lazo a los desertores para devolverlos al redil.

Con el tiempo, otras ciudades situadas en puestos avanzados recibirían el mismo nombre para atraer a la población. Así, en el año 1186 d.C., el rey Alfonso VIII de Castilla fundó al sur de Salamanca una ciudad libre llamada Placentia con el lema *Ut placeat Deo et hominibus*, «Para que agrade a Dios y a los hombres». Si la Placentia italiana se convirtió en Piacenza, el nombre de la española evolucionaría a Plasencia. Sirva esto como pequeño homenaje a la ciudad extremeña en que vivo y doy clase de griego desde hace veinte años.

Aparentemente, los celtas de la Galia Cisalpina habían quedado sometidos. Pero la presencia de aquellos colonos romanos tan al norte, casi al pie de los Alpes, constituía una provocación constante y un recordatorio de las humillantes derrotas sufridas.

Los galos tendrían la oportunidad de resarcirse. Muchos de los generales que habían luchado en estas guerras volverían a enfrentarse a ellos. Pero, si esperaban toparse de nuevo con hordas de guerreros ávidos de gloria y furiosos como los *berserkers* nórdicos, se llevarían un buen chasco. Pues en esta ocasión esos galos servirían bajo un nuevo comandante mucho más astuto que sus oponentes.

LOS CARTAGINESES EN ESPAÑA

Para compensar la pérdida de las tres grandes islas del Mediterráneo central, los cartagineses decidieron extender su dominio al sur de España. De ello se encargó Amílcar Barca.

Amílcar se hallaba resentido porque su patria se había rendido cuando él todavía se encontraba en condiciones de luchar. Por las noches debía de dar vueltas en el lecho, diciéndose: «Si la flota de Hanón hubiera llegado a tiempo con los

suministros», «Si hubiera logrado embarcar a mis tropas en esas naves», «Si me hubieran dejado lanzar un ataque contra Italia». La suma de tantos condicionales, sin duda, lo atormentaba.

Muchos han comparado la frustración que debía experimentar Amílcar con la de los militares alemanes tras la Primera Guerra Mundial, que dio lugar al mito de la «puñalada en la espalda» que tanto aprovechó Hitler: los políticos se habrían rendido antes de tiempo, dejando en una situación muy desairada a los militares que querían continuar con la guerra. Según éstos, Alemania podría haber seguido luchando, ya que sus ejércitos se mantenían prácticamente intactos.

Salvando diferencias, se trata de un paralelismo interesante. En 1923, Francia decidió cobrarse las indemnizaciones de guerra por su cuenta invadiendo el Ruhr, lo que agravó todavía más el resentimiento alemán. Del mismo modo, la ruin maniobra con que Roma arrebató Cerdeña y Córcega a los cartagineses y además les extorsionó mil doscientos talentos hurgó en la herida púnica en general y en la de Amílcar en particular.

En el año 237, la ciudad puso a Amílcar al mando de una expedición que, tomando como base la colonia fenicia de Gadir —luego Gades y más tarde Cádiz—, debía afianzar el dominio cartaginés en España y explotar sus recursos.

Antes de partir, el general realizó un sacrificio en el altar del dios Baal Shamim. Al terminar, ordenó que le trajeran a su hijo mayor, Aníbal, que por entonces tenía nueve años, y le preguntó si quería acompañarlo en la expedición. El muchacho contestó que sí con vehemencia, pero su padre le puso una condición. Lo llevó ante el altar, plantó la mano sobre la carne de la víctima del sacrificio y le dijo: «Entonces, debes jurar que jamás serás amigo de los romanos». El muchacho así lo hizo, y se mantuvo toda su vida fiel a este juramento: Roma no conocería jamás a un enemigo tan peligroso como Aníbal.

Durante ocho años, Amílcar extendió su dominio a partir de la fértil franja del valle del Guadalquivir —entonces llamado Betis. Algunas ciudades y tribus se aliaron de buen grado, y otras por la fuerza. Las minas de plata y oro de sierra Morena no tardaron en caer en su poder.

Más al norte se topó con la resistencia de los turdetanos y los celtíberos. Entre éstos había un caudillo llamado Indortes que consiguió reunir a cincuenta mil hombres. Debía tratarse de una horda indisciplinada más que de un ejército, porque

Indortes no consiguió que plantaran batalla, y sus guerreros entraron en desbandada antes de combatir.

Aquel reyezuelo cayó en manos de Amílcar, que decidió recurrir a la estrategia del terror; o tal vez su corazón se había encallecido tras las atrocidades de la guerra contra los mercenarios. En cualquier caso, ordenó que le sacaran los ojos a Indortes, lo azotaran y lo crucificaran. Al menos, al resto de los prisioneros los liberó. Era una forma de alternar dureza con diplomacia, o palo con zanahoria por decirlo en términos más coloquiales.

Aunque Roma estaba ocupada en Iliria y en la Galia Cisalpina, las actividades de Amílcar no le pasaron inadvertidas. En 231, una embajada viajó a España a preguntar a Amílcar qué andaba tramando. El general púnico respondió que se dedicaba a extraer metales preciosos para enviarlos a Cartago, de modo que su ciudad pudiera pagar la indemnización a Roma.

Para ello, los cartagineses trabajaban en minas ya antiguas, como las de Riotinto, y en otras nuevas como las de Mastia, cerca de Cartagena. La producción de plata rondaba los mil quinientos talentos al año. No toda viajaba a Cartago. Amílcar se dedicaba a acuñar su propia moneda en Gadir para pagar a sus tropas: lo ocurrido con sus antiguos mercenarios le había hecho escarmentar y no quería acumular deudas con la soldadesca.

Las actividades de Amílcar estaban convirtiendo a Cartago en una potencia más terrestre que marítima. En el año 229 disponía de un ejército de cincuenta mil hombres bien preparados, más cien elefantes. En cambio, la armada, que en los momentos de esplendor había contado con trescientos cincuenta quinquerremes, ahora no llegaba a cien. Su apuesta por el ejército de tierra en detrimento de la flota rendiría sus frutos..., pero también acarrearía sus problemas.

Aunque los cartagineses no eran tan dados a crear ciudades como los griegos, Amílcar fundó una llamada Akra Leuke que, si no era la antepasada de Lucentum —la futura Alicante—, debía de andar muy cerca. En el invierno de 239-238, dejó en ella el grueso de su ejército y sus elefantes y puso sitio a una ciudad cercana llamada Hélice, que tal vez fuera Elche o tal vez no. Cuando la tribu de los oretanos acudió en ayuda de los asediados, Amílcar tuvo que retirarse a toda prisa y, al cruzar un río a lomos de su caballo, pereció ahogado.

Hay otra historia sobre su muerte más pintoresca: los enemigos de una tribu mandaron grandes carros de paja tirados por bueyes que se aproximaron al ejército cartaginés. Al principio los soldados se rieron; pero, cuando los carros se

incendiaron, cundió el pánico, y Amílcar pereció en la consiguiente estampida.

A Amílcar lo sucedió su yerno Asdrúbal, ya que Aníbal todavía no había cumplido veinte años y era demasiado joven para el cargo. Fueron las tropas quienes eligieron a Asdrúbal como general. Luego, en Cartago, las autoridades refrendaron esta elección.

Hay que añadir que la familia Barca dominó la política cartaginesa durante más de treinta años. A menudo se ha comentado que en Cartago existía una lucha de poder entre dos facciones, la de Amílcar y la de Hanón el Grande, y que el bando de este último sabotó constantemente los esfuerzos de los bárcidas. Seguramente lo intentaron, pero lo cierto es que entre los años 237 y 201 todos los generales en los puestos clave fueron bárcidas, y todas las decisiones del *adirim* y de los sufetes apoyaron sus propuestas. Tan sólo al final de la Segunda Guerra Púnica el grupo de Hanón consiguió más influencia.

Asdrúbal prosiguió la labor de su suegro, mezclando guerra y diplomacia. Como ejemplo de la primera, hizo traer refuerzos de África y, con un ejército de cincuenta mil infantes, seis mil jinetes y doscientos elefantes atacó a los oretanos y los aplastó, vengando la muerte de Amílcar. Como muestra de la diplomacia, se casó con una princesa ibera y animó a Aníbal a hacer lo mismo. Ignoramos si Asdrúbal había enviudado de su anterior mujer, la hija de Amílcar, o si practicó la bigamia por motivos políticos.

En el año 229, aprovechando un magnífico puerto natural rodeado por cinco cerros, Asdrúbal fundó una ciudad a la que, siguiendo la tradición púnica, llamó *Qart-Hadašt*, «ciudad nueva». Para no confundirla con su metrópolis, los romanos la denominaron *Carthago Nova*, lo que supone una redundancia. El nombre original se conserva en parte en su topónimo actual, Cartagena, que se repetiría al otro lado del charco con la fundación en 1533 de Cartagena de Indias. Como señala el historiador Serge Lancel, es un capricho del destino que este nombre semítico acabara cruzando el Atlántico para bautizar el mayor puerto del Caribe: esos grandes navegantes que eran los fenicios se habrían sentido orgullosos.

Bajo el mandato de Asdrúbal, el ejército púnico en España aumentó hasta sesenta mil soldados de infantería, más ocho mil de caballería que en varias ocasiones mandó el joven Aníbal. Su imperio —por llamarlo así— ocupaba ya más de la mitad de la península.

Los romanos miraban esta expansión con desconfianza, pero no podían hacer gran cosa por evitarla; andaban muy ocupados enfrentándose a la invasión de

boyos, insubres y sus aliados, los «nudistas» gesatas. Por eso, enviaron una embajada para negociar con Asdrúbal. Es curioso que no la mandaran a Cartago, sino directamente a él, lo que demuestra que lo veían como una especie de rey o, al menos, como un general casi plenipotenciario. Tal vez este ambicioso fundador de ciudades pretendía convertirse en un soberano independiente.

La reunión se celebró en otoño de 226, probablemente en Cartagena. Tras ella se firmó un tratado por el que a los cartagineses les quedaba prohibido viajar al norte del Ebro portando armas. En aquel momento, la frontera del nuevo imperio púnico todavía se hallaba muy lejos del río, así que no debía resultar una imposición excesivamente humillante.

El problema surgió después, cuando los romanos firmaron un pacto con la ciudad de Sagunto, situada casi ciento cincuenta kilómetros al sur del Ebro. ¿Por qué lo hicieron? Sagunto era una ciudad poderosa y bien amurallada. Tal vez querían tenerla como una especie de puesto avanzado enclavado en territorio enemigo, o con esa alianza pretendían humillar a Cartago y recordarle que Roma estaba a un nivel superior e inalcanzable y podía hacer lo que le viniera en gana.

En cualquier caso, los romanos seguían enfrascados en otros asuntos. Primero las luchas contra los galos y la conquista del valle del Po, y después, en 219, la Segunda Guerra Ilírica los mantuvieron apartados de España.

En el año 221, Asdrúbal fue asesinado por un esclavo a cuyo amo hispano había hecho matar. Por aquel entonces, Aníbal ya tenía veintiséis años y los soldados lo consideraron lo bastante maduro como para nombrarlo general por aclamación.

Los romanos todavía no se habían enterado, pero en el mismo momento en que Aníbal se convirtió en jefe del ejército cartaginés los acontecimientos se precipitaron hacia una nueva guerra.

IX

LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

LA FIGURA DE ANÍBAL

Si hubiera que elegir a los mejores generales de la Antigüedad, Aníbal estaría en uno de los tres primeros puestos en todas las votaciones. Los antiguos ya confeccionaban esas listas, y en ellas solía aparecer el primero Alejandro Magno. En los *Diálogos de los muertos*, una obra burlesca del siglo II d.C., su autor, Luciano, nos presenta precisamente a Aníbal y Alejandro debatiendo cuál de los dos es el mejor general de la historia, hasta que tercia Escipión en la disputa.

Esta discusión se sigue suscitando hoy día, ya que la historia bélica del mundo antiguo despierta a veces unas pasiones en los foros de Internet que parecen más propias de la política actual o del fútbol.

Como ya comenté, Alejandro tuvo la —relativa— suerte de morir joven antes de sufrir ninguna derrota seria. En cualquier caso, en la época de Aníbal ya había pasado un siglo de su muerte, pero su mito no dejaba de crecer. Alejandro era el modelo de todos aquellos generales que pretendían ser grandes estrategas y conquistadores: lo fue de Pirro, y lo fue siglos después de Pompeyo el autodenominado *Magnus*. También de Julio César, que al contemplar un busto del macedonio en Hispania se lamentó de que a la misma edad en que Alejandro había conquistado medio mundo él no había conseguido nada de renombre.

¿Influyó Alejandro en Aníbal? Entre fenicios y griegos —incluimos entre éstos a los macedonios— existía cierta relación de amor-odio, una mezcla de desconfianza y admiración. A menudo chocaban en el campo de batalla, pero también se influían mutuamente. Si allá por los siglos VIII-VII a.C. los fenicios eran superiores, y lo demostraron prestando el alfabeto a los griegos e influyendo en su arte, en cambio en los siglos IV-III la cultura helenística había adelantado a la púnica.

Aníbal hablaba griego, tuvo maestros griegos y griegos fueron los historiadores que llevó en su campaña. Con este bagaje cultural, es seguro que conocía la historia militar de Alejandro. Sus conquistas debían inflamar su imaginación. El macedonio se había atrevido a cruzar de Europa a Asia para vengar, siglo y medio después, la invasión de Jerjes, el rey persa que había llegado a incendiar la ciudad de Atenas.

Los motivos de venganza de Aníbal eran mucho más recientes. Cuando su patria firmó la rendición él ya había nacido, y durante su infancia tuvo que escuchar en su hogar cómo los romanos, en contra de toda ética, habían arrebatado Córcega y Cerdeña a los cartagineses y, unilateralmente, habían decidido subir la indemnización de guerra. Su juramento en el altar de Baal —«¡Jamás seré amigo de los romanos!»— es por tanto más que comprensible.

Sin embargo, no debemos dejarnos llevar por esta anécdota para imaginarnos a un hombre resentido y consumido por el odio. Sus hechos demuestran que Aníbal sabía mantener la cabeza fría y, aunque como enemigo fue implacable, también parece evidente que sentía admiración por sus adversarios los romanos.

¿Por qué digo «sus hechos demuestran», «parece evidente»? Por desgracia, tan sólo sabemos lo que contaron de él sus enemigos. Pese a que los romanos también lo admiraban, tal como queda patente en los textos en medio de las críticas a su crueldad o su supuesta falta de escrúpulos, el retrato que nos dejaron está inevitablemente distorsionado.

En cualquier caso, tenemos que deducir en una labor casi detectivesca las intenciones que impulsaban sus actos, así como sus razonamientos y sus estados de ánimo. Una lástima, porque este cartaginés es uno de los personajes más interesantes de la historia de Roma.

EL ORIGEN DE LA GUERRA Y LOS RECURSOS DE LOS CONTENDIENTES

La Primera Guerra Púnica había sembrado las semillas de la Segunda. Según

Polibio, existían tres razones para ello. La primera, el resentimiento de Amílcar, que sin haber sufrido ninguna derrota en el campo de batalla se había visto atado de pies y manos y obligado a rendirse. La segunda, la irritación de los cartagineses por las condiciones que se habían visto obligados a aceptar. Y la tercera, el éxito de las campañas púnicas en España.

En realidad, no era una guerra tan necesaria ni inevitable. Casi ninguna lo es: todas nos lo parecen porque vemos la historia a posteriori. En el momento en que escribo este relato, en el año 2011, nos encontramos en una profunda crisis a muchos niveles y nadie sabe con certeza hacia dónde se dirige el mundo. Cuando en el futuro alguien estudie esta época, seguramente examine ciertos hechos que a nosotros nos pasan desapercibidos entre el maremágnum de sucesos, informaciones y tendencias sociales y culturales, y diga: «Éstas fueron las causas de lo que pasó. Era inevitable que así sucediera». Pero a nosotros, en una época de dudas como ésta, nos gustaría que ese sagaz historiador del día de mañana nos vaticine qué va a ocurrir.

¿Por qué la Segunda Guerra Púnica era innecesaria, al menos de momento? Los intereses de Roma y Cartago no tenían por qué colisionar tan rápido. Los romanos estaban ocupados en el Mediterráneo oriental: ahí tenían una presa que, cuando se decidieron a devorarla, les llevó largo tiempo.

Por su parte, Cartago había renunciado a ser una potencia marítima y se conformaba con crear y asegurar su propio imperio en el norte de África y España.¹⁸

De hecho, ambas potencias seguían manteniendo un activo comercio, e incluso relaciones de hospitalidad entre algunos miembros de su élite. Pero la desconfianza y el rencor lo teñían todo, y precipitaron los acontecimientos hasta provocar un conflicto tan devastador como el anterior.

Cuando empezó la guerra, los romanos y sus aliados podían contar con más de setecientos cincuenta mil varones reclutables para una población total de entre tres y cuatro millones de personas. Por supuesto, resultaba imposible —e inútil— movilizar a todos esos hombres a la vez. Pero esa enorme reserva permitía a Roma correr muchos riesgos y soportar cifras de bajas que habrían hecho doblar la cerviz a otro estado.

Cartago, por su parte, había compensado las pérdidas en el Mediterráneo con sus nuevas conquistas. Sus territorios eran tan extensos que la población que vivía en ellos igualaba o superaba a la de Roma. Gracias a eso podía movilizar también

grandes ejércitos; pero, por diversas razones, el porcentaje de hombres reclutables era menor. A la mayoría de ellos había que pagarles, y bien; no como a los romanos, que recibían lo justo para su manutención.

En cuanto a la marina, la situación se había trastocado por completo desde la Primera Guerra Púnica. Roma disponía de doscientos veinte barcos de guerra en buen estado, mientras que los cartagineses poseían poco más de cien, y veinte de ellos no se hallaban en condiciones de luchar.

Todavía hay que tener en cuenta otro factor: los generales. Los cónsules romanos estaban acostumbrados a tácticas sencillas y confiaban sobre todo en el entrenamiento de sus hombres. Normalmente trataban de romper al enemigo embistiendo de frente y por el centro, que era donde situaban sus dos o cuatro legiones, dependiendo del tamaño del ejército.

Aníbal demostró ser mucho más versátil. Por puro genio, por fortuna o por una combinación de ambos factores, lograba superar siempre a los comandantes rivales con maniobras innovadoras, complicadas y, a veces, muy arriesgadas.

Compensando esta ventaja púnica, los demás generales cartagineses, incluyendo sus hermanos Asdrúbal y Magón, demostrarían no estar a la altura del genio de Aníbal.

EL ASEDIO DE SAGUNTO

Cuando se convirtió en jefe de las fuerzas cartaginesas, Aníbal tenía veintiséis años. Joven, pero experimentado: llevaba la mayor parte de su vida en España. Además, estaba casado con la hija de un rey local, lo que permite suponer que conocía algunas lenguas de la península y podía comunicarse con sus mercenarios iberos. De todos modos, ya comenté al hablar del ejército púnico que sospecho que existía una *lingua franca*, y que podría haber sido el griego: por los resultados, es evidente que la máquina de guerra creada por Amílcar y perfeccionada por Asdrúbal y Aníbal se entendía al menos en lo básico.

A partir de este momento, los acontecimientos se aceleraron. No sabemos qué intenciones habría tenido Asdrúbal para el futuro, si se habría conformado con

afianzar el poder cartaginés en España o si se habría lanzado a la guerra contra Roma. Pero los planes de Aníbal estaban muy claros.

Durante su primer año de mandato, el nuevo general o *rab mahanet* realizó una campaña por el centro y el noroeste de España, y llegó hasta el río Duero y la actual Salamanca. La mayor batalla que libró fue cerca de Toledo. En ella permitió que el ejército enemigo cruzara el Tajo para lanzar sobre él una carga de caballería y de elefantes seguida por una ofensiva de infantería. Impresionadas por su victoria, otras tribus le enviaron propuestas de paz que más bien eran de sumisión.

Gracias a esta campaña, los dominios de Aníbal llegaban ya casi hasta el Ebro, el límite del que no debía pasar según el tratado firmado con Roma. Pero en sus territorios había una ciudad que no sólo era independiente, sino que desde hacía poco mantenía una entente con el pueblo romano: Sagunto.

Sagunto estaba habitada por edetanos, una tribu ibérica. En el año 220 mantuvo una disputa con otro pueblo vecino que saqueaba su territorio. Ese pueblo era aliado de Cartago —como casi todos los de la zona— y pidió a Aníbal que mediara en la disputa.

Sagunto, por su parte, pidió ayuda a su aliada Roma. Los romanos enviaron una embajada a Aníbal y le dijeron que no se atreviera a cruzar el Ebro y que no molestara a los saguntinos.

A Aníbal no debía de convencerle en absoluto dejar una cuña enemiga incrustada en su territorio. Sagunto podía servir como cabeza de puente o como excusa para los romanos. Éstos habían puesto el pie en Sicilia con el pretexto de la llamada de los mamertinos para terminar arrebatándole la isla a Cartago. Después habían hecho lo mismo con Cerdeña. ¿Quién podía impedirles ahora que, con su poderosa flota, enviaran un ejército consular para ayudar a los saguntinos y se quedaran ya para siempre en España?

Aníbal decidió tomar la ciudad. No fue fácil. Sagunto poseía sólidas murallas y aguantó desde mayo de 219 hasta diciembre o principios de enero del año siguiente. Pero al final cayó, sin que en ningún momento apareciera un ejército romano para ayudar a sus habitantes.

En realidad, en el año 219 Roma andaba embarcada en la Segunda Guerra Ilírica. El sucesor de Teuta como regente del joven príncipe Pines, Demetrio de Faro, había roto sus pactos con los romanos haciendo incursiones al sur de Lisos. El cónsul Lucio Emilio Paulo zarpó con una flota y combatió contra las tropas de Demetrio, al que derrotó y obligó a exiliarse fuera de Iliria.

No obstante, cabe preguntarse si los romanos no podrían haber enviado otro ejército a Sagunto, aunque fuese al mando de un pretor. A menudo combatían en diversos escenarios, pues recursos tenían para ello. ¿Por qué no lo hicieron? Sobre sus motivos hay teorías para todos los gustos: desde que su alianza con Sagunto era demasiado reciente como para arriesgar tropas por ella, hasta que en realidad estaban deseando que Aníbal la tomara para tener un *casus belli* contra Cartago.

En cualquier caso, a principios de 218, las noticias de la caída de Sagunto llegaron a Roma. Pocas semanas después, los dos nuevos cónsules entraron en el cargo, y decidieron enviar una nueva embajada. Pero esta vez la legación no viajó a España, sino directamente a Cartago.

En esa embajada viajaban los cónsules salientes, Emilio Paulo y Livio Salinátor, más Quinto Fabio Máximo, quien ya había ejercido como cónsul dos veces. Pero la figura de más peso era Fabio Buteón, el mayor de los cuatro y que ya había sido censor.

Demostrando la arrogancia de los romanos y hasta qué punto se sentían seguros incluso en la propia Cartago, Fabio Buteón agarró con ambas manos su toga, como si escondiera algo entre sus pliegues. «Aquí traigo la guerra y la paz. Elegid lo que queráis».

Aquello fue demasiado para los miembros del *adirim*, que empezaron a gritar y le dijeron que escogiera él. Con gesto dramático, Buteón abrió una de sus manos y dijo: «Entonces os ofrezco la guerra», a lo que todos contestaron «¡La aceptamos!» entre gritos. Sin duda, fue una escena digna de una obra de Shakespeare.

Mientras todo esto se trataba en Cartago, Aníbal ya había empezado a hacer preparativos para la guerra que sabía que se iba a producir. Tras repartir el botín de Sagunto entre sus hombres, les dio descanso durante el invierno. Después nombró a su hermano Asdrúbal lugarteniente y le encargó mandar las tropas en España por si él salía de la península.

Pero la maniobra más importante fue enviar agentes a los Alpes occidentales y al valle del Po para sondear a los galos. Eso demuestra que ya tenía prevista la invasión de Italia, un proyecto que debía llevar rumiando muchos años.

EL CRUCE DE LOS ALPES

¿Por qué Aníbal decidió invadir Italia por tierra y no por mar, puesto que Cartago era por tradición una potencia marítima?

Influyó en ello el ejemplo de su padre Amílcar, que había luchado con tropas de tierra en Sicilia y no llegó a librar ninguna batalla naval. Además, en 218, Cartago sólo disponía de unas ochenta naves de guerra en condiciones de combatir.

Es cierto que, con los fondos obtenidos gracias a las minas de España, Cartago habría podido armar otra flota: con unos sistemas de montaje casi industriales, era posible construir barcos a gran velocidad. Sin embargo, al perder las tres grandes islas del Mediterráneo, Cartago ya no conservaba tanto interés en mantener una marina de guerra tan grande como antes.

Por otra parte, la estrategia terrestre debió de ser elección del propio Aníbal. En la Primera Guerra Púnica, tanto romanos como cartagineses sufrieron terribles desastres en el mar. Los romanos perdieron setecientos barcos y los cartagineses quinientos, en batallas pero sobre todo en naufragios.

Aunque en la guerra no hay más remedio que contar con la fortuna, sospecho que a Aníbal le habría gustado más jugar al ajedrez, donde el azar se reduce al mínimo, que al póquer. Poner un ejército de cincuenta mil hombres bien adiestrados y prácticamente insustituibles en una flota para cruzar el Mediterráneo era arriesgarse a perderlos a todos o a casi todos en una sola tormenta, o en una batalla naval donde se lucharía cubierta por cubierta y él no podría aplicar sus tácticas a gran escala.

En la primavera de 218, la guerra ya estaba declarada abiertamente. Los cónsules de aquel año eran Publio Cornelio Escipión y Tiberio Sempronio Longo. Dispuestos a llevar el conflicto en dos escenarios, los senadores encargaron a Escipión la guerra en España y a Sempronio le otorgaron el gobierno de la provincia de Sicilia con la mirada puesta en África.

Los planes de Roma parecían claros: Escipión «clavaría» a Aníbal en España, mientras Sempronio invadiría África y asediaría Cartago para rendirla por hambre, cosa que podría hacer gracias a los ciento sesenta quinquerremes que le

habían asignado.

Para empezar, se reclutaron seis legiones. Cada cónsul recibió dos, y las dos restantes se le entregaron al pretor Lucio Manlio para que se dirigiera con ellas a la Galia Cisalpina.

Precisamente allí acababa de estallar una nueva revuelta de los boyos y los insubres, indignados porque cada vez había más colonos romanos ocupando sus tierras. Los galos atacaron las nuevas colonias de Placentia y Cremona, y al acudir en su auxilio el pretor Manlio perdió más de mil hombres en dos emboscadas. Ante aquel contratiempo, el senado reclutó una legión más y se la encomendó a otro pretor para que acudiera en su auxilio.

Mientras los romanos hacían sus preparativos, Aníbal no se quedó quieto. Durante la Primera Guerra Púnica, los cartagineses habían mantenido una actitud casi pasiva, respondiendo a las maniobras de Roma. Pero ahora no sería así, y Aníbal actuaría de forma tan agresiva como los romanos, devolviéndoles su misma moneda. Seguramente había previsto los movimientos de sus enemigos: un ataque a sus bases en España y al mismo tiempo una invasión de su patria. ¿Cómo iban a esperar que él tuviera la osadía de dirigirse al corazón de sus dominios?

Osadía era, sin duda. Pero Aníbal estaba bien informado de la red de alianzas de Roma. Confiaba, en primer lugar, en que los galos del valle del Po le brindarían su ayuda, pues aborrecían a los romanos. También esperaba que los aliados más recientes y forzosos de Roma, como los samnitas o los pueblos griegos del sur de Italia, cambiaran de bando. Para ello, tenía que demostrar que él era capaz de derrotar a los invencibles romanos en campo abierto.

Y estaba convencido de que podía hacerlo.

A finales de la primavera de 218, Aníbal salió de Cartago Nova. Llevaba con él un inmenso ejército: noventa mil soldados de infantería, doce mil de caballería y treinta y siete elefantes. Era un poco tarde, pues al ritmo normal de marcha se le echaría encima el invierno cuando llegara al norte de Italia, una mala época para hacer la guerra. Pero Aníbal quería conocer las maniobras de sus enemigos antes de llevar a cabo las suyas, y por eso se retrasó.

Dos meses después, llegó a los Pirineos, tras sojuzgar toda la región al norte del Ebro. Allí dejó tropas como guarnición del territorio recién conquistado, y cruzó los Pirineos con una fuerza más reducida: cincuenta mil infantes y nueve mil

jinetes.

Con esa hueste avanzó por el sur de la Galia. En lugar de seguir la ruta costera, más sencilla, marchó tierra adentro. Tras los Pirineos, el obstáculo más importante era el Ródano, con más de doscientos metros de ancho y muy caudaloso. El cruce resultó muy complicado. Tuvieron que recurrir a botes y balsas que les vendieron las tribus que vivían al oeste del río. Pero los pueblos que habitaban al otro lado eran hostiles, y los hombres de Aníbal se vieron obligados a combatir contra ellos.

Lo más difícil, no obstante, fue conseguir que los elefantes cruzaran la corriente. Para ello, tuvieron que engañarlos de una forma muy ingeniosa. Armaron balsas grandes y muy sólidas para aguantar el peso de los paquidermos y las ataron juntas a la orilla, construyendo una especie de puente que avanzaba hacia el centro de la corriente. Después las recubrieron con tierra, de modo que parecieran un camino.

La comitiva la abrieron dos hembras, a las que siguieron los machos hasta el final del puente. Al llegar a las últimas balsas, los cartagineses cortaron las amarras que las unían al resto de la pasarela y empezaron a remar hacia la otra orilla.

Aun así, algunos elefantes se asustaron, empezaron a dar vueltas y pisotones e hicieron zozobrar las almadías. Sus mahouts se ahogaron, pero ellos se salvaron cruzando el río a nado y respirando en todo momento gracias a sus trompas.

Cuando Escipión llegó tres días después al Ródano con la intención de interceptar a Aníbal, descubrió que éste se le había adelantado. Entonces decidió enviar a su hermano Cneo a España con su ejército, y él regresó a Italia en barco para hacerse cargo de las dos legiones situadas en el valle del Po. Al mismo tiempo, el senado hizo volver a Sempronio de Sicilia, abortando de momento la invasión de África.

Aníbal prosiguió su viaje hacia el norte durante unos días. A estas alturas, lo acompañaban treinta y ocho mil infantes y ocho mil jinetes. Las batallas, las guarniciones que debía dejar por el camino, las privaciones y las deserciones estaban quitándole efectivos, pero seguramente lo tenía previsto: la propia marcha, con una media de veinte kilómetros al día, más las escaramuzas que libraban servían para endurecer y adiestrar a sus tropas. En cierto modo, se trataba de la supervivencia del más fuerte.

A principios del mes de noviembre, los cartagineses giraron por fin hacia el este y acometieron la subida de los Alpes. Se ha discutido mucho qué paso tomaron, y probablemente nunca se sabrá.

¿Por qué se desvió tanto hacia el norte? La ruta más fácil lo habría llevado siguiendo la costa, por los llamados Alpes Marítimos, que es el lugar por donde corre la autopista que lleva a Italia por Provenza.

Pero habría corrido el riesgo de enfrentarse con los romanos antes de tiempo. También estaba la amenaza de los ligures, un pueblo montañés muy salvaje al que los romanos no consiguieron sojuzgar hasta la época de Augusto. Por otro lado, Aníbal no llevaba flota, y los romanos sí tenían, de modo que viajar cerca del mar acarrearía sus peligros. Así que optó por lo inesperado y difícil y se dirigió al norte.

La travesía de los Alpes fue una empresa muy complicada. El ejército tenía que viajar por los valles fluviales, pero resultaba muy fácil perderse en gargantas sin salida o ser arrastrados por las aguas en cualquier crecida. Mientras viajaban, para colmo, los púnicos sufrían emboscadas constantes de las tribus que habitaban las montañas, sobre todo los belicosos alóbroges.

Por si esto fuera poco, los problemas para abastecerse se multiplicaban. Los soldados de Aníbal debían cargar con sus propios alimentos, pues a partir de cierta altitud no crecía vegetación que forrajear y las tribus con que se encontraban apenas tenían para subsistir. Todo eso, para colmo, mientras atravesaban zonas cubiertas de nieve, bajo un frío intenso que aumentaba las necesidades calóricas del organismo.

Tras coronar el paso nueve días después, Aníbal dio un descanso a sus tropas y las arengó, aprovechando que desde las alturas ya se divisaba la llanura del Po. Después emprendieron el descenso, pero los últimos días de viaje resultaron más peligrosos todavía. El camino era más escarpado, y el hielo y la nieve lo hacían tan resbaladizo que muchos hombres y bestias perecieron cayendo al vacío.

Hubo un punto en que se encontraron atascados por culpa de un corrimiento de tierras. Tuvieron que excavar para abrir un camino, y aunque al día siguiente los animales de carga y los caballos ya podían pasar, hicieron falta tres días más para abrir hueco a los elefantes. Para romper algunos peñascos, los cartagineses prendieron hogueras hasta calentarlas y luego les echaron vinagre encima, lo que disolvió la calcita de la roca lo suficiente para ablandarla y poder abrirla con palancas de hierro.

Por fin, quince días después de haber emprendido el cruce de los Alpes y

cinco meses después de partir de Cartago Nova, el ejército llegó a la llanura del norte de Italia. En ese momento, Aníbal pasó revista a sus tropas. Tan sólo le quedaban veinte mil soldados de infantería y seis mil de caballería.

No hay que pensar que todos los que faltaban habían muerto: las deserciones fueron la principal causa de las bajas. Una pista la sugiere el número de jinetes, que se había reducido mucho menos que el de infantes. Los soldados de caballería cobraban más, formaban una élite y estaban más comprometidos con su general, lo que explica que no abandonaran con tanta facilidad.

En general, se considera el paso de los Alpes una empresa épica, sobre todo por el asombro que causó entre los romanos, que no se esperaban una maniobra así. Pero no debía de ser una misión imposible, ya que por esos mismos pasos llegaban invasiones constantes: por allí habían entrado los celtas que ocuparon la Galia Cisalpina hacia el año 400, y también los gesatas que vinieron desde el oeste en 225 para ayudar a los insubres y a los boyos.

PRIMERAS BATALLAS

La zona a la que llegó el ejército cartaginés pertenecía a los taurinos, una tribu céltica que ocupaba los alrededores de la actual ciudad de Turín y que era rival de los insubres. Buscando la alianza de éstos, Aníbal atacó a los taurinos, tomó su principal fortaleza y los masacró. Allí sus hombres pudieron descansar un poco y renovar provisiones.

La brutalidad con que trató a los taurinos hizo que otras tribus cercanas le mandaran embajadores para pactar su amistad. A Aníbal le convenía: no sólo quería que los galos del valle del Po dieran problemas a los romanos, sino que necesitaba reforzar su ejército con más efectivos.

Después, Aníbal prosiguió su camino hacia el este. Fue entonces cuando se enteró de que Escipión le aguardaba al frente de un ejército. Aquello lo sorprendió: ¿no había burlado a ese mismo ejército semanas antes, al otro lado de los Alpes?

Lo que no sabía era que Escipión había renunciado al mando de esas legiones —una conducta poco habitual—, dejándoselas a su hermano Cneo para

que las llevara a España. Después, el cónsul había regresado a Pisa en barco para hacerse cargo de las tropas situadas en el valle del Po, que hasta ese momento estaban bajo la autoridad de dos pretores.

Mientras Aníbal avanzaba, Escipión llegó al punto donde el río Tesino, que baja desde el norte, une sus aguas con el Po. Allí, entre el propio Po y una estribación montañosa que se proyecta como un espolón desde los Apeninos, el cónsul podría haberse fortificado para esperar a que llegara del sur su colega Sempronio. Era un lugar fácilmente defendible, y tenía la retaguardia cubierta por las colonias de Placentia y Cremona.

Sin embargo, Escipión actuó con la clásica agresividad romana. Tal vez pensó que, si vencía a un enemigo exhausto tras el paso de los Alpes, se llevaría toda la gloria él solo. O quizá temió que Aníbal volviera a pasar de largo y lo dejara con cara de tonto, como había hecho al cruzar el Ródano.

En lugar de aguardar en la orilla este del río Tesino, Escipión se arriesgó a atravesarlo fabricando un puente de pontones. Dos días después, al enterarse de que los cartagineses estaban cerca, tomó a sus jinetes y a la infantería ligera de los *velites* y avanzó para reconocer el terreno.

Era lo mismo que estaba haciendo Aníbal con su propia caballería. Ambas formaciones se divisaron, seguramente por la nube de polvo. Cuando ésta era ancha y espesa, delataba los movimientos de un ejército de infantería. En cambio, una polvareda más fina y alta revelaba la cabalgata de una columna de jinetes.

En lugar de retroceder para reunirse con el grueso de sus tropas, ambos generales decidieron atacar. Aníbal llevaba con él sus seis mil jinetes, mientras que Escipión tenía cuatro mil.

En cuanto a los *velites*, no sabemos cuántos acompañaban al cónsul, pero no le sirvieron de nada. Las batallas solían empezar con un intercambio de venablos y flechas entre la infantería ligera. Sin embargo, junto al río Tesino las cosas se precipitaron, y ambas caballerías cargaron la una contra la otra.

El combate que se trabó fue duro y al principio igualado, y los jinetes de ambos bandos llegaron a desmontar para luchar a pie. La batalla la decidió en este caso la superioridad numérica de la caballería de Aníbal. Sus jinetes nómadas pusieron en fuga a los *velites*, y después atacaron los flancos de la caballería del cónsul en una maniobra envolvente; la primera de muchas en esta guerra. El propio Escipión resultó malherido, y su hijo Publio, que tenía sólo diecisiete años, tuvo que salvarle la vida. Recordemos a este joven, porque desempeñará un papel

decisivo en esta historia.

Los romanos se retiraron a uña de caballo, dejando más de dos mil muertos en el campo de batalla. Aníbal los persiguió un trecho, pero al encontrarse con el río y con el puente de pontones destruido renunció a continuar.

Tesino fue un combate menor comparado con otras batallas de esta guerra, pero subió mucho la moral de las tropas de Aníbal. En cuanto a Escipión, lo desanimó tanto que en lugar de mantener la posición en el río retrocedió al este, hasta Placentia. Pero su ejército no cabía en la ciudad, de modo que se vio obligado a levantar un campamento cerca, en la orilla oeste del río Trebia.

Poco después llegó Aníbal y montó su base a unos diez kilómetros. Sin más dilación, el cartaginés desplegó a sus tropas, ofreciendo batalla a Escipión. Pero éste, fuese por su herida o porque se sentía desmoralizado, no aceptó y decidió esperar la llegada del otro cónsul.

Mientras tanto, las noticias del primer éxito de Aníbal se propagaron por la parte occidental del valle del Po y muchas tribus locales acudieron a unirse a él. Incluso las tropas galas que servían con Escipión desertaron de noche y se sumaron a los cartagineses. Su despedida fue sanguinaria: antes de irse, decapitaron a los romanos que dormían cerca de ellos en el campamento y se llevaron sus cabezas como siniestro trofeo.

Cuando los boyos enviaron embajadores a Aníbal para unirse a él, Escipión comprendió que su posición actual era insostenible, pues podía verse atacado por la espalda por las tribus galas. Poco antes de amanecer, se retiró al otro lado del río Trebia, cerca de un paso que atravesaba los Apeninos. Si la cosa se torcía todavía más, por allí podría cruzar las montañas y llegar hasta Génova. Ésta, aun siendo una ciudad de los ligures, había pactado una alianza con Roma.

Por suerte para él, Sempronio llegó al fin con sus dos legiones. Había recorrido mil ochocientos kilómetros desde Sicilia en tan sólo cuarenta días, toda una proeza. Ahora, pese a las bajas sufridas en Tesino, los romanos gozaban ya de superioridad numérica.

Pocos días después, una partida de saqueadores del ejército de Aníbal se topó con un destacamento romano, y lo que empezó como escaramuza subió de grado hasta convertirse en un combate en toda regla. Cada bando alimentó la lucha con más tropas, hasta que Aníbal comprendió que la situación se le estaba

escapando de las manos y ordenó retirada. La primera batalla la había vencido de forma imprevista, pero ahora no quería enzarzarse en otra sin antes preparar el terreno.

Aquella refriega, aunque de poca importancia, contó como victoria romana. Eso animó al cónsul recién llegado, que insistió en plantear una batalla campal. Escipión trató de disuadirlo, pero no lo consiguió. A algunos historiadores les extraña su actitud, pues hasta ese momento se había mostrado muy agresivo. Pero hay que tener en cuenta que seguía herido, lo que empeoraba su ánimo, y que había sido derrotado y humillado por Aníbal.

Para entonces, había llegado el solsticio de invierno. Los romanos tenían casi cuarenta mil soldados de infantería más cuatro mil de caballería. Aníbal, gracias a los refuerzos galos, contaba con veintiocho mil infantes, diez mil jinetes y más de treinta elefantes.

La batalla se libró en la orilla occidental del río Trebia, en un terreno plano que eligió el propio Aníbal y al que atrajo a Sempronio gracias a una incursión de sus jinetes núbidas. Los legionarios, siguiendo el señuelo, cruzaron casi al amanecer las aguas del río, que bajaban gélidas a esas alturas del año.

Cuando se vieron al otro lado del Trebia, los romanos estaban empapados y tiritando de frío. Frente a ellos se encontraban los cartagineses, desplegados, descansados y secos.

Lo sensato habría sido dar media vuelta y esperar una ocasión mejor. No obstante, la proverbial agresividad romana les hizo marchar contra el centro del ejército de Aníbal, formado por infantería gala a la que flanqueaban iberos y libios. Los galos, menos disciplinados, acabaron cediendo en ese punto, y tras un arduo combate los legionarios lograron romper sus filas.

Sempronio debió pensar entonces que estaba ganando la batalla. Pero cuando se dio la vuelta para estudiar la situación, a través de la lluvia que había empezado a caer vio que en los flancos las tropas aliadas y su caballería estaban llevándose una terrible paliza.

Para colmo, durante la noche Aníbal había emboscado a unos dos mil hombres mandados por su hermano Magón, ocultándolos entre las escarpadas orillas de un torrente de montaña. Cuando llegó el momento, atacaron la retaguardia romana, y los veteranos triarios se vieron obligados a entrar en combate sin apenas tiempo para prepararse.

Hostigado de esta manera, Sempronio decidió que no podía acudir en ayuda

de las unidades aliadas de los flancos. Con diez mil hombres, logró retirarse del campo de batalla manteniendo más o menos el orden. Puesto que les era imposible regresar a su base, se dirigieron a Placentia.

Mientras tanto, el resto de sus tropas fueron masacradas cuando intentaban cruzar el río y volver al campamento por donde habían venido. Quienes más muertes causaron fueron la caballería y los elefantes. Ésta fue, por cierto, la última batalla en la que participaron los paquidermos, pues los meses de invierno fueron muy crudos y acabaron con todos salvo uno.

Sempronio trató luego de vender la batalla como un empate, ya que había conseguido vencer al centro del ejército de Aníbal. Pero el recuento de muertos afirmaba otra cosa: los romanos habían perdido cerca de veinte mil hombres, mientras que las bajas de Aníbal eran muy inferiores y se habían producido sobre todo entre sus nuevos aliados galos, a los que había situado en el medio.

Como se ve, Aníbal y sus enemigos luchaban con tácticas muy distintas. Mientras que los romanos trataban de poner todo su empuje en el centro, Aníbal apostaba sus mejores tropas en los flancos. De ese modo, el propio impulso de los legionarios los metía en las fauces de una maniobra envolvente. Para su desgracia, Trebia no sirvió para que los romanos aprendieran la lección.

Tras su segunda victoria, el valle del Po se hallaba prácticamente en poder de Aníbal. Las tropas romanas que seguían allí estaban confinadas en las colonias de Placentia y Cremona, y no se atrevían a salir a forrajear por miedo a la caballería enemiga, de modo que tenían que recibir provisiones por medio de barcas que remontaban las aguas del gran río.

Durante el invierno, Aníbal dio descanso a sus tropas y siguió enviando embajadores a las tribus galas. También soltó a los prisioneros italianos que había capturado y los envió de regreso a sus ciudades sin cobrar rescate, con la condición de que entregaran su mensaje: él, Aníbal Barca el cartaginés, no había venido a conquistar, sino a liberar Italia del yugo romano.

Para conseguir que los italianos abandonaran la alianza con Roma, Aníbal tenía que acercarse a ellos viajando al sur. También sus aliados galos le presionaban en este sentido. Estaban deseando volver a Italia central, vengar ofensas muy recientes y de paso cobrar un suculento botín.

Así pues, en la primavera de 217 Aníbal se puso en marcha con unos

cuarenta y cinco mil infantes y diez mil jinetes. Si antes había cruzado los Pirineos y los Alpes, ahora tenía una nueva barrera ante él: los Apeninos, que dividían la península en dos partes. Podía atravesarles hacia la región costera de Piceno o ir directamente al sur a Etruria, con lo que amenazaría más de cerca la propia ciudad de Roma.

Fue esta última opción la que tomó. Pero el viaje resultó más penoso de lo que imaginaba. Aunque sortearon los Apeninos sin problemas, al bajar al llano se encontraron con que el río Arno se había desbordado y toda la región se hallaba empantanada. Pasaron tres jornadas enteras cruzando las ciénagas. El suelo estaba tan mojado que, para dormir, algunos hombres tendían sus mantas y colchonetas sobre los cadáveres de las bestias de carga que morían sobre la marcha.

El propio Aníbal sufrió una oftalmia, algún tipo de infección ocular cuyo diagnóstico es imposible precisar. Como resultado perdió la visión del ojo derecho. A esas alturas, viajaba a lomos del único elefante que les quedaba, un bravo ejemplar llamado *Sirio*.

Mientras tanto, en Roma acababan de elegir como cónsul al mismo Flaminio que había luchado unos años antes contra los insubres y al que Polibio llamaba «demagogo» por su actuación anterior como tribuno de la plebe. Su colega era Servilio Gémino.

Sabiendo que Aníbal sólo podía tomar las dos rutas que antes he comentado, el senado envió a Servilio a Arimino, en la costa del Adriático, mientras que Flaminio se dirigía a Arretio, en Etruria. El plan era averiguar lo antes posible qué camino tomaban los cartagineses y mandarse emisarios para reunir ambos ejércitos y luchar contra el invasor con dos ejércitos consulares.

Pero Aníbal fue más rápido de lo que esperaban y sobrepasó la posición de Flaminio sin que éste se diera cuenta. En cuanto el cónsul se enteró, envió un mensaje a Servilio y emprendió la persecución de los púnicos.

Lo que acababa de ocurrir revelaba un defecto del que por aquel entonces adolecía el ejército romano, muy descuidado a la hora de explorar el terreno. En gran parte era culpa de la caballería romana. Los *equites* que la formaban eran miembros de la clase superior adiestrados en una moral aristocrática de combate, y las tareas de exploración no iban mucho con ellos.

Polibio cuenta aquí que los tribunos militares pidieron a Flaminio que no

persiguiera a Aníbal. De nuevo, se trata de una prevención contra un personaje demasiado «democrático», por llamarlo de alguna manera, y que además era un *homo novus*, un advenedizo en la nobleza romana. Polibio era griego, por lo que los prejuicios de casta romanos no debían afectarle tanto. Pero sus informantes pertenecían sobre todo a familias nobles, como la de los Escipiones, y estaban mucho más dispuestos a disculpar las derrotas de los suyos que las de los «hombres nuevos».

En cualquier caso, el ejército consular siguió los pasos de Aníbal y encontró por doquier huellas de saqueo y destrucción, lo que incitó todavía más los deseos de luchar de los romanos. Tengamos en cuenta que los soldados de aquellas legiones todavía no habían luchado contra Aníbal y se encontraban deseosos de vengar las humillaciones sufridas por sus compatriotas. Se hallaban tan convencidos de su victoria que llevaban cadenas y grilletes para apresar a los guerreros enemigos y venderlos como esclavos.

Había sólo una jornada de viaje entre ambos ejércitos. La ruta que seguía Aníbal lo llevó el 20 de junio hasta el lago Trasimeno. Allí, el camino giraba hacia el este y discurría por un llano estrecho entre el agua y la ladera del monte, que estaba sembrada de bosques. Más allá de la curva donde ese sendero giraba de nuevo hacia el sur, Aníbal plantó su campamento.

Al atardecer del mismo día, el ejército de Flaminio llegó a las orillas del lago. Desde allí divisó el acuartelamiento cartaginés, pero era ya muy tarde para atacar y decidió pernoctar en el sitio.

El día 21 amaneció con bancos de bruma que se levantaban de las aguas del lago. Pese a la escasa visibilidad, Flaminio, que recordaba dónde estaban acampados los enemigos, ordenó acelerar el paso para sorprenderlos cuanto antes.

El ejército viajaba en orden de marcha, no de batalla. Eso significa que en vanguardia iban destacamentos de caballería romana y aliada más las tropas aliadas de élite conocidas como *extraordinarii* y que estaban a disposición directa del cónsul. Detrás venían la infantería aliada que formaba el ala derecha, las legiones propiamente romanas y, por último, las tropas del ala izquierda. Cada una de las legiones, a su vez, formaba en tres columnas de marcha, con los astados, los príncipes y los triarios caminando en paralelo de tal manera que bastaban unas rápidas órdenes de corneta para girar hacia la izquierda y dejar a los astados mirando al frente. De ese modo, el orden de marcha se convertía en orden de combate.

Las deficiencias del sistema de exploración romano volvieron a quedar al desnudo. Los romanos no solían tomarse la molestia de enviar jinetes muy adelantados, porque estaban convencidos de que a la luz del día un enemigo lo bastante numeroso como para suponer un auténtico peligro se divisaría desde muy lejos. Pero en esta ocasión los rayos de sol apenas conseguían atravesar la niebla.

Cuando la vanguardia de Flaminio llegó al punto donde el camino empezaba a subir, se topó con las tropas de Aníbal casi de repente. El cónsul debió de pensar que se trataba de la retaguardia, pero no tardó en salir de su error.

En ese momento sonaron trompetas que despertaron ecos metálicos por las frondosas laderas que flanqueaban la orilla norte del lago. A lo largo de toda la línea de marcha, los romanos se volvieron a su izquierda, perplejos y asustados. De entre los árboles y la bruma, como fantasmas, surgían miles de enemigos que los atacaban entre salvajes gritos de guerra.

¿Qué había ocurrido?

Después de plantar el campamento en la parte oriental del lago y percatarse de la llegada de los romanos por el lado oeste, Aníbal había decidido tenderles una emboscada. Lo que hizo demuestra el dominio que ejercía sobre sus tropas, porque la maniobra era muy complicada. Recordemos que una fallida marcha nocturna por un bosque había supuesto para Pirro la derrota de Malventum y el final de su aventura italiana.

Sin embargo, los hombres de Aníbal la llevaron a cabo a la perfección. Al amparo de la oscuridad y divididos en varias columnas, se alejaron del lago, rodearon las colinas y luego se internaron entre la espesura para tomar posiciones paralelas al camino y ladera arriba. Con la angostura del llano entre los árboles y la orilla, el paraje resultaba ideal para una emboscada.

Y en ella cayó todo el ejército romano: la trampa estaba tan bien diseñada que, cuando la vanguardia de Flaminio se topó con los iberos y los libios, la retaguardia había sobrepasado ya la posición donde se encontraba parte de la caballería de Aníbal, cerrando aquel cepo gigante.

Aunque habían sido sorprendidos en una posición indefendible y sin tiempo para desplegarse de forma apropiada, los romanos resistieron con fiereza. Flaminio, por su parte, intentó poner orden entre sus tropas. El problema fue que, montado a caballo, ataviado con la rica armadura propia de un cónsul y con su portaestandarte al lado, descollaba demasiado entre los demás. Un guerrero insubre llamado Ducario lo reconoció: Flaminio era el mismo cónsul que había derrotado a

su pueblo cinco años antes y había subyugado la Galia Cisalpina.

Ducario se abalanzó sobre él, seguido por más jinetes celtas. El *armiger* o escudero del cónsul se interpuso, pero él lo apartó a un lado y atravesó con su lanza a Flaminio. Sin embargo, no logró expoliarlo como pretendía, pues los triarios protegieron el cadáver de su general cubriéndolo con sus escudos.

Empeño vano, en cualquier caso. La pelea se prolongó durante tres horas, pero los romanos estaban condenados desde el primer momento. Los únicos que salieron bien parados fueron los de la vanguardia. Allí, unos seis mil hombres consiguieron abrirse paso entre los enemigos y huyeron de la trampa trepando por las laderas.

Sólo al llegar arriba y volver la vista atrás pudieron apreciar, entre los últimos retazos de niebla, la auténtica escala del desastre. Los romanos y sus aliados perecían a miles entre los árboles y el lago. Muchos abandonaban las armas y se refugiaban en el agua. Pero quienes tenían armas más pesadas se hundían y se ahogaban; otros llegaban tan sólo hasta donde el agua no les cubría, y allí eran presa fácil de la caballería enemiga, que se divertía decapitándolos como si segarán mieses.

Al darse cuenta de que sus siluetas se perfilaban en la cresta de la colina y podían ser avistados, los supervivientes de la vanguardia bajaron los estandartes y se apresuraron a huir y a refugiarse en una aldea cercana, ya que comprendían que no podían hacer nada por ayudar a sus compañeros.

Horas después, Aníbal envió a perseguirlos a Mahárbal, jefe de su caballería. Mahárbal consiguió que le entregaran las armas con la promesa de dejarlos marchar, pero cuando lo hicieron los apresó y los llevó con los demás. Como había hecho antes, Aníbal soltó a los prisioneros que no eran romanos y los envió de vuelta a casa: él también sabía aplicar el lema «Divide y vencerás».

La batalla de Trasimeno acabó en otro completo desastre para los romanos. Quince mil hombres murieron y otros tantos cayeron prisioneros. Aníbal sólo perdió mil quinientos soldados, en su mayoría galos. Era una cifra de bajas aceptable. Aun así, considerando que la emboscada había salido a la perfección y los romanos estaban condenados desde el principio, esos mil quinientos muertos demostraban que se habían resistido con uñas y dientes.

Como las desgracias nunca llegan solas, los romanos sufrieron otro revés en

los días siguientes. El cónsul Gémino, que marchaba a toda prisa para reunirse con Flamínio, había enviado a sus jinetes por delante. Estos cuatro mil hombres sufrieron otra emboscada de Mahárbal. Los que no perecieron cayeron prisioneros. De golpe, el segundo ejército consular se había quedado cojo, privado de su caballería.

Es comprensible que la alarma cundiera en Roma. Estaban acostumbrados a sufrir derrotas, pero no tres seguidas. Pirro les había vencido dos veces, y al menos ellos habían conseguido infligirle tantas bajas como para convertir en proverbial la expresión «victoria pírrica». Pero a Aníbal apenas conseguían hacerle mella: la mayoría de sus muertos eran celtas a los que podía reemplazar fácilmente con el señuelo del botín y el odio que sentían por los romanos.

En aquel momento, nada se interponía entre Roma y el ejército enemigo, ya que las tropas de Gémino se hallaban al norte. Sin embargo, Aníbal no atacó la ciudad, sino que cruzó los Apeninos de nuevo y se dirigió hacia el este, a Piceno. ¿Por qué no siguió hasta Roma entonces?

Su ejército necesitaba un descanso. Tras las penalidades del paso de los Alpes, la travesía de los pantanos y las diversas batallas, las monturas estaban afectadas de sarna y los hombres de escorbuto. A orillas del Adriático, los soldados se repusieron con una alimentación adecuada y curaron las llagas de los caballos bañándolos con vino. Aníbal también aprovechó para equipar a su infantería libia con las armas arrebatadas a los romanos.

Mientras tanto, el senado decidió que la ocasión requería tomar medidas de urgencia y nombró dictador a Fabio Máximo.

Ya hemos visto que el dictador era un magistrado excepcional, pues su cargo sólo duraba seis meses y no tenía un colega de su mismo rango que pudiera vetarlo. A cambio, su lugarteniente era el *magister equitum* o jefe de la caballería. La razón era que el dictador debía compartir el destino de los soldados de infantería, y por eso tenía prohibido montar a caballo: el *magister equitum* mandaba a los jinetes por él.

Sin embargo, a estas alturas y con escenarios bélicos situados a cientos de kilómetros y frentes de batalla que se extendían miles de metros, aquella norma arcaica resultaba un anacronismo y un inconveniente, y se derogó.

Fabio Máximo tenía ya cerca de sesenta años, para entonces había sido

cónsul dos veces y dictador otra, y había participado en la embajada que ofreció la guerra a Cartago. Ahora, tras nombrar como jefe de caballería a Minucio Rufo, Fabio ordenó una nueva leva.

Sumando aquellas fuerzas a los hombres del cónsul Gémino, disponía de unos cuarenta mil hombres. Pero andaba muy corto de caballería, y su infantería carecía de calidad suficiente: muchos soldados eran bisoños, mientras que otros eran supervivientes de las derrotas ante Aníbal, lo que rebajaba mucho su moral.

Tras llevar a cabo todas las ceremonias religiosas con escrupuloso cumplimiento —en Roma se dijo que Flaminio las había descuidado y por eso él y sus hombres habían perecido—, Fabio Máximo se puso en camino, buscando a Aníbal.

Éste, ya repuestos sus hombres, había dejado el Piceno para dirigirse al suroeste. Cerca de un pueblo llamado Ecas, el ejército de Fabio Máximo se presentó y acampó a unos kilómetros de distancia.

Al verlo, Aníbal desplegó sus tropas y le ofreció batalla, confiado en derrotar por cuarta vez a los romanos. Pero éstos no abandonaron la seguridad de su empalizada, ni ese día ni al siguiente ni al otro.

En aquel tiempo, a no ser que uno cayera en una emboscada como la del lago Trasimeno, las batallas se libraban por una especie de consenso, con ambos ejércitos desplegados en un llano. Puesto que Fabio se negaba a salir de su campamento, Aníbal no podía atacarlo, ya que habría perdido miles de hombres en las fosas, terraplenes y empalizadas que lo rodeaban.

Cuando comprobó que Fabio no quería combatir, Aníbal volvió a ponerse en marcha y saqueó las comarcas que atravesaba. De esa manera, pretendía demostrar a los aliados de Roma que ésta ya ni siquiera tenía capacidad para defender sus campos. Sin embargo, por el momento no consiguió que nadie abandonara la causa romana para unirse a él: los lazos políticos de Roma, o el temor que despertaba entre sus aliados, eran todavía muy fuertes.

Fabio siguió en todo momento a Aníbal, marchando en paralelo con él y atacando a grupos aislados, siempre desde terrenos más altos para estar en ventaja. Debido a esta táctica los propios romanos llamaron a su dictador *Cunctator*, «el que se retrasa», pero también «el precavido», según el matiz que se quiera interpretar.

En una ocasión, Fabio estuvo a punto de atrapar a Aníbal. Cerca del campo de Falerno, una zona de Campania famosa por sus vinos, el dictador ocupó con

cuatro mil hombres las alturas de un paso que tenía que atravesar Aníbal. Éste ordenó a su oficial de logística, Asdrúbal, que consiguiera dos mil bueyes y les atara ramas a los cuernos. Después ordenó a los soldados cenar y dormir durante las últimas horas de la tarde.

Ya de noche, al final de la tercera guardia, los boyeros prendieron fuego a las ramas atadas a los cuernos y llevaron a los animales ladera arriba, escoltados por soldados de infantería ligera armados con picas.

Al ver las luces, los romanos emboscados en las alturas pensaron que se trataba de una columna de marcha y corrieron por las crestas para atacarlos. Para su sorpresa, se encontraron con los bueyes y con los piqueros, y se entabló una furiosa refriega entre los peñascos.

Mientras tanto, el grueso del ejército de Aníbal entró en silencio en el desfiladero y logró salir del paso, ya que el punto estratégico que lo dominaba había sido abandonado por sus defensores. Poco después de llegar al otro lado, se hizo de día. Al volver la vista atrás y ver a sus soldados en las alturas, luchando todavía con los romanos, Aníbal envió una partida de iberos en su ayuda. Juntos, derrotaron a los enemigos y se reunieron con los demás fuera del desfiladero.

Aníbal había demostrado su astucia y había salido del aprieto con todo el botín cobrado en Campania, bueyes incluidos. Aquello resultó muy humillante para los romanos, que empezaron a criticar a Fabio. Ya no sólo lo llamaban *Cunctator*, sino también «el pedagogo de Aníbal», refiriéndose al esclavo que acompañaba a los niños a la escuela cargando con sus tablillas y su almuerzo.

Llevados por su impaciencia y su irritación, los romanos tomaron una medida sin precedentes y concedieron a Minucio Rufo, el *magister equitum*, los mismos poderes que al dictador. Era como si, de hecho, los hubieran convertido a ambos en cónsules. La razón fue que Minucio había conseguido una pequeña victoria en una escaramuza a la que los romanos, hambrientos de noticias positivas, otorgaron mucha más importancia de la que en realidad tenía.

Minucio, cansado también de las contemplaciones de Fabio, decidió actuar cuanto antes. Pero no tardó en caer en una emboscada. En ella perecieron muchos hombres, y si no perdió a todo su ejército fue por la oportuna llegada de los soldados del dictador, que les cubrieron la retirada.

Agradecido y avergonzado, Minucio entregó el mando a Fabio y lo saludó como padre. Teniendo en cuenta que los padres romanos poseían sobre sus hijos el *ius vitae necisque*, «derecho de vida y muerte», significaba que se ponía en sus

manos. Del mismo modo, ordenó a sus hombres que se dirigieran a los de Fabio como patronos, indicando con ello que eran como esclavos liberados que les debían gratitud.

UNA BATALLA MEMORABLE

En diciembre de 217, el mandato de Fabio expiró. Él y Minucio volvieron a Roma y dejaron el ejército en manos del cónsul Gémino y de Régulo, que había sido elegido para sustituir al difunto Flaminio.

Lo que había hecho Fabio, retener a sus tropas para evitar un combate frontal contra Aníbal, iba contra el *ethos* guerrero de los romanos y contra el instinto agresivo que mamaban desde niños. En su momento fue muy criticado, a pesar de que la posteridad y los historiadores lo alabaron por su prudencia.

Después de tres derrotas seguidas, la táctica contemporizadora de Fabio permitió a los romanos reponer fuerzas. Ahora tenían de nuevo un ejército doble, que además había ganado experiencia con las marchas y moral con algunas escaramuzas.

Por otra parte, las tropas de Cneo Cornelio Escipión habían conseguido algunos éxitos en España, sobre todo en la batalla de Cisa, no muy lejos de Tarragona. Allí, Cneo mató a seis mil enemigos y tomó prisioneros a otros dos mil. Entre ellos estaba Indíbil, caudillo de los ilergetes —tribu que dio su nombre a Lérida—. Crecidos por esta victoria, los romanos le enviaron refuerzos, mandados por su hermano Publio, que ya se había repuesto de la herida recibida en la batalla de Tesino.

La situación para Aníbal no era del todo buena. Aunque había conseguido vencer por tres veces, los aliados no abandonaban la República, y él empezaba a sufrir problemas de suministros.

Conscientes de ello, los romanos decidieron que era el momento de volver a enfrentarse a él en una batalla decisiva. Hasta entonces, habían intentado combatir con dos ejércitos consulares juntos, pero no lo habían conseguido. En 217, Aníbal había derrotado y herido a Publio Escipión antes de que llegara su colega

Sempronio, y al año siguiente Flaminio había muerto en la emboscada del lago Trasimeno antes de recibir la ayuda de Gémino.

Eso no volvería a ocurrir. Los dos cónsules elegidos a principios de año — para ellos, el mes de marzo— fueron Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varrón. El primero había sido ya cónsul en 219 y había luchado en Iliria. Varrón, por el contrario, era un *homo novus*, como el difunto Flaminio.

El ejército que llevarían iba a ser un monstruo, un auténtico *juggernaut*. Por primera vez en la historia de Roma, el senado decretó el alistamiento de ocho legiones juntas, cuatro por cada cónsul. Asimismo, cada legión disponía del máximo de efectivos, cinco mil soldados de infantería más trescientos de caballería, lo que suponía más de cuarenta mil hombres.

Como siempre, se exigió a los aliados que aportaran unidades equivalentes, más fuerzas de caballería superiores. El resultado fue un ejército de ochenta mil infantes y seis mil jinetes, que debía enfrentarse contra los cuarenta mil infantes y diez mil jinetes de Aníbal.

Un ejército tan numeroso —hablamos de cifras fiables esta vez, no de fantasías como las de Heródoto sobre los más de dos millones de persas de Jerjes— suponía serios problemas de logística.¹⁹ Por eso, los romanos no podían permitirse el lujo de tenerlo seis meses movilizado sin combatir, como había hecho Fabio.

Eso demuestra que estaban decididos a acabar de una vez por todas con Aníbal. Y, puesto que sabían que no podían superarlo en astucia, como demostraban la emboscada de Trasimeno y la treta de los bueyes con las antorchas, resolvieron aplastarlo recurriendo a su especialidad, la fuerza bruta, y a sus valores como pueblo, el coraje y la agresividad.

Era una ocasión excepcional, y lo sabían. Por eso los tribunos de cada legión obligaron a sus hombres a prestar el *sacramentum*, el juramento que hasta entonces había sido voluntario: «Nunca abandonaré las filas por miedo ni para huir, sino tan sólo para recuperar o conseguir un arma, matar a un enemigo o salvar la vida a un compañero».

Casi el 30 por ciento de los senadores formaban en aquel ejército, en el que además se habían alistado muchos de sus hijos. Entre los tribunos militares, que normalmente eran jóvenes aristócratas que empezaban su carrera, había muchos veteranos ya talluditos, y bastantes de ellos habían sido pretores o cónsules. Incluso Minucio, que había sido el *magister equitum* de Fabio Máximo, servía

como tribuno.

En esta ocasión, los nobles romanos demostraron que no sólo luchaban por la gloria, sino que, cuarentones y cincuentones incluso, podían asumir mandos inferiores a los que habían ostentado antes por servir a su patria.

Aníbal había pasado el invierno en Gerunio, cerca del espolón que le brota a la bota italiana por encima del tacón. En verano abandonó este lugar y se dirigió a la comarca de Apulia, al sureste. Allí, sin que nadie lo molestara, tomó una pequeña ciudadela junto al río Aufido.

El lugar no poseía gran importancia, pero en él se encontraba un gran depósito de provisiones almacenadas por los romanos. Gracias a ellas, Aníbal pudo dejar de enviar durante un tiempo partidas de forrajeo, actividad que siempre resultaba peligrosa: los forrajeadores podían caer en emboscadas, y apartarlos del grueso del ejército dividía las fuerzas.

Las tropas de los dos cónsules no tardaron en llegar allí desde el norte, y montaron dos campamentos al otro lado del río Aufido. La visión de un ejército tan enorme sembró cierta inquietud entre los cartagineses. Un oficial llamado Giscón comentó que nunca había visto una hueste tan grande, a lo que Aníbal respondió: «Pues ya ves, seguro que con todos los que son ninguno se llama Giscón». No está muy claro si se trataba de un chiste o quería decir que aquellos ochenta y seis mil hombres valían menos que cualquier cartaginés, pero su comentario suavizó la tensión.

Pasaron unos días sin que se planteara la batalla. Los dos cónsules ejercían el mando en días alternos, pero discutían los dos planes entre sí. Según el relato de los historiadores, Paulo prefería una táctica prudente y no le convencía el terreno de las inmediaciones porque era demasiado llano, lo que favorecía a la caballería. En cambio, Varrón quería luchar como fuera. He matizado «según el relato» porque Varrón, como *homo novus*, cargaba con las antipatías de los nobles romanos cuyas crónicas surtieron luego de material a autores como Polibio o Tito Livio.

El 1 de agosto, Aníbal desplegó a sus tropas para ofrecer batalla. Paulo, que estaba al mando ese día, la rehusó. Para provocarlo, Aníbal envió a los jinetes nómadas a hostigar a los esclavos romanos que cogían agua en el río, pero no consiguió nada.

Al día siguiente, 2 de agosto, Varrón tomó el mando. Él sí quería combatir, pero no en la llanura más cercana al campamento, sino al otro lado del río. Allí podían cubrir su flanco izquierdo con el propio Aufido y el derecho con las elevaciones al norte de la ciudadela abandonada. No eran precisamente montañas, pero aquel terreno resultaba menos propicio para la caballería y podía evitar que Aníbal realizara una maniobra envolvente por ese lado. A lo que más temían los romanos era a su caballería, cuerpo en el que los cartagineses gozaban de superioridad numérica.

Al amanecer, el ejército cruzó el río y empezó a desplegarse. Junto a las colinas, protegiendo su ala izquierda, Varrón se apostó con la caballería aliada, tres mil seiscientos hombres. En la derecha, pegados a la orilla del Aufido, estaban los dos mil cuatrocientos jinetes romanos bajo el mando del otro cónsul, Paulo. Y en el centro, el grueso del ejército, formado por las ocho legiones y las ocho *alae* aliadas.

Dentro de las legiones, los manípulos formaron como siempre, en triple línea: astados, príncipes y triarios. Pero esta vez lo hicieron en una formación mucho más apretada. Si en otras ocasiones constaban de ocho o diez líneas de fondo, ahora redujeron el frente a cinco hombres y dieron a cada manípulo una profundidad de veintinueve líneas. Considerando que había manípulos de astados, príncipes y triarios, toda la formación tenía setenta y cuatro líneas de profundidad y cubría un frente de poco más de un kilómetro.

Era un despliegue insólito. En la batalla, tan sólo combatían realmente los hombres de las primeras líneas. ¿Para qué acumular tanta gente atrás? Algunos podrían lanzar sus *pila* sobre las cabezas de sus compañeros, pero tan sólo en los manípulos de los astados, y como mucho los de las cinco primeras filas.

Los expertos han buscado razones de índole psicológica. Incluso en el combate del siglo XX se ha observado que los hombres tienden a agruparse buscando la tranquilidad que brinda tener cerca a los semejantes. Durante mi servicio militar en infantería, recuerdo la típica orden de «¡Dispersión!» en la instrucción de combate. Sin embargo, nos juntábamos en grupos de cinco o seis, pese a saber que éramos mucho más vulnerables a una ametralladora o una granada virtuales..., o a un arresto real.

En páginas anteriores hemos hablado muchas veces de la agresividad de los romanos y de su *ethos* guerrero. Pese a todo, no deja de ser una generalización. Muchos de los jóvenes y no tan jóvenes que formaban en esas legiones se sentían

aterrorizados ante la perspectiva de enfrentarse al enemigo.

Los tratadistas antiguos recomendaban poner en la primera fila a los hombres más valientes para que lucharan, pero también en la última para evitar que los demás pudieran escapar. En el ejército romano ésa era una función de los *optiones*, los mandos inmediatamente inferiores en rango a los centuriones. Éstos, por su parte, luchaban en la primera fila.

En una formación tan profunda como la que ordenaron Varrón y Paulo, los soldados de coraje más dudoso estarían rodeados por camaradas, lo que aumentaría al mismo tiempo su valor y la vergüenza de que los demás los vieran flaquear o tratar de huir. Era una forma de mantener por más tiempo la moral de todo el ejército, con la idea de que la del adversario se quebrara antes. Pues el miedo es una emoción que se contagia colectivamente con tanta rapidez como los impulsos de odio y agresión, o como la euforia del triunfo.

Por otra parte, desde el punto de vista táctico una formación profunda ofrecía ciertas ventajas. Una columna avanza más rápido y en línea más recta que una fila extendida. Además, de ese modo, el empuje de las legiones era más intenso y concentrado: lo que querían los romanos era romper el centro enemigo. Sabían que se hallaban en inferioridad en caballería, pero pensaban resistir el tiempo suficiente para que las ocho legiones y las ocho *alae* —dieciséis legiones a todos los efectos— no sólo superaran a la infantería adversaria, sino que la destrozaran.

En las mentes de los cónsules y también en sus arengas debieron conjugarse mucho los equivalentes latinos de los verbos «machacar», «aplastar», «laminar». Su idea no era abrir una brecha entre las unidades de Aníbal, sino pasarles por encima como una apisonadora. Después, ya se encargarían de la caballería enemiga, que no tendría nada que hacer contra unas formaciones cerradas, erizadas de lanzas y de *pila* y con la moral muy alta tras su victoria.

Cuando las legiones cruzaron el río y empezaron a desplegarse, Aníbal aceptó el desafío e hizo lo propio. Los romanos pudieron ver cómo frente a los jinetes latinos de Varrón, en el ala derecha de las tropas enemigas, se apostaba la caballería nómada mandada por Mahárbal. En el ala izquierda, para luchar contra los *equites* romanos de Paulo, estaban los jinetes celtas e hispanos, con armamento más pesado que los nómadas.

Entre ambas caballerías se extendía la infantería, los galos en el centro y los hispanos a ambos lados. Para cubrir el mismo frente que los romanos, que los superaban en número, Aníbal los dispuso en una línea larga y delgada, con tan sólo cuatro o cinco filas de profundidad.

Todo se hallaba dispuesto. El sol había subido ya y empezaba a apretar de firme, pues se encontraban en plena canícula. En la llanura había más de ciento veintiséis mil hombres —los romanos habían dejado diez mil para guardar el campamento— y dieciséis mil caballos.

Obedeciendo las señales de las trompetas y los estandartes, ambos ejércitos empezaron a avanzar.

En ese momento ocurrió algo extraño. En lugar de caminar al mismo ritmo que las demás, las unidades de galos situadas en el centro de la línea púnica se adelantaron, formando poco a poco una media luna. Era allí, en el medio, donde la formación de Aníbal se había roto en la batalla de Trebia. Ahora era de esperar que ocurriera lo mismo, puesto que en esa zona estaban las mejores legiones romanas.

Los romanos se preguntaron qué pretendía Aníbal con aquella maniobra. ¿Pasar cuanto antes por el amargo trance de ver aplastado el corazón de su formación? ¿O era fruto de la impaciencia de los guerreros celtas?

Mientras las unidades pesadas avanzaban lentamente, haciendo retemblar el llano con sus pisadas, la infantería ligera de ambos ejércitos se adelantó. Durante unos minutos intercambiaron proyectiles y se libraron algunos combates individuales entre ellos. Aquellos movimientos y el avance de los demás levantaron las primeras polvaredas, lo que dificultaba la visibilidad. En realidad, los soldados romanos que estaban por detrás de las primeras filas ni siquiera debían ver al enemigo, sólo un bosque formado por las plumas que coronaban los cascos de sus propios compañeros.

Normalmente, el enfrentamiento entre ambas infanterías ligeras no resolvía nada. ¿Por qué se producía, entonces?

En cierto modo era un ritual, pero no se trataba sólo de eso. Estas tropas veloces no resultaban aptas para el choque cuerpo a cuerpo, pero podían hostigar con sus proyectiles a la infantería pesada y acercarse lo suficiente como para hacer puntería y matar a bastantes soldados de las primeras filas si no andaban con cuidado. Por eso, todo ejército debía disponer de infantería ligera para contrarrestar la del enemigo.

Tras estos preliminares, las tropas ligeras se retiraron: algunos se colaron

entre los huecos de las primeras filas y otros acudieron a las alas para reforzar la caballería.

Después, Asdrúbal se lanzó a la carga con la caballería hispana y gala, y el cónsul Paulo hizo lo propio con los *equites* romanos. En otras ocasiones, se producían maniobras con embestidas y retiradas alternativas, pero esta vez los escuadrones chocaron de frente. El combate se trabó, y muchos de los jinetes desmontaron y lucharon cuerpo a cuerpo. Aunque los romanos pelearon con coraje, los enemigos eran más y poco a poco los hicieron retroceder hasta el río.

En el otro flanco, el cónsul Varrón y la caballería aliada se enfrentaron a los números. Allí la lucha presentó otra índole muy distinta. Los números galopaban en pequeños escuadrones, montando a pelo y manejando a sus caballos con las rodillas mientras lanzaban sus jabalinas contra los enemigos. Tras disparar volvían grupas al instante y, entre burlas y provocaciones, se retiraban antes de que los pudieran alcanzar.

De momento, más que causar graves daños, esos ataques molestaban a Varrón y sus hombres. El cónsul podría haber perseguido a los números, pero se conformó con mantener la posición: su misión era proteger el flanco izquierdo, y era lo que estaban haciendo.

Mientras la caballería luchaba en ambos lados con suerte dispar, las legiones y las *alae* siguieron avanzando. Debido a lo profundo de su formación, los manípulos eran casi columnas, de modo que caminaban más rápido de lo habitual. En cambio, la primera línea de Aníbal, con aquel centro que se había adelantado a los demás, refrenó el paso y se quedó quieta para recibir la embestida.

Antes del choque, los astados de las primeras filas romanas lanzaron sus *pila*, hiriendo a bastantes enemigos e inutilizando muchos escudos. Al mismo tiempo, recibieron andanadas de venablos, entre ellos el temible *saunion* ibérico, un proyectil forjado por completo en hierro. Los dardos de los enemigos contaban con una ventaja: se había levantado un viento local, el *Volturnus*, que arrojaba polvo contra los ojos de los romanos y al mismo tiempo frenaba sus proyectiles e impulsaba los del ejército cartaginés.

Tras soltar los *pila*, los legionarios desenvainaron las espadas y se lanzaron a la carga entre gritos de guerra.

Pese a que la formación de celtas e hispanos era mucho menos profunda, a la hora de la verdad tan sólo podían usar sus lanzas y sus espadas los hombres que estaban en la primera fila, por lo que el ejército cartaginés resistió la primera

embestida.

Los galos del centro, al estar más adelantados, chocaron antes que los demás. Los guerreros celtas enarbolaban sobre sus cabezas sus largas espadas de doble filo, lanzando tajos de arriba abajo. Los legionarios levantaban sus escudos para detener los golpes y, agazapándose, trataban de estoquear a sus enemigos en las piernas o en las ingles.

Aunque los galos eran en promedio más altos que los romanos, éstos podían ver por detrás de sus cabezas las figuras de los oficiales que cabalgaban tras sus líneas. Allí estaban el propio Aníbal y su hermano Magón, dando instrucciones y ánimos a sus tropas.

Pero, a pesar de estos ánimos, tras breves pausas seguidas de nuevas cargas, los hombres de Aníbal empezaron a retroceder. Quizá la causa era la idiosincrasia de los guerreros galos, que se batían con denuedo en los primeros minutos de la batalla, pero luego se desanimaban si veían que tardaban en vencer. (Esto aseguraban los autores romanos; puede tratarse del típico cliché despectivo sobre otro pueblo, por supuesto).

El retroceso de esta vanguardia hizo que se rompiera la figura de la media luna. Los romanos siguieron presionando, y ahora el centro del ejército de Aníbal retrocedió tanto que la forma cóncava del principio se convirtió en convexa.

A esas alturas, todo el frente había entrado en contacto. Más de mil metros de gritos, empujones, tajos, estocadas, clangor de hierro contra hierro, sangre, vísceras y nubes de polvo. Sin embargo, donde más presión seguía produciéndose era en el medio, y allí los romanos estaban venciendo, tal como esperaban. El propio cónsul Paulo dejó a sus jinetes peleando a orillas del río y acudió cabalgando para exhortar a sus hombres, pues sabía que la victoria se estaba jugando en el centro del tablero.

Poco a poco, los huecos entre los manípulos desaparecieron, conforme más y más tropas romanas y aliadas convergían en el medio para incrementar el impulso y terminar de romper las líneas enemigas.

Y por fin lo consiguieron. Los galos cedieron en muchos puntos, se dieron la vuelta y echaron a correr. Entre gritos de victoria, los jóvenes astados los persiguieron. Muchos de los que habían reservado sus *pila* los lanzaron o se los pasaron a los camaradas adelantados para que practicasen el tiro al blanco con las espaldas de los celtas.

Fue entonces cuando esos primeros hombres, al sobrepasar la línea rota de

los galos, pudieron ver parte del campo de batalla que hasta entonces les había permanecido oculta. Y se llevaron una inquietante sorpresa.

A ambos lados había dos formaciones de infantería que hasta entonces no habían entrado en liza. En lugar de estar desplegadas hacia el frente, formaban en perpendicular, dos columnas que dibujaban entre ellas un ancho pasillo.

Eran los soldados de la infantería pesada libia, unos diez mil hombres en total. Perfectamente alineados y descansados, al recibir la orden de Aníbal giraron noventa grados en el sitio, unos a la derecha y otros a la izquierda, de tal manera que se quedaron mirando al centro de aquel pasillo por el que los legionarios seguían entrando en tropel.

A esas alturas, el puro apelotonamiento había desorganizado a los romanos. Mientras los que se encontraban en los flancos se giraban para hacer frente a la nueva amenaza de los libios, por detrás de aquella formación de más de setenta filas los soldados seguían avanzando y empujando, ignorantes de lo que ocurría y convencidos de que la victoria estaba cerca.

Todo había sido una trampa, una inmensa ratonera preparada por el genio táctico de Aníbal. El centro adelantado no era más que un señuelo para atraer allí la presión de los romanos y conseguir que poco a poco apretaran aún más sus filas formando una gigantesca cuña. Para tender ese cebo había sacrificado a muchos galos, pero gracias a eso los romanos habían entrado por su propio pie en la boca del lobo.

Y ahora las fauces plagadas de colmillos empezaban a cerrarse.

Incluso las tropas celtas e iberas de la primera fila, que habían soportado lo peor del combate y sufrido miles de bajas, se recompusieron y volvieron al ataque. En cuestión de minutos, los romanos quedaron embolsados por tres lados.

Tan sólo los que estaban en contacto directo con el enemigo sabían lo que pasaba, o al menos lo sospechaban. Pero incluso algunos de ellos cayeron en la confusión. Aníbal había equipado con armamento romano a buena parte de los infantes libios. Entre la polvareda y el griterío, muchos legionarios creyeron que los soldados que venían hacia ellos eran camaradas, y no salieron de su error hasta que les clavaron las lanzas.

La situación en el núcleo de aquella enorme masa humana debía de ser muy distinta. Imaginemos una manifestación, la salida de un partido de fútbol o una hora punta en el metro: muchos hombres apenas veían sobre sus cabezas, y empujaban y eran empujados sin saber lo que pasaba, quizá convencidos de que los

empellones eran una molestia pasajera y de que todavía estaban ganando la batalla.

Toda coyuntura es susceptible de empeorar, y la de los romanos lo hizo. Junto a la orilla del río, la caballería hispana y gala de Asdrúbal había terminado de destruir y poner en fuga a la romana. Después, volvió grupas hacia la derecha y cabalgó en ayuda de los númidas que luchaban contra Varrón y los aliados.

El cónsul, al ver que los atacaban por la espalda, comprendió que se iban a encontrar atrapados entre los númidas de Mahárbal por un lado y los jinetes de Asdrúbal por otro. Eso significaba su aniquilación segura, así que antes de que los acorralaran dio orden de retirada, y él y sus hombres huyeron del campo de batalla. En ese momento, los romanos ya no disponían de caballería.

Asdrúbal dejó que Mahárbal se encargara de la persecución con los veloces númidas, expertos en esas lides. Después, siguiendo las instrucciones recibidas antes de la batalla, ordenó a sus hombres que cargaran contra la retaguardia de las legiones.

De pronto, los veteranos triarios, que no esperaban entrar en combate, oyeron gritos y relinchos a su espalda. Al volverse, descubrieron que los escuadrones de caballería pesada hispana y gala embestían contra ellos entre nubes de polvo.

La trampa, que hasta entonces tenía tres lados, terminó de cerrarse por el cuarto. Los romanos seguían siendo más que sus enemigos, pero de poco les valía su superioridad numérica. Tan sólo los que estaban en contacto directo con el enemigo podían luchar, pero lo hacían en completo desorden y no podían retroceder porque a la espalda se topaban con una masa compacta formada por sus compañeros. En cambio, los hombres de Aníbal disponían de sitio de sobra y podían recular, tomar aire o dejar que otros compañeros los sustituyeran en la labor.

Porque de una siniestra labor se trataba ahora. Los romanos se habían convertido en atunes atrapados en una almadraba, y sus enemigos en atuneros que los masacraban a golpe de arpón.

Antes no mencioné el nombre de la ciudadela en la que se encontraba el depósito de víveres.

Por supuesto, era Cannas.

La batalla de Cannas, la obra maestra de Aníbal. Una maniobra envolvente

doble, la perfección suprema, la aniquilación definitiva del ejército adversario. Una batalla que se ha estudiado como ejemplo en las academias militares de Occidente a través de los siglos.

Pero, tras la brillante táctica de Aníbal, ahora venía la parte más siniestra.
La matanza.

Cuando el sol se hundió en el horizonte, la llanura se había convertido en un enorme cementerio. Cincuenta mil soldados romanos y aliados yacían muertos sobre el polvo o en confusas montoneras sobre los cadáveres de sus camaradas.

No es un detalle que haya encontrado en ningún libro o artículo sobre la batalla, pero estoy convencido de que la mayoría de esos cadáveres no presentaban heridas de lanzas o espadas. Si las tenían, las habían recibido después de muertos. Enseguida me explicaré.

El experto Peter Connolly, conocido por sus magníficas ilustraciones, afirma que si murieron tantos legionarios fue porque debieron romper las filas y huir. De haberse mantenido en el sitio y luchado hasta el último momento, sostiene él, no habrían perecido tantos hombres.

Es cierto que la mayoría de las bajas se producían en el último momento, cuando los contendientes de un bando rompían filas, arrojaban los escudos y huían despavoridos.

Sin embargo, creo que en Cannas las cosas ocurrieron de otro modo. Allí no había retirada: tan sólo diez mil hombres lograron escapar, pero una vez que se cerró del todo la trampa los demás quedaron encerrados.

En los bordes exteriores de aquella enorme masa humana en que se había convertido el doble ejército consular, los soldados luchaban y morían o mataban por las armas.

Pero en el interior, miles de romanos y aliados debieron de perecer aplastados unos contra otros, casi sin darse cuenta, sin comprender tan siquiera lo que estaba ocurriendo.

La razón es la llamada «asfixia compresiva». En grandes multitudes que se aglomeran contra un obstáculo como una pared o unas vallas, unas personas se aprietan tanto contra otras que sus propias costillas les comprimen la caja torácica impidiéndoles tomar aire. En el caso de Cannas, la pared estaba formada por los escudos, las espadas y las lanzas de los soldados de Aníbal.

Por desgracia, podemos encontrar paralelismos cercanos. En 1964, en el estadio de Lima perecieron trescientas dieciocho personas aplastadas y asfixiadas. En 1985, en el de Heysel murieron treinta y nueve personas ante las cámaras justo antes de la final de la Copa de Europa entre el Liverpool y la Juventus. Cuatro años después, en el estadio de Hillsborough murieron noventa y seis, todos ellos hinchas del Liverpool. Más cerca en el tiempo, veintiuna personas perdieron la vida en la *Loveparade* de Duisburg, en Alemania. Y la lista es mucho más larga.

Por los estudios periciales sobre estas tragedias, se calcula que la fuerza que puede actuar comprimiendo las costillas de una persona atrapada entre estas aglomeraciones es de casi quinientos kilos. En desgracias así, las pilas de cadáveres han llegado a alcanzar los tres metros de altura: imaginemos el peso que sufren quienes quedan debajo.

Para comprender lo que debieron experimentar los soldados romanos, traduzco a continuación los recuerdos de William Mason, un escocés que tenía dieciocho años en 1971, cuando se produjo uno de estos desastres en Ibrox Park. El equipo local, los Rangers de Glasgow, jugaba contra los Celtics:

Bien pasado el pitido final, mis cinco compañeros y yo nos dirigimos hacia la salida de la escalera 13. Como era habitual por aquel entonces, sobre todo en partidos importantes, había mucha aglomeración en la parte superior de las escaleras.

Cuando empecé a bajar, noté cómo mis pies se despegaban del suelo por la presión de la multitud. Eso también era habitual, pero cuando había recorrido la cuarta parte del trayecto empecé a caer hacia delante lentamente.

La aglomeración empezó a ser insoportable, hasta que cuando estaba a mitad de camino la multitud dejó de moverse, pero la presión continuaba.

Yo estaba atrapado, empezaban a aplastarme y me encontraba en posición casi horizontal. Aun así, me las arreglé para liberar la parte superior del pecho y conseguí al menos respirar.

A mí alrededor oía gritos y sollozos, pero conforme pasó el tiempo —estuve atrapado al menos cuarenta y cinco minutos—, las voces se fueron apagando hasta que se hizo casi el silencio.

Yo sólo quería dormir —era por la asfixia, por la falta de oxígeno—, pero el hombre que tenía a mi lado me abofeteó la cara para mantenerme despierto.

Seguí consciente hasta que la policía me rescató, y me llevaron al terreno de

juego, donde me tumbaron. [...] Ésta fue la peor parte.

«La peor parte» para el joven escocés fue ver el césped lleno de camillas con cadáveres. En aquella ocasión murieron sesenta y seis personas.

Pensemos ahora en lo que debió de ocurrir en el centro de la trampa tendida por Aníbal. En esta ocasión no había policías intentando ayudar a la gente, sino soldados enemigos agravando la presión con su propio empuje.

Cannas fue la peor matanza de la Antigüedad. Es evidente que las cifras de muertos de otras batallas están exageradas. A menudo, cuando un autor antiguo nos habla de veinticinco mil fallecidos hay que pensar más bien en veinticinco mil bajas, incluyendo heridos y soldados que huyen y no regresan a sus unidades.

Pero en Cannas fue distinto. A lo largo de la historia, los combatientes siempre han tendido a minimizar sus bajas y acrecentar las del contrario. Aquí son los propios romanos quienes nos hablan de la debacle sufrida por los suyos, y reconocen —otra rara circunstancia— que les sucedió hallándose *en clara superioridad numérica*.

Además, los datos que añaden sobre estas bajas son muy concretos, y muchos de los muertos tienen nombres y apellidos. Allí cayeron el cónsul Paulo, Gémino, cónsul del año anterior, y Minucio Rufo, que había sido lugarteniente del dictador Fabio Máximo. También perdieron la vida Atilio y Furio Bibulco, los dos cuestores que ejercían como ayudantes de los cónsules. Veintinueve de los cuarenta y ocho tribunos militares perecieron, y si no cayeron más fue porque muchos luchaban a caballo y lograron huir. De los inscritos en las listas del senado, murieron ochenta personas.

En suma, la carnicería fue tal que los historiadores la comparan con batallas del siglo XX como las del Somme o Verdún, con la diferencia de que en éstas las bajas se produjeron en frentes de decenas de kilómetros, mientras que aquí la matanza se concentró en un espacio que, con la presión final, no debía abarcar mucho más de un kilómetro cuadrado.

Los autores antiguos añaden ciertos detalles truculentos. Algunos muertos aparecieron con las cabezas enterradas en hoyos que ellos mismos habían excavado en el suelo. Pero lo que más horrorizó a los soldados que revolvían en las pilas de cadáveres fue encontrar a uno de los suyos, un nómida que todavía respiraba bajo el cuerpo de un romano. Le faltaban las orejas y la nariz: el romano, antes de expirar, se las había arrancado a bocados.

En la guerra hay épica, pero esta épica siempre esconde su reverso tenebroso. Al pensar en esos miles de hombres, la mayoría jóvenes, saliendo de Roma con paso marcial, con sus armas brillantes y sus ropas limpias, despidiéndose de sus madres, sus mujeres y sus hijos, e imaginarlos luego cubiertos de sangre, polvo y moscas, fundidos en el anonimato de la muerte, dan ganas de llorar.

¿Cuántos se salvaron? Casi veinte mil hombres cayeron prisioneros entre el campo de batalla y los dos campamentos romanos. El cónsul Varrón logró huir con unos setenta jinetes. Por otra parte, unos diez mil soldados que habían logrado romper el cerco huyeron remontando el curso del río Aufido hasta Canusio. Allí se reorganizaron bajo el mando de cuatro tribunos.

Entre ellos se encontraba Publio Escipión, el mismo que había salvado la vida de su padre en la batalla de Tesino. Cuando algunos de los jóvenes nobles propusieron huir fuera de Italia y convertirse en mercenarios, Escipión desenvainó la espada y les obligó a jurar que seguirían siendo fieles a la República.

Después de esto, Escipión se enteró de que el cónsul se hallaba cerca, en Venusia, y le mandó un mensaje. Varrón regresó y se hizo cargo de los hombres. Es posible que el incipiente motín de los tribunos se hubiera extendido a muchos soldados y que el cónsul lo reprimiera, pero no queda nada claro.

Eso explicaría en parte cómo se comportó el Estado con los supervivientes. Varrón logró formar con ellos dos legiones, que recibirían el nombre de *legiones Cannenses*. Cuando llegó a Roma, los senadores salieron a recibirle y le dieron las gracias en público por no haber desesperado de la República. Aunque no volvió a ser cónsul, recibió varios mandos militares y participó en embajadas a Macedonia y África, lo que demuestra que, pese a ser un *homo novus*, no sufrió el ostracismo de sus pares.

En cambio, los hombres de esas dos legiones fueron castigados por el delito de haber sobrevivido a aquella terrible derrota. No sólo dejaron de pagarles, sino que los enviaron a la isla de Sicilia, donde permanecieron desterrados en la práctica hasta el año 204. Tan sólo ellos entre todos los romanos siguieron movilizados durante todo el conflicto con Cartago. Como las define Santiago Posteguillo en la novela del mismo título, eran «las legiones malditas». Pero al mismo tiempo se convirtieron en los soldados más experimentados, y rendirían

grandes servicios a la República que con tanta crueldad las había tratado.

DESPUÉS DE CANNAS

Aníbal también había sufrido muchas bajas, considerando que era el vencedor: cinco mil setecientos muertos. De ellos, cuatro mil eran galos. Un resultado lógico, ya que eran quienes habían chocado de frente contra las legiones en el centro del campo de batalla.

Durante un par de días, los hombres de Aníbal se dedicaron a enterrar a sus muertos, recoger el botín y reunir a los prisioneros. A los que eran italianos, Aníbal los soltó y los envió de regreso a sus ciudades.

Como había ocurrido tras la victoria del lago Trasimeno, no había nada que se interpusiera entre Aníbal y Roma. Y esta vez sus hombres se hallaban en mejores condiciones físicas.

Mahárbal, que había mandado la caballería nómada durante la batalla, le propuso a su general: «Deja que me adelante con mis hombres, y en cinco días celebrarás el banquete de la victoria en el Capitolio». Cuando Aníbal se mostró reacio a marchar sobre Roma, Mahárbal contestó: «Los dioses no conceden todos sus dones al mismo hombre. Tú sabes vencer, Aníbal, pero luego no sabes cómo aprovechar la victoria».

Los historiadores han discutido mucho si Aníbal se equivocó o no al no atacar directamente Roma. Había puntos en contra, sin duda. Las murallas de la ciudad eran prácticamente inexpugnables, y asediarla le habría supuesto un problema logístico. Pero de haber marchado contra Roma, tal vez habría puesto más presión sobre el senado y el pueblo, y quién sabe si habría conseguido la rendición de su enemigo.

En realidad, el problema volvía a ser el concepto que cada bando tenía de la guerra. Pese a la carnicería de Cannas, Aníbal no buscaba la destrucción de Roma, tan sólo derrotarla hasta tal punto que por fin reconociera su inferioridad y firmara un tratado de paz ventajoso para Cartago. Como dijo a los prisioneros romanos: «Esta guerra no es a muerte, sino por el poder y el honor».

Pero de nuevo se topó de bruces con un enemigo que era tan implacable con los demás como, lo que resultaba aún más escalofriante, consigo mismo. Un enemigo que sólo contemplaba dos opciones: o vencer por completo al adversario o perecer aniquilado en el intento.

Los cautivos que Aníbal guardaba en su poder eran ocho mil, una cifra suficiente como para formar dos legiones. Tras la batalla, intentó negociar su rescate, como había hecho hasta el momento y como se había actuado en la Primera Guerra Púnica. Para su estupefacción, descubrió que los senadores no sólo se negaban a pagar, sino que ni tan siquiera estaban dispuestos a discutir. Aquellos viejos severos y terribles incluso prohibieron a su enviado, Cartalón, que entrara en la ciudad.

En los dos años de guerra, los romanos y sus aliados habían sufrido cien mil bajas, una cifra que daba vértigo y que suponía el 10 por ciento de los varones reclutables. ¿Cómo podían permitirse el lujo de no rescatar a ocho mil de sus ciudadanos y de desterrar a dos legiones enteras?

A estas alturas, Aníbal debió menear la cabeza y decirse a sí mismo que no estaba luchando contra seres humanos.

Dada la emergencia, los romanos nombraron un dictador, Marco Junio Pera. Como era habitual en ellos, pensaron que algo malo debían haber hecho contra los dioses para merecer un castigo semejante. Al empezar a investigar, descubrieron que dos de las vírgenes vestales, Opimia y Floronia, ya no lo eran. Una de las dos se suicidó, pero la otra fue enterrada viva. El seductor de ambas, un sacerdote, fue flagelado por el pontífice máximo y murió como resultado de los azotes.

La ocasión exigía medidas extraordinarias, así que los decenviros encargados de los libros sibilinos —aquellos que Tarquino compró por un precio exorbitante— consultaron en ellos. La fórmula que encontraron para apaciguar a los dioses era una barbaridad, pero la aplicaron, y sacrificaron a dos griegos de ambos sexos y otros dos celtas.

También tomaron medidas más prácticas. Se llevó a cabo una nueva leva en la que se reclutó a jóvenes de diecisiete años, y se rebajaron los requisitos económicos para convertirse en legionario. Así formaron cuatro legiones en Roma. Además, se ofreció la libertad a los esclavos que se alistaran, y de este modo se consiguieron otras dos legiones de *volones*, «voluntarios».

Incluso reos y deudores condenados recibieron la amnistía a cambio de empuñar las armas. De las que, por cierto, andaban cortos, de modo que tomaron las que se exhibían en los templos de la ciudad, y las familias descolgaron de sus paredes las que guardaban como herencia de los triunfos de sus antepasados.

Tras la batalla de Cannas, algunas ciudades italianas «corrieron en auxilio del vencedor», como suele decirse en política con bastante mala idea. También muchos de los lucanos y varias tribus samnitas abrazaron el bando de Aníbal.

El más importante de estos «fichajes» fue Capua. Era la segunda ciudad de Italia y podía poner en el campo de batalla más de treinta mil hombres. Aníbal la utilizó como base de operaciones y como alojamiento en bastantes ocasiones.

Las cosas marchaban bien para Cartago. Al año siguiente de Cannas murió Hierón, el anciano rey de Siracusa. Su nieto Hierónimo²⁰ pensó que era hora de cancelar la vieja alianza con los romanos y se pasó al bando púnico. Por otra parte, el joven rey de Macedonia, Filipo V, envió embajadores a Aníbal, y se comprometió a expulsar a los romanos de Iliria y enviar falanges a Italia.

Pese a que el bote parecía lleno de agujeros y a punto de hundirse, los romanos reaccionaron con calma. Si las tropas macedonias pisaban Italia podía ser el fin para ellos, así que se aliaron con la Liga Etolia en Grecia y libraron la Primera Guerra Macedónica. Aunque no pudieron implicarse en serio en ella, evitaron que Filipo enviara refuerzos a Aníbal. Y, por supuesto, tomaron nota para más adelante. A rencorosos nadie ganaba a los romanos.

En Italia tenían muy claro que no iban a volverse a enfrentar en campo abierto con Aníbal. Habían tropezado cuatro veces en la misma piedra, y con eso era suficiente. Tras criticar tanto a Fabio Máximo *Cunctator* por su estrategia de mantener las distancias, ahora empezaron a alabarlo. Para demostrar la estima en que lo tenían, durante el curso de la guerra volvieron a elegirlo cónsul tres veces más.

EL ASEDIO DE SIRACUSA

Dentro de Siracusa, como ocurría en todas las ciudades griegas, existían facciones políticas en lucha constante. El viejo Hierón las había sujetado con puño de hierro durante más de cinco décadas. Pero su nieto Hierónimo, con sólo quince años, no tenía experiencia ni personalidad, y la situación se le fue de control. Llevaba sólo trece meses reinando cuando fue asesinado en una conspiración prorromana. Lo sucedió su tío Adranodoro, que también fue eliminado poco después por la misma facción.

El vacío de poder lo rellenaron dos hermanos llamados Epícides e Hipócrates, quienes siguieron una política antirromana. Tras diversas vicisitudes, lograron librarse de todos sus rivales y convertirse en los amos de Siracusa.

Los romanos no podían permitirse que la ciudad más importante de Sicilia se pasara al bando cartaginés, de modo que enviaron allí a uno de sus cónsules, Claudio Marcelo. Era el mismo personaje que unos años antes había ganado los *spolia opima* al matar al rey de los gesatas, Viridomaro.

Los romanos asediaron Siracusa por tierra y por mar, empleando todos los recursos que tenían e inventando alguno nuevo. Por ejemplo, la sambuca. Consistía en dos galeras que se unían quitándoles los remos de un lado y construyendo una plataforma sobre ambas cubiertas. Después, en las proas se montaban grandes escalas protegidas por pantallas de mimbre. Estas escalas se levantaban a modo de grúas mediante cables atados a los mástiles y se dejaban caer sobre las murallas, para que los soldados treparan hasta el adarve y lo tomaran. En cierto modo, se trataba de una evolución del cuervo que se había usado en los quinquerremes de la Primera Guerra Púnica.

Marcelo hizo montar cuatro sambucas. Con ellas atacó las murallas que daban al mar, mientras lanzaba una ofensiva simultánea por tierra.

Pero Siracusa resistió sus asaltos. Las murallas habían sido reforzadas, y en la ciudad existía desde hacía tiempo la tradición de fabricar máquinas de guerra más avanzadas que en ningún otro sitio.

Por si fuera poco, los siracusanos contaban con el mayor genio científico de la Antigüedad: Arquímedes.

Arquímedes, físico, matemático, astrónomo e ingeniero, tenía por entonces más de setenta y cinco años. Bajo su supervisión, sus compatriotas construyeron catapultas que lanzaban piedras y proyectiles de todos los tamaños con una precisión increíble. Aparte de aplastar a los legionarios que intentaban acercarse a

las murallas, estas catapultas lanzaron sobre las sambucas rocas de más de trescientos kilos de peso que destrozaron las plataformas que sujetaban las escalas móviles. Marcelo, temiéndose que los barcos acabaran a pique, ordenó que se retiraran.

Arquímedes diseñó más ingenios. Había, por ejemplo, enormes grúas que se proyectaban por encima de la muralla. De ellas colgaban cadenas con garfios que se enganchaban a la proa de los barcos atacantes. Por medio de contrapesos, estas grúas, conocidas como «garras de Arquímedes», levantaban las naves de proa, lo que hundía sus popas y hacía que se llenaran de agua. Después las soltaban de golpe, con lo que unas naves volcaban y otras quedaban inutilizadas.

El más llamativo de estos inventos era el llamado «espejo ustorio», un ingenio óptico que reflejaba y enfocaba los rayos del sol sobre los barcos enemigos hasta prender fuego a su maderamen. Ni Polibio ni Plutarco lo mencionan, así que los historiadores siempre han visto este artefacto con bastante escepticismo.²¹

Con «rayo de la muerte» o sin él, los dispositivos de Arquímedes sembraron el pavor entre los romanos y demostraron, en palabras de Polibio, que «el genio de un hombre es superior a una gran cantidad de manos». Marcelo renunció a expugnar la ciudad mediante un asalto directo y decidió rendirla por hambre. El sitio se prolongó tanto que su mandato expiró, pero el senado lo nombró procónsul y de ese modo pudo seguir dirigiendo las operaciones.

Para su desgracia, los romanos eran incapaces de bloquear el puerto de forma eficaz, y una flota cartaginesa de cincuenta y cinco barcos consiguió entrar en Siracusa con refuerzos y provisiones.

A principios de 212, no obstante, Marcelo decidió lanzar un ataque sorpresa. A menudo se acercaba a la muralla bajo tregua para pactar intercambios de prisioneros de ambos bandos. Así se fijó en que una torre en particular parecía mal custodiada. Contando en vertical el número de sillares de la muralla pudo calcular su altura, de modo que ordenó la construcción de escalas de longitud apropiada.

Poco después, un desertor informó a Marcelo de que los siracusanos estaban celebrando un festival de tres días en honor de la diosa Ártemis. Al parecer Epícides, que seguía gobernando la ciudad, había repartido vino en abundancia para compensar a sus conciudadanos lo que no comían. Sospechando que la vigilancia decaería mucho durante esos días y que los siracusanos, con el estómago repleto tan sólo de vino, estarían bastante borrachos, Marcelo lanzó el ataque durante la tercera noche del festival.

La maniobra fue un éxito. El equipo de asalto trepó por las escalas, mató a los defensores medio beodos, ocupó dos torres y abrió la puerta de Hexapilón. Así Marcelo se apoderó de la zona conocida como las Epípolas.

Los demás distritos fueron cayendo en sus manos poco a poco. El último fue el de Acradina. Cuando por fin se apoderó de ella, Marcelo, furioso por la pertinaz resistencia de los siracusanos, dio permiso a sus soldados para saquear la ciudad. Pero también impartió órdenes estrictas de traerle vivo a Arquímedes.

El científico se hallaba en su estudio, trazando figuras geométricas en un cajón de arena para resolver un problema. Cuando un soldado romano se dirigió a él para exigirle que lo acompañara, Arquímedes contestó: «Un momento. Déjame que termine con esta demostración». El legionario, enojado por lo que creyó una insolencia, atravesó al anciano con su espada.

A Marcelo le apesadumbró la muerte de Arquímedes, y no sólo castigó al legionario, sino que buscó a los familiares del científico y les presentó sus respetos.

LA GUERRA EN ITALIA

Los romanos habían decidido que, si podían evitarlo, no se enfrentarían de nuevo en campo abierto a aquel demonio púnico que siempre conseguía engañarlos. Pero batallar contra sus subordinados era otra cosa.

En 214, Aníbal estaba preparándose para asaltar la ciudad de Nola, en Campania. Antes de lanzar el ataque, envió un mensaje a uno de sus oficiales, Hanón, para que le trajera mil doscientos jinetes númidas y diecisiete mil guerreros lucanos y brutios desde el sur.

Al pasar por el río Calor, cerca de Beneventum, le salió al paso Tiberio Sempronio Graco, que había sido cónsul el año anterior. Graco mandaba un ejército de *volones*, esclavos que se habían presentado voluntarios tras el desastre de Cannas. Estos hombres, espoleados por la promesa de la libertad, lucharon con tal fiereza que aniquilaron a los enemigos. El propio Hanón se salvó a duras penas.

Pese a estos problemas, Aníbal siguió manteniendo en Italia un ejército potente, de entre sesenta y setenta mil hombres. Gracias a eso pudo atacar ciudades

grandes como Neápolis y Tarento. Además, combatió en batallas importantes. En el año 212 venció al pretor Fulvio Flaco en Herdonea, causándole dieciséis mil bajas. En ese preciso lugar volvió a derrotar al mismo personaje dos años después. Fulvio fue exiliado por incompetencia, y los supervivientes enviados a Sicilia, donde se unieron por fuerza a las *legiones Cannenses*.

En 208 Aníbal infligió otro duro golpe a la República. Los cónsules de aquel año, Quintio Crispino y Marcelo, cayeron en una emboscada cuando llevaban a cabo una misión de reconocimiento con doscientos veinte jinetes. Marcelo murió de un lanzazo y Crispino falleció pocos días después de las heridas. Sin duda, que los dos máximos magistrados de Roma se arriesgaran juntos con tan pocas tropas fue una gran imprudencia.

Aníbal brindó honores funerarios a Marcelo, el conquistador de Siracusa, y se dice que envió sus cenizas a su hijo. Pero, a cambio, se aprovechó de su anillo para enviar una carta con su sello y ordenar a la guarnición de la ciudad de Salapia, aliada de Roma, que le abriera las puertas. Gracias a que Crispino había enviado un aviso antes de morir, la astuta maniobra fue abortada.

Pese a los éxitos que Aníbal alcanzaba en persona, sus dominios se veían cada vez más limitados al sur de Italia. Los romanos se concentraron sobre todo en recuperar a sus antiguos socios. Quienes volvían de forma voluntaria a la alianza recibían un trato exquisito, pero las ciudades que caían por la fuerza eran castigadas sin piedad.

Por otra parte, derrotas como la que Hanón había sufrido en Beneventum con sus guerreros brutios y lucanos desanimaban a otros pueblos. La mayoría de los supuestos aliados de los cartagineses se mostraban muy remolones a la hora de arriesgar tropas lejos de su territorio. Sobre todo, temían las represalias de los romanos.

Para colmo, Aníbal no conseguía recibir refuerzos de fuera de Italia. Desde España no sólo no le enviaban tropas, sino que se las pedían a Cartago, debido a los éxitos de los romanos.

La situación pareció cambiar en la primavera de 207. Asdrúbal, el hermano de Aníbal, logró cruzar los Alpes con treinta mil soldados y quince elefantes. El pánico cundió en Roma: si ambos bárcidas juntaban sus fuerzas, ¿qué más desastres les esperaban?

El senado repartió a los dos cónsules. Claudio Nerón partió hacia el sur con cuarenta mil hombres para contener a Aníbal. Al mismo tiempo, Livio Salinátor viajó al norte, donde reforzó sus tropas con las del pretor Porcio Licino y las de Varrón, que era propretor en Etruria.

Asdrúbal envió una carta a Aníbal para pedirle que se uniera a él en el sur de Umbría. Pero los seis mensajeros que la transportaban fueron interceptados por el cónsul Claudio Nerón.

Éste comprendió que debía tomar la iniciativa y actuar con rapidez. Sin esperar la autorización del senado, escogió a sus siete mil mejores hombres y partió hacia el norte, despachando mensajeros a caballo por delante para que las ciudades del camino les tuvieran provisiones preparadas. De este modo, pudieron viajar a marchas forzadas y sin apenas impedimenta.

Nerón apareció de noche en el campamento de su colega Salinátor. Para ocultarle a Asdrúbal que llegaban refuerzos, sus hombres entraron al amparo de la oscuridad y se alojaron en las tiendas de los soldados del otro cónsul.

Al día siguiente, sin apenas descanso, Nerón convenció a Salinátor de que había que batallar cuanto antes para pillar desprevenido a Asdrúbal. Pero cuando se desplegaron las tropas, el cartaginés se dio cuenta de que había más romanos que otros días y rehusó pelear.

Comprendiendo que se hallaba en peligro, el hermano de Aníbal decidió retirarse esa misma noche. Para su desgracia, los guías locales lo traicionaron. Al amanecer, su ejército estaba perdido y desorganizado junto a la orilla del río Metauro.

Así lo sorprendieron los romanos, que habían emprendido la persecución en cuanto supieron que se retiraba hacia el norte. El día 22 de junio, los dos ejércitos se enfrentaron. Asdrúbal lanzó su ataque contra el flanco izquierdo enemigo, donde se hallaba Salinátor. Los elefantes empezaron causando destrozos en las filas de los astados, pero luego les entró el pánico a ellos y sembraron el caos equitativamente para ambos ejércitos.

La lucha estaba bastante igualada. Pero Nerón, que mandaba el ala derecha, tomó a la mitad de sus hombres, pasó por detrás de su propio ejército y atacó el flanco derecho del enemigo, donde luchaba la infantería ibérica. Ésta, que ya se hallaba bajo la presión de los hombres del otro cónsul, colapsó.

Asdrúbal, al darse cuenta de que la batalla estaba perdida, prefirió la muerte que el deshonor o el cautiverio y cargó contra los enemigos. Aunque su

autoinmolación le valió elogios de los historiadores, fue inútil. Diez mil de sus hombres murieron en la batalla, pero él podría haber reorganizado a los supervivientes para seguir dando quebraderos de cabeza a los romanos en la Galia Cisalpina. Al sacrificarse de aquella forma le hizo un flaco favor a su hermano.

Fue una gran victoria para los romanos. Habían demostrado que eran capaces de moverse con rapidez, anticiparse a sus enemigos e improvisar maniobras en medio del caos de la batalla.

El alivio en Roma fue tan grande que el senado decretó tres días de acción de gracias. A Salinátor se le concedió el triunfo y a Nerón, que no mandaba un ejército entero, una ovación. Pero cuando Nerón cabalgaba junto a su colega, que desfilaba en el carro, recibió aún más vítores que él: el pueblo romano reconocía que su rapidez de reflejos y su decisión habían sido las claves de la victoria.

Cayo Claudio Nerón no es de los personajes más conocidos de esta historia. Se sabe que fue censor en 204 y embajador en Egipto en 201, y poco más. Sin embargo, es difícil sobreestimar su papel. Si no hubiera interceptado a esos mensajeros y asumido la iniciativa, primero para viajar al norte a toda prisa y después para realizar una rápida maniobra en plena batalla, tal vez Asdrúbal y Aníbal habrían podido unir sus ejércitos. Con cerca de cien mil hombres a su disposición, ¿de qué habría sido capaz Aníbal?

Como tantos otros «¿Y si?» de la historia, éste quedará sin respuesta.

Aníbal había tratado con respeto a muchos de sus enemigos muertos: había buscado el cuerpo de Flaminio después de Trasimeno, enterrado a Emilio Paulo tras Cannas y enviado al hijo de Marcelo las cenizas de éste. Los romanos no le brindaron el mismo honor. Nerón, tan admirable en otros sentidos, hizo que le cortaran la cabeza a Asdrúbal, la llevaran a Apulia y la arrojaran al campamento de Aníbal como una siniestra ofrenda.

Cuando la vio, Aníbal se quedó conmocionado y dijo: «Aquí veo el destino que le aguarda a Cartago». Sin los refuerzos, sabía que no podía ganar la guerra en Italia. Roma era como la hidra que luchó contra Hércules: por más cabezas que le cortara, seguían brotándole más.

El rey Agesilao de Esparta había recomendado a sus súbditos que no combatieran a menudo con los mismos enemigos para no enseñarles a guerrear. A Aníbal le estaba ocurriendo con los romanos. A fuerza de luchar contra él, sus

generales se volvían cada vez más astutos y sus tropas más profesionales. No es extraño: había más de veinte legiones movilizadas como media. En los años de máximo esfuerzo, el 212 y el 211, Roma llegó a tener veinticinco legiones entre Italia, Sicilia y España, más doscientos barcos de guerra, lo que suponía casi doscientos cincuenta mil hombres implicados en acciones militares. Esos soldados pasaban tanto tiempo en la milicia que su calidad equivalía a la de los mercenarios profesionales.

Tras este fracaso, Aníbal decidió abandonar Lucania y se retiró al extremo sur, a Brindisi, mateniendo los puertos de Crotona, Caulonia y Locri. Allí, arrinconado en el tacón de la bota, pasó los últimos cuatro años de su campaña en Italia.

ESPAÑA

El otro gran teatro de esta guerra era España. Allí combatían los dos hermanos Escipiones, Cneo y Cornelio, ambos con *imperium* proconsular. Su misión era evitar que Aníbal recibiera refuerzos de España, ya fueran en forma de hombres, dinero o provisiones.

Y la cumplieron, al menos al principio. Asdrúbal ya había intentado viajar a Italia en 215, pero los hermanos se lo impidieron derrotándolo en la batalla de Dertosa, al sur del Ebro. Eso movió al senado de Cartago a enviar a España tropas al mando de Magón Barca, hermano de Aníbal. Aquellos trece mil quinientos hombres y veinte elefantes deberían haber viajado a Italia para reforzar a Aníbal. Así pues, los Escipiones habían conseguido un doble beneficio: en lugar de recibir dos ejércitos de refuerzo, uno por tierra y otro por mar, Aníbal se quedó sin ninguno.

Durante los años siguientes, los romanos afianzaron su dominio al norte del Ebro. De vez en cuando lanzaban expediciones de saqueo, en las que llegaron a Sagunto.

Animados por estos éxitos, en 211 decidieron lanzar una ofensiva a gran escala. Para ello, contrataron veinte mil mercenarios celtíberos que añadieron a sus

treinta y tres mil hombres. Con esas fuerzas más que considerables, se dirigieron al sur. Al tener noticia de que había dos ejércitos cartagineses mandados por Asdrúbal y Magón Barca, ellos también se separaron para atacarlos de forma independiente. Al fin y al cabo, pensaron, tenían suficientes hombres, y los Bárcidas podían ser hermanos de Aníbal, pero no eran Aníbal.

Publio luchó contra Magón en la batalla de Cástulo, una ciudad situada cerca de la actual Linares. Pese a que empezó sorprendiendo a sus enemigos, el ataque por un flanco de los jinetes nómadas rompió sus filas. Para colmo, una jabalina lo mató a él en pleno combate. Al verlo caer del caballo, el desánimo cundió entre sus hombres, que rompieron filas para huir. Como solía ocurrir en tales casos, fueron masacrados. En aquella batalla, mandaba la caballería nómada un joven llamado Masinisa del que seguiremos hablando.

Cneo no corrió mejor suerte que su hermano. Asdrúbal consiguió sobornar a los cabecillas de sus mercenarios celtíberos, y todos ellos se marcharon a casa abandonándolo sin más. Al encontrarse en inferioridad numérica, el procónsul decidió retirarse hacia el norte. Lo hizo de noche, dejando encendidas las antorchas del campamento para hacer creer a los cartagineses que seguían en él.

Al amanecer se descubrió el engaño. Los jinetes nómadas emprendieron la persecución. Seguir el rastro de un ejército de miles de hombres era una tarea sencilla. Por la tarde, ya habían localizado a las tropas de Cneo Escipión y empezaron a hostigarlas.

El aspecto de estos guerreros, montados a pelo sobre caballos de pequeña alzada y armados tan sólo con un escudo y un manojo de jabalinas, no imponía demasiado temor. Sin embargo, eran tan hábiles en sus maniobras de ataque y retirada y tan certeros arrojando los venablos que podían hacerle la vida imposible a un ejército en retirada como el de Cneo.

Al anochecer, los romanos, que apenas habían podido avanzar, se refugiaron en un cerro. Por desgracia, se trataba de una especie de monolito rocoso en el que no se podían excavar fosas ni terraplenes, y no tenía un solo árbol para levantar una empalizada con las ramas. A tantos inconvenientes no sumaba ni una ventaja: la erosión había redondeado sus laderas, de manera que resultaba muy fácil trepar por ellas.

Lo único que tenían a mano los romanos eran las sillas de montar. Las ataron, pusieron encima los sacos del equipaje a modo de barrera y se dispusieron a resistir el ataque.

A estas alturas, ya había llegado el grueso del ejército cartaginés. Enormemente superados en número, los romanos fueron aplastados, y el propio Cneo pereció en la batalla.

En pocos días, un terrible desastre había caído sobre los intereses romanos en España y en la guerra, y también sobre los Escipiones.

En el seno de esa misma familia se encontraba la gran esperanza para Roma: Publio Cornelio Escipión, llamado como su padre. Para los parámetros de los romanos era demasiado joven. Pero las penalidades y las circunstancias extremas maduran a los hombres. Ya había llegado su hora.

En 210, tras el doble desastre sufrido por su padre y su tío, Escipión se ofreció al senado para mandar un nuevo ejército. Era una situación sin precedentes. Sólo tenía veinticuatro años, y el único cargo que había desempeñado era el de edil en 213, con funciones sobre todo civiles.

De todos modos, Escipión contaba con varios puntos a su favor. En primer lugar, su experiencia militar. Aunque había participado en derrotas como Tesino y Cannas, y probablemente también en Trebia ya que no estaba herido como su padre, su desempeño en esos combates había sido bueno. En Tesino había salvado a su padre y en Cannas había reorganizado a los supervivientes para entregárselos a Varrón. Por otra parte, aun siendo tan joven, la muerte de su padre y de su tío lo había convertido en jefe de los Cornelios Escipiones, una familia patricia muy influyente.

En cualquier caso, sigue resultando extraño. ¿Qué hizo que los senadores, en cuyas manos estaba otorgar mandos a los promagistrados, se decantaran por Escipión? Se ha discutido mucho sobre ello. No teniendo delante al personaje es difícil juzgar su aspecto físico, su elocuencia y su presencia, pero todo permite imaginar que poseía un enorme carisma; tanto como Aníbal, que se había convertido en general supremo de Cartago con veintiséis años.

Al igual que el púnico, Escipión también estaba familiarizado con la lengua y la cultura griegas, y era hombre de gustos refinados. Además, se consideraba un hombre con *baraka*, tocado por los dioses, con quienes aseguraba mantener una relación especial. Eso impresionaba a los soldados que servían a su mando y les subía la moral.

Por otra parte, aunque las fuentes digan poco de los años anteriores a 210,

Escipión debió de servir en más de una campaña en España con su familia. Su padre y su tío habían entablado vínculos de amistad y hospitalidad con tribus locales, y esos vínculos pasaban de padres a hijos. Cuanto más arcaicas eran las sociedades, más importancia prestaban a los lazos personales y familiares y menos a los estatales. (En realidad, para los pueblos organizados en tribus el propio concepto de Estado o *Res publica* ni siquiera existía). Elegir a Escipión como general era un buen modo de asegurarse la lealtad de las tribus locales.

Escipión llegó a España —para él, lógicamente, Hispania— en el verano de 210. Cuando desembarcó en Ampurias tenía algo más de treinta mil hombres. Al sur del Ebro, toda la península estaba en poder de los tres generales cartagineses, dos Asdrúbales y un Magón, cada uno de los cuales disponía de un número de tropas equivalente al del joven general. El punto positivo para él era que cada uno de los tres actuaba por su cuenta, ya que los Bárcidas no se llevaban demasiado bien con Asdrúbal Giscón.

Escipión podría haber lanzado una campaña para combatir contra cualquiera de ellos por separado. Sin embargo, en lugar de obrar así demostró su genialidad con un gran golpe de efecto. En la primavera de 209, partió en secreto hacia el sur con el ejército de tierra, mientras su amigo Lelio llevaba la flota bordeando la costa. En pocos días llegó a Cartago Nova, la principal base púnica en España, y la tomó por sorpresa.

El botín que consiguió Escipión fue inmenso. Aparte de joyas, ropas, comida, había también equipo militar y máquinas de guerra. Entre los prisioneros, Escipión tomó trescientos rehenes de las familias nobles hispanas, como forma de garantizarse su alianza.

Cuando sus tropas asaltaron la ciudad, al principio actuaron de forma implacable. Pero después Escipión logró contenerlas, demostrando como ya había hecho con los tribunos después de Cannas que era capaz de manejar a los hombres con puño de hierro.

Escipión se portó como un caballero sobre todo con las prisioneras. Cuando sus hombres le trajeron a una joven de excepcional belleza, indagó quién era sin tan siquiera ponerle una mano encima. Al averiguar que estaba prometida a un noble celtíbero llamado Alucio, se la entregó a su novio. No contento con ello, añadió a la dote nupcial el oro que los padres de la muchacha se empeñaron en entregarle como rescate. A cambio, Alucio le consiguió mil cuatrocientos jinetes de su tribu.

¿Una ficción romántica? No tiene por qué. Todo indica que Escipión era un joven decente y lo bastante sagaz para saber que, a cambio de contener sus instintos sexuales, podía ganarse con aquel detalle un nuevo aliado. Gracias a actuaciones de este tipo se granjeó una fama de honestidad y generosidad que lo haría mucho más popular entre los pueblos cuya alianza tanto necesitaba.

LA BATALLA DE ILIPA

Tras este primer éxito, en 208 Escipión se enfrentó en campo abierto a Asdrúbal Barca en la batalla de Bécula, en Bailén o cerca de ella. El resultado fue de nuevo una victoria romana, aunque no decisiva. Asdrúbal consiguió salvar a bastantes hombres y se retiró al norte para emprender el viaje a Italia. Como ya hemos visto, el hermano de Aníbal murió un año más tarde, vencido en Metauro y cabalgando él solo contra los enemigos para no sobrevivir a la humillación de su derrota.

La batalla más importante de la campaña hispana no se libró hasta dos años después, en Ilipa, cerca del Alcalá del Río (Sevilla). Allí, el joven romano se enfrentó a los otros dos generales cartagineses que seguían en España, Magón Barca y Asdrúbal Giscón. Entre ambos movilizaban a cincuenta y cuatro mil hombres, a los que Escipión opuso cuarenta y tres mil. De ellos, unos dieciocho mil eran romanos e italianos, y el resto aliados hispanos.

Ilipa supuso la cumbre del genio táctico de Escipión. Otros generales de la época se limitaban a desplegar a sus hombres, realizar sacrificios, arengarlos y dejar que todo se decidiera en el fragor del combate. Escipión no. Al igual que Aníbal, planificaba con cuidado las batallas y elegía el terreno.

Aunque ambos eran lo bastante inteligentes para comprender que un general no lo puede controlar todo una vez que se desata el caos del dios Marte, sabían anticipar al menos un par de jugadas. En el caso de Ilipa, Escipión lo demostró en los combates preliminares, cuando ocultó una tropa de caballería y frustró así el ataque de los númidas de Masinisa.

Pocos días después de esta escaramuza, se libró la batalla decisiva. En ella,

Escipión sorprendió a Asdrúbal y a Magón con un despliegue distinto. En lugar de colocar en el centro las dos legiones y las dos *alae* de aliados, como era ya una tradición, las apostó en los flancos, y dejó en medio a las tropas hispanas.

Después de eso, mientras sus aliados iberos avanzaban lentamente, Escipión ordenó a las unidades de ambos flancos que giraran en ángulo recto. Al hacerlo, progresaron no en triple línea, sino en triple columna. Una columna siempre marcha con más orden y rapidez que una fila. Al tener menos frente, resulta más fácil colarse entre los obstáculos y hay que detenerse menos veces para reorganizar líneas.

De ese modo, los flancos adelantaron al centro hispano. Desde las alturas se habría contemplado una imagen inversa de la que había presentado Aníbal en Cannas: una media luna cóncava en vez de convexa.

Al acercarse al enemigo, Escipión ordenó un nuevo giro de noventa grados. Para atreverse a hacer algo así casi en las narices del adversario tenía que estar muy seguro de la disciplina y el adiestramiento de sus tropas.

Él lo estaba.

La batalla empezó por los flancos. Las tropas de más calidad de Escipión cargaron contra los iberos de Asdrúbal y Magón, mientras que sus propios aliados hispanos mantenían ocupadas a las fuerzas de élite cartaginesas, la infantería libia.

El combate fue largo, y, al principio, el ejército cartaginés retrocedió de forma ordenada. Pero llegó el momento inevitable para todo ejército que va perdiendo: las líneas se rompieron y la maniobra de retirada tranquila se convirtió en estampida. Las tropas púnicas huyeron en desbandada a su campamento. Si Escipión no pudo tomarlo fue porque cayó un fortísimo aguacero.

Fue su mayor victoria en la campaña hispana. Escipión había jugado con los generales cartagineses, eligiendo el tiempo y la táctica. En suma, había hecho lo mismo que Aníbal con su padre, con Flaminio, con Paulo o con Varrón.

Hasta ahora, el joven procónsul había demostrado un talento superior a cualquier otro general romano. ¿Qué ocurriría cuando se enfrentara al genio invencible, Aníbal?

Tras la batalla, los contingentes iberos abandonaron a los cartagineses. Éstos trataron de huir, pero los romanos los persiguieron y mataron a unos y apresaron a otros. Los generales, no obstante, lograron escapar: Asdrúbal Giscón y el príncipe

Masinisa cruzaron a África, y Magón Barca se refugió en Gades.

Ilipa supuso el final del dominio cartaginés en España. A partir de esa victoria, las tribus iberas se pasaron en masa al bando romano.

En aquel momento, Escipión ya estaba decidido a asestar un golpe definitivo en África. Pero tenía que prepararlo, de modo que navegó hasta Numidia para entrevistarse con Sifax, rey de la tribu de los masesilos, que llevaba un tiempo guerreando contra los masilios de Masinisa. En ese viaje Escipión corrió bastante peligro, pues llevó tan sólo dos quinquerremes consigo. Cuando entraron en el puerto, descubrieron que Asdrúbal Giscón ya estaba allí, y traía con él siete barcos.

Ambos venían con las mismas intenciones. Sifax, halagado al ver que los generales de las dos mayores potencias del Mediterráneo occidental acudían a él en busca de su alianza, los invitó a cenar. Las normas de hospitalidad eran sagradas, así que la velada transcurrió de modo apacible. Como generales y miembros instruidos de la élite de sus respectivas sociedades, Escipión y Asdrúbal tenían muchas cosas en común de las que hablar.

Curiosamente Sifax, que hasta entonces había colaborado con la familia de Escipión, acabó pasándose al bando cartaginés. Selló ese acuerdo casándose con la bella Sofonisba, hija de Asdrúbal. Sofonisba había estado prometida a Masinisa, quien, por su parte, se pasó al bando de los romanos, aunque por el momento guardó su deserción en secreto. Las alianzas fluían inquietas y líquidas como el mercurio.

Después de esta arriesgada aventura, Escipión regresó a España. Allí sofocó un motín que había estallado entre sus tropas por culpa de unos atrasos y tomó la ciudad de Gades, último bastión cartaginés en la península. Tras dejarlo todo en orden, entregó el mando a sus sustitutos y regresó a Roma, dispuesto a presentarse a las elecciones. Pretendía terminar la guerra en persona y hacerlo en África. Para ello no le bastaba un mandado proconsular: quería ser cónsul.

Aunque no llegó a celebrar un triunfo en Roma, el botín que llevaba consigo, casi cinco toneladas de plata más incontables monedas, le ayudó a aumentar su popularidad como candidato. Los comicios centuriados lo eligieron prácticamente por aclamación. Escipión tenía tan sólo treinta y un años, una edad inusitada para desempeñar la más alta magistratura de la República.

Su colega en el consulado era Publio Licinio Craso, que también desempeñaba el cargo de pontífice máximo. Eso le impedía, por tabúes religiosos, salir de Italia, lo cual convenía a Escipión. El senado había decidido que las

provincias consulares de aquel año fueran Brutio, donde seguía Aníbal, y Sicilia. Puesto que Craso debía quedarse en la península, Sicilia le correspondía a Escipión por eliminación. ¿Qué mejor sitio para lanzar la invasión de África?

Sin embargo, al presentar su proyecto al senado se topó con más oposición de la esperada. El principal cabecilla era Fabio Máximo Cunctator. El exdictador, que ya tenía más de setenta y cinco años, seguía siendo tan precavido como siempre; aunque tal vez sus objeciones se debían en parte a los celos por aquel jovencuelo que había conseguido el consulado a una edad en que otros ni siquiera habían llegado a ediles.

Hay que reconocer que los partidarios de la prudencia tenían sus razones. Aníbal podía estar cada vez más acorralado, pero seguía en Italia y nadie había logrado derrotarlo: era como un león agazapado al fondo de una jaula al que nadie se atreve a acercarse. Por otra parte, quedaban muchos miembros en el senado que, como Fabio, eran lo bastante viejos para recordar la desastrosa campaña de Régulo en el norte de África.

Finalmente, Escipión consiguió que el senado le encomendara Sicilia como provincia con un anexo: si de verdad creía que eso iba a acarrear el bien de la República, tenía autorización para cruzar el mar hasta África.

Todavía le pusieron más trabas para reclutar un ejército, diciéndole que debía conformarse con las dos legiones que había en Sicilia. Aun así, la popularidad de Escipión era tal que miles de voluntarios viajaron a la isla para alistarse por su cuenta.

Una vez en Sicilia, Escipión tomó bajo su mando esas dos legiones. Eran las mismas que habían sobrevivido a Cannas, ahora llamadas la V y la VI. Once años después del desastre, seguían sirviendo sin haber gozado de un solo permiso.

Escipión licenció a los más viejos y a los enfermos, y rellenó esas legiones con voluntarios para conseguir unas unidades más numerosas de lo habitual, con seis mil doscientos infantes y trescientos jinetes. Con las consabidas *alae* de aliados también sobredimensionadas, el ejército consular de que disponía constaba de entre veinticinco y treinta mil hombres.

Pese a su juventud, Escipión era un hombre prudente y no tenía ninguna prisa por acelerar las cosas. Durante su año de consulado permaneció en Sicilia, adiestrando a sus tropas: los veteranos de las *legiones Cannenses* llevaban años asediando fortalezas y llevando a cabo saqueos, pero no habían participado en grandes batallas. Además, había que coordinarlos con los reclutas más jóvenes, que

eran tan numerosos como ellos.

Por otra parte, Escipión necesitaba conseguir los barcos y las tripulaciones necesarias, y planificar con mucho cuidado la logística para no quedarse desabastecido en territorio enemigo. Mientras tanto, su amigo Lelio viajó al norte de África para entrevistarse con Masinisa, que seguía luchando contra Sifax por la hegemonía entre los númidas y estaba impaciente por saber cuándo llegarían los romanos.

LA INVASIÓN DE ÁFRICA

A principios de 204, Escipión, que había dejado de ser cónsul, sufrió una campaña de descrédito en Roma. Sus enemigos le achacaban, entre otras cosas, su excesivo gusto por las modas griegas, y rumoreaban que en lugar de adiestrar a sus tropas se pasaba el día con sus amigos en el gimnasio de Siracusa, viviendo entre lujos como un príncipe helenístico.

Entre sus detractores se hallaba su propio cuestor, Marco Porcio Catón, defensor de las virtudes romanas ancestrales, enemigo de cualquier influencia extranjera y, en general, un personaje bastante antipático. Como muestra de su talante, baste decir que en su tratado de agricultura recomendaba vender o liberar a los esclavos que se hacían viejos para no tener que darles de comer en sus últimos años de vida.

El senado envió una comisión de diez hombres a Sicilia para investigar a Escipión. Lo que encontraron en la isla no fue lujo y molicie, sino un ejército perfectamente preparado que realizó maniobras para ellos e incluso libró una batalla naval simulada. Impresionados, aquellos decenviros presentaron un informe positivo al senado. Éste corroboró el mandato proconsular de Escipión y le autorizó para invadir por fin África.

La expedición constaba de cuatrocientos barcos de transporte y cuarenta naves de guerra. Los preparativos habían sido cuidadosos: llevaban agua y comida para un mes y medio, e incluso pan cocido para dos semanas. (Normalmente, los soldados molían los granos de trigo y se fabricaban su propio pan).

Una de las principales preocupaciones de cualquier ejército era conseguir comida, y ya hemos visto que enviar forrajeadores siempre resultaba arriesgado. Al llevar consigo tantos víveres, Escipión podía concentrar las primeras semanas de campaña en cuestiones puramente militares. Una vez que obtuviera victorias y empezara a dominar el territorio enemigo, ya le sería posible aprovecharse de los cultivos y el ganado del adversario.

La expedición tocó tierra en el moderno cabo Farina, cerca de la importante ciudad de Útica y a unos cuarenta kilómetros de Cartago. Era lo bastante lejos para desembarcar sin presión, pero lo bastante cerca como para sembrar el terror en la capital. Los habitantes de los alrededores se apresuraron a recoger sus enseres y su ganado y huyeron en tropel hacia Cartago.

Tras desbaratar el ataque de un destacamento de caballería, Escipión puso sitio a Útica. El asedio se prolongó durante todo el invierno. Mientras tanto, Asdrúbal Giscón y su aliado y yerno, el númida Sifax, plantaron sendos campamentos a unos doce kilómetros de distancia de los romanos.

Sin abandonar el asedio, Escipión trató de bienquistarse de nuevo a Sifax. Éste le prometió obrar de mediador, e incluso propuso un acuerdo por el que los romanos evacuarían África y los cartagineses Italia.

Mientras se llevaban a cabo las conversaciones, unos centuriones camuflados como esclavos espionaron a conciencia el campamento de Sifax. Al regresar, informaron a Escipión de que era un caos de chozas de mimbre apelotonadas, y de que muchos númidas dormían fuera de la empalizada.

Poco después, mientras fingía considerar las propuestas de paz que le ofrecía Sifax, Escipión lanzó un ataque nocturno, ayudado por Masinisa. Primero incendiaron el campamento de los númidas y luego el de los cartagineses, algo más organizado, pero en el que también abundaba la madera. Los dos incendios fueron pavorosos. Miles de enemigos murieron entre las llamas, y otros cuando trataban de huir de ellas en completo desorden.

Esta ofensiva por sorpresa resultó devastadora. De nuevo, Escipión demostró hasta qué punto controlaba a sus tropas, pues las maniobras nocturnas siempre eran complicadas. Podría objetarse su ética —aunque Aníbal había preparado trampas similares a los romanos—, pero no su eficacia. Desaparecidos los dos campamentos que trataban de aliviar el asedio sobre Útica, Escipión prosiguió con el cerco y se dedicó a saquear la región.

Después de aquel desastre, Sifax y Asdrúbal Giscón, que habían logrado

escapar, tardaron un mes en recomponer sus fuerzas. Cuando lo consiguieron, reunieron un ejército de treinta mil hombres en un paraje conocido como los Grandes Campos. Escipión dejó parte de sus soldados en Útica y con el resto se enfrentó a los cartagineses.

La batalla se decidió con rapidez. Por una vez, la caballería romana barrió del campo a la enemiga. Por supuesto, se debía al refuerzo de los jinetes de Masinisa.

Tras la batalla, Sifax huyó hacia el oeste. Pero Masinisa lo persiguió con la ayuda de Lelio y lo derrotó en la batalla de Cirta. Sifax se convirtió en cautivo de los romanos, y todo el reino de Numidia pasó a manos de Masinisa.

Hay una historia teñida de tonos entre trágicos y románticos y relacionada con aquel cambio dinástico. Masinisa había estado prometido a Sofonisba, la hija de Asdrúbal Giscón, que finalmente se casó con Sifax. Ahora, como flamante vencedor, Masinisa la tomó como esposa.

Escipión estaba convencido de que Sofonisba había convencido a Sifax para que abandonara la alianza de Roma y se pasara al bando cartaginés. Por temor a que obrara del mismo modo con Masinisa, insistió en que éste le entregara a la hermosa joven. El númida, que estaba sinceramente enamorado de ella, no quería ver cómo la humillaban convirtiéndola en parte del cortejo triunfal como prisionera en Roma, así que le ofreció una copa de veneno. Sofonisba lo bebió sin vacilar y murió en pocos minutos.

A finales del año 203, tras la derrota en los Grandes Campos, la situación de Cartago empezaba a ser desesperada. El *adirim* y los sufetes resolvieron negociar la paz y enviaron a treinta de sus miembros a tratar con Escipión. Los embajadores se arrojaron literalmente a sus pies y se los besaron como muestra de humildad, una práctica que no parece que fuese muy habitual en Cartago.

El procónsul les ofreció unas condiciones relativamente moderadas, teniendo en cuenta la situación. Cartago debía renunciar a toda pretensión sobre España o las islas del Mediterráneo, retirarse de Italia y el valle del Po, quedarse tan sólo con veinte barcos y entregar casi seis mil toneladas de trigo y cebada para alimentar al ejército romano de África, amén de una gran cantidad de plata para pagar a las tropas. Por supuesto, también devolverían a los cautivos sin cobrar rescate por ellos.

Los cartagineses aceptaron. En realidad, tan sólo querían ganar tiempo. Ya habían enviado un mensaje a Aníbal para que volviera a África cuanto antes y salvara a su patria.

Mientras tanto, Escipión despachó emisarios a Roma, ya que él no tenía potestad para aprobar el tratado, que debía discutirse en el senado y ratificarse en los comicios por centurias.

Aníbal recibió el mensaje en la ciudad griega de Crotona. Según Tito Livio, partió con lágrimas de rabia, convencido de que no había conseguido nada más en Italia por la falta de refuerzos. Lo cierto era que Cartago había tratado de enviárselos más de una vez, pero los romanos habían frustrado esos intentos con brillantes victorias.

Antes de partir, Aníbal hizo grabar una placa de bronce con sus hechos y la consagró en el templo de Crotona. Aunque la inscripción se ha perdido, por desgracia, al menos Polibio pudo consultarla, ya que estaba escrita en cartaginés y en griego. Entre sus logros, Aníbal alardeaba de haber destruido cuatrocientas ciudades y matado a trescientos mil hombres en combate. Quizá fueran cifras exageradas, quizá no. Pero sin duda, mientras se alejaba de las costas de Italia, donde había pasado quince años, pensó que todo aquello era inútil, pues la presa principal, Roma, se le había escapado entre los dedos.

LA BATALLA DE ZAMA

En 202, los cónsules elegidos fueron Servilio Púlex y Tiberio Claudio Nerón, primo del cónsul homónimo que había vencido a Asdrúbal Barca en la batalla de Metauro. Con el ejército de Aníbal ya en África, era éste el destino donde se podía alcanzar más gloria y más botín, y muchos *nobiles* pugnaban por conseguirlo. Con buen criterio, el senado mantuvo el mandato proconsular de Escipión. Sólo el cónsul Nerón viajó a África, pero lo hizo con la flota y con órdenes de apoyar por mar al ejército de Escipión.

En Cartago, entretanto, al ver a Aníbal con sus veteranos cundió cierto optimismo, y los ciudadanos empezaron a pensar que no tenían por qué aceptar

aquellas condiciones de paz tan desfavorables. ¿No había demostrado su general Aníbal, la Gracia de Baal, que era invencible? Seguramente podría infligir otra derrota a los enemigos. La perspectiva de ganar la guerra contra la terquedad y los recursos romanos se antojaba inalcanzable; pero al menos podrían obtener un tratado lo bastante honroso como para dejar la situación en empate.

La tregua entre ambos estados se mantuvo hasta la primavera, pero se rompió debido a un incidente fortuito. Unos barcos mercantes romanos cargados de provisiones fueron arrastrados por vientos adversos hasta la bahía de Cartago. Sus tripulantes los abandonaron, y los cartagineses los remolcaron hasta su puerto y repartieron el trigo entre el pueblo. Cuando Escipión protestó, sus tres embajadores estuvieron a punto de ser linchados por la multitud de Cartago.

Una vez quebrada la tregua, Escipión se dedicó a devastar las ciudades del interior, esclavizando a todos sus habitantes. Había en ello parte de venganza, parte de provocación para sacar a Aníbal a campo abierto y parte de necesidad: le hacían falta provisiones.

Aníbal, que estaba acampado en la costa, en una ciudad llamada Hadrumeto, tardó en reaccionar a las peticiones del senado púnico. Por fin, se puso en marcha y avanzó hasta Zama, un lugar situado a cinco jornadas de camino de Cartago.

Allí se libraría la batalla final. Pero todavía se demoró unas semanas, porque Escipión tenía que esperar a que llegara Masinisa. Cuando éste terminó de pacificar su reino recién ampliado, cumplió su palabra y regresó con seis mil soldados de infantería y, lo más valioso, cuatro mil jinetes.

Por primera vez en el conflicto, un general romano no lucharía contra Aníbal en inferioridad de tropas de caballería, el arma que se había demostrado fundamental en la Segunda Guerra Púnica.

La víspera de la batalla ambos generales se entrevistaron. No es algo que encontremos frecuentemente en estos enfrentamientos, pero tampoco resulta extraño. Por un lado, era inevitable que sintieran curiosidad mutua. Aníbal, que por aquel entonces tenía cuarenta y cinco años, se había convertido ya en una leyenda. Escipión, con treinta y tres, era el más aventajado de sus discípulos y su sucesor natural, aunque fuese en el otro bando.

Se encontraron en terreno neutral, entre los dos campamentos y en un paraje despejado para evitar emboscadas. Los escoltas se apartaron para dejarles

intimidación y, según Livio, sólo quedaron los intérpretes. Sin embargo, puesto que ambos eran hombres cultos había un idioma en el que podían entenderse perfectamente sin ayuda: el griego.

En su conversación, aparte de las zalemas habituales en la diplomacia entre enemigos, trataron de las condiciones de paz. Aníbal ofreció mantener el *statu quo* actual: Roma podría quedarse con España y con las Baleares, aparte de las islas que ya tenía, pero no tocaría el norte de África. Aunque suponía empeorar la situación previa al conflicto, dadas las circunstancias era lo mejor que cabía esperar.

Pero Escipión se negó a negociar ningún tratado. Tras la ruptura de la tregua exigía una *deditio* o «entrega», una rendición incondicional. «Si no queréis poner vuestra patria y vuestras personas a nuestra merced, derrotadnos en la batalla», desafió a Aníbal.

Escipión quería combatir. Había muchas razones para ello. No dejaba de ser un noble romano. Tenía la ocasión de conquistar la gloria definitiva venciendo al gran Aníbal; aunque es cierto que también corría el riesgo de ser aniquilado con su ejército en el interior del territorio enemigo. Pero si dejaba pasar el año, cuando nombraran nuevos cónsules, los entrantes intentarían arrebatarse el mando, al igual ya habían hecho otros. Eso le dejaría a otra persona la gloria. O, lo más probable, la derrota.

Pues Escipión estaba convencido de que sólo él podía vencer como general al hombre que tenía enfrente. Como ocurre con todos los líderes carismáticos, confiaba al cien por cien en sus posibilidades.

Era el momento de acabar con la esperanza que todavía mantenía a Cartago en pie. A saber, Aníbal y la élite de su ejército, los hombres que habían sembrado el terror por los campos de Italia.

Paradójicamente, el corazón de las tropas de Escipión lo formaban los legionarios que habían sufrido en sus carnes ese terror, los veteranos de Cannas. A veces el azar y la historia ofrecen la revancha, aunque sea muchos años después. Como dice el proverbio: «El plato de la venganza es mejor servirlo frío».

Sin llegar a ningún acuerdo, Escipión y Aníbal se despidieron. Al día siguiente, los dos generales sacaron a los ejércitos de sus campamentos y los desplegaron en la llanura para luchar. Esta vez no habría trucos: todos los recursos

se hallaban a la vista.

Aníbal contaba para la ocasión con cuarenta y cinco mil soldados de infantería, seis mil jinetes y ochenta elefantes. En vanguardia puso a los paquidermos, con la caballería númida a la izquierda y la libia a la derecha.

Tras esa primera línea, repartió a su infantería en tres formaciones, una detrás de otra. La primera estaba compuesta por mercenarios ligures, galos y baleares, estos últimos armados con sus afamadas hondas. En la segunda formaban libios y ciudadanos de Cartago. Por último, a ciento cincuenta metros por detrás, apostó a los veteranos de Italia, cerca de veinte mil.

Por primera vez, Aníbal copiaba el sistema romano y mantenía a sus hombres más experimentados como reserva. ¿Cuál era la razón? Hasta entonces siempre se las había ingeniado para realizar maniobras envolventes, que alcanzaron su perfección en Cannas. Pero lo había conseguido gracias a que gozaba de una gran superioridad en caballería, la fuerza más móvil y elástica sobre el campo de batalla.

Ahora su rival, aliado con Masinisa, contaba con tantos jinetes como él. Al no poder envolver a su adversario, necesitaba un centro fuerte que no se colapsara como solía ocurrirles a los ejércitos que recibían la carga frontal de las legiones romanas. Su idea era pelear por fases: cuando llegaran a la unidad en la que de verdad confiaba Aníbal, los hombres que lo habían acompañado durante tantos años en Italia, los legionarios romanos ya estarían cansados y rotos después de un largo combate.

Frente a él, Escipión dispuso un despliegue clásico, sin buscar innovaciones. Lo que había hecho contra Asdrúbal Giscón en la batalla de Ilipa estaba muy bien, pero ahora tenía delante a un general que se las sabía todas y era mejor no complicarse demasiado.

El procónsul colocó en el ala izquierda a la caballería romana e italiana, mientras que los cuatro mil númidas de Masinisa se apostaron a la derecha. En el centro formaban las legiones y las *alae* en triple línea.

La única variación que se permitió Escipión fue la disposición de los manípulos. En lugar de colocarse en ajedrezado como otras veces, los príncipes se plantaron justo detrás de los astados, dejando unos amplios pasillos que conducían directamente hasta los triarios. Pero el enemigo no podía ver esa especie de calles, pues Escipión apostó en ellas *velites* de infantería ligera que, cuando llegara el momento, tendrían que apartarse. Durante la batalla se descubriría el motivo de

este cambio.

Eran dos formaciones similares, como si a fuerza de guerrear romanos contra cartagineses se hubieran acabado pareciendo. Y de hecho debían semejarse, pues muchas de las armas de los veteranos de Aníbal eran botín de guerra expoliado a los romanos caídos.

Sabedores de que enfrente tenían al mejor general del bando contrario, ni Aníbal ni Escipión querían arriesgar con peligrosas filigranas. Ninguno de ellos había perdido una batalla campal hasta ahora. Pero, al final del día, uno de los dos conocería la derrota por primera vez. Era inevitable.

Aníbal dejó que otros oficiales arengaran a las dos primeras filas. Él se dirigió tan sólo a los escogidos que guardaba en reserva diciéndoles:

¡Recordad que somos camaradas desde hace diecisiete años! Durante todo ese tiempo hemos chocado muchas veces con los romanos, y jamás hemos sido derrotados. ¡Pensad en Trebia, en Trasimeno y sobre todo en Cannas! Estos hombres que se nos enfrentan ahora son menos que nosotros. Peor aún, muchos de ellos son las sobras de los que derrotamos en Italia. No echéis a perder ahora vuestra gloria ni la mía, mis hermanos de armas. Luchad con denuedo para recordar a todo el mundo lo que ya sabe: ¡sois invencibles!

Por su parte, Escipión pronunció una soflama parecida, en la que seguramente recordó a los supervivientes de Cannas que tenían la ocasión de vengar el mayor desastre sufrido por su patria. Tras las arengas, ambos ejércitos principiaron el avance al son de trompetas y gritos.

Aníbal tenía pensado empezar desatando su arma más devastadora, los elefantes. Para su desgracia, toda aquella batahola de música, tambores, cánticos y entrechocar de armas asustó a varios paquidermos. De haber estado bien adiestrados no habría sucedido, pero muchos habían sido domesticados a toda prisa por la urgencia de la ocasión. Los que estaban a la izquierda se desviaron en su estampida y se precipitaron sobre la caballería nómada, desordenándola.

Al otro lado del campo de batalla, Masinisa vio su oportunidad y cargó contra aquellos que deberían haber sido sus súbditos. No tardó en derrotarlos y los persiguió lejos del campo de combate entre una nube de polvo.

Mientras tanto, por el centro, los elefantes más disciplinados obedecieron a sus mahouts y cargaron contra las filas romanas. Pero los *velites* les salieron el paso, arrojándoles jabalinas y consiguiendo que muchos de ellos, enloquecidos de dolor, entraran en estampida.

Finalmente, fueron pocos los que llegaron a la primera fila de legionarios. Éstos se apretaron como pudieron y guiaron a los elefantes hacia los huecos. Ahora se comprendió la razón de que los príncipes formaran justo detrás de los astados: eso dejaba unos pasillos mucho más largos entre unidades, lo suficiente para contener la acometida de los elefantes. Al final, aguardaban los triarios con sus largas lanzas, como una muralla erizada de pinchos. Rodeados de legionarios por ambos lados, los paquidermos recibieron una densa lluvia de *pila*, y aunque causaron algunas bajas, su ofensiva resultó un fiasco.

Por el lado derecho de Aníbal las cosas no fueron mucho mejor. Allí también se desmandaron algunos elefantes acosados por la infantería ligera, y al desviarse buscando lugares más tranquilos y seguros embistieron contra la propia caballería cartaginesa. Lelio, el amigo de Escipión, imitó el ejemplo de Masinisa y aprovechó para atacar con sus jinetes romanos e italianos. Su carga puso en fuga a los enemigos, pero en lugar de quedarse en el sitio, Lelio emprendió la persecución.

En cuestión de pocos minutos, la caballería había desaparecido del campo de combate. Ahora todo estaba en manos de la infantería pesada.

Las dos primeras filas del ejército púnico siguieron su avance contra los romanos. Los astados hicieron lo mismo y lanzaron sus *pila*, mientras detrás de ellos los príncipes y los triarios aporreaban los escudos con las espadas y los jaleaban en medio de una algarabía infernal. Pues no sólo se combatía con las armas, sino que también se libraba una batalla moral con voces y gestos.

El combate fue muy duro. Los mercenarios de la primera unidad cartaginesa resistieron varios asaltos y mataron a muchos astados, pero finalmente cedieron.

La lucha llegó al segundo cuerpo del ejército de Aníbal, formado por ciudadanos cartagineses y por libios. La refriega volvió a ser muy sangrienta, y esta vez Escipión ordenó que los príncipes reforzaran a los astados en muchos puntos, pues el cansancio y las bajas los hacían flaquear.

Cuando la unidad norteafricana cedió también, sus componentes volvieron la espalda para huir. Allí, a algo más de cien metros, aguardaban impertérritos los veteranos.

Los libios y cartagineses intentaron refugiarse entre sus filas, pero se encontraron con una pared de lanzas por orden de Aníbal, que no estaba dispuesto a que entraran en su formación y la desordenaran. Los que no cayeron bajo la persecución de los legionarios se retiraron a los lados para recomponer el despliegue más atrás.

Había llegado el trance decisivo. Los verdaderos soldados de Aníbal, con las filas prietas y ordenadas, bien descansados y confiados en su superioridad, aguardaban a los romanos, que, poseídos por la euforia momentánea de la victoria, perseguían y remataban enemigos.

El terreno que llevaba hasta los hombres de Aníbal se hallaba sembrado de cadáveres, y también resbaladizo por las armas caídas y la sangre. Escipión comprendió que lanzarse a la carrera por allí equivalía a caer en el caos, y que había llegado el momento de reorganizarse.

En medio de la polvareda y el griterío, el procónsul volvió a demostrar el asombroso control que ejercía sobre unas tropas sedientas de sangre. Pero ese control que parecía sobrenatural no se debía sólo a su carisma, sino a incontables horas de instrucción que habían condicionado a sus hombres para convertirlos en una máquina colectiva y perfectamente engrasada.

Cuando las cornetas sonaron, los astados abandonaron su persecución y retrocedieron a los lugares marcados por sus estandartes, como si se encontrasen en el terreno de instrucción y no en el campo de batalla. Después, con perfecta disciplina, formaron sus manípulos, mientras los heridos eran evacuados a la retaguardia.

En esta ocasión, Escipión cambió su formación. Los soldados que tenían enfrente eran los más duros del mundo, y no era cuestión de dejar que los jóvenes astados se enfrentaran a ellos sin ayudas. A ambos flancos, Escipión colocó a los príncipes y a los triarios. Después, todos juntos avanzaron con paso marcial, despacio para no tropezar con los cadáveres ni los charcos de sangre y no perder el orden de las filas.

Las dos huestes que se enfrentaron en este último choque eran equivalentes en número, en armas, en calidad y en valor. Fue un choque largo y sangriento, el más violento e igualado de aquella larga guerra. Allí ya no había reservas, nadie se guardaba nada y ya no valían argucias ni estratagemas.

Es imposible saber qué habría ocurrido, cuál de los dos ejércitos habría cedido primero o si habrían seguido luchando como héroes homéricos hasta caer la

noche. Pero entonces aparecieron Lelio y Masinisa con sus escuadrones de caballería, tras abandonar la persecución de sus enemigos.

Aquellos jinetes de refresco se precipitaron sobre la retaguardia de Aníbal, quien por primera vez en su vida sufrió la maniobra envolvente que tantas veces había llevado a cabo. Dejó de ser una batalla y se convirtió en una masacre. Miles de hombres del ejército púnico murieron luchando en el sitio. A los que huyeron les dieron caza los jinetes. Aquel paraje era una llanura despejada, sin ningún sitio donde esconderse, y la mayoría cayeron alanceados o atravesados por jabalinas.

En Zama murieron veinte mil hombres del ejército cartaginés, y otros tantos cayeron prisioneros. Al menos, Aníbal logró escapar con unos cuantos jinetes y se retiró a su base de Hadrumeto.

Por su parte, los romanos sólo habían sufrido mil quinientas bajas. Como siempre en los combates antiguos, la mayor parte de las muertes se habían producido al final. Eso significa que, de no haber aparecido a tiempo la caballería romana, el resultado podría haber sido muy distinto. En general, como ocurre siempre al examinar la historia con la ventaja que otorga conocerla, todo parece inevitable. Pero ni lo habían sido las victorias de Aníbal ni lo fue tampoco ésta, su única derrota.

EL FINAL DE LA GUERRA

Tras cuidar a sus heridos y recoger el botín, Escipión envió a Lelio a Roma para que anunciase la victoria. Después, llevó su flota ante el puerto de Cartago con el fin de aumentar la presión psicológica sobre el enemigo. No tenía intención de tomarla al asalto, pues sus murallas eran formidables. Pero sabía que, tras la derrota de Zama, a los cartagineses no les quedaba más remedio que aceptar sus condiciones, y quería recordárselo.

Aníbal regresó por fin a su ciudad, que todavía no había pisado desde su regreso a África. Allí, cuando un miembro del *adirim*, un tal Giscón, habló con

vehemencia en la tribuna para oponerse a las condiciones que planteaba Escipión, el propio Aníbal lo tiró fuera de un empujón. Después se disculpó con cierta ironía. «Después de treinta y seis años de ausencia se me han olvidado los modales», dijo. Pero luego les recordó a todos que habían perdido la guerra y que las exigencias romanas podían ser mucho peores. Así demostró que era un hombre realista y pragmático incluso en la derrota, dispuesto a adaptarse a las nuevas circunstancias.

Éstas fueron las condiciones que propuso Escipión, que aceptó Cartago y que el senado y el pueblo romanos, *SPQR*, ratificaron:

Para empezar, Cartago se comprometía a entregar a Roma una indemnización de diez mil talentos durante cincuenta años. Eso suponía doscientos anuales, una cifra pagadera; pero el plazo tan largo les recordaría, incluso cuando nacieran nuevas generaciones, que habían perdido la guerra y que más les valía no embarcarse en nuevas aventuras. Además, la ciudad debía entregar víveres al ejército de Escipión para compensar lo que se había perdido en las naves de transporte que provocaron la ruptura de la tregua.

Cartago renunciaba a toda posesión de ultramar. Incluso su territorio en África se veía reducido, pues debía reconocer el reino de Masinisa, que había ampliado sus fronteras.

También tenía que dismantelar su marina de guerra. Tan sólo podía quedarse con diez naves para protegerse de los ataques piratas. Si por cualquier motivo quería construir una flota, le pediría permiso a Roma. Para los cartagineses debió de resultar especialmente doloroso contemplar cómo cientos de barcos salían de su magnífico puerto y ardían en alta mar, levantando negras columnas de humo en el horizonte.

Cartago renunciaba igualmente a adiestrar más elefantes de guerra. Visto el resultado que habían dado en Zama, algún autor moderno subraya con ironía que eso en realidad era un favor para los cartagineses.

Por supuesto, Cartago devolvía todos los prisioneros sin cobrar rescate. También los desertores que habían abandonado las filas romanas; éstos acabaron en la cruz o decapitados, según fueran romanos o latinos. (En tales circunstancias, resultaba más rápido e indoloro ser latino).

Por último, Cartago se convertía en «amiga y aliada» de Roma. Aunque esto pudiera sonar muy bien, se trataba de la misma fórmula que se aplicaba a los supuestos aliados de Roma en Italia, que en realidad eran sus vasallos. Es cierto que Cartago mantenía sus leyes, sus costumbres y sus órganos de gobierno; pero

antes de embarcarse en cualquier guerra tendría que solicitar autorización a los romanos.

En la primavera del año 201, el senado y los comicios confirmaron la propuesta de paz. Cumplida su misión, Publio Cornelio Escipión regresó a Roma. Allí recibió el homenaje que se merecía, un triunfo espectacular. Algunos propusieron incluso nombrarlo cónsul y dictador de por vida y levantarle estatuas en la Rostra, en la Curia y en el Capitolio.

Mientras desfilaba en el carro triunfal con el rostro pintado de rojo, Escipión debía de sentirse muy cerca de los dioses que, según él, inspiraban sus actos. Pero incluso en la embriaguez de la victoria conservó suficiente sentido común para declinar todos esos galardones tan exagerados. Aceptarlos habría sido convertirse en algo parecido a un rey y, pasado el momento de inmensa gratitud, la envidia le habría pasado factura. De modo que se conformó con recibir el sobrenombre de Africano, que desde entonces se transmitió a sus descendientes.

Durante los años siguientes se le rindieron honores diversos. En 199 fue nombrado censor, la máxima distinción que podía recibir un romano, pues ese cargo sólo se nombraba cada cinco años y entre excónsules. Tenía treinta y seis años cuando desempeñó el censorado, y todavía sería cónsul una vez más, aparte de recibir la consideración de *princeps senatus* o primer hombre del senado, que normalmente se concedía a senadores bastante ancianos.

No todo fueron honores ni parabienes, sin embargo. En 187, él y su hermano Lucio, vencedores de Antíoco III en la batalla de Magnesia, fueron acusados de apropiación indebida. Cuando Lucio iba a mostrar los libros de contabilidad, Publio Escipión, furioso, los rompió en pedazos y preguntó a los senadores por qué en vez de molestarse por los tres mil talentos que faltaban no pensaban en los quince mil que habían ingresado gracias al tributo de Antíoco.

Aquel caso trajo cola durante varios años. En 185, acusado de nuevo, Escipión habló en el Foro y recordó al pueblo que aquel día era el aniversario de la batalla de Zama. La gente lo rodeó y lo acompañó en comitiva al Capitolio, donde todos dieron gracias a los dioses y les pidieron que Roma engendrara más ciudadanos como Escipión Africano.

Tras aquello, Escipión se retiró de la vida pública y dejó Roma. Murió poco después en Literno, en la costa de Campania, a los cincuenta y tres años.

¿Qué ocurrió con el otro gran protagonista de la guerra, Aníbal? Pese a la derrota, siguió mandando los restos del ejército cartaginés durante varios años. En 196 fue elegido sufete, magistrado principal de Cartago. Como tal, luchó contra la corrupción que se había extendido por la ciudad y que, según él, dificultaba pagar los doscientos talentos anuales a Roma.

Aunque no puede decirse que fuera un demócrata, y desde luego no había instaurado democracias en Italia, Aníbal se apoyó en la asamblea popular. Eso le granjeó la oposición de los oligarcas, que no tardaron en ir con el cuento a los romanos.

La excusa que pusieron era que Aníbal andaba conspirando con Antíoco III el Grande, soberano del reino seléucida, el mayor de los que habían quedado tras el reparto del imperio de Alejandro. (El sobrenombre de Grande se lo había puesto él, dicho sea de paso). Aunque la acusación bien podía ser cierta, los romanos no habrían necesitado tal pretexto: ya hemos visto que miraban con simpatía las oligarquías locales y derrocaban las democracias cuando tenían opción de ello.

Lejos de convertirse en un resentido dedicado a rememorar las glorias del pasado, Aníbal se dedicó a hacer reformas que mejoraron la economía de Cartago. Para su desgracia, al mismo tiempo se debatía contra él en el senado de Roma. Escipión defendió a su viejo enemigo, pero no pudo hacer nada. Quien con más vehemencia habló contra él fue Marco Porcio Catón, el mismo que años más tarde pronunciaría con odio la frase que llevó a la Tercera Guerra Púnica: *Delenda est Carthago*, «Cartago debe ser destruida».

En el año 195, una comisión de triunviros salió de Roma para acusar a Aníbal y exigir su entrega. Para entonces, ya había dejado de ser sufete. Aunque conservaba mucha influencia en la ciudad, también tenía enemigos. Temiendo por su vida, huyó de la ciudad de noche, tomó un barco en una propiedad costera que poseía cerca de Tapso y navegó lo más lejos posible. Primero arribó a Tiro y luego a Siria, buscando a Antíoco III.

Hizo bien. Seguramente sus compatriotas lo habrían entregado a los romanos, y habría acabado sus días en cautiverio como Sífax, o ejecutado en la claustrofóbica celda del Tuliano tal como le ocurriría tiempo después al caudillo galo Vercingetórix. Un destino indigno de él.

En su ausencia, los cartagineses demolieron su mansión y confiscaron sus

propiedades. Sin embargo, gracias a las reformas de Aníbal la ciudad volvió a prosperar. El país seguía siendo muy fértil y los púnicos conservaban su talento para los negocios. En 185, Cartago ofreció a Roma liquidar de golpe la deuda, aunque los romanos se negaron: querían recordar a los cartagineses todos los años que los habían derrotado.

Mientras tanto, Aníbal actuó como asesor para Antíoco en la guerra que libró contra los romanos. Cuando el rey seléucida terminó derrotado y hubo de firmar el tratado de Apamea en 188, una de las exigencias de los romanos fue que les entregara a Aníbal.

Éste huyó de nuevo. Primero se instaló en Creta, después en Armenia y por último en el reino de Bitinia, donde el rey Prusias lo contrató como almirante. Aníbal venció en una batalla naval contra las fuerzas de Eumenes de Pérgamo recurriendo a una mezcla de guerra química y biológica: introdujo serpientes venenosas en vasijas de barro y las lanzó contra los barcos enemigos, lo que sembró el pánico entre sus tripulantes.

Pero la persecución de Roma era implacable. En 183, unos embajadores llegaron a Bitinia y le exigieron a Prusias la entrega del cartaginés. Aníbal, que tenía sesenta y cuatro años, tal vez estaba cansado de huir o no tuvo ocasión de adelantarse. Antes que convertirse en prisionero, prefirió ingerir veneno y murió.

Según la tradición, fue enterrado no muy lejos de allí. A finales del siglo II d.C., el emperador Septimio Severo restauró su tumba con gran lujo. Tenía sus razones: Septimio era romano y al mismo tiempo africano, pues había nacido en Leptis Magna. En esa época, Aníbal ya se había transformado en mucho más que una leyenda para quienes habían sido sus enemigos. Al fin y al cabo, si lo recordamos con sus luces y sus sombras es gracias a los romanos.

Diez años antes, mientras Aníbal residía en la corte de Antíoco, había llegado una embajada de Roma. Entre los senadores que la formaban se hallaba Escipión Africano. Los antiguos rivales se entrevistaron cordialmente. En cierto momento, Escipión preguntó a Aníbal: «¿Quién crees que ha sido el más grande general de la historia?». «Sin dudarlo, Alejandro Magno», respondió Aníbal. «¿Y el segundo?». «Pirro, rey del Epiro». «¿Y el tercero?». «Yo», contestó Aníbal. «¡Por los dioses! ¿Qué habrías dicho entonces si me hubieras derrotado a mí?», preguntó Escipión. «En ese caso, me habría colocado a mí el primero, por delante de todos los demás generales».

La respuesta era una forma de reivindicarse y al mismo tiempo halagar a

Escipión. Tito Livio interrumpe aquí la anécdota, pero me imagino a aquellos dos generales, los mejores de su tiempo y dignos de figurar en todos los libros de táctica y estrategia, chocando sus copas y brindando por los viejos días de gloria.

X

LA CONQUISTA DE GRECIA

GRECIA Y LOS REINOS HELENÍSTICOS HACIA EL AÑO 200 A.C.

Ya hemos hablado de Alejandro Magno y del imperio que creó en Asia. Cuando murió sin designar un heredero claro, sus generales se repartieron los fragmentos de este enorme imperio. Durante décadas, estos hombres y sus vástagos, los diádocos, guerrearon constantemente entre sí y las fronteras no dejaron de bailar.

A pesar de todo, a finales del siglo III, cuando Roma intervino por primera vez en los asuntos de Grecia, los diádocos habían alcanzado cierto equilibrio. Existían tres grandes reinos, gobernados por dinastías que descendían de generales de Alejandro. Además, había también una serie de reinos menores situados en Asia Menor o a orillas del mar Negro, como Pérgamo, Armenia, el Ponto o Bitinia, que sobrevivían como podían.

En cuanto a la Grecia continental, las ciudades estado y las tribus que

seguían siendo independientes habían comprendido que eran demasiado pequeñas para sobrevivir por su cuenta en aquella época de grandes potencias. Por eso se habían asociado en alianzas como la Liga Etolia, al norte del golfo de Corinto, o la Liga Aquea, al sur. Tan sólo Atenas y Esparta se mantenían fuera de estas federaciones, aunque en muchas ocasiones se veían obligadas a pactar con ellas.

De los tres grandes reinos helenísticos, el más próspero era el de Egipto, gobernado por la dinastía de los Lágidas. Se llamaban así por Lago, padre de Ptolomeo, que fue general de Alejandro y primer rey macedonio de Egipto.²² Pero, como todos sus descendientes se llamaron también Ptolomeo —para distinguirlos utilizamos números o apodos como Filopátor, Filadelfo o Auletes—, estos monarcas son más conocidos por este nombre colectivo.

El Egipto de los Ptolomeos es famoso sobre todo por el mayor símbolo de su florecimiento cultural: la Biblioteca de Alejandría. Escribo el nombre con mayúscula porque su leyenda la ha convertido en la biblioteca por antonomasia de toda la historia de la humanidad. En la época de la que hablamos, la Biblioteca se hallaba en su máximo esplendor, y en ella habían trabajado sabios de la talla del grandísimo Arquímedes, de Euclides o de Eratóstenes.

(Existe la creencia de que Julio César destruyó la gran Biblioteca en el año 48 a.C. Aunque no sea tema de este libro, adelanto aquí que lo que se incendió fue un almacén en el que ardieron unos cuarenta mil volúmenes. Una gran pérdida, pero no la ruina total que a veces se comenta, pues la Biblioteca llegó a albergar en sus mejores momentos más de medio millón de volúmenes).

El reino más extenso era el de los seléucidas, descendientes de Antíoco y su hijo Seleuco. A finales del siglo III, sus dominios abarcaban buena parte de Asia Menor y se extendían por los actuales Irak e Irán. Su monarca, Antíoco III el Grande, acababa de conseguir que se le sometieran otros territorios que antaño pertenecieron a Alejandro, como Partia o el reino de los grecobactrianos, de modo que sus fronteras se extendían hasta la India.

Por último, el tercero de los grandes reinos era Macedonia. Sus monarcas, los Antigónidas, no poseían territorios tan extensos como los seléucidas ni tantas riquezas como los Ptolomeos. A cambio, gobernaban en el corazón del reino de Filipo y Alejandro, lo que les otorgaba un gran prestigio, y por su cercanía geográfica eran quienes más se inmiscuían en los asuntos de Grecia. Esa misma proximidad fue la que provocó que Macedonia chocara con Roma antes que los demás reinos.

LA PRIMERA GUERRA MACEDÓNICA

El gobernante de Macedonia a la sazón era Filippo V, hijo de Demetrio, que había subido al trono en 229. Sólo tenía ocho años, así que durante un tiempo hubo de someterse a los dictados del regente Antígono. Pero éste murió en 220 y Filippo se convirtió en soberano ya de hecho y no sólo de derecho.

Filippo era hombre de una inteligencia brillante, educado en la oratoria y otras artes, pero de temperamento cruel. Al menos, eso aseguraban los autores antiguos: considerando que eran romanos o griegos que bebían en fuentes romanas, no es de sorprender.

Algunas de las peores informaciones sobre Filippo V las encontramos en la *Vida de Arato*, escrita por Plutarco. Este Arato era un estadista griego que durante mucho tiempo lideró la Liga Aquea. Debido a su cargo, mantuvo amistad con Demetrio, el padre de Filippo, y luego desempeñó para el joven rey casi el papel de un tutor.

Pero, conforme Filippo creció y acaparó más poder, su verdadera naturaleza salió a la luz (siempre según Plutarco, no lo olvidemos). Por ejemplo, aprovechando que Arato lo había alojado en su propia casa, sedujo a la esposa de su hijo y se acostó con ella repetidas veces. El adulterio en sí suponía una falta grave, pero mucho más reprobable era quebrantar el sagrado vínculo de hospitalidad.

Arato era de los pocos que se atrevían a echar en cara al rey su conducta, más propia de un tirano que de un monarca. Por eso, Filippo decidió librarse de ese incómodo consejero y encargó a su oficial Taurión que lo envenenase. El tóxico que utilizó Taurión era de efecto lento, y provocaba fiebre, tos y consunción. Cuando un amigo de Arato lo vio en su alcoba escupiendo sangre, el estadista le dijo: «Éste, mi querido Céfalo, es el precio de ser amigo del rey».

Arato murió, pues, y Plutarco no deja ninguna duda de que fue envenenado por Filippo. Pero los síntomas del supuesto envenenamiento se parecen mucho a los de la tuberculosis. Tal vez Arato enfermó de forma natural y, debido a sus roces

con Filipo, sospechó que éste había ordenado su asesinato. Teniendo en cuenta que los griegos miraban con desconfianza a los macedonios del norte, y que a los romanos les convenía desacreditar a Filipo para que su guerra contra él pareciera más justa, no es extraño que desde bien pronto corrieran rumores contra el joven soberano que lo representaban como un monstruo.

Aún vivía Arato cuando Aníbal aplastó a los romanos en Cannas. Filipo V decidió aprovechar la situación y firmó un pacto con él en 215. ¿Qué intereses podía tener el monarca macedonio en el conflicto entre Cartago y Roma? Como ya hemos visto, en su guerra con la reina Teuta, Roma había cruzado el «charco» que lo separaba de Grecia y ahora controlaba amplias zonas de Iliria. Eso la acercaba demasiado a las fronteras de Macedonia para la tranquilidad de Filipo, que pretendía expulsarlos de allí.

Pero, según los romanos, la estrategia del rey macedonio iba mucho más allá: su plan era cruzar el Adriático con una flota e invadir Italia. Para impedirlo, el senado envió una escuadra de cincuenta naves de guerra a patrullar las costas del Adriático y llevó a Iliria una legión mandada por el propretor Marco Valerio Levino. Considerando que en ese momento de la guerra contra Aníbal la República tenía movilizadas más de veinte legiones entre Italia, el valle del Po, España y Sicilia, no podía hacer mucho más.

Sin embargo, la supuesta invasión nunca se llevó a cabo. Al principio, Filipo ni siquiera poseía una flota digna de tal nombre. Cuando la construyó, ordenó fabricar *lemboi*, unas galeras rápidas que tan sólo contaban con una hilera de remeros y podían llevar cincuenta guerreros a bordo. Eran naves muy maniobreras, las mismas que utilizaban los piratas ilirios, aptas para atacar barcos mercantes o para huir de las naves de guerra enemigas, pero no para luchar en combate frontal contra ellas.

Con esa flota, Filipo se dirigió a Apolonia, en la costa de la actual Albania, y la sitió. Esta ciudad era fiel aliada de Roma en la región, de modo que el propretor Levino envió dos mil hombres al mando de Quinto Nevio para que socorrieran a sus habitantes. Nevio atacó por sorpresa el campamento de Filipo, quien tuvo que retirarse a toda prisa con sus barcos y huyó remontando el curso del río Aos. Después, al saber que los romanos bloqueaban la desembocadura del río con su flota y le cortaban la retirada por mar, hizo quemar sus *lemboi* y regresó por tierra

a Macedonia.

De haber existido alguna posibilidad de que Filippo invadiera Italia, se había desvanecido con la pérdida de su flota. ¿De veras pretendía cruzar el Adriático?

No parece probable. Seguramente, su intención era expulsar a los romanos de sus territorios en Grecia y convertirse en el amo de toda la región. Al actuar así no obraba como un megalómano: conociendo la forma de actuar de los romanos, Filippo podía sospechar que, una vez que habían plantado el pie en Grecia, empezarían a encontrar excusas para ampliar sus territorios, como habían hecho con el sur de Italia o con Sicilia. La diplomacia romana vendió la guerra contra Macedonia como un conflicto defensivo, pero Filippo podría haber dicho lo mismo.

En cualquier caso, aunque se denomine «Primera Guerra Macedónica», este conflicto fue de poca intensidad para Roma, que no llegó a emplear grandes recursos en ella. La razón es evidente: la guerra empezó en el año 215, cuando Aníbal acababa de aniquilar dos ejércitos consulares y seguía campando a sus anchas por el centro y el sur de Italia.

Los objetivos de la contienda fueron limitados. Para Filippo, expulsar a los romanos de Grecia. Para los romanos, agarrarse como lapas a sus posesiones al otro lado del Adriático y esperar a que la tormenta amainase. Una vez destruida la flota macedonia, sabían que el potencial peligro de invasión se había disipado.

Como era habitual en estos conflictos, Roma se buscó aliados allende el mar. Puesto que Filippo combatía junto con la Liga Aquea, la República se asoció con su enemiga encarnizada, la Liga Etolia. A pesar de todo, la ayuda que brindó a los etolios fue prácticamente simbólica. En el año 206, tras sufrir diversos reveses, la Liga Etolia no tuvo más remedio que firmar la paz con Filippo, para disgusto de los romanos.

La propia República se vio obligada a negociar con Filippo, y en 205 ambos bandos suscribieron el tratado de Fénice. Según sus cláusulas, Filippo conservaba muchas de las ciudades de Iliria que había conquistado durante la guerra. A cambio, los romanos mantenían otras y Macedonia disolvía su alianza con Cartago.

En teoría, era un pacto razonable en el que ambos bandos ganaban unas cosas y perdían otras. Los reinos helenísticos firmaban constantemente tratados de ese tipo.

Pero no era la forma romana de entender la guerra. Para Roma, la contienda sólo terminaba cuando podía imponer todas sus condiciones a un enemigo aplastado. Así lo habían descubierto para su sorpresa Pirro y Aníbal: los romanos

preferían seguir combatiendo antes que hacer concesiones, aunque al obrar así corrieran el riesgo de ser destruidos como pueblo.

¿Por qué firmaron entonces la paz de Fénice? Es evidente que para ellos tan sólo suponía una tregua. Estaban demasiado ocupados con Cartago y no podían distraer más recursos allende el Adriático. Mientras pactaban con Filipo, rechinaron los dientes y aguardaron mejor ocasión.

De todos modos, el tratado incluía una cláusula muy peligrosa para Filipo primero, y para la independencia de toda Grecia después. Según dicho artículo, aparte de Iliria, también se convertían en «amigos de Roma» los pueblos del sur de Grecia: Élide, Mesenia y la propia Esparta. Esta «amistad» era un primer paso. En cuanto los nuevos aliados sufrieran alguna dificultad, no tardarían en pedir la ayuda de Roma. Así lo habían hecho los mamertinos de Mesina en el año 265, y el resultado había sido la conquista de toda Sicilia.

LA SEGUNDA GUERRA MACEDÓNICA

Terminada la guerra contra Aníbal, los romanos tenían las manos libres para vengarse de Filipo. Pero habían firmado un tratado con él, y para romperlo necesitaban un *casus belli*.

Filipo andaba por aquel entonces enfrascado en conflictos diversos con el reino de Pérgamo y con la isla de Rodas. El senado envió embajadores para que entraran en tratos con ambos estados. La reunión se celebró en Atenas, que también estaba interesada en guerrear contra Filipo, y por parte de Pérgamo acudió en persona su rey Átalo.

Al negociar con las legaciones de Pérgamo y Rodas, los diplomáticos romanos les vendieron la idea de que pretendían evitar el imperialismo macedonio tanto en el Egeo como en el resto de Grecia. La intención de Roma era aislar a Filipo V, y prácticamente lo consiguió.

Atenas no tardó en declarar la guerra a Filipo, que mandó un ejército para invadir el Ática. Los embajadores romanos dijeron a Filipo que dejara a las ciudades griegas en paz, y el ejército macedonio abandonó el territorio llevando el

ultimátum a su rey.

Pero Filippo no hizo caso y envió otro ejército a los Dardanelos, para asediar la ciudad de Abidos, cuya posición era estratégica en el estrecho. Roma envió otro ultimátum. Filippo dijo que lo que hacía no violaba el tratado de Fénice, pues Abidos no aparecía en las cláusulas, pero no le sirvió de nada, y los romanos enviaron un ejército a Iliria.

Mientras los embajadores y los mensajes iban y venían, Filippo prosiguió el sitio de Abidos. Los defensores de la ciudad se reunieron e hicieron un terrible juramento: si las murallas interiores caían, se suicidarían en masa. Además, cincuenta ciudadanos escogidos matarían a las mujeres y a los niños para evitar que Filippo los hiciera prisioneros. Esos mismos hombres también debían quemar dos barcos en los que los abidenos habían metido los tesoros que podían arder, y arrojar al mar todo el oro y la plata que habían acumulado en grandes pilas en la plaza del mercado. Mientras lo hacían, debían pronunciar asimismo terribles maldiciones contra quien se atreviera a poner las manos sobre el oro y la plata.

Obviamente, los abidenos no querían que Filippo se beneficiase de la caída de su ciudad. Cuando logró abrir una brecha en sus murallas y vio cómo los defensores se mataban entre ellos, el rey les concedió una tregua de tres días para que se suicidaran. Pasado este plazo, entró en una ciudad desierta y asolada por sus propios habitantes.

Entretanto, en Roma se seguía discutiendo si convenía embarcarse en una nueva guerra o no. Aunque el senado deliberaba sobre los asuntos exteriores, era la asamblea de los comicios centuriados la que gozaba de la potestad final de decidir cuándo se iba a la guerra y contra quién. En el año 200, el cónsul Publio Sulpicio Galba trató de convencer a los votantes para que lucharan contra Filippo en ayuda de sus aliados. Pero las heridas de la Segunda Guerra Púnica estaban tan abiertas que prácticamente seguían supurando. Cientos de miles de romanos e italianos habían muerto, muchas ciudades y cultivos habían sido devastados. Los ciudadanos de Roma no sentían tanto entusiasmo por lanzarse a la guerra como otras veces, y rechazaron la moción.

Pero Galba no se rindió. Lo que opinara el pueblo romano como colectivo era una cosa, y otra bien distinta los pensamientos y deseos de sus élites. Una vez llegado a cónsul, cualquier noble romano sabía que la única manera de dejar un

recuerdo brillante de su magistratura era embarcarse en una guerra, a ser posible de gran magnitud.

No hay que olvidar las expectativas de conseguir un suculento botín: la guerra anterior contra Filipo había sido casi un simulacro para los romanos, y aun así habían saqueado cinco ciudades. Oriente ofrecía muchas más riquezas que Occidente. Lo que habían desvalijado en las costas del Adriático sólo era un aperitivo, pensaban, comparado con lo que podrían conseguir en el sur de Grecia, Macedonia y los reinos de Asia.

No se trataba tan sólo de obtener oro y plata. Los nobles romanos de principios del siglo II empezaban a educarse en la cultura griega. Muchos de ellos —como Escipión Africano, por ejemplo—, habían adquirido unos gustos estéticos muy refinados que los convirtieron en insaciables coleccionistas de obras de arte. Podían contratar, y contrataban, escultores y pintores que copiaran las obras maestras de los griegos. Pero la tentación de apoderarse de muchos de los originales era muy fuerte, y a menudo los generales romanos sucumbieron a ella.

Nada de esto dijo Galba cuando convocó por segunda vez a los comicios centuriados. Lo que vino a explicarles a los ciudadanos romanos era que no había mejor defensa que un buen ataque. En su discurso, el cónsul aseguró:

No se trata de elegir si habrá guerra o paz. Eso ya lo ha decidido Filipo, que está preparando sus ejércitos para combatir por tierra y por mar. Lo que se halla en nuestra mano es decidir si llevamos nuestras legiones a Macedonia o esperamos a que Filipo invada Italia.

Si cuando Sagunto estaba sitiada y pidió nuestra ayuda le hubiésemos enviado tropas, la guerra contra Aníbal se habría librado en Hispania, y nos habríamos ahorrado infinitas pérdidas en Italia.

Así que yo os digo: ¡que el escenario de esta guerra sea Macedonia! ¡Que el fuego y el acero destruyan sus ciudades y sus campos y no los nuestros!

El argumento convenció a los romanos, aunque no está nada claro que Filipo V se hubiese atrevido a invadir Italia, ya que sus intereses radicaban en Grecia y más al este. La táctica «defensiva» que propugnaba Galba era más bien imperialismo encubierto.

En los primeros años de esta nueva guerra no se libraron batallas decisivas. Tras Galba, sirvió como cónsul Publio Vilio, a quien sus propias tropas se le

amotinaron. Pero todo cambió en 198 cuando los comicios eligieron como cónsul a Tito Quintio Flaminio.

Al igual que Escipión, Flaminio había recibido una esmerada formación, era un filoheleno declarado y comprendía los secretos de la política griega mejor que muchos de sus compatriotas. Otro punto en común con Escipión era su edad: tenía tan sólo treinta años cuando accedió al consulado.

Esta precocidad no era tan rara en su momento. Muchos jóvenes habían tenido que madurar a toda prisa y se habían convertido en soldados, oficiales o incluso generales durante los años de la guerra contra Aníbal. Por otra parte, las derrotas de Tesino, Trebia, Trasimeno y, sobre todo, el desastre de Cannas habían ocasionado una poda brutal en las filas del senado. Eso significaba que se necesitaban más aristócratas jóvenes para rellenarlas, y que surgían más oportunidades para los capacitados y los audaces.

No obstante, Flaminio se encontró con cierta oposición en el senado. Antes de alcanzar el consulado tan sólo había sido cuestor, y la costumbre exigía que pasara también por los cargos de edil y pretor. Pese a ello, consiguió ser elegido, y para complementar las tropas que ya había en Grecia reclutó veteranos de la guerra contra Aníbal.

Desde el momento en que Flaminio tomó el mando, el curso de la guerra cambió. Sus predecesores no habían librado más que escaramuzas con Filipo, sin llegar nunca a enfrentarse a él en campo abierto. Además, habían permitido que el joven rey fortificara el valle del río Aos sin tratar de asaltar su posición.

Apenas llegó Flaminio, en cambio, contrató guías locales para trepar por los montes, flanquear esta línea de defensa y atacar a los macedonios por la retaguardia. Filipo logró escapar de la encerrona sin grandes pérdidas, pero dejó el Epiro e Iliria definitivamente en manos de los romanos.

El nuevo cónsul se presentó a sí mismo como «libertador de Grecia» y exigió a Filipo que retirara todas las guarniciones macedonias de las ciudades griegas. No contento con esto, también le reclamó que abandonara Tesalia, territorio que pertenecía a los macedonios desde los tiempos de Filipo II, padre de Alejandro, y donde conseguían caballos y reclutaban valiosos jinetes.

Apoyando sus demandas diplomáticas, el cónsul empujó literalmente a los macedonios hacia Tesalia, expulsándolos del Epiro y de Grecia. También, pese a ser el «libertador», actuó en algunas ocasiones con suma dureza. Cuando la ciudad tesalia de Faloria se le resistió, la tomó al asalto y la borró del mapa como aviso

para las demás.

Estos primeros éxitos, sumados a las gestiones de su hermano Lucio, que mandaba la flota como legado, consiguieron que los antiguos aliados de Filipo, entre ellos los miembros de la Liga Aquea, se pasaran al bando romano.

Sin embargo, como solía suceder en estas campañas, cuando Flaminino quiso darse cuenta, su año de mandato ya estaba expirando y aún le quedaba mucho por conseguir. Al enterarse de que Filipo había enviado embajadores a Roma para tratar sobre la paz, el cónsul mandó sus propios mensajeros.

La petición que hizo a los senadores puede sonar extraña: les rogó que sólo aceptaran la paz si estaban dispuestos a quitarle el mando de las tropas, para que él pudiera negociar las condiciones con Filipo y se llevara ese honor. Si, por el contrario, pensaban prorrogarle el mandato como procónsul, les dijo que no hicieran tratos con el rey macedonio.

La actitud de Flaminino era típicamente romana. Lo que no quería de ningún modo era que otro recibiera el mando y le robara todo el mérito de acabar la guerra contra Filipo y someter la mítica Macedonia, cuna de Alejandro Magno: esa gloria debía ser suya.

Hoy día, un político que actuara así procuraría al menos disimularlo y vender su conducta como altruismo en nombre del bien general. Pero en Roma la ambición y la competitividad no sólo no se consideraban defectos, sino virtudes deseables en su élite gobernante.

El grupo de presión de Flaminino en el senado consiguió que le prorrogaran el mando como promagistrado, con lo que las propuestas de paz de Filipo fueron rechazadas. Ahora que volvía a controlar la situación, Quintio Flaminino estaba decidido a librar una batalla decisiva y a conseguir la gloria en un solo golpe de mano.

En cuanto llegó el buen tiempo, el ahora procónsul se puso en marcha desde Tebas, en Grecia central, y se dirigió hacia el norte, a Tesalia. Llevaba consigo el típico ejército consular, formado por dos legiones y dos *alae* de italianos. Además, lo acompañaban soldados aliados de la Liga Etolia y arqueros mercenarios de Creta, infantes y jinetes nómadas y, algo sorprendente en un ejército romano, elefantes de guerra.²³ En total debían de ser algo más de treinta mil hombres.

El ejército de Filipo, por su parte, constaba de veinticinco mil soldados. El núcleo «duro» de sus tropas lo constituían dieciséis mil hombres de infantería pesada, armados con sarisas, larguísimas picas que no habían dejado de crecer

desde la época de Alejandro Magno y que pasaban de los seis metros de longitud y los cuatro kilos de peso.

Las falanges formaban en cuadros cerrados. Cuando llegaba el momento del combate, los soldados de las primeras filas abatían las picas y las proyectaban adelante. Al ser armas tan largas, eso significaba que las puntas de las cuatro o cinco primeras filas sobresalían de la falange, convirtiéndola en un inmenso erizo. El espectáculo, según confesión de otro general romano, Emilio Paulo, era sobrecogedor. Quien quisiera llegar al cuerpo a cuerpo con la primera fila de hoplitas no tenía más remedio que abrirse paso por entre todas aquellas puntas de hierro, una misión suicida.

En combate, una unidad de sarisas era tan devastadora como un inmenso rodillo. (De hecho, ése es el significado de la palabra phalanx: pensemos en la forma de rodillo de las falanges de los dedos). Pero, debido al exagerado tamaño de las picas, sus batallones o «sintagmas» se movían con lentitud y cierta torpeza.

Tanto Alejandro Magno como su padre Filipo habían utilizado la falange a modo de yunque, para fijar a la infantería enemiga en el sitio. Después usaban el martillo: devastadoras cargas de caballería lanzadas contra los puntos más débiles de su formación.

Pero para combatir así necesitaban muchos caballos. En Gaugamela, la obra maestra táctica de Alejandro, el rey macedonio disponía de un jinete por cada seis hombres de infantería. Los ejércitos de sus sucesores no poseían tropas de caballería tan numerosas ni de tanta calidad. Debido a ello, la falange se había convertido en la principal arma de los reyes helenísticos. Aunque no fuese demasiado maniobrable, como fuerza de choque frontal resultaba imparable.

LA BATALLA DE CINOSCÉFALAS

Los dos ejércitos se encontraron en Feras, al oeste de la ciudad tesalia de Volos. Pero el terreno no era adecuado para combatir, y romanos y macedonios se retiraron de allí. Durante dos días, ambas huestes siguieron senderos paralelos, separadas por elevaciones que les impedían verse.

Pasados estos dos días, las tropas de Flaminio acamparon cerca de Farsalia, y las de Filipo en las inmediaciones de Escotusa. Aquel paraje era conocido como Cinoscéfalas, o Cabezas de Perro, porque algunas de aquellas elevaciones recordaban esa forma. Al menos, eso cuentan los autores clásicos; el origen del topónimo podría ser un antiguo ritual o cualquier otra razón.

(Un inciso que es más bien una recomendación. Hay una serie del Canal de Historia, *Decisive Battles*, en uno de cuyos episodios se analiza la batalla de Cinoscéfalas, y que puede encontrarse en Internet buscando *Battle of Cynoscephalae*. El mecanismo para este análisis es una simulación de ordenador basada en el motor del juego *Rome: Total War*. Con sus limitaciones inevitables, es una forma interesante y muy ilustrativa de estudiar esta batalla. Aparte de la propia simulación, el documental cuenta con comentarios de diversos expertos en historia militar antigua).

Durante toda la noche llovió. Al amanecer, la humedad del suelo empezó a evaporarse. La niebla que cubría las colinas y, sobre todo, los valles, apenas dejaba ver. Para otear los alrededores, Filipo envió un destacamento a ocupar las crestas cercanas. Justo al otro lado se hallaba el campamento romano. Ambos ejércitos habían pernoctado allí sin percatarse de la cercanía del enemigo.

El cónsul había pensado lo mismo que Filipo, y había despachado a trescientos jinetes y mil soldados de infantería ligera como fuerza de reconocimiento. En las crestas se toparon con el destacamento macedonio y empezó un combate por dominar las alturas. Al ver que sus hombres perdían terreno, Flaminio envió más tropas, y lo mismo hizo Filipo.

El combate se convirtió en una escalada. A Aníbal le había ocurrido algo similar justo antes de la batalla de Trebia, pero había preferido ceder terreno y reconocer una mínima derrota en lugar de plantear una gran batalla campal en condiciones no elegidas por él.

Al igual que Aníbal, Filipo tampoco quería luchar. El terreno, bastante escarpado, no le parecía apropiado para desplegar su falange. Pero la caballería macedonia y tesalia y las tropas mercenarias habían conseguido apoderarse momentáneamente de las alturas. Sus hombres le informaron de que los romanos estaban huyendo: «No pierdas la oportunidad —le dijeron—. Los bárbaros no resistirán nuestro ataque. ¡Éste es tu día!».

Espoleado por los informes que recibía, el rey se decidió a sacar al grueso de sus tropas del campamento. Aunque el relieve no le fuera propicio, pensó que

debía aprovechar la ventaja moral y el hecho de que las legiones romanas aún no estuviesen organizadas.

Filipo en persona tomó el mando del ala derecha de sus tropas y subió la colina. Cuando llegó arriba, desplegó a sus hombres en formación de combate. Mientras tanto, el flanco izquierdo, mandado por Nicanor, trepaba por la ladera en columna de marcha.

La bruma ya se había despejado. Desde la cresta, Filippo vio que sus mercenarios y sus tropas ligeras, que habían bajado la ladera persiguiendo a los enemigos, habían chocado contra el flanco izquierdo del ejército romano.

El rey decidió explotar el momento y también la posición: las tropas que atacan desde un terreno más elevado siempre gozan de ventaja. Perfectamente formada, el ala derecha del ejército macedonio bajó desde las alturas, ofreciendo a los romanos un frente impenetrable de sarisas. En el primer choque contra los legionarios, llevaron las de ganar y los obligaron a retroceder.

Pero el campo de batalla no se limitaba a esa zona. Mientras Filippo ganaba su propio combate poco a poco, en lo alto de la colina el ala izquierda de Nicanor todavía se estaba desplegando, conforme las unidades en orden de marcha coronaban la cresta y maniobraban para convertir la columna en un frente de combate.

Flaminio se dio cuenta de que los batallones de la falange de Nicanor no se habían formado todavía. Si daba tiempo a que ese flanco también cerrara filas y bajara las sarisas, los romanos estaban perdidos. Cargar ladera arriba siempre es arriesgado; entre otros motivos porque los soldados llegan a las alturas jadeando, como me enseñó medio año tomando cerros en infantería. Pero era su única oportunidad, así que el cónsul ordenó a su ala derecha lanzarse al ataque.

Por delante de los legionarios, Flaminio había apostado a los elefantes. Éstos cargaron los primeros contra la falange a medio desplegar y sembraron el pavor entre los macedonios. Detrás llegaron los legionarios, que aprovecharon los huecos abiertos por los paquidermos para terminar de desbaratar la formación enemiga. (Cinoscéfalos estaba sembrado de elevaciones, pero las laderas eran lo bastante suaves para que pudieran evolucionar por ellas tanto tropas de infantería pesada como jinetes y elefantes).

Así pues, aquella batalla dividida en dos empezó favoreciendo a cada bando en su propia ala derecha: Filippo estaba empujando a los romanos hacia el valle con el rodillo de su falange, mientras Flaminio hacía trizas a las tropas de Nicanor en

las alturas. En casos similares, el resultado final dependía de quién tardaba menos en derrotar por completo a los enemigos de su zona y acudía antes a ayudar a sus camaradas en apuros.

Pero la batalla de Cinoscéfalas introdujo un nuevo matiz. Los ejércitos griegos apenas empleaban reservas: una vez entablada la refriega, casi todas las tropas se veían envueltas en ella. Por otro lado, sus generales —o reyes en este caso— participaban personalmente en el combate. Desde las primeras filas, disponían de una visión muy limitada y no podían saber lo que ocurría en otras zonas del campo de batalla ni, por tanto, enviar refuerzos a los lugares donde se necesitaban.

En cambio, la formación tradicional de los romanos, la *triplex acies*, significaba que siempre mantenían tropas en reserva a no ser que la situación se hiciese muy desesperada. Asimismo, su estructura de mando era más flexible, y tanto los tribunos como los centuriones podían tomar iniciativas en plena batalla.

En el caso de Cinoscéfalas, quien improvisó fue un tribuno militar situado en la retaguardia del ala de Flaminio. Desde las alturas, observó que en el valle sus compañeros del flanco izquierdo se encontraban en una situación crítica. Tomó a veinte manípulos, unos dos mil quinientos soldados que aún no habían entrado en combate, y les ordenó cargar contra la parte posterior de la falange de Filipo.

No era un gran número de hombres, pero resultaron decisivos. Corriendo ladera abajo, los legionarios llegaron rápidamente a la retaguardia macedonia. Allí no tardaron en provocar una carnicería.

La razón estribaba en el armamento y la forma de combatir de cada unidad. Los soldados macedonios, que hasta entonces empujaban y animaban a sus compañeros, tuvieron que darse la vuelta y formar un frente a toda prisa abatiendo las picas. No les dio tiempo a cerrarlo, y los romanos se colaron por el hueco como hormigas, con las espadas desenvainadas.

A esa distancia, los hombres de la falange estaban perdidos. Cuerpo a cuerpo, lo único que podían hacer con la sarisa era soltarla. Ellos también llevaban espadas, pero era su arma secundaria: ni sus hojas tenían tanta calidad de forja como los *gladii hispanienses*, ni ellos mismos se adiestraban en su manejo de forma tan sistemática como hacían los romanos.

Para colmo, como los hoplitas necesitaban ambas manos para empuñar la aparatosa sarisa, llevaban un escudo de apenas dos palmos que se colgaban del cuello con un tiracol, una correa de cuero. En cambio, los escudos de los

legionarios bastaban prácticamente para cubrirles todo el cuerpo. Además los romanos sabían usarlo incluso como arma ofensiva para lanzar golpes y empujones y desequilibrar al adversario.

El ataque del tribuno y sus veinte manípulos sembró la muerte y el terror en la retaguardia macedonia. Tanto el desorden como el miedo se contagian con gran rapidez por las filas de un ejército. Filippo, que se apartó un poco del combate, se dio cuenta de lo que pasaba, reunió a todos los hombres que pudo y emprendió la huida, dejando al resto de su ala derecha a merced de los enemigos.

No por eso hay que acusarlo de cobarde. El rey era lo bastante inteligente para comprender que la batalla estaba sentenciada. Salvar el mayor número posible de tropas para combatir mañana era mejor que sacrificarse tontamente hoy, tal como había hecho Asdrúbal Barca en la batalla de Metauro.

Mientras la situación sufría este vuelco tan drástico en el valle, en las alturas Flaminio siguió acosando y persiguiendo al ala izquierda de Nicanor. Cuando los macedonios se vieron acorralados en la cima, levantaron las sarisas en vertical: era la forma convencional de comunicar que se rendían o que estaban dispuestos a pasarse al bando adversario.

Los romanos no entendieron bien este gesto, o no quisieron entenderlo, y aprovecharon que los macedonios apartaban de ellos las puntas de las picas para abalanzarse entre sus filas y masacrarlos con las espadas.

En la batalla perecieron unos ocho mil macedonios, y cayeron prisioneros otros cinco mil. Los romanos, por su parte, perdieron menos de mil hombres. Como era habitual, el grueso de las bajas se produjo cuando un ejército, en este caso el de Filippo, rompió la formación.

Tras el relato de la batalla, Polibio hace un alto en su narración para analizar las virtudes y defectos de la falange y de la legión, y también del armamento griego y romano. Esta comparación era un tópico en las conversaciones de su época, como también quién era el mejor general, si Alejandro, Aníbal, Pirro o Escipión. Los antiguos se tomaban estos temas con tanta pasión como si fueran hinchas de fútbol.

En cierto modo, la batalla de Cinoscéfalas había sido la Copa Intercontinental: como explica Polibio, los macedonios habían vencido a todos los ejércitos de Asia, y los romanos a los de África y Europa. Ahora, en la lucha definitiva, eran las legiones las que habían prevalecido. Según el análisis del

historiador, la falange poseía un empuje frontal imparable, pero para explotar sus ventajas necesitaba un terreno liso y despejado. En cambio, los legionarios podían luchar como unidad o de forma independiente, y sus armas y su equipo eran más versátiles.

Como siempre, es muy fácil afirmar a toro pasado que esta batalla no podía haber tenido otro desenlace. En realidad, los acontecimientos podrían haberse desarrollado de otro modo si Filipo hubiese elegido un terreno más apropiado, o si aquel tribuno no hubiera adoptado la brillante iniciativa de tomar por su cuenta los manípulos de reserva y atacar la retaguardia macedonia.

Por otro lado, debemos tener en cuenta que los soldados que llevaba consigo Flaminio eran legionarios de la máxima calidad. La Segunda Guerra Púnica había convertido a los romanos en guerreros tan capaces como los profesionales del ejército de Filipo, sin privarles al mismo tiempo del espíritu patriótico propio de una milicia ciudadana. Cuando pasó el tiempo y los veteranos de la guerra contra Aníbal fueron retirándose o muriendo, la calidad de las legiones bajó mucho, y no se recuperaría hasta las reformas de Mario, a finales de siglo.

Tras la derrota de Cinoscéfalos, Roma pudo imponer a Filipo una paz según sus condiciones. Es decir, dejando bien claro que la República había aplastado a su rival y que éste no tenía más remedio que ceder a sus exigencias.

Por el tratado de Tempe, Macedonia se quedó reducida a sus antiguas fronteras, prácticamente las mismas que la limitaban cuando otro Filipo, el padre de Alejandro, se convirtió en rey. Además, tuvo que entregar una indemnización de mil talentos de plata, devolver los prisioneros romanos sin cobrar rescate y pagar por los suyos. También renunció a casi toda su flota y se comprometió a que su ejército no pasaría de cinco mil soldados. Como estado «amigo de Roma», Macedonia se comprometía a consultar a la República antes de embarcarse en ninguna otra guerra. Para asegurarse del buen comportamiento de Filipo, su hijo Demetrio fue enviado como rehén a Roma.

Cuando el senado y los comicios ratificaron la paz, en el año 196, Flaminio se presentó en los Juegos Ístmicos que se celebraban en Corinto y proclamó que, después de más de un siglo de protectorado macedonio, Grecia volvía a ser libre.

Había decenas de miles de griegos rodeando el estadio donde se celebraban las carreras. Cuando la trompeta ordenó silencio y el heraldo leyó por dos veces el decreto de Flaminio —que todas las ciudades y pueblos recuperaban sus tierras, sus leyes y sus libertades—, los presentes se pusieron en pie como un solo hombre

y aclamaron al procónsul, y en su afán por acercarse a verlo e incluso rozar las ropas del libertador estuvieron a punto de arrollarlo.

Según cuenta Plutarco, los aplausos y los vítores fueron tan estruendosos que los cuervos que sobrevolaban el estadio cayeron muertos al suelo. La explicación del autor griego es curiosa:

Al ser tan numerosas las voces y sonar tan altas, el aire se rompe y ya no ofrece superficie de sustento a los pájaros, que se precipitan al suelo como quien intenta caminar sobre el vacío.

Si los cuervos cayeron muertos, es más fácil pensar que se debió a lo que hoy llamaríamos «estrés». En cualquier caso, con portentos o sin ellos, los griegos se sintieron entusiasmados con aquel hombre joven y amante de la cultura helena que los había librado del yugo macedonio.

Para su desgracia, muchos de ellos vivirían lo suficiente para comprobar que tan sólo habían cambiado un dominador por otro.

ANTÍOCO EL GRANDE Y LA BATALLA DE MAGNESIA

En el año 194, las últimas tropas romanas evacuaron Grecia. Ya en la capital, Flaminio pudo celebrar un triunfo apoteósico que duró tres días.

Roma no tardó en volver a inmiscuirse en los asuntos griegos. Ya hemos hablado de Antíoco III el Grande —epíteto que él mismo se otorgó, como haría siglo y pico después Pompeyo—. Poco antes del año 200, el rey seléucida se había lanzado a una campaña en el este destinada a emular las proezas de Alejandro. Gracias a sus victorias, consiguió anexionarse Armenia, convirtió Partia y el país de los grecobactrianos en reinos vasallos y pactó con los Mauryas que gobernaban en la India. Merced a todo ello, Antíoco mandaba o al menos ejercía soberanía nominal sobre un territorio inmenso, desde el Mediterráneo y el mar Negro hasta el actual Pakistán.

Pero la ambición de Antíoco no se limitaba al este. En 196, asesorado por

Aníbal, se dedicó a atacar las posesiones de los Ptolomeos en Asia Menor, y también intervino en Tracia, región europea que pertenecía a Macedonia.

Roma advirtió a Antíoco: «No te atrevas a pisar Europa». Pero en este caso intervino la Liga Etolia, que había sido aliada de los romanos en sus guerras contra Macedonia, y que ahora animó a Antíoco a invadir Grecia.

Los miembros de la liga estaban muy descontentos con Flaminio, ya que habrían querido que derrocar a Filipo y destruyera el reino de Macedonia. Como el procónsul había entablado cierta amistad con Filipo durante las negociaciones del tratado de paz, los etolios interpretaban que se había dejado sobornar por él. Ahora, dispuestos a acabar por fin con los macedonios, hicieron creer a Antíoco que, en cuanto plantara sus estandartes en Grecia, todo el país se alzaría en armas contra los romanos.

En el año 192, el rey seléucida cruzó de Asia a Europa con diez mil hombres. Para su desgracia, el levantamiento masivo que le habían prometido no llegó a producirse. Tan sólo consiguió la ayuda de la Liga Etolia. La Liga Aquea, que hasta entonces había sido antirromana, cambió de bando. Además, la República pudo contar con la colaboración de Filipo V. El macedonio no actuó así sólo por honrar el tratado: Antíoco era una amenaza directa para él.

Al año siguiente, Antíoco trató de hacerse fuerte en el paso de las Termópilas. Pero el cónsul Acilio Glabrio actuó como los persas en 480, rodeó su posición por los montes y le infligió una severa derrota.

Antíoco se retiró a Asia, convencido de que los romanos no lo seguirían. Pero se equivocaba. En el año 190, Lucio Cornelio Escipión obtuvo el consulado, y el senado le encomendó llevar adelante la guerra contra Antíoco. Algunos senadores no confiaban demasiado en él para esta tarea, pero cedieron cuando su hermano Publio, el vencedor de Aníbal, se comprometió a acompañarlo como legado.

Ese mismo año, ambos Escipiones y su aliado, el rey Eumenes de Pérgamo, se enfrentaron a Antíoco en Magnesia del Sipilo, en el antiguo reino de Lidia.

Antíoco desplegó un gran ejército, setenta mil hombres según Tito Livio. La cifra puede ser exagerada y tal vez haya que reducirla a poco más de cincuenta mil, que también supone un número más que considerable.

En cualquier caso, se trataba de una hueste abigarrada que ofrecía un aspecto impresionante. En el centro, aparte de dieciséis mil infantes armados con largas sarisas, el rey había dispuesto unos cincuenta elefantes de guerra, repartidos por la

primera línea como torreones que sobresalían por encima de la muralla erizada de lanzas. Cada animal llevaba sobre el lomo una torreta de madera y cuero, atada con correas y cadenas, y en ella viajaban cuatro hombres armados con proyectiles: encaramados a tres metros del suelo, su posición era privilegiada para disparar sobre el enemigo.

Además, en cada uno de los flancos formaban mil quinientos jinetes gálatas recubiertos de hierro de los pies a la cabeza y con monturas también blindadas, los llamados «catafractos». Había otras unidades de caballería pesada y ligera, y arqueros árabes montados en dromedarios.

La pieza más siniestra de este pintoresco repertorio eran los carros falcados, vehículos de combate que llevaban hoces metálicas en los cubos de las ruedas, destinados a cortar las piernas de los soldados enemigos y a desjarretar a sus caballos.

Según el recopilador de anécdotas Aulo Gelio, Antíoco, ensoberbecido por la espléndida visión de sus tropas, preguntó a su asesor Aníbal si aquel ejército le parecía suficiente para vencer al enemigo. El cartaginés contestó con bastante retranca: «¡Sí! Aunque los romanos son insaciables, creo que con éstos tendrán bastante».

Frente a los hombres de Antíoco, los hermanos Escipión desplegaron el típico ejército consular, con las dos legiones romanas en el centro y las *alae* a los lados. Aparte de estos veinte mil hombres, contaban con aliados de diversas procedencias hasta sobrepasar los treinta mil efectivos.

También traían dieciséis elefantes africanos, entregados por su aliada — forzosa— Cartago. Pero los Escipiones decidieron dejarlos en reserva, ya que eran más pequeños que sus parientes indios del ejército de Antíoco y, según Livio, luchaban con menos determinación. De haberlos puesto en vanguardia, seguramente se habrían desbocado al enfrentarse contra los paquidermos enemigos y habrían causado más daños entre sus propias filas que entre las rivales.

El día había amanecido brumoso, con bancos de niebla que dificultaban la visibilidad y parecían repartir el campo de batalla en secciones independientes, casi estancas. Aquello favorecía la moral de los romanos, ya que les impedía apreciar la superioridad numérica del enemigo.

El clima les otorgó otra ventaja más a los romanos. La humedad relativa del aire era muy alta, un inconveniente para todos: en esas circunstancias la atmósfera no admite apenas más agua, lo que dificulta la transpiración y aumenta la

sensación de calor. Pero esa humedad afectaba más al armamento de los hombres del rey seléucida, pues destensaba las hondas de cuero de sus soldados rodios y las correas que muchos de sus soldados de infantería ligera utilizaban para propulsar las jabalinas. También afectaba a las cuerdas de los arcos: Antíoco tenía miles de arqueros a pie y a caballo, como había sido habitual en los ejércitos persas y como lo sería en los partos.

La batalla empezó con ataques de caballería por ambos flancos. En la derecha, Antíoco se abalanzó como un nuevo Alejandro contra el ala izquierda de los romanos. Allí los Escipiones sólo habían apostado cuatro unidades o *turmae* de caballería, mil doscientos jinetes, ya que consideraban que el río que bordeaba el campo de batalla les ofrecía suficiente protección.

Con la superioridad numérica que le daban sus auxiliares y sus catafractos blindados, Antíoco atacó a estas cuatro turmas de frente y de flanco. No tardó en ponerlas en fuga, y también a las unidades de infantería que las apoyaban. Pero, en lugar de aprovechar para cargar a continuación contra las alas o la retaguardia de la infantería pesada enemiga, el rey seléucida siguió adelante en la persecución y cabalgó hacia el campamento donde pretendían refugiarse las tropas derrotadas.

Puede parecer una maniobra extraña. ¿Buscaba el saqueo más que la victoria? Seguramente, Antíoco pretendía tomar el campamento y destruirlo para impedir así que los romanos tuvieran un lugar seguro donde refugiarse cuando consiguiera vencerlos.

Al cargo del campamento se había quedado un tribuno militar llamado Marco Emilio. En lugar de aguardar tras la empalizada, sacó a los dos mil soldados de la guarnición, voluntarios macedonios y tracios que se habían unido a la expedición de los Escipiones.

Cuando los hombres que huían de Antíoco a pie y a caballo llegaron despavoridos, Marco Emilio intentó que rehicieran su formación. No le fue fácil: como suele ocurrir con guerreros que han sufrido una derrota, aunque sea parcial, eran presa del pánico y venían desorganizados. Por orden del tribuno, los guardias del campamento hirieron e incluso mataron a muchos de sus compañeros que pretendían entrar en tropel en la empalizada. Algunos se dieron la vuelta y corrieron hacia la hueste de caballería que los perseguía; pero otros, por fin, recuperaron la disciplina y formaron filas.

Mientras tanto, en el otro flanco, Seleuco, hijo de Antíoco, mandó por delante los carros falcados, y detrás el grueso de su caballería, que incluía a los otros mil quinientos catafractos y a los árabes montados en dromedarios.

Aquel ataque masivo no iba dirigido contra los legionarios del centro, sino contra la caballería y las tropas auxiliares que protegían el flanco derecho del ejército romano. Allí tenía el mando Eumenes, rey de Pérgamo, que formaba con su propia caballería, con jinetes romanos y con diversas unidades de infantería ligera.

Al ver lo que se les venía encima, Eumenes ordenó a todos los hombres armados con proyectiles que se colaran entre los carros esquivando las hoces de metal. Así lo hicieron, tanto a pie como a caballo, y lanzaron una granizada de jabalinas, flechas, piedras y bolas de plomo contra los caballos que tiraban de los vehículos.

Aquello provocó el caos. Los aurigas de los carros no pudieron controlar a sus caballos, que empezaron a chocar entre sí y luego se lanzaron desbocados contra los dromedarios, los más cercanos en la formación. Cuando éstos se unieron a la estampida, la siguiente unidad en sufrir por culpa de los carros falcados fue la de los catafractos: sus caballos estaban cubiertos de pesadas cotas de malla que impedían sus movimientos y los hacían mucho más lentos.

En realidad, Antíoco se había empeñado en utilizar un arma obsoleta. El carro de guerra había dominado los campos de batalla durante la Edad de Bronce, pero los intentos de resucitarlo habían resultado inútiles: Darío en la batalla de Gaugamela y su sucesor Artajerjes en Cunaxa también recurrieron a los carros falcados, y en ambos casos cosecharon sonoros fracasos.

Debido al caos ocasionado por los carros, toda el ala izquierda de los seléucidas se desplomó como un castillo de naipes. La última unidad en caer fue la de los catafractos: cuando las tropas auxiliares que protegían su flanco pusieron pies en polvorosa y la caballería romana se precipitó sobre ellos, no resistieron la primera embestida. Algunos huyeron y otros, entorpecidos por sus pesadas armaduras, fueron alcanzados y alanceados o pasados a espada.

De este modo, la falange de sarisas de Antíoco quedó en el centro del campo de batalla con ambos flancos desasistidos. Sus sintagmas estaban más compactos que en otras ocasiones, pues tenían hasta treinta y dos filas de profundidad. Y

todavía se apretaron más, pues recibieron al mismo tiempo el asalto de los legionarios, que corrieron hacia ellos de frente lanzando los *pila*, y de la caballería romana, que los atacó por el lado izquierdo y la retaguardia.

Como había ocurrido en Cinoscéfalas, la falange se encontró en graves apuros al sufrir ataques por varios frentes. Los hoplitas que la formaban proyectaron las sarisas en todas las direcciones y desafiaron a los romanos a que cargaran contra ellos cuerpo a cuerpo. Pero los soldados de los Escipiones, tanto jinetes como legionarios y vélites, prefirieron mantener la distancia y castigarlos con una lluvia constante de proyectiles: los hoplitas estaban tan juntos, hombro contra hombro, que resultaba prácticamente imposible fallar los disparos.

Desamparados por el resto de las tropas seléucidas, que habían sido desbaratadas, los diez batallones de sarisas intentaron retroceder y regresar a su propio campamento unidad por unidad. Pero los elefantes apostados dentro de la falange, acosados por los disparos, la presión de sus propias fuerzas y la excitación del combate, se desbocaron y terminaron de sembrar el desorden en las filas que hasta entonces se habían mantenido organizadas. La retirada se convirtió en desbandada, y la batalla en matanza. Los romanos masacraron a los falangitas y tomaron su campamento, donde la sangre corrió en torrentes.

Mientras tanto, Antíoco estaba fracasando en su intento de asaltar la empalizada romana, pues el tribuno y los hombres que la defendían habían recibido el refuerzo de Átalo, hermano de Eumenes, con doscientos jinetes más.

Desde las inmediaciones del campamento romano, Antíoco se volvió hacia el campo de batalla, que estaba más bajo, y examinó el panorama. Pese a la distancia, el aire se había despejado lo suficiente como para apreciar el alcance del desastre sufrido por su grandioso ejército. El terreno estaba sembrado de cadáveres de hombres, caballos y elefantes, casi todos ellos seléucidas.

El monarca que se hacía llamar el Grande comprendió que aquél no era su día, y ordenó retirada a su caballería. En lugar de regresar a su campamento, que estaba siendo asaltado por los legionarios, Antíoco se dirigió a Sardes, capital del antiguo reino de Lidia, donde llegó casi a medianoche.

Los libros de historia suelen narrar la batalla de Magnesia muy por encima, tal vez porque no nos ha llegado la versión del fiable Polibio y nos tenemos que conformar con los relatos de Tito Livio y Apiano. Según estos dos autores, en el

ejército de Antíoco perecieron cincuenta mil hombres. Una cifra muy exagerada, que como mucho podemos aceptar si contamos por igual los muertos, los heridos y los que abandonaron el campo de batalla y no regresaron a las filas del rey.

Aunque las bajas enemigas no ascendieran a tanto, lo cierto fue que los hermanos Escipión y sus hombres consiguieron una de las victorias más importantes de la historia de la República. Magnesia supuso el final de la «grandeza» de Antíoco, y fue también la primera vez que las legiones plantaron sus estandartes en Asia.

Tras aquella aplastante derrota, Antíoco comprendió que era imposible vencer a los romanos. En 188 se firmó la paz en la ciudad de Apamea. Las condiciones eran humillantes, pero al rey seléucida no le quedó más remedio que aceptarlas. Por el tratado, tuvo que renunciar a casi toda Anatolia al norte y al oeste de los montes Tauro, lo que significaba que sólo conservaba Cilicia.

También se le prohibía mantener una flota en el Egeo, reclutar mercenarios en Grecia o adiestrar elefantes de guerra. Para colmo, como solía ocurrir con los perdedores, debía sufragar los gastos del conflicto pagando quince mil talentos de plata.

Los romanos no se olvidaron de los etolios, responsables de que Antíoco se hubiera atrevido a invadir Grecia. Ellos tuvieron que pagar mil talentos, la mitad al contado. Puede antojarse una cifra ridícula comparada con la indemnización que abonaron los seléucidas; pero hay que tener en cuenta que Etolia no era tan rica, y que hasta hacía poco tiempo había sido una de las regiones más atrasadas de Grecia.

Aparte de los romanos, el mayor beneficiario de esta breve guerra fue el reino de Pérgamo, que se apoderó de buena parte de Anatolia. De momento, los romanos preferían controlar aquellos territorios tan alejados por medio de países aliados en vez de convertirlos en provincias. Además, al repartir los despojos de Antíoco entre estados pequeños como el propio Pérgamo, Bitinia o el Ponto, la República dejaba claro que quienes se ponían de su parte podían obtener ganancias sustanciosas.

Del mismo modo que su hermano Publio había recibido el sobrenombre de Africano, Lucio ganó el de Asiático gracias a su magnífica victoria en Magnesia y pudo celebrar un triunfo merecido por las calles de Roma. Sin embargo, como ya comentamos al hablar del final de la Segunda Guerra Púnica, tanto él como Publio fueron acusados de apropiación indebida. El caso se prolongó durante varios años,

y Lucio se vio obligado a vender sus propiedades para pagar la multa que le impusieron y evitar la prisión. No obstante, se sabe que en 185 su economía se había recuperado lo suficiente como para celebrar con gran esplendor los juegos que había prometido ofrecer si vencía a Antíoco.

No fue el único acusado en esta época. Su sucesor al mando de la campaña de Asia, Cneo Manlio Vulsón, trató de conseguir tanta gloria como él. Antíoco no le brindó la ocasión, pues estaba demasiado escarmentado para entrar en batalla contra él y andaba negociando las cláusulas del tratado de paz.

Manlio Vulsón se volvió entonces contra los gálatas. Éstos eran miembros de una tribu celta que había invadido Asia Menor un siglo antes —el parecido entre los nombres «gálata» y «galo» no es casualidad—. El cónsul logró derrotarlos y regresó a Roma dispuesto a celebrar un triunfo. Pero diversos miembros del senado lo acusaron de haber librado aquella guerra por afán personal de gloria y por conseguir botín, y no por el interés del Estado.

Aunque Vulsón obtuvo al final su triunfo, la oposición que debió superar demuestra que las cosas empezaban a cambiar. Pese a que el *ethos* romano permitía y alentaba el ansia de fama y honores de sus generales, en algunos casos resultaba evidente que éstos promovían guerras injustificadas o desproporcionadas por alcanzar esa fama y, sobre todo, por el botín. Pues con todas esas conquistas orientales, el dinero entraba a espuestas en Roma. Y la nueva riqueza suponía una corrupción que ya no dejaría de crecer.

Casi un siglo más tarde, Cayo Verres, que fue propretor en Sicilia, comentó con el mayor cinismo que un magistrado nombrado para gobernar una provincia necesitaba conservar el cargo al menos tres años. Durante el primero, robaba y saqueaba para enriquecerse personalmente. En el segundo año, esquilma a sus gobernados para pagar las deudas que había adquirido ganándose a los electores mientras trepaba en política. Durante el tercero, hacía acopio de dinero para sobornar a los tribunales cuando regresara a Roma y se enfrentara a un juicio por corrupción.

LA TERCERA GUERRA MACEDÓNICA

Antíoco III murió poco después del tratado, en 187, cuando intentaba saquear un templo en Persia (sus finanzas habían quedado muy quebrantadas por la derrota y el pago de las indemnizaciones).

El otro monarca vencido por Roma, Filipo V de Macedonia, vivió unos cuantos años más. Al principio supo plegarse a las circunstancias y colaboró con la República en su guerra contra Antíoco, escoltando a los legionarios hasta el Helesponto, el estrecho mar que separaba Europa de Asia, y ofreciéndoles tropas. Agradecidos, los romanos le perdonaron la indemnización que todavía les debía y liberaron a su hijo Demetrio, al que retenían como rehén.

Como solía ocurrir cuando se intercambiaban prisioneros entre las élites gobernantes, Demetrio había vivido muy bien en Roma y había entablado amistad con muchos nobles de la República. Por eso, al regresar a Macedonia influyó en su padre para que siguiera adelante con su política prorromana.

Pero Filipo tenía otro hijo, Perseo, mayor que Demetrio. Según los autores romanos, lo había concebido con una concubina, por lo que legalmente era bastardo. Eso explicaba que desconfiase de Demetrio, ya que sospechaba que cuando llegara el momento su padre lo nombraría heredero del trono de Macedonia.

Su condición de hijo espurio puede ser tan sólo un rumor propalado por los romanos. Los odios y asesinatos entre los miembros de las familias reales eran una práctica muy común en los reinos helenísticos (y en muchos más a lo largo de la historia, hay que añadir). Ser el hijo mayor, aunque fuese legítimo, no convertía automáticamente a Perseo en sucesor de Filipo.

Pero librarse de su hermano sí. Perseo se dedicó a emponzoñar los oídos de su padre contra él. Finalmente, lo convenció de que Demetrio intercambiaba cartas con Flaminio y otros senadores romanos para conspirar.

Filipo hizo ejecutar a Demetrio. En verdad éste debía de ser su hijo favorito, como lo era del pueblo macedonio, porque tras su muerte le asaltaron los remordimientos y no tardó en enfermar y morir.

Perseo subió al trono de Macedonia en el año 179. En cuanto asumió el poder, empezó a rearmarse contratando a diez mil mercenarios. Para hacerse más popular en su propio reino, decretó una amnistía general e hizo regresar a todos los

macedonios a los que su padre había desterrado.

Por el tratado de alianza con Roma, Macedonia estaba obligada a pedir la aprobación de la República para todas sus acciones de política exterior. Sin embargo, Perseo empezó a obrar por su cuenta enseguida y emprendió negociaciones con el monarca seléucida Antíoco IV, con Rodas, con Bitinia y hasta con Cartago. Por otra parte, al comprobar que los romanos favorecían regímenes oligárquicos en las ciudades griegas, él entró en tratos con los grupos más populares para presentarse como campeón de la democracia.

A pesar de todo, el conflicto se mantuvo larvado hasta 172. En ese año, el rey Eumenes de Pérgamo se presentó en Roma con informes detallados sobre los recursos y los planes bélicos de Perseo, que, según él, pretendía convertirse de nuevo en el amo de ambas orillas del Egeo.

A los romanos no les hacían falta muchas excusas para declarar una nueva guerra. Para colmo, cuando Eumenes regresaba a su reino fue asaltado en las cercanías de Delfos. Los asesinos, que fracasaron en su atentado, habían sido contratados por Perseo; de nuevo, según la versión de Eumenes.

La guerra se declaró oficialmente a principios del año 171. El cónsul Publio Licinio Craso estaba decidido a reclutar las mejores tropas, lo que significaba recurrir a veteranos de las guerras anteriores.

Por eso, el senado decretó que, si los cónsules y tribunos elegían a cualquier ciudadano con menos de cincuenta y un años, éste no podría negarse al alistamiento.

Una edad más que respetable, como vemos. Y que desmiente la creencia extendida de que en la Antigüedad quienes pasaban de cuarenta años eran prácticamente ancianos. Es cierto que la esperanza media de vida era muy inferior a la de nuestros tiempos. Pero en ello influía la alta mortalidad infantil y el hecho de que personas perfectamente sanas podían morir casi de un día para otro por enfermedades e infecciones que hoy no suponen apenas peligro.

El historiador Tito Livio nos transmite el discurso que pronunció uno de estos veteranos, Espurio Ligustino, para animar a sus compañeros a que se alistasen en esta nueva guerra aunque fuese en puestos inferiores a los que habían desempeñado antes:

¡Oh, romanos! Soy Espurio Ligustino, de la tribu crustuminia, descendiente de los sabinos.

Me convertí en militar durante el consulado de Publio Sulpicio y Cayo Aurelio. [Es decir, en el año 200 a.C.] Serví como soldado dos años contra el rey Filipo. En mi tercer año, Tito Quintio Flaminio me nombró centurión del décimo manípulo de los astados como recompensa por mi valor.

Tras la derrota de Filipo y de los macedonios, volví a Italia y me licencié. Pero me alisté de nuevo como voluntario para ir a Hispania con el cónsul Marco Porcio [año 195]. Él me honró nombrándome centurión de la primera centuria de los astados.

Por tercera vez me presenté voluntario en las tropas que fueron enviadas contra los etolios y el rey Antíoco [año 191]. Manio Acilio me nombró primer centurión de los príncipes.

Después serví dos veces más en campañas anuales en Italia. Más tarde serví otras dos campañas en Hispania, con el pretor Quinto Fulvio Flaco y con Tiberio Sempronio Graco [años 181 y 179].

En pocos años, fui nombrado cuatro veces jefe de los centuriones [*primus pilus* o primipilo]. He recibido treinta y cuatro condecoraciones por mi valor, y he conseguido seis coronas cívicas. Llevo veintidós años de servicio y tengo ya más de cincuenta años.

Sin embargo, mientras los encargados de reclutar el ejército me consideren apropiado para servir como soldado, jamás renunciaré a mi deber. Que los tribunos militares me otorguen la graduación que crean conveniente.

Del mismo modo me dirijo a vosotros, mis camaradas soldados, para pedirlos que obedezcáis el mandato del senado y de los cónsules y que penséis que cualquier puesto o rango en el que luchéis por la defensa de la República es igual de honorable.

Este discurso es un vivo retrato de la situación tras la Segunda Guerra Púnica: campañas constantes, y mucho más numerosas en el extranjero que en Italia. También refleja la ética guerrera de los romanos, y cómo soldados que habían combatido en varias campañas resultaban elegidos una y otra vez para el servicio. Algo perfectamente lógico, ya que eran las tropas de más calidad y, por tanto, las más ambicionadas por los mandos.

Durante los primeros años de la guerra no se libraron grandes batallas

campales. En 171, Perseo venció al cónsul Licinio Craso en Calinico, en un combate que más bien fue una escaramuza de tropas de caballería. El año 170 tampoco trajo ningún éxito para la República.

En 169, el cónsul designado para la guerra fue Quinto Marcio Filippo, un veterano sesentón y obeso. Pese a sus kilos de más, Marcio demostró una gran iniciativa. No llevaba ni diez días en el mando cuando logró burlar la cadena de fortificaciones enemigas y cruzar de Tesalia a Macedonia.

Mientras el cónsul atravesaba los angostos desfiladeros que rodean el Olimpo, Perseo podría haberlo atacado y haber causado estragos en su columna de marcha, entorpecida por los elefantes de guerra, cuyos barridos y estampidas asustaban también a la caballería. Pero, en lugar de aprovechar la ocasión, el rey macedonio se retiró a Pidna y permitió que los romanos entraran en Macedonia y tomaran ciudades como Dión o Heracleo.

Aunque Manlio intentó obligar a Perseo a enfrentarse contra él en campo abierto, no lo consiguió. El ejército romano, que estaba agotando sus provisiones, tuvo que retirarse al sur. El cónsul acampó al otro lado del Elpeo, un río que baja desde las laderas del Olimpo y desemboca en el Egeo. Perseo los siguió y se fortificó en la orilla norte, en una posición difícil de atacar, sobre todo durante las crecidas de otoño e invierno.

Habían pasado ya tres años de guerra, y los ejércitos de la República no habían conseguido nada. Los romanos, tal vez malacostumbrados por los éxitos que habían conseguido contra Filippo y Antíoco, empezaron a criticar a sus mandos.

En el 168, el senado asignó las provincias consulares mucho antes de lo habitual. La guerra contra Perseo le fue encomendada a Lucio Emilio Paulo, hijo del cónsul del mismo nombre que había muerto en la batalla de Cannas.

Emilio Paulo tenía ya sesenta años, y su carácter más bien áspero no lo hacía demasiado popular entre los ciudadanos: había perdido varias elecciones y sólo había conseguido que lo eligieran cónsul en 182.

Tal vez ese mismo carácter fue el que le hizo divorciarse de su primera esposa, Papiria. Cuando los amigos le preguntaron el motivo, ya que la conducta de Papiria era intachable y le había dado varios hijos, Emilio se quitó el zapato y les dijo: «¿Os parece nuevo? ¿Os parece que está bien fabricado?». Cuando le contestaron que sí, Emilio añadió: «Pero ¿a que ninguno de nosotros es capaz de decirme dónde me aprieta?».

El biógrafo Plutarco añade que hay matrimonios que resisten a graves peleas

y ofensas, mientras que en otras ocasiones marido y mujer no pueden convivir por culpa de pequeñas desavenencias y diferencias de temperamento. Esta anécdota nos revela que, aunque los romanos fuesen tan distintos de nosotros en tantas cosas, eran muchas más las que compartían.

Pese al carácter de Emilio, en esta ocasión los romanos pensaron que las circunstancias actuales requerían de un general veterano y duro y lo votaron como cónsul. Emilio, resentido por haber perdido antes otras elecciones, se había resistido al principio a presentarse a candidato. Pero después, presionado por su familia y sus amigos, acabó aceptando.

Antes de partir, el nuevo cónsul demostró su personalidad en el discurso que pronunció en el Foro. En aquella época, las polémicas entre los generales y sus críticos debían ser tan apasionadas como las que enfrentan hoy día a periodistas y aficionados contra entrenadores de fútbol. Por eso, Emilio dijo:

En cada corro de amigos y en cada círculo de comensales hay gente que se cree capaz de conducir ejércitos a Macedonia, que sabe dónde hay que colocar el campamento y apostar a las tropas, que conoce perfectamente cuáles son los mejores desfiladeros para entrar en Macedonia, dónde hay que levantar almacenes y cómo hay que llevar las provisiones. Por supuesto, esas personas también saben cuándo y cómo hay que enfrentarse con el enemigo. Y si el cónsul no actúa como ellos quieren, lo critican e inculpan como si estuviera en un juicio.

¿Es que un general no debe recibir consejo? Sí, pero de los que poseen experiencia en el arte de la guerra. Sobre todo, de quienes se encuentran en el lugar de la acción, ya que viajan en el mismo barco y comparten los mismos riesgos.

De modo que quien tenga algo positivo que aconsejar, que se aliste y venga conmigo a Macedonia. Si no se atreve o le parece incómodo, que se quede en tierra, pero que no pretenda dar lecciones de piloto a nadie.

Sin duda, la mayor parte de los asistentes aplaudió este discurso contra los estrategias de salón: en casos así, todo el mundo suele mirar al vecino y nadie se da por aludido personalmente.

Con refuerzos de quince mil hombres para complementar las legiones y *alae* que ya estaban en Grecia, Emilio cruzó el Adriático. Con él viajaban dos de sus

hijos, que habían sido adoptados por sendas familias nobles, los Fabios Máximos y los Cornelios Escipiones —práctica habitual entre la aristocracia—. Uno de ellos era Escipión Emiliano, que con el tiempo asediaría y tomaría Cartago y Numancia.

(Es curioso que estos dos hijos fuesen los mismos que había tenido con Papiria, la esposa de la que se divorció por incompatibilidad de caracteres. ¿También se llevaba mal con ellos y por eso los sacó de casa entregándolos en adopción? De ser así, sorprende que lo acompañaran a la guerra).

A principios de junio, Emilio Paulo y sus refuerzos llegaron al campamento, situado en las afueras de Fila. El cónsul sexagenario demostró enseguida que la edad no había disminuido sus energías. Al ver que el suministro de agua era insuficiente, mandó a los *utrarii*, aguadores del campamento, a excavar pozos cerca de la playa. También despachó exploradores para reconocer a fondo la línea de fortificaciones que defendían el río Elpeo.

En general, Emilio reforzó la disciplina del ejército, que se había relajado durante los últimos meses. Para evitar que los centinelas se adormilaran apoyando la barbilla en el borde del broquel, prohibió que llevaran escudo. A cambio, como hombre práctico que era, redujo los turnos de vigilancia frente al campamento de Perseo de veinticuatro a doce horas, previniendo así que el aburrimiento y el cansancio relajaran demasiado la atención.

Igual que había hecho en el Foro con los ciudadanos, el cónsul se dirigió a los soldados. Esta vez usó palabras aún más duras. Su deber era obedecer las órdenes sin cuestionarlas, les dijo. Si tenían sus propias opiniones, debían guardárselas para sí y no manifestarlas ni en público ni en privado. Como soldados, tan sólo les correspondía preocuparse de tres cosas. En primer lugar, de mantener su cuerpo en forma. En segundo, de conservar las armas en buen estado. Y en tercer y último lugar, de tener siempre listas las provisiones por si recibían órdenes inesperadas para marchar o combatir de inmediato.

Todas estas acciones y palabras de Emilio Paulo no sólo revelan su carácter, sino que también nos brindan una información muy valiosa sobre el funcionamiento cotidiano del ejército romano, y por eso me he extendido en ellas.

LA BATALLA DE PIDNA

Cuatro días después de su llegada, el estado de ánimo del ejército había cambiado tanto —para mejor— que el cónsul decidió ponerse en marcha. Los romanos dejaron el campamento de Fila y avanzaron hasta la orilla sur del río Elpeo.

Desde allí, la posición enemiga parecía inexpugnable. No obstante, varios oficiales, llevados tal vez por el ardor guerrero de los últimos días, aconsejaron a Emilio Paulo un asalto frontal.

Sin dar explicaciones a nadie para evitar filtraciones, el cónsul decidió recurrir a una añagaza. Una fuerza de algo más de ocho mil hombres al mando de Escipión Násica se dirigió al norte por la costa, hacia Heraclea, como si preparase ese ataque frontal. El movimiento de tantos soldados a la luz del día alertó a los macedonios, que prepararon sus defensas.

Sin embargo, cuando cayó la oscuridad, Násica reveló a sus legionarios el plan verdadero. En silencio, se alejaron del mar y se dirigieron hacia la ladera sur del monte Olimpo en una larga marcha nocturna.

Mientras los hombres de Násica atravesaban los desfiladeros y rodeaban la montaña por el oeste, Emilio Paulo hizo formar a sus vélites durante tres días seguidos al sur del río para fingir que ofrecían batalla, aunque en alguna ocasión le costó sufrir bastantes bajas por la artillería enemiga. Al tercer día, la columna de marcha de Násica apareció por la retaguardia de las líneas macedonias y bajó hacia la llanura.

La maniobra no salió del todo bien. El rey Perseo se percató a tiempo y se retiró unos cuantos kilómetros al norte. Allí, cerca de Pidna, tomó posiciones en una llanura que le pareció adecuada para desplegar sus falanges. Sin duda su padre, escarmentado tras su propia derrota, le había advertido de que no debía luchar contra las legiones en un terreno tan accidentado como el de Cinoscéfalas.

Cuando las tropas de Násica se unieron a las del cónsul, todo el ejército romano avanzó hacia el norte. El día 21 de junio, tras una marcha agotadora, llegaron a la vista de las líneas enemigas.

Pese a la fatiga, los soldados y muchos de los oficiales querían atacar de inmediato. Tenían sus razones: Perseo se les había escapado durante tres años. Ahora lo veían frente a ellos, en una llanura y dispuesto a luchar. ¿Qué pasaría si

no aprovechaban la ocasión?

Pero el cónsul no quería combatir ese día. Tras formar a las tropas, las tuvo durante unas horas al sol. Al cabo de un rato los hombres, con la boca seca y pastosa de polvo, empezaron a dar cabezadas sobre los escudos o a apoyarse en las lanzas. Viendo que la sed y el cansancio vencían a las ansias de combate, Emilio Paulo ordenó deshacer la formación y retirarse al campamento recién levantado.

Esa noche, la del 21 al 22 de junio,²⁴ se produjo un eclipse de luna. Como solían hacer en estos casos, los romanos agitaron antorchas en el aire y aporrearon las cacerolas de cobre para invocar al astro de vuelta.

Según cuenta Tito Livio, los soldados no se asustaron gracias a que un tribuno militar instruido en astronomía, Cayo Sulpicio Galo, les había avisado del eclipse y además les había explicado que se debía a que la propia Tierra se interponía entre el Sol y la Luna, algo que sólo podía ocurrir durante el plenilunio. La historia es verosímil; muy distinta habría sido si Sulpicio hubiese intentado predecir un eclipse de Sol, ya que éstos sólo se contemplan desde una franja de la superficie terrestre que la ciencia de la época no podía precisar.

Este mismo fenómeno provocó consternación en el campamento enemigo. Aunque entre los griegos y macedonios tenía que haber personas versadas en astronomía —de hecho, más que entre los romanos—, era inevitable recordar la tradición según la cual los eclipses predecían la caída de los reyes.

Al día siguiente, Emilio Paulo hizo formar a sus tropas, pero no las lanzó a la batalla de inmediato. Antes del combate, ordenó sacrificar un buey y examinar sus vísceras en busca de augurios favorables. Como no los encontraron, mandó matar otro, y otro, y así hasta veinte. Por fin, las tripas del buey número veintiuno ofrecieron buenos auspicios: los romanos ganarían la batalla..., pero sólo si se mantenían a la defensiva.

Todo debía ser una maniobra del cónsul, que no estaba dispuesto a combatir hasta que las circunstancias no le ofreciesen alguna ventaja, por mínima que fuese. Tenía sus razones. Se encontraba en territorio enemigo y en inferioridad numérica: contaba con unos treinta mil hombres, incluidas sus dos legiones reforzadas, mientras que Perseo había movilizado más de cuarenta mil. Aunque ambos bandos se hallaban parejos en caballería, con unos cuatro mil jinetes cada uno, el rey macedonio ganaba en infantería pesada, sobre todo con su enorme falange formada por veintiún mil hoplitas.

Para colmo, éstos se habían desplegado en terreno llano, donde resultaban

prácticamente invulnerables. Es comprensible que Emilio Paulo prefiriese no lanzar a sus hombres a un ataque frontal, para evitar que se ensartasen en las puntas de las sarisas. Como confesó más tarde a algunos amigos, no había visto en su vida un espectáculo más terrible y espantoso que el de la falange cerrada y erizada de picas, aun teniendo en cuenta que había participado en tantas batallas como el que más.

Es posible que influyera también el ejemplo familiar. En la Segunda Guerra Púnica, tras las tácticas dilatorias del dictador Fabio Máximo, el padre de Emilio Paulo y su colega Varrón se habían sentido en la obligación de actuar de forma más agresiva. El resultado había sido el mayor desastre militar de la historia de Roma.

El Emilio Paulo actual se negaba a que esto volviera a ocurrir bajo su mando. Dándole un poco de tiempo a Perseo, pensaba, el rey o sus hombres se impacientarían y lanzarían su propio ataque, y al hacerlo tendrían que salir de la explanada para atravesar un terreno más accidentado donde la falange perdería buena parte de su ventaja.

Pero la batalla se libró ese mismo día, 22 de junio, más o menos a mediodía. No queda claro que es lo que ocurrió. Según Tito Livio, unos esclavos que se acercaban al río para traer agua perdieron el control de una mula, que escapó a la otra orilla. Cuando dos guerreros enemigos quisieron apoderarse de ella, tres soldados italianos cruzaron el río, que cubría hasta las rodillas, y los mataron. Como había ocurrido otras veces en circunstancias similares —por ejemplo, en Trebia y Cinoscéfalas—, esta pequeña escaramuza fue creciendo como una bola de nieve hasta resultar incontrolable.

Hay otra versión que cuenta Plutarco, según la cual el propio cónsul hizo soltar un caballo y enviarlo desbocado contra las líneas enemigas para provocar la refriega. Pero no parece verosímil: más bien, la batalla se desencadenó contra la voluntad del cónsul.

Como señala el historiador J. E. Lendon, en Pidna los soldados romanos se vieron sometidos a un terrible conflicto entre dos valores ancestrales: la *virtus*, el coraje guerrero que los incitaba a la agresión, la competitividad e incluso el duelo singular, y la *disciplina* —en latín igual que en español— que los obligaba a mantener la formación y obedecer las órdenes de sus superiores.

Aquel día, 22 de junio del año 168 a.C., la *virtus* predominó, y los legionarios se lanzaron al combate.

Resignado a luchar, Emilio Paulo se quitó el yelmo y la armadura para demostrar que despreciaba a los enemigos y que estaba dispuesto a morir con sus hombres: una exhibición de valor nada desdeñable en alguien que ya había cumplido los sesenta. Él mismo tomó el mando de la I legión, en el centro y a la derecha, y el excónsul Postumio Albino le siguió con la II.

El choque empezó por el flanco derecho, ya que las tropas del cónsul estaban avanzando de forma escalonada. Los primeros en toparse con el enemigo fueron los pelignos, aliados italianos. Al llegar a unos quince metros arrojaron sus venablos, como hacían los legionarios romanos. Pero en esta ocasión no lograron desordenar las filas rivales tanto como esperaban, y cuando cargaron contra las puntas de las sarisas quedaron clavados en el sitio.

Lo mismo ocurrió con las *alae* de soldados italianos. Ahí, un oficial llamado Salvio llegó a arrojar el estandarte de la unidad entre las picas macedonias. Sus hombres, enrabiados, se abrieron paso apartando las puntas de hierro con las espadas y los escudos para recuperar el estandarte. Pero, aunque lo consiguieron, la falange cerró de nuevo su formación y los obligó a retroceder.

Combates de este tipo se repitieron por todas las líneas. El hijo de Catón el Viejo perdió su espada entre los enemigos, y para recuperarla reunió a un grupo de camaradas y se abrió paso entre las picas enemigas hasta que la encontró.

Proezas individuales aparte, los macedonios iban ganando poco a poco. Animados, los hombres de Perseo empezaron a avanzar, tal vez recordando la petición del general tebano Epaminondas a sus hombres en Leuctra, cuando consiguieron derrotar a los espartanos: «¡Dadme un paso más y obtendremos la victoria!».

Pero el éxito momentáneo acarreó el desastre. Al avanzar, los hoplitas salieron del llano cuidadosamente elegido por su rey y empezaron a pisar un terreno más irregular. En ese momento, la falange hasta entonces tan compacta se dividió en unidades más pequeñas.

Al ver que se abrían amplias brechas entre los batallones, los romanos olieron la sangre de su rival. Como había hecho aquel tribuno en Cinoscéfalas, los centuriones tomaron la iniciativa. Mientras unos manípulos se mantenían en el sitio interponiendo los escudos para contener el avance de las sarisas, otros de reserva se colaron entre las líneas enemigas y atacaron por los flancos descubiertos.

En cuestión de pocos minutos, lo que había ocurrido en Cinoscéfalas se repitió por todo el centro del campo de batalla. Los grupos de romanos que se

filtraron entre las líneas se dedicaron a acuchillar con sus espadas a los falangitas, impedidos por sus pesadas picas de siete metros.

Para colmo, el flanco izquierdo de los macedonios sufrió el ataque de los elefantes enemigos. La falange empezó a desmoronarse del todo en esa zona, y el desorden cundió por todas las filas como las ondas de un seísmo.

Al ver lo que ocurría, Perseo huyó del campo de batalla con la caballería pesada. Ni siquiera había llegado a entrar en combate, lo que explica que los supervivientes de la infantería lo acusaran más tarde de cobardía.

Apenas había pasado una hora, y la batalla ya se había convertido en carnicería. En aquella jornada cayeron más de veinte mil macedonios. La élite de su infantería fue prácticamente barrida del mapa.

Por comparación, las pérdidas de los romanos fueron insignificantes: apenas cien muertos, y algunos cientos de heridos.²⁵ Al terminar el día, Emilio Paulo suspiró de alivio. La batalla no se había librado como él quería —casi nunca ocurría—, pero había terminado con una victoria incluso más aplastante que la de Cinocéfalas. La superioridad de las legiones sobre las falanges se confirmaba una vez más. Y en esta ocasión, de forma definitiva: el rey de Macedonia ya no tenía soldados con los que formar una nueva falange.

Se suele señalar como razón del triunfo de los romanos que sus legiones resultaban más flexibles tácticamente y que sus soldados eran mejores combatientes individuales. Hay que añadir que la formación en *triplex acies* que los romanos atribuían a Camilo, «segundo fundador de la ciudad», les permitía usar reservas, mientras que los ejércitos contra los que luchaban apenas recurrían a ellas.

Así, en la batalla de Metauro, el cónsul Nerón tomó a parte de su caballería y dirigió un ataque inesperado contra el flanco derecho de la infantería de Asdrúbal. En Cinoscéfalas, aquel tribuno anónimo desequilibró la batalla al lanzar veinte manípulos contra la retaguardia de Filipo V. En Magnesia, las tropas de reserva que guardaban el campamento consiguieron detener la audaz carga de la caballería de Antíoco el Grande. Y en Pidna, la segunda línea de legionarios logró infiltrarse entre los huecos de los batallones enemigos mientras la primera contenía sus sarisas.

En suma, se trataba de la victoria de un sistema completo. Sistema que, en el caso de los romanos, era tanto táctico como moral y, por decirlo en una sola palabra, vital. La traducción latina de aquel versículo del libro de Job, *Militia es*

vita hominis super terram, «La vida del hombre en la tierra es milicia», no era una metáfora en el caso de los romanos, sino la pura realidad.

En dos días Macedonia se rindió a los romanos. Perseo huyó a la isla de Samotracia con quinientos arqueros cretenses y el tesoro que pudo reunir. Allí se vio rodeado por la flota del pretor Cneo Octavio. Aunque éste no se decidía a asaltar el santuario donde se había refugiado el rey, Perseo decidió que era inútil seguir adelante y se entregó.

Tras la victoria, el senado decretó la disolución de Macedonia. Aquel reino orgulloso que con el gran Alejandro llegó a dominar medio mundo conocido desapareció, dividido en cuatro regiones independientes.

Todos los que habían colaborado con Perseo sufrieron las consecuencias. Iliria fue partida en tres fragmentos que se convirtieron en la provincia de *Illyricum*. El Epiro fue entregado al saqueo mediante un engaño muy poco ético, y ciento cincuenta mil de sus habitantes fueron vendidos como esclavos y setenta de sus poblaciones arrasadas.

Cuando Emilio Paulo volvió a Roma, se llevó consigo a Perseo como trofeo de guerra. También lo acompañaban mil rehenes de la Liga Aquea.

El cónsul se encontró con ciertos problemas para celebrar su triunfo, algo que parecía la norma por aquel entonces. Uno de los tribunos que él mismo había elegido, Servio Sulpicio Galba, presentó una propuesta para negárselo, y muchos soldados la secundaron. En parte se debía al rencor por la severa disciplina que les había impuesto Emilio, y en parte a que pensaban que no habían recibido suficiente parte del botín conseguido en Epiro: tras tomar aquellas setenta ciudades, a cada uno de ellos tan sólo le habían correspondido once dracmas.

En cualquier caso, Emilio Paulo pudo celebrar al final sus tres días de triunfo. Durante el primero exhibió doscientos cincuenta carros cargados con obras de arte saqueadas durante la guerra. En las demás jornadas mostró las armas capturadas al enemigo, y por último desfiló la propia familia real.

Al menos, Perseo no fue ejecutado como el galo Vercingetórix, y pudo pasar sus últimos años como cautivo en Alba.

En cuanto a Emilio Paulo, la frase que pronunciaba el esclavo que lo acompañaba en el carro, «Recuerda que eres mortal», le debió de sonar dolorosamente irónica. Cinco días antes del triunfo, el hijo mayor que tenía con su

segunda esposa murió y, apenas una semana después, falleció el otro. Tenían catorce y doce años respectivamente. Por lo que sabemos, Emilio sentía un grandísimo amor por ellos y había dedicado los años anteriores a su consulado a educarlos personalmente. Ahora, sin embargo, sólo le quedaban los hijos de Papiria, su primera mujer, que legalmente pertenecían a otras familias.

A pesar de todo, el cónsul se tomó aquella desgracia con el estoicismo de un auténtico romano..., y también de un padre que vivía en una época, como ya hemos mencionado, de altísima mortalidad infantil. Años después, en 164, fue elegido censor, honor que, como hemos visto, no alcanzaban más que unos cuantos elegidos. Cuando murió en 160, legó su fortuna a los dos hijos de su primera esposa, lo que demuestra que ser adoptados por otra familia no rompía los vínculos de sangre. Escipión Emiliano, que pertenecía ahora a una familia más adinerada, renunció a su parte y se la entregó a su hermano.

Antes hablé de los mil rehenes griegos que Emilio Paulo se trajo de Grecia. Entre ellos viajaba un noble de Megalópolis llamado Polibio, que por aquel entonces tenía treinta años. Emilio Paulo lo nombró tutor de sus hijos, y Polibio trabó gran amistad con la familia; sobre todo con el adoptado Escipión Emiliano, a quien acompañó en Cartago y en Hispania.

Como ya he comentado a menudo, Polibio es la fuente más fiable que tenemos para las guerras púnicas y macedónicas. El *leitmotiv* de su obra, las *Historias*, es el mismo que el de este libro: cómo una ciudad como Roma, que en nada parecía distinguirse de las demás, consiguió en poco tiempo pasar de ser una potencia regional a dominar medio mundo.

EPÍLOGO

A

ntes de su sumisión final, Grecia aún dio unos últimos coletazos. En 149, un tal Andrisko se hizo pasar por hijo de Perseo y proclamó su intención de reconquistar Macedonia bautizándose a sí mismo Filippo VI. Al año siguiente, consiguió conquistar Tesalia y firmó una alianza con Cartago, lo que acarrearía funestas consecuencias para esta ciudad. Pero ese mismo año el pretor Cecilio Metelo lo derrotó en la segunda batalla de Pidna y convirtió Macedonia en una provincia romana. Gracias a eso, Metelo se ganó el sobrenombre de *Macedonicus*.

Aprovechando que el río andaba revuelto, la Liga Aquea también se sublevó. Por aquel entonces, los rehenes que se había llevado Emilio Paulo ya habían regresado, por lo que los romanos no pudieron tomar represalias contra ellos. Tampoco les hizo falta. Metelo bajó hacia el sur y en 147 venció a los rebeldes en la batalla de Escarfea.

Un año más tarde, el senado encargó la guerra contra los aqueos a Lucio Mumio. Éste los derrotó, y después tomó la ciudad de Corinto. Todos sus tesoros fueron saqueados y enviados a Roma, los varones pasados a cuchillo y las mujeres y los niños vendidos como esclavos. Tras esto, Mumio redujo la ciudad a cenizas.

Aquel año, el 146, fue el final de la independencia griega. La Liga Aquea fue disuelta y las democracias que aún existían fueron sustituidas por oligarquías. Grecia, cuya libertad había proclamado Flaminio medio siglo antes, se convirtió en una dependencia de la provincia de Macedonia.

Al menos, las ciudades que no se habían levantado contra Roma recibieron el estatus de *civitates foederatae* o aliadas. Entre ellas estaban Atenas, Delfos y Esparta, que no llegaron a ser saqueadas.

Tras la conquista de Grecia y Macedonia, Roma era más rica y poderosa que nunca. Prácticamente todas las orillas europeas del Mediterráneo eran suyas, y estaba a punto de dar el salto a África y Asia.

Pero su propia victoria la había cambiado. Por una parte, la influencia de la cultura griega en la romana llegó a tal grado —sobre todo entre las élites— que el poeta Horacio llegó a afirmar con razón: *Graecia capta ferum victorem cepit*, «La Grecia vencida conquistó a su fiero vencedor».

Por otra parte, los inmensos tesoros que entraron en Roma terminaron de transformarla. La ciudad de las siete colinas creció y se embelleció con decenas de templos, mansiones, monumentos y nuevos acueductos. Pero la riqueza engendró corrupción, una corrupción que dañaría el prestigio y las prestaciones de sus legiones, y haría inevitables las reformas que Mario introduciría en el ejército a finales del siglo II.

Por otra parte, paradójicamente —o tal vez no—, la afluencia de dinero y nuevos territorios agrandó las brechas sociales. Estas desigualdades precipitaron crisis violentas que desembocarían en aquel fenómeno tan griego que la República había logrado evitar durante siglos: la guerra civil. Y no una, sino varias.

En las nuevas guerras de conquista y en las contiendas civiles aparecieron nuevos generales, algunos tan hábiles como los Escipiones, los Flaminios o los Emilios. Pero, a diferencia de ellos, no eran tan fieles a las leyes ni a las tradiciones ancestrales. El auge de estos nuevos generales, como Mario, Sila, Pompeyo o Julio César, supondría al mismo tiempo la decadencia y la muerte final de la República.

Pero todo eso es historia de la que hablaremos en una próxima ocasión...

CRONOLOGÍA

T

odos los años son antes de Cristo. Como he señalado varias veces en el texto, las fechas de los primeros siglos son las que nos ha legado la tradición, pero existen muchas dudas sobre ellas, o incluso sobre los propios acontecimientos que refieren. A partir de la segunda mitad del siglo IV son mucho más fiables.

1184

Caída de Troya.

753

Fundación de Roma.

716

Muerte de Rómulo. Numa Pompilio es elegido rey.

673

Tulo Hostilio sube al trono. En su reinado se libra el duelo entre Horacios y Curiacios, y Alba Longa es destruida.

641

Anco Marcio es nombrado rey.

616

Tarquinio Prisco (el Antiguo) sube al trono. Durante su mandato se construye la Cloaca Máxima.

578

Servio Tulio es nombrado sexto rey de Roma.

534

Tarquinio el Soberbio se convierte en séptimo y último rey. Durante su reinado, compra los libros sibilinos.

509

Tarquinio el Soberbio es derrocado, y se instaura la República.

508

El rey etrusco Larte Porsena ataca Roma. Horacio Cocles defiende el puente Sublicio, y Mucio Escévola se quema la mano.

496

Los romanos vencen a la Liga Latina en la batalla del lago Regilo.

494

Primera escisión de la plebe. Los patricios ceden, y se crea el cargo de tribuno de la plebe.

491

Coriolano ataca su propia ciudad al frente de un ejército volsco.

458

Cincinato es nombrado dictador, derrota a los ecuos y renuncia a su cargo.

450

Se redacta el código de leyes de las Doce Tablas.

445

La *lex Canuleia* permite el matrimonio legítimo entre patricios y plebeyos, prohibido hasta entonces.

406

Los romanos emprenden el asedio de la ciudad etrusca de Veyes.

398

El lago Albano se desborda del cráter que forma su cuenca e inunda los alrededores. Los romanos empiezan a construir un túnel para drenarlo y controlar su caudal.

396

Tras diez años de asedio, Camilo logra tomar la ciudad de Veyes, que es anexionada por Roma.

387

Los romanos son derrotados junto al río Alia por un ejército de galos al

mando de Breno. Tras la batalla, los galos saquean Roma, salvo el Capitolio.

367

Las *leges Liciniae-Sextiae* establecen que al menos uno de los dos cónsules debe ser plebeyo.

343-341

Primera Guerra Samnita.

340

Los aliados latinos se rebelan. Los romanos los derrotan en la batalla del Vesubio. El cónsul Decio Mus se sacrifica a sí mismo para obtener la victoria, mientras que su colega Manlio Torcuato ejecuta a su propio hijo por indisciplina.

326-304

Segunda Guerra Samnita.

321

Los romanos son humillados por los samnitas en las Horcas Caudinas.

312

El censor Apio Claudio, luego llamado «el ciego», emprende la construcción de la *via Appia* y del *aqua Appia*, primera calzada y primer acueducto de la historia de Roma.

298-290

Tercera Guerra Samnita.

295

El cónsul Fabio Máximo aplasta a galos y samnitas en la batalla de Sentino. Su colega Decio Mus se sacrifica como antes hizo su padre.

281

La ciudad de Tarento, en conflicto con Roma, llama en su ayuda a Pirro, rey del Epiro.

280

Pirro vence a los romanos en la batalla de Heraclea.

279

Pirro vuelve a derrotar a los romanos en Ásculo.

275

Tras su estancia en Sicilia, Pirro es derrotado por los romanos en Malventum, llamado Benevento a partir de entonces.

270

Roma termina de conquistar la Magna Grecia, el sur de Italia.

264-241

Primera Guerra Púnica.

260

El cónsul Duilio derrota a los cartagineses en la batalla naval de Milas, gracias a la innovación del *corvus*.

256

Los romanos alcanzan una gran victoria en Eucnomo, una de las mayores batallas navales de la historia.

256

El cónsul Régulo invade África.

255

Régulo es vencido y capturado por los cartagineses.

255-253

Dos flotas romanas destruidas en sendos naufragios.

249

El cónsul Claudio Pulcro es derrotado en la batalla naval de Drépana.
247

Amílcar Barca toma el mando de los ejércitos cartagineses en Sicilia.
241

Los romanos obtienen una gran victoria naval en las islas Égates. Cartago se rinde por fin. Sicilia se convierte en la primera provincia de Roma.
237

Tras sofocar la revuelta de sus antiguos mercenarios, Aníbal Barca viaja a España para afianzar el dominio de Cartago y explotar sus recursos naturales.
229

Guerra Ilírica contra la reina Teuta. Los romanos establecen por primera vez un protectorado sobre algunas ciudades al otro lado del Adriático.
225

Los romanos derrotan a un ejército invasor galo en la batalla de Telamón.
223

El cónsul Flaminio vuelve a derrotar a los galos.
222

Marcelo y Cornelio Escipión vencen una vez más a los galos del valle del Po, que se rinden. Los romanos empiezan a fundar colonias en esa región.
221

Asdrúbal, yerno de Amílcar Barca, es asesinado. Aníbal se convierte en jefe del ejército cartaginés.
219-201

Segunda Guerra Púnica.
219-218

Aníbal toma la ciudad de Sagunto, aliada de Roma.

218

Aníbal emprende el cruce de los Pirineos y de los Alpes. Después derrota a la caballería de Publio Escipión en Tesino, y luego a un doble ejército consular en Trebia.

217

Aníbal tiende una emboscada al cónsul Flaminio en el lago Trasimeno y destroza su ejército. Dictadura de Fabio Máximo *Cunctator*, que se niega a enfrentarse a Aníbal en batalla campal.

216

Aníbal aniquila a un doble ejército consular en la batalla de Cannas. Cincuenta mil romanos perecen en el mayor desastre militar de su historia.

215-205

Primera Guerra Macedónica. Roma acaba firmando la paz de Fénice con Filipo V.

212

El cónsul Marcelo toma la ciudad de Siracusa. En el asalto muere el científico Arquímedes.

209

Publio Cornelio Escipión toma la ciudad de Cartagena en su primera campaña como general de las tropas romanas en España.

207

Asdrúbal es derrotado y muerto en la batalla de Metauro cuando llevaba refuerzos a su hermano Aníbal.

206

Escipión vence a los cartagineses en España en la batalla de Ilipa.

205

Escipión es elegido cónsul y empieza a preparar la invasión de África desde Sicilia.

204

Escipión invade África y asedia Útica.

203

Victoria romana en África, en la batalla de los Grandes Campos. Aníbal abandona Italia y regresa a África.

202

Escipión derrota a Aníbal en la batalla de Zama.

200-196

Primera Guerra Macedónica.

197

El cónsul Flaminio derrota al rey Filipo V en la batalla de Cinoscéfalos.

192-189

Guerra Siria entre Roma y el reino de Antíoco III el Grande.

191

Antíoco invade Grecia, pero es derrotado en las Termópilas.

190

Los hermanos Lucio y Publio Escipión llevan un ejército romano por primera vez a Asia y vencen a Antíoco en una gran batalla en Magnesia.

172-168

Tercera Guerra Macedónica.

168

Lucio Emilio Paulo es nombrado cónsul, y derrota en Pidna al rey

macedonio Perseo. El reino de Macedonia desaparece.
149-148

Cuarta Guerra Macedónica.
146

Corinto es destruida. Grecia se convierte en dependencia de la provincia romana de Macedonia.

GLOSARIO

ala: (plural *alae*). «Ala», cada una de las unidades militares equivalentes a la legión —aunque con más caballería— con que tenían que contribuir a la guerra los aliados de Roma. Cada ejército solía llevar el mismo número de unidades aliadas —también conocidas como «auxiliares»— que de legiones.

aqua: agua. Término usado para referirse a los acueductos.

AUGUR: en sentido genérico, «adivino». En uso más específico, miembro del colegio de adivinos fundado por Numa Pompilio. Los augures empezaron siendo tres y llegaron a ser dieciséis a finales de la República. En su origen, eran etruscos, y estudiaban los cielos desde el Auguráculo, un templete situado en el monte Capitolio junto al templo de Júpiter.

AUSPICIO: etimológicamente, «contemplación de aves». El término se extendió pronto al estudio de cualquier señal de la voluntad de los dioses: truenos o rayos, estrellas fugaces, incluso el hambre o inapetencia de los pollos sagrados.

Los magistrados más importantes, como los cónsules, tenían la atribución de tomar los auspicios públicamente; es decir, consultar la voluntad de los dioses para saber si aprobaban o no cualquier acción emprendida en nombre de la ciudad. Una forma de tomar los auspicios antes de la batalla consistía en sacrificar un buey y examinar sus vísceras. Si su aspecto no era satisfactorio, se seguía sacrificando hasta conseguir un auspicio favorable, lo que significaba que los dioses, por fin, daban su aprobación.

BOYOS: tribu gala que desde el año 400 ocupaba tierras en el valle del Po.

CALENDARIO: el calendario romano era lunar. Su adaptación al año solar rechinaba bastante, por lo que cada cierto tiempo había que incluir meses intercalares. En época de Julio César, el desfase entre el calendario romano y el astronómico era tal que hubo que añadir ochenta días más para ajustarlo. El orden de los meses era: *Martius, Aprilis, Maius, Iunius, Quintilis, Sextilis, September, November, December, Ianuarius* y *Februarius*. A partir del año 153 a.C., el primer mes del año pasó a ser *Ianuarius*, «enero». Más tarde, *Quintilis* fue rebautizado como «julio» en honor de Julio César y *Sextilis* como «agosto» por Augusto. Dentro de cada mes había tres fechas señaladas: las calendas, el primer día; los idus, el día 13 o 15, según los meses; y las nonas, el noveno día anterior a los idus.

CAMPO DE MARTE: gran explanada situada entre el recinto de la ciudad y la curva del Tíber. En ella se realizaban ejercicios militares, se reunían los comicios centuriados y se procedía al alistamiento de los ciudadanos para las legiones. En general, eran actividades relacionadas con Marte, dios de la guerra, que se llevaban a cabo extramuros, ya que dentro de Roma estaba prohibido llevar armas.

castra: término neutro plural que designa un campamento militar. Los romanos eran particularmente metódicos construyendo sus campamentos. Los que utilizaban para pasar el invierno lejos de Roma eran auténticas ciudades rodeadas por muros de piedra. Pero también los que servían para unas pocas noches, o incluso para una sola, se construían con todo cuidado, siguiendo una pauta preestablecida de calles que se cruzaban en ángulo recto, y se protegían con una empalizada que se alzaba sobre un terraplén —*agger*— rodeado por un foso. Un buen campamento era muy importante en cualquier campaña: significaba que antes de la batalla las tropas salían descansadas, alimentadas y en orden y que, si las cosas se ponían mal en el combate, disponían de un sitio fortificado al que retirarse.

CENSOR: magistrado que se encargaba de realizar el censo cada cinco años, inscribiendo a cada ciudadano según su fortuna. El censo determinaba en qué tribu, clase y centuria votaba cada ciudadano, y también si debía servir en la caballería, la infantería pesada o la ligera. Los censores eran dos y su cargo duraba dieciocho meses. También actuaban como vigilantes de la moralidad pública y decidían quiénes podían formar parte del senado y quiénes eran expulsados: de ahí proviene nuestro término «censura». Además, se encargaban de las contrataciones y las obras públicas, como las calzadas y los acueductos. Normalmente sólo se nombraba como censores a excónsules. El cargo de censor, por tanto, suponía el máximo honor para un romano y la culminación de su carrera política.

CENTURIA: literalmente, un grupo de cien hombres. El término designaba a la unidad mínima de la legión romana, equivalente más o menos a una compañía, y también a cada uno de los grupos que componían la asamblea conocida como *comitia centuriata* o comicios por centurias. La relación no es casual, ya que estos comicios representaban un modelo de democracia ancestral, la del pueblo en armas.

Sin embargo, el número de miembros de cada centuria no tardó en variar. En el ejército, cuando la única legión de los primeros tiempos se dividió en dos, el número de soldados se redujo a unos sesenta hombres. En los *comitia centuriata*, las centurias de las clases más adineradas tenían menos miembros que las de las clases más bajas. Conforme se descendía en la escala social aumentaba el número de ciudadanos inscritos en cada centuria, hasta llegar a la última, la de los proletarios o *capite censi*, que contaba con miles de personas y un solo voto.

CENTURIÓN: oficial al mando de una centuria. Hasta las reformas de Mario, a finales del siglo II, los centuriones no eran profesionales en sentido estricto. Sin embargo, cuando un soldado destacaba por sus virtudes militares y los tribunos y cónsules decidían nombrarlo centurión, era habitual que volviese a ser elegido en campañas posteriores con el mismo grado. Eso convertía al centurión en lo más parecido a un oficial profesional que había en la Roma republicana. Dentro de los centuriones existían gradaciones, según pertenecieran a los *hastati*, los *principes* y los *triarii*. Como en cada manípulo había dos centurias, el centurión de mayor rango era el más veterano.

CIUDADANÍA: cualidad de ciudadano o *civis Romanus*. Un ciudadano romano completo poseía derechos civiles y políticos. Entre los primeros estaban el *ius commercii*, derecho a la propiedad y a firmar contratos, y el *ius connubii*,

derecho a casarse legalmente. Entre los segundos, el *ius suffragii*, derecho a votar en las asambleas, y el *ius honorum*, derecho a ser elegido para los cargos públicos. Asimismo, un ciudadano romano tenía derecho a la *provocatio* o apelación ante las asambleas del pueblo cuando se consideraba perjudicado por la actuación de un magistrado, sobre todo si esa actuación acarreaba penas de destierro o muerte. A cambio, todo ciudadano tenía la obligación de empuñar las armas si los tribunos o el cónsul lo elegían para el servicio militar, y también debía pagar tributos en determinadas circunstancias.

Los habitantes de las ciudades que fueron cayendo bajo la influencia de Roma poseían grados de ciudadanía variables, con más o menos derechos. Pero los romanos, a diferencia de otras sociedades antiguas, tendieron a extender su ciudadanía cada vez a más gente: esa tendencia culminó en el año 212 d.C. cuando el emperador Caracalla concedió la ciudadanía a todos los habitantes libres del Imperio.

cognomen: tercer nombre de un ciudadano romano. El *cognomen* servía para diferenciar ramas familiares dentro de cada linaje o *gens*. Normalmente, tenía que ver con un atributo físico como Estrabón, «bizco», Rufo, «pelirrojo» o César, «velludo». También podía conseguirse un *cognomen* por proezas militares, como Torcuato, «el que ganó una torques», Africano por vencer en África, Asiático por triunfar en una campaña en Asia, etc. Había algunos romanos que se ganaron el *cognomen* no por una hazaña, sino por una pifia, como el cónsul Cneo Pompeyo que perdió una batalla naval y fue capturado por los cartagineses, lo que le valió el sobrenombre de Asina, «burra».

comitia: comicios, término genérico para las asambleas populares.

comitia centuriata: comicios por centurias. Asamblea del pueblo romano. En origen, cada centuria debió de tener cien miembros, pero esto no tardó en cambiar. Cada ciudadano era inscrito en las centurias según la clase a la que pertenecía, y cada una de esas cinco clases se determinaba según sus propiedades. Existían ciento noventa y tres centurias, organizadas de tal manera que las de los *equites* o caballeros y las de la primera clase se bastaban para conseguir la mayoría absoluta en cada votación. Eso se debía a que cada centuria emitía un solo voto, independientemente de los ciudadanos que formaran parte de ella: los cien miembros de una centuria de *equites* contaban tanto como los miles que se aglomeraban en la última centuria, la de los sin clase, proletarios o *capite censi*.

Los comicios por centurias elegían a los principales magistrados: pretores,

cónsules y censores. También eran soberanos para aprobar las declaraciones de guerra y los tratados de paz.

comitia tributa: comicios por tribus. Asamblea del pueblo romano organizada en treinta y cinco tribus, cuatro de ellas urbanas y las demás rurales. Al igual que ocurría en los comicios centuriados, cada tribu tenía un solo voto. El sistema, bastante complicado, estaba organizado de tal manera que los miembros de las clases más humildes se aglomeraban en unas pocas tribus y las votaciones solían favorecer a los más ricos. Los *comitia tributa* elegían a los magistrados inferiores.

concilium plebis: asamblea de la plebe. En ella, los plebeyos elegían a sus magistrados, los tribunos de la plebe y los ediles plebeyos. También votaban decretos conocidos como «plebiscitos». Al principio estos plebiscitos tan sólo se aplicaban a los plebeyos, pero con el tiempo se extendieron a todos los demás y se convirtieron en leyes válidas. A partir de cierta época, no queda muy clara la distinción entre la asamblea de la plebe y los comicios por tribus.

CÓNSUL: magistrado supremo de la República. Se nombraban dos cónsules para evitar que una sola persona acaparara el poder. Los elegían los comicios centuriados a principios del año civil, y dicho año era conocido desde ese momento por el nombre de los dos cónsules.

Los cónsules poseían atribuciones políticas —convocar al senado y a los comicios, presentar propuestas de ley— y, sobre todo, militares: básicamente, su función era mandar los ejércitos. Al principio lo hacían por turnos, o un cónsul se quedaba en la ciudad y otro salía de campaña. Cuando Roma empezó a combatir contra más enemigos, ambos cónsules marchaban a la guerra, normalmente en escenarios separados y a veces uniendo sus tropas para formar ejércitos consulares dobles. La misión bélica de cada cónsul le era encomendada por el senado y podía prorrogarse una vez terminado el consulado si se juzgaba necesario: el magistrado actuaba entonces como «procónsul», o «en lugar del cónsul».

Para ser cónsul había que pasar antes por las magistraturas inferiores —edil, cuestor y pretor—. Con el tiempo se estableció una edad mínima de cuarenta y dos años para alcanzar el cargo. Al principio, hubo ciudadanos que desempeñaron el consulado muchas veces. Más tarde se establecieron limitaciones: sólo se podía ser cónsul dos veces, y dejando un intervalo mínimo de diez años entre los dos nombramientos.

Como muestra de que el cónsul poseía *imperium*, lo acompañaban doce

lictos. Fuera de la ciudad, los lictos metían un hacha dentro de sus *fasces* y podían ejecutar la pena de muerte si así se lo ordenaba el cónsul.

CONSULAR: aplicado a un ejército, aquel que se hallaba bajo las órdenes de un cónsul. Normalmente constaba de dos legiones y dos *alae* de aliados, aunque a veces, como en Cannas, este número podía duplicarse. Aplicado a un ciudadano, aquel que había desempeñado el cargo de cónsul, lo que lo convertía en miembro del grupo más distinguido dentro del senado y, por tanto, de la propia Roma.

CUESTOR: magistrado elegido por los *comitia tributa*, que se encargaba del erario público, los impuestos, las confiscaciones, las ventas públicas y las multas. En general, los cuestores controlaban las finanzas y llevaban registro de ellas. Empezaron siendo dos, y en el siglo I a.C., conforme las necesidades administrativas de la República crecieron, llegaron a ser veinte. El cargo de cuestor era el primer peldaño del *cursus honorum*.

cursus honorum: «carrera de los honores», orden en el que se desempeñaban las magistraturas. En los primeros tiempos de la República todo era más caótico, y había nobles que servían como pretores después de haber sido cónsules, por ejemplo. Más tarde se fue regulando el sistema, e incluso se establecieron edades mínimas para poder presentarse a cada cargo. Para empezar el *cursus honorum*, había que servir en el ejército al menos en diez campañas. Ser nombrado tribuno militar no era obligatorio, pero sí conveniente para empezar una carrera política. Lo mismo ocurría con el cargo de tribuno de la plebe, siempre que uno fuera plebeyo.

El orden era: edil, cuestor, pretor y cónsul. Normalmente, los censores eran también excónsules, así que la censura formaba parte en cierto modo del *cursus honorum*.

CURUL: adjetivo aplicado a la silla plegable que utilizaban los magistrados con *imperium* como símbolo de su poder. Por extensión, se llamaba magistrados curules a los que tenían derecho a esa silla: los cónsules, los pretores y dos de los ediles, los llamados precisamente «ediles curules».

DECENVIRO: miembro de una comisión formada por diez hombres. Por ejemplo, fueron decenviros los que redactaron el código de las Doce Tablas. También eran decenviros quienes consultaban los libros sibilinos, y en ocasiones el senado nombraba decenviros para inspeccionar las actuaciones de otros magistrados: así ocurrió en el año 204 con Cneo Cornelio Escipión en Sicilia.

devotio: sacrificio en que una persona se ofrece a sí misma a los dioses

infernales.

DICTADOR: magistrado al que se concedían poderes extraordinarios en situaciones de emergencia. El senado decidía cuándo era necesario nombrar un dictador, y uno de los cónsules lo elegía entre quienes hubieran sido antes magistrados superiores. Todos los demás cargos quedaban subordinados al dictador durante los seis meses de su mandato. El dictador, a su vez, nombraba como lugarteniente un *magister equitum* o jefe de la caballería. En origen, la razón fue un tabú religioso: el dictador no podía montar a caballo. Como muestra externa de su poder, el dictador llevaba veinticuatro lictores, el doble que un cónsul.

ECUOS: pueblo italiano que habitaba en las montañas al noroeste de Roma y se enfrentó con los romanos sobre todo durante el siglo V. A finales del siglo IV fueron aplastados durante la Segunda Guerra Samnita, y su territorio fue absorbido por Roma.

EDIL: magistrado romano de rango superior al cuestor e inferior al pretor. Los ediles tenían a su cargo cuestiones prácticas relacionadas con el gobierno municipal: provisión de alimentos, suministro de agua, limpieza de las calles, cuidado de los edificios públicos, orden en los mercados —donde controlaban los pesos y medidas—, funcionamiento de los baños y los burdeles. También se encargaban de organizar los juegos. Ésta era una buena ocasión para lucirse, incluso invirtiendo dinero propio, y ganar votos para seguir adelante en el *cursus honorum*. Dentro de los ediles existían diferencias: dos eran curules, es decir, con derecho a silla curul, los elegían los comicios por tribus y podían ser patricios o plebeyos (al principio sólo eran patricios). Los otros dos eran los ediles plebeyos y los elegía el *concilium plebis* o asamblea de la plebe.

EPÓNIMO: que da nombre al año. En Roma, los magistrados epónimos eran los dos cónsules. Así se decía, por ejemplo, «en el año del consulado de Fabio Máximo y Publio Decio Mus» para referirse al año 295 a.C.

fasces: haces de varas de abedul atadas con correas rojas que llevaban los lictores. Con ellos podían azotar a quienes desobedecieran al cónsul o a otros magistrados con *imperium*. Fuera de la ciudad los lictores introducían un hacha entre las varas, pues los cónsules tenían la potestad de ordenar la pena de muerte.

FORO: plaza pública de Roma. El Foro primitivo era el valle pantanoso que se hallaba entre los montes Palatino, Capitolio y Quirinal. Tras ser desecado y drenado con la Cloaca Máxima, empezaron a construirse en él templos y otros edificios públicos. Era al mismo tiempo un mercado y un centro donde se

celebraban reuniones políticas. Con el tiempo, se amplió, y a partir de la época imperial se construyeron otros foros.

GALIA: territorio llamado así por los galos, el pueblo celta que poblaba su mayor parte. Nosotros solemos identificar Galia con la actual Francia. Ésa era, en realidad, la Galia Transalpina, «más allá de los Alpes», cuya conquista no empezó hasta la segunda mitad del siglo II a.C. y culminó con Julio César. Para los romanos existía también la Galia Cisalpina, «a este lado de los Alpes», que se correspondía con el gran valle del Po, situado entre los Alpes y los Apeninos. Allí se establecieron varias tribus galas como los senones, los insubres o los boyos, desde el año 400. A partir de finales del siglo III, la Galia Cisalpina fue sometida por los romanos, que acabaron uniéndola a Italia en el siglo I.

gens: conjunto de familias que forman un linaje que desciende de un antepasado común. Esos ancestros daban su nombre a la *gens*, y todos los miembros de ésta lo compartían. Así, los varones de la *gens* Cornelia tenían Cornelio como *nomen* o segundo nombre, y las mujeres Cornelia. Para distinguir las diversas ramas dentro de cada *gens* se utilizaba el *cognomen*. Por ejemplo, dentro de la *gens* Claudia estaban los Nerones, los Pulcros o los Sabinos, que eran ramas patricias, o los Marcelos y Centumalos, que eran plebeyos.

gladius: espada.

hastati: astados, soldados más jóvenes que combatían en los manípulos de la primera línea de la legión. El término procede de *hasta*, «lanza», y es un residuo de la época en que la legión combatía como una falange cerrada. En realidad, los *hastati* no usaban la *hasta*, sino el *pilum*, una jabalina que arrojaban antes de desenvainar la espada y combatir cuerpo a cuerpo.

homo novus: «hombre nuevo». Se dice del ciudadano romano que alcanzaba el consulado sin pertenecer a la *nobilitas*; es decir, sin tener antepasados que hubiesen sido consules antes que él.

ILIRIA: región situada en la parte oeste de la península balcánica, que comprendía más o menos los territorios de la antigua Yugoslavia.

imperium: poder de impartir órdenes y exigir su ejecución. Era propio de los magistrados superiores —cónsules, pretores y dictador—, y se distinguía el que se ejercía en Roma, *domi*, y en campaña militar, *militiae*, donde los magistrados tenían el poder de imponer la pena de muerte. El *imperium* también abarcaba otras prerrogativas: derecho a tomar los auspicios, a juzgar casos civiles y criminales, a convocar y presidir el senado y a reunir los comicios para hacer votar a los

ciudadanos.

INSUBRES: tribu gala que desde el siglo IV ocupaba tierras en el valle del Po.

interrex: magistrado nombrado para consultar los auspicios cuando el rey fallecía. En la República, se nombraba un *interrex* cuando ambos cónsules morían o quedaban incapacitados.

ius: derecho. Por ejemplo, *ius suffragii*, «derecho a votar», o *ius connubii*, «derecho a matrimonio legítimo».

LARES: dioses guardianes del hogar.

LEGIÓN: cada legión era un ejército completo en sí. De hecho, el término *legio*, «selección», se refería en época de los reyes a todo el ejército de Roma. A partir del siglo IV, la legión constaba de diez manípulos de *hastati*, diez de *principes* y diez de *triarii*. A éstos se le sumaban unos mil doscientos *velites* de infantería ligera y trescientos jinetes, hasta llegar a unos cuatro mil quinientos hombres. Sin embargo, en ciertas ocasiones se inflaban los efectivos de una legión hasta seis mil soldados.

Salvo excepciones como las *legiones Cannenses*, las legiones no eran permanentes, y se movilizaban y se licenciaban cada año. Esto cambió cuando las reformas de Mario profesionalizaron el ejército. Fue Mario también quien, según se cree, unificó el águila como estandarte para todas las legiones, pues antes también usaban otros animales como el toro, el jabalí o el lobo.

lex: ley.

LIBERTO: esclavo liberado.

lictors: oficiales que escoltaban a los magistrados con *imperium*. Los lictores, hombres libres —a menudo, esclavos manumitidos—, llevaban al hombro las *fasces*, símbolo de su oficio.

LUSTRO: ritual de purificación que se llevaba a cabo cada cinco años en el Campo de Marte cuando se terminaba el censo.

magister equitum: jefe de la caballería, magistrado subordinado al dictador.

MAGISTRADO: persona nombrada para un cargo público.

MANES: espíritus de los antepasados. En puridad, eran manes aquellos con los que se estaba en paz gracias a que se habían cumplido los rituales debidos: entierro, funerales, ofrendas, etc. Los espíritus de los que no habían sido debidamente enterrados o de los criminales eran conocidos como «larvas» y «lémures» y atormentaban a los vivos.

MANÍPULO: unidad táctica mínima de la legión tras la reforma de Camilo y hasta la reforma de Mario. Un manípulo constaba de dos centurias, es decir, unos ciento veinte hombres, y lo mandaba el centurión más veterano de los dos que había. Los manípulos de *triarii* tenían menos soldados, unos sesenta.

nobiles: «nobles». Cuando la distinción entre patricios y plebeyos perdió importancia, surgió una nueva élite, la *nobilitas* o «nobleza», formada por aquellas familias que contaban entre sus antepasados con antiguos cónsules.

nomen: segundo nombre de un romano, similar a nuestro primer apellido. En realidad, el *nomen* se refería a una *gens*, un gran linaje o conjunto de familias, y para precisar a qué rama familiar en concreto pertenecía cada individuo se recurría al *cognomen*. Por ejemplo, en la *gens* Cornelia y en la rama Escipión tendríamos a Cneo Cornelio Escipión y Publio Cornelio Escipión. Las mujeres recibían el nombre de la *gens*, en este caso Cornelia. Como eso originaba muchas confusiones, se utilizaban para ellas otros apodos, diminutivos o números de orden.

optio: oficial de cada centuria subordinado al centurión. El plural es *optiones*.

paterfamilias: jefe de la familia. El *paterfamilias* era dueño de todo lo que contenía su casa, incluyendo no sólo las posesiones materiales sino las personas: su esposa —salvo en matrimonios *sine manu*, donde la mujer seguía dependiendo de su propio padre—, sus hijos y, por supuesto, los esclavos, que también formaban parte de la familia. Como tal dueño, el *paterfamilias* poseía *ius vitae necisque*, «derecho de vida y muerte», e incluso podía vender a sus hijos como esclavos. Con el tiempo, este poder absoluto se fue moderando.

PATRICIOS: miembros de las familias que se decían descendientes de los primeros fundadores de Roma. Durante los primeros tiempos de la República, los patricios acapararon los puestos políticos y religiosos. El término se usa por oposición a «plebeyos».

PENATES: dioses del hogar y, sobre todo, de la despensa.

pilum: (el plural es *pila*, terminado en *-a* como el de todos los sustantivos neutros). Jabalina típica de los legionarios romanos, formada por un asta de madera y una larga vara de hierro terminada en punta piramidal.

PLEBEYOS: por oposición, todos aquellos que no eran patricios. A partir del siglo V, los plebeyos sostuvieron una larga lucha para conseguir los mismos derechos que los patricios, y los más adinerados de ellos fueron alcanzando poco a poco todas las magistraturas.

pontifex: pontífice, miembro de un colegio de sacerdotes presidido por el *pontifex maximus* o pontífice máximo. Los pontífices velaban por la ciudad, consagraban templos y edificios públicos y determinaban en qué días se podía hacer negocios o celebrar asambleas.

praenomen: nombre de pila. Los *praenomina* más utilizados no llegaban a veinte. Entre ellos estaban Apio, Cayo, Cneo, Décimo, Lucio, Marco, Numerio, Publio, Quinto, Tiberio o Tito.

PRETOR: magistrado inmediatamente inferior en el escalafón al cónsul. El cargo se creó en el año 367 con la función principal de administrar justicia. Al principio había un solo pretor, pero luego su número aumentó, hasta llegar a dieciséis en tiempos de Julio César. Los pretores poseían *imperium*, podían convocar el senado y los comicios y mandar ejércitos.

princeps senatus: «príncipe del senado». Cargo honorífico que ostentaba el senador con más prestigio de la curia. Normalmente era el más veterano entre los excónsules, y lo habitual era que también hubiese sido censor. El *princeps senatus* era el primero en hablar después del magistrado que había convocado la reunión del senado, y sus palabras poseían una gran autoridad moral.

principes: príncipes, soldados con cierta experiencia que formaban en los manípulos de la segunda línea de la legión. Su armamento era igual que el de los *hastati*, aunque a menudo de mejor calidad.

PROCÓNSUL: magistrado al que se prorrogaba el *imperium* para que pudiese terminar una campaña militar ya empezada o para gobernar una provincia. Un procónsul no era cónsul, sino que actuaba en lugar del cónsul y sólo en el territorio determinado por el senado. Su mandato no duraba un año, sino el tiempo necesario para terminar las operaciones militares o hasta que el senado decidía otra cosa.

PROVINCIA: territorio fuera de Italia encomendado al gobierno de un magistrado. Una vez que un territorio se convertía en provincia, se consideraba propiedad del pueblo romano.

QUÍRITES: término tradicional para los ciudadanos romanos, usado sobre todo en fórmulas rituales.

SABINOS: pueblo vecino de los romanos. Según la tradición, los romanos raptaron a sus mujeres y luego Rómulo pactó la fusión de ambos pueblos con su rey, Tito Tacio.

SAMNITAS: confederación de cuatro tribus —caracenos, caudinos, hirpinos

y pentros— que habitaban el Samnio, en el centro y sur de los Apeninos. Los romanos sostuvieron tres largas guerras contra ellos entre los años 343 y 290, antes de anexionarse finalmente su territorio.

SENADO: consejo de ciudadanos distinguidos que en tiempos de la República contaba con unos trescientos miembros. Su función era deliberar y emitir senadoconsultos, proposiciones que no eran leyes, pero que por la *auctoritas* o fuerza moral de la propia institución solían ser obedecidas. Además, el senado trataba con los embajadores extranjeros y decidía qué provincias y mandos militares se otorgaban a los cónsules y otros magistrados. Normalmente, el puesto de senador era vitalicio, aunque se podía perder de forma infamante si así lo decidían los censores.

SENONES: tribu gala que saqueó Roma en el año 387. Después siguieron ocupando tierras en el valle del Po.

socii: aliados. (El singular es *socius*).

TOGA: prenda típica de los ciudadanos romanos. Como cualquier otro manto, se llevaba normalmente sobre la túnica. Era de lana blanca, empezó siendo rectangular y después tomó forma de semicírculo. Por su gran tamaño —medía más de dos metros de altura y podía llegar a los seis metros de longitud—, había que ajustarla con mucho cuidado alrededor del cuerpo para que cayera con gracia, formando unos pliegues elegantes.

Existían diversos tipos de toga. Los candidatos a una magistratura se llamaban así porque llevaban la *toga candida*, una prenda tan blanqueada que llamaba la atención. La *toga praetexta* tenía una banda púrpura en el borde y la vestían los niños hasta los dieciséis años —lógicamente, en ceremonias—, y también los magistrados curules. La *toga virilis* que se ponían los ciudadanos adultos no llevaba estas bandas y era de color más crudo que la *candida*. El general que celebraba un triunfo tenía derecho a llevar la *toga picta*, toda teñida de púrpura y con adornos dorados.

triarii: triarios, soldados veteranos que formaban en los manípulos de la tercera línea de la legión. Sólo entraban en combate en caso de extrema necesidad, de donde provenía la expresión *Res ad triarios venit*, «la cosa llegó hasta los triarios», para referirse a una situación muy apurada. En lugar de *pilum*, llevaban una lanza larga no arrojadiza.

TRIBUNO DE LA PLEBE: magistrado que representaba a los plebeyos y defendía sus intereses. Llegó a haber hasta diez tribunos, elegidos por las

asambleas de la plebe. Podían convocar y presidir estas mismas asambleas y, sobre todo, podían vetar las decisiones de otros magistrados si las consideraban dañinas para los plebeyos. La persona de cada tribuno era sagrada dentro de los límites de la ciudad.

TRIBUNO MILITAR: cada uno de los seis oficiales de alto rango de una legión, subordinados al cónsul. No tenían unidades específicas a sus órdenes, sino que tomaban el mando de la legión entera por turnos o bien se encargaban de misiones concretas encomendadas por el general. Durante el siglo IV hubo muchos años en que no se nombraron dos cónsules, sino cuatro, seis y hasta ocho tribunos militares con poderes consulares.

TRIUNFO: desfile solemne de varios días con que se honraba a los generales que hubiesen conseguido grandes victorias sobre pueblos enemigos, siempre que se cumplieran determinadas condiciones: que se tratara de una guerra declarada, que el general en cuestión fuese un magistrado superior, que hubiese matado al menos a cinco mil enemigos y que con ello ampliase el territorio romano.

velites: soldados de infantería ligera de la legión. Eran *velites* los ciudadanos que no tenían dinero para pagarse las armas de un legionario y, en ocasiones, los más jóvenes que luego se convertían en *hastati*.

VESTALES: seis sacerdotisas consagradas a la diosa Vesta, que protegían el fuego sagrado de la ciudad de Roma. Se alojaban en un templo circular situado en el Foro, y debían permanecer vírgenes durante los treinta años de su servicio. De lo contrario, eran enterradas vivas. Aunque no poseían poder político, su prestigio era enorme y se las honraba con diversos privilegios, como el de no apartarse al paso de los lictores que escoltaban al cónsul.

virtus: la traducción más normal es «virtud», pero para los romanos se refería sobre todo al valor guerrero. La raíz es la misma de *vir*, «varón», pues se consideraba un atributo masculino.

VOLSCOS: pueblo italiano que ocupaba las alturas y la llanura al suroeste de Roma. Combatieron contra los romanos en muchas ocasiones durante el siglo V, a menudo aliados con los ecuos.

MAPAS

Mapa de la Italia Antigua



ANTIGUA
ITALIA

0 50 100

ALPES

VALLE DEL PO

APENNINOS

MAR ADRIÁTICO

ETRURIA

PICENO
ECUOS

ROMA

MAR
MEDITERRÁNEO

LACIO

SAMNITAS

CAMPANIA

APULIA

LUCANOS

ISLAS EGATES

BRUTIOS

FELSINA

ARIMINO

PISA

VOLTERRA

FARQUINIA

VEYES

CERES

OSTIA

MONTEY
LAGO ALBANO

ASCULO

CANNAS

BRINDISI

NEÁPOLIS

CUMAS

POMPEYA

PÉSTO

HERACLEA

TARENTO

TURIOS

CROTONA

PANORMO

MESINA

LOCRI

REGIO

Mapa de las batallas, asedios y ciudades más importantes



Notas

1 Los mismos romanos debían tener problemas para conjugar mitos tan diversos como la Guerra de Troya y el origen de Cartago. Esta última, según la tradición, que concuerda bastante bien con la arqueología, fue fundada el año 814, mientras que la Guerra de Troya se habría librado en torno al 1200.

2 El historiador Julio Mangas calcula que en España, antes de la conquista romana, el consumo de sal por persona y año era de unos treinta kilos. En esta cifra se incluía la sal usada para consumo humano y del ganado, y también para condimentar alimentos, curar y conservar carne, curtir pieles y otros usos. El cálculo puede extrapolarse a Italia en los tiempos de los que estamos hablando.

3 Pensemos, por ejemplo, en la boda y el nacimiento. La diosa Juga o Yuga estaba presente durante el cortejo. Domidico guiaba a la novia en el camino a casa de su nuevo marido. Cinxia la ayudaba a quitarse el cinturón y el resto de la ropa. Virginense a perder la virginidad. De Pertunda, considerando que significa «taladradora», mejor no diremos nada. Volupia hacía que la primera experiencia sexual fuera placentera. Cuando la joven esposa se quedaba embarazada, Rumina llenaba de leche sus pechos. En el parto, Antevorta protegía a madre y bebé si éste venía de cabeza y Postvorta, que lo tenía más difícil, lo hacía en caso de que el crío se presentara de nalgas. Vagitanus no era lo que parecía: se encargaba de abrir la boca del bebé para su primer llanto o inhalación. Intercidona guardaba el ombligo, etc.

4 Los griegos lo habían recibido de los fenicios. En realidad, en los siglos VII y VI a.C., la época del llamado «arte orientalizante» se producía un constante mestizaje cultural por todo el Mediterráneo.

5 Las calendas, palabra que los latinos solían escribir con K, eran el primer día de cada mes. Otra fecha señalada eran los idus, el día 15 de los meses de marzo, mayo, julio y octubre y el 13 el resto de los meses. (Los idus más famosos fueron los de marzo del año 44 a.C., fecha del asesinato de Julio César). Las nonas

eran el noveno día anterior a los idus. Para expresar una fecha como el 3 de mayo, los romanos dirían que era el día quinto antes de las nonas de mayo. Quienes quieran calcular fechas con este sistema tan engorroso, pueden hacerlo en <http://www.educadormarista.com/pqedison/roman.htm>.

6 En realidad, durante las primeras décadas de la República los cónsules no se llamaban así, sino pretores. Pero es mejor no entrar en detalles, pues el sistema ya resulta bastante lioso incluso sin profundizar demasiado.

7 Y no sólo las clases bajas. Las centurias también se dividían por edades entre *seniores* y *juniores*, términos que se explican por sí solos. Aunque los *seniores* eran menos —la pirámide de población de Roma no era como la de los países desarrollados del siglo XXI, sino como los del Tercer Mundo—, tenían más centurias. Eso aseguraba que los mayores ganaban a los jóvenes. En Roma no se daba sólo una lucha de clases sociales, sino también una lucha de clases de edad. (En realidad, ese conflicto existe también en nuestra sociedad, aunque soterrado. O no tan soterrado, como han puesto de relieve las manifestaciones de los «indignados»).

8 Los clientes eran personas que estaban bajo la protección de un patricio, al que llamaban *patronus* o patrón y juraban fidelidad. Podían provenir de familias pobres, ser esclavos liberados o extranjeros domiciliados en la ciudad. Aunque sea una comparación un tanto tosca, podríamos pensar en los clientes como la clase de tropa de una familia de la Mafia. Por las mañanas, los clientes se presentaban ante la casa del patrón para saludarlo, y éste les entregaba la *sportula*, una cesta con provisiones. A cambio, ellos prestaban su apoyo al patrón votándolo, hablando en su favor, aclamándolo en el Foro, abucheando a sus rivales políticos o usando puños y palos si era menester. Cuando hoy día los periodistas hablan de «clientelismo político» piensan, de forma consciente o no, en esta curiosa institución romana.

9 Por lo que sabemos, debía de tratarse de malaria. En las zonas pantanosas abundaba el mosquito anopheles, vector de contagio de la enfermedad. Los antiguos no lo sabían, aunque ya instalaban mosquiteras —que algunos autores romanos consideraban como afeminadas—. En general, sabían que los pantanos eran perniciosos y por eso hablaban de «paludismo», término derivado de *palus*, «lago, pantano». La malaria era más habitual en verano, y experimentaba picos cada cinco o seis años, cuando las fluctuaciones del clima aumentaban la población de mosquitos. Los romanos adinerados procuraban ausentarse de la ciudad y viajar a

climas más sanos, fuera en la montaña o en costas sin marismas: así pues, el origen de las vacaciones de verano fue la búsqueda de lugares más saludables.

10 Normalmente, un nombre romano se componía de tres partes: *praenomen* o nombre de pila, *nomen* o apellido de la *gens* o linaje, y *cognomen* o nombre de una familia concreta dentro de la *gens*. Los *praenomina* más normales eran poco más de veinte, por lo que se repiten muchísimo: Cayo, Tiberio, Tito, Marco, Publio, etc. De ese modo, un nombre romano completo adoptaría una forma como Publio Cornelio Escipión, es decir, Publio de la *gens* Cornelia de la rama de los Escipiones, o Cayo Julio César, Cayo de la *gens* Julia de la rama de los Césares.

Cuando un romano era adoptado por otra persona, algo muy común, tomaba su nombre, al que añadía su *cognomen* con el sufijo *-anus*. Así, cuando Octavio fue adoptado por Julio César se convirtió en Cayo Julio César Octaviano (más conocido por su título imperial de Augusto).

Las mujeres normalmente recibían el nombre de la *gens* familiar, lo que daba lugar a muchas confusiones. Las mujeres de la *gens* Cornelia, por ejemplo, se llamarían todas ellas Cornelia. Para distinguirlas se usaban números ordinales como Prima o Tercia, o los comparativos Mayor y Menor, o sufijos diminutivos como *-illa*: Livilla, de la *gens* Livia. Con el tiempo, muchas mujeres también adoptaron el *cognomen* o apellido de la rama familiar, por ejemplo, Pompeya Magna.

11 De todos modos, había que tener en cuenta los problemas logísticos de mantener a ejércitos tan grandes, no sólo por el suministro de provisiones, sino también por los inconvenientes sanitarios: las aguas estancadas y las enfermedades provocadas por toneladas de excrementos de hombres, caballos y bestias de carga mataban a veces más soldados que las mismas batallas. Era lógico que los cónsules prefiriesen no concentrar en el mismo sitio todas las legiones que podían movilizar, aprovechando sus reservas para crear maniobras de distracción. Y también era lógico que los miembros de la cuádruple alianza decidieran dividir fuerzas. De ese modo, además, evitaban pelearse entre ellos.

12 Recomiendo a los lectores consultar este artículo: http://es.wikipedia.org/wiki/Las_Médulas. Y, si pueden acercarse a las Médulas de León, que traten de visitarlas. En ese lugar los romanos provocaron un auténtico desastre ecológico con el procedimiento de la *ruina montium*, «destrucción de los montes», para conseguir oro. Pero el resultado de ese desastre es un paisaje

espectacular, y que ha creado ahora su propia ecología. Por encima de todo, revela el empeño de los romanos por vencer a la naturaleza.

13 En el siglo I a.C., el historiador Tito Livio especuló con lo que habría podido suceder si Alejandro hubiese vivido más años y se hubiese enfrentado a Roma, en el libro 9 de *Ab urbe condita*. Eso significa que debía tratarse de una cuestión popular entre los romanos, que discutían a menudo quién era el mejor general de la historia, si Alejandro, Aníbal, Pirro o su propio Escipión. Por supuesto, para Livio los romanos habrían vencido, pero me temo que él extrapolaba el inmenso poder de Roma en la época de Augusto a un tiempo muy anterior. Este posible enfrentamiento entre Alejandro y las legiones es el argumento central de mi novela ucrónica *Alejandro Magno y las águilas de Roma*.

14 El término latino para los cartagineses era *poeni* o «púnicos», derivado de *phoenici*.

15 Resulta curioso que los romanos castigaran a menudo a soldados o unidades enteras por perder batallas, pero nunca a sus generales. La razón es que pensaban que el resultado del combate dependía del favor de los dioses —por eso insistían tanto en la importancia de los rituales previos— y de la calidad de sus soldados. Por tanto, el papel del general no era tan importante, ni para bien ni para mal. Realmente no se puede decir que hubiera en Roma generales profesionales como Pirro. Lo más parecido a él sería un Escipión, ya en la Segunda Guerra Púnica, o un Mario en torno al año 100 a.C.

16 Por comparación, en el *Titanic* murieron mil quinientas personas, y en el *Wilhelm Gustloff*, un barco alemán cargado de refugiados y hundido por los soviéticos en 1945, perecieron unas diez mil personas en el que se considera el mayor naufragio de la historia —hablamos de un solo barco, evidentemente.

17 La guerra de los mercenarios es el tema de la magistral *Salambó*, novela de Gustave Flaubert que recomiendo a todos los lectores.

18 Prefiero utilizar el término «Hispania» sólo cuando hablo desde el punto de vista romano. Por supuesto, es una cuestión arbitraria.

19 Aún había más legiones movilizadas, hasta un total de dieciséis, pero en otros escenarios como el valle del Po, España y Sicilia. El problema era tener juntos a tantos hombres, pues consumían los recursos de los alrededores como una plaga de langosta, y sus basuras y excrementos ocasionaban problemas sanitarios.

20 Podría transcribirse también «Jerónimo».

21 Se ha discutido mucho si esta especie de rayo láser de la Antigüedad era

factible. En 1973, el ingeniero griego Ioannis Sakkas llevó a cabo un experimento en Atenas con resultado positivo. Pero su blanco era la silueta de un trirreme de contrachapado, untado además con brea. En 2006 los presentadores del programa *Cazadores de mitos* pusieron a prueba un dispositivo similar, y esta vez los espejos ustorios no tuvieron éxito.

22 Aunque el propio Ptolomeo I difundió el rumor interesado de que él era un hijo bastardo de Filipo: eso lo convertía a él en un sucesor más legítimo de su supuesto hermano Alejandro.

23 Los ejércitos romanos que libraron estas campañas se alimentaban con grano enviado desde Cartago, que como «amiga de Roma» cumplía las condiciones del tratado firmado unos años antes. En cuanto a los elefantes de Flaminio, también debían de ser una contribución de los cartagineses.

24 Para los romanos era 4 de septiembre. Pero en aquella época su calendario oficial estaba muy adelantado con respecto al astronómico, problema que no se corregiría hasta la dictadura de Julio César.

25 El escaso número de muertos romanos parece demostrar que en realidad no hubo choque frontal contra las sarisas. Mientras éstas se mantuvieron en su sitio, con los batallones cerrados, los legionarios debieron de quedarse a escasa distancia de sus puntas, avanzando o retrocediendo conforme lo hacían los macedonios. Hasta que por fin se abrió la formación de la falange, la batalla debió de ser más de nervios y amagos que de estocadas y heridas reales.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus

titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Javier Negrete Medina, 2011

© La Esfera de los Libros, S.L., 2011

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

Mapas y dibujos de interior: Juan Miguel Aguilera

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2012

ISBN: 978-84-9970-328-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

